

Jonathan Littell
y Antoine d'Agata

Un lugar inconveniente

Traducción del francés de Robert Juan-Cantavella



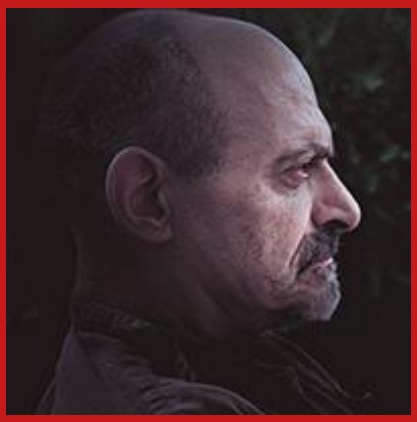
Galaxia Gutenberg



© Antoine d'Agata

Jonathan Littell

(1967) Se crió en Francia y Estados Unidos. Tras trabajar siete años en una organización humanitaria, en 2001 decidió dedicarse sólo a la escritura. Con *Las benévolas* (2006, recuperado por Galaxia Gutenberg en 2019) su obra alcanzó una notoriedad universal. Ha publicado narraciones, ensayos sobre arte, reportajes sobre las guerras de Chechenia y Siria, y el documental *Wrong Elements*, sobre los niños soldado, presentado fuera de competición en el Festival de Cannes 2016. Publicó en 2018 la novela *Una vieja historia. Nueva versión* en Galaxia Gutenberg, así como en 2020 el ensayo *Tríptico. Tres estudios sobre Francis Bacon* y en 2021 *Los relatos de Fata Morgana*, todos en este mismo sello.



© Jonathan Littell

Antoine d’Agata

Es un fotógrafo francés nacido en Marsella en 1961. Estudió fotografía en el Centro Internacional de Fotografía de Nueva York, bajo la tutela de Larry Clark y Nan Goldin. D’Agata se incorporó a Magnum Photos en 2004. Ha publicado más de una docena de libros y dirigido tres películas.

Un lugar, pero ¿qué lugar? ¿Un lugar donde han pasado cosas, cosas horribles? ¿Un sitio concreto en el que han borrado y aún borran las huellas, pero que sigue cargado de memoria, una memoria enterrada como enterraron los cuerpos, replegado bajo un suelo allanado?

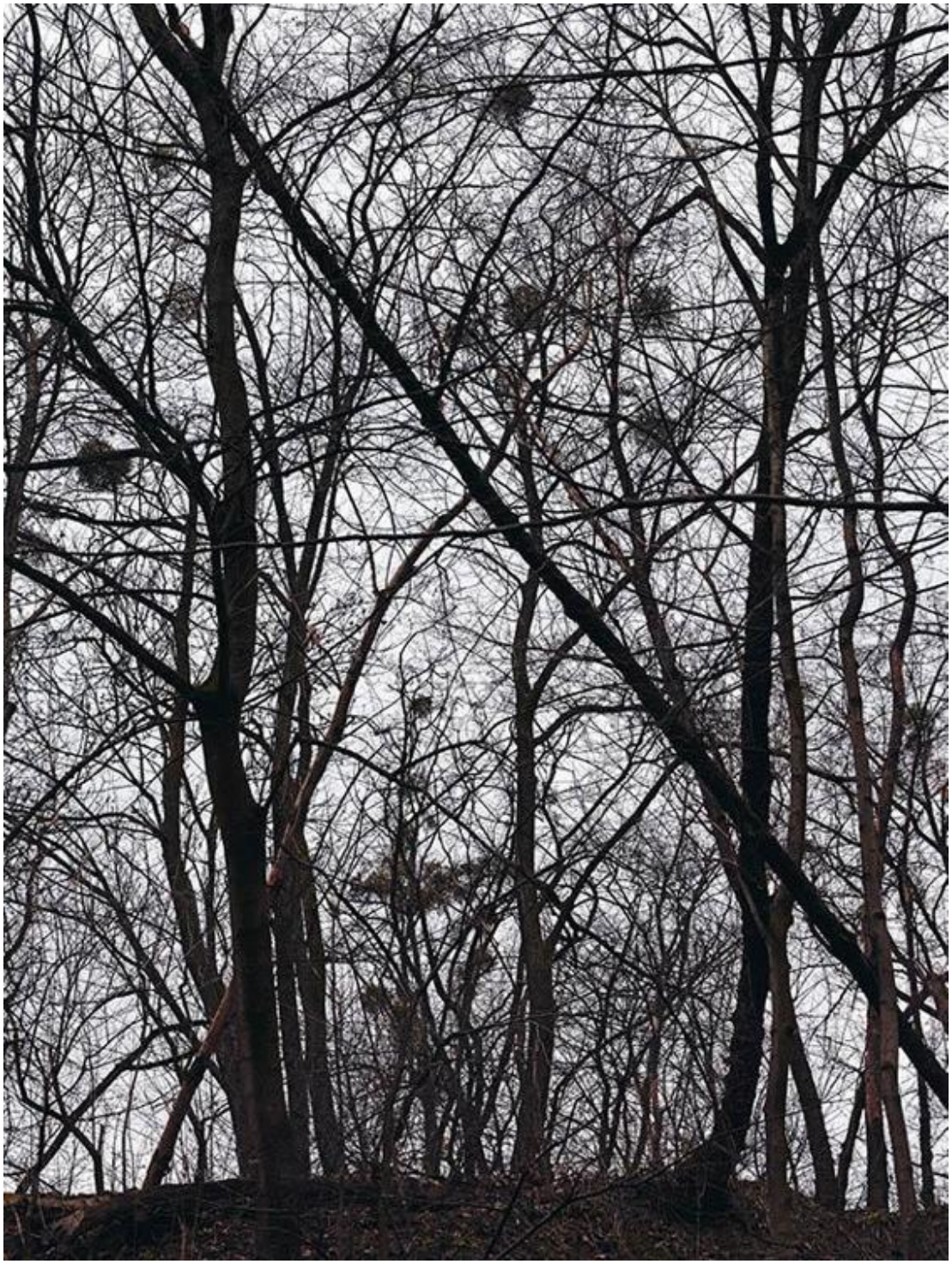
Hace tiempo que Ucrania está llena de esos «lugares inconvenientes» que molestan a todo el mundo: crímenes del estalinismo, crímenes nazis, crímenes de los nacionalistas, crímenes rusos; en este territorio herido que sólo aspira a algún tipo de paz y normalidad, las masacres no se detienen.

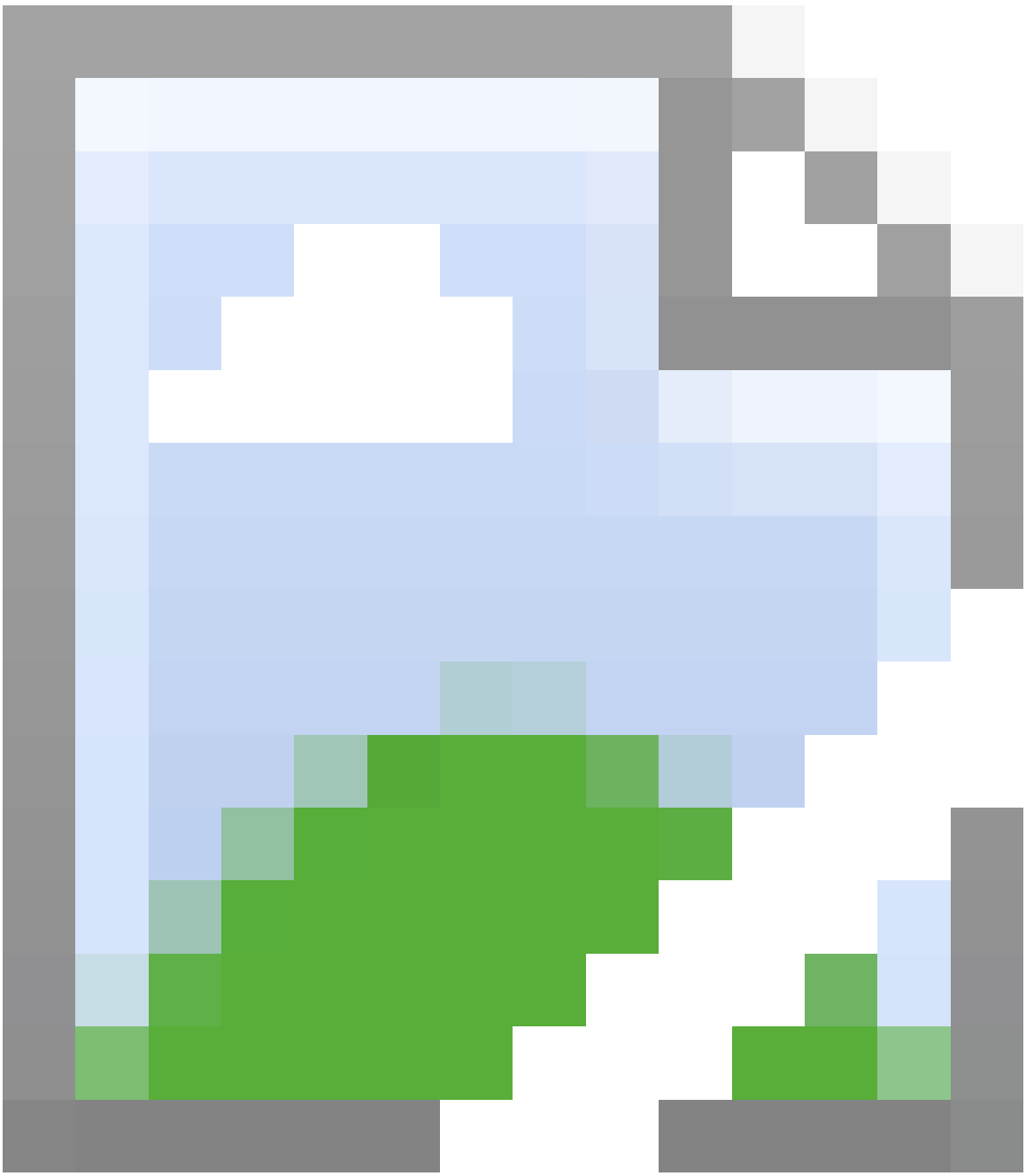
Antes de que Rusia invadiese Ucrania, Antoine d'Agata y yo habíamos empezado a recorrer Babyn Yar, el lugar en que en 1941 masacraron a los judíos de Kyiv, y luego a decenas de miles de otras víctimas. La guerra interrumpió nuestro trabajo. No tardamos en retomarlo, de otra manera, en otro lugar, la pequeña ciudad de Bucha, a las afueras de Kyiv, tristemente famosa tras el descubrimiento de las atrocidades allí perpetradas por las fuerzas de ocupación rusas.

Otra vez un lugar en el que pasaron cosas, otra vez un lugar donde borran las huellas, cuanto antes mejor. Circulen, circulen.

¿Cómo escribir, pues, cómo fotografiar cuando no hay literalmente nada o casi nada que ver?

JL





Galaxia Gutenberg,
Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).



Esta publicación ha recibido una ayuda del Babyn Yar Holocaust Memorial Center (BYHMC).

Título de la edición original: *Un endroit inconvénient*
Traducción del francés: Robert Juan-Cantavella

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2024

© del texto: Jonathan Littell 2024
© de las imágenes: Antoine d'Agata 2024
La edición original de la obra fue publicada por Éditions Gallimard
© de la traducción: Robert Juan-Cantavella, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024
Imagen de portada: © Antoine d'Agata

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-10107-76-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El lugar de la ausencia de lugar, el no-lugar, el ninguna parte.

GEORGES PEREC, *Ellis Island*

Nota sobre las grafías

En este libro he privilegiado la grafía ucraniana de los nombres o los topónimos. Así, «Kyiv» en lugar de «Kiev», «Babyn Yar» en lugar de «Babiy Yar» o «Babi Yar», «Volodymyr» antes que «Vladimir», etc. Cierto es que muchos de mis interlocutores bilingües, al hablar conmigo en ruso, a la hora de identificarse utilizaban la forma rusa de su nombre; pero la mayoría de ellos, de haber hablado en ucraniano, habrían utilizado la forma ucraniana de su nombre con igual naturalidad. En tanto que este último es el que figura en sus documentos de identidad, me quedo con él.

Dos excepciones: desde luego, cuando se trata de una persona o de una ciudad rusa utilizo la grafía rusa; en las citas, tanto si se trata de autores ucranianos que escriben en ruso, como de autores rusos o de autores extranjeros, también conservo las grafías originales, a menudo rusas.

J. L.

Otra vez

1. En 1990, una mujer que entonces me era cercana remitió una solicitud a Maurice Blanchot para una revista que ella editaba. La respuesta le llegó en forma de dos cartas: una, manuscrita y personal, la otra, mecanografiada y pública. Yo traduje esta última (bajo pseudónimo) para la revista en cuestión. Empezaba así: «Estimada señora, disculpe que le responda con una carta. Leyendo la suya, donde me solicita un texto para ser incluido en el número de una revista universitaria americana (Yale) con el tema "La literatura y la cuestión ética", sentí miedo, casi desesperación. "Otra vez, otra vez", me dije. No es que pretenda haber agotado un tema inagotable, al contrario, tengo la certeza de que ese tema vuelve a mí porque es intratable».[1]

2. Un tema intratable que vuelve a mí. También podríamos verlo como una pedrada en la cabeza que me noquea, que me deja atontado. Ni siquiera había empezado y ya estaba exhausto. De nuevo Blanchot: «Querer escribir, menudo absurdo: escribir es la degradación de la voluntad».[2]

3. Fue a principios de 2021, cuando Europa salía a duras penas del Covid. Un amigo me pidió que escribiera sobre Babyn Yar. «¿Por qué no escribes

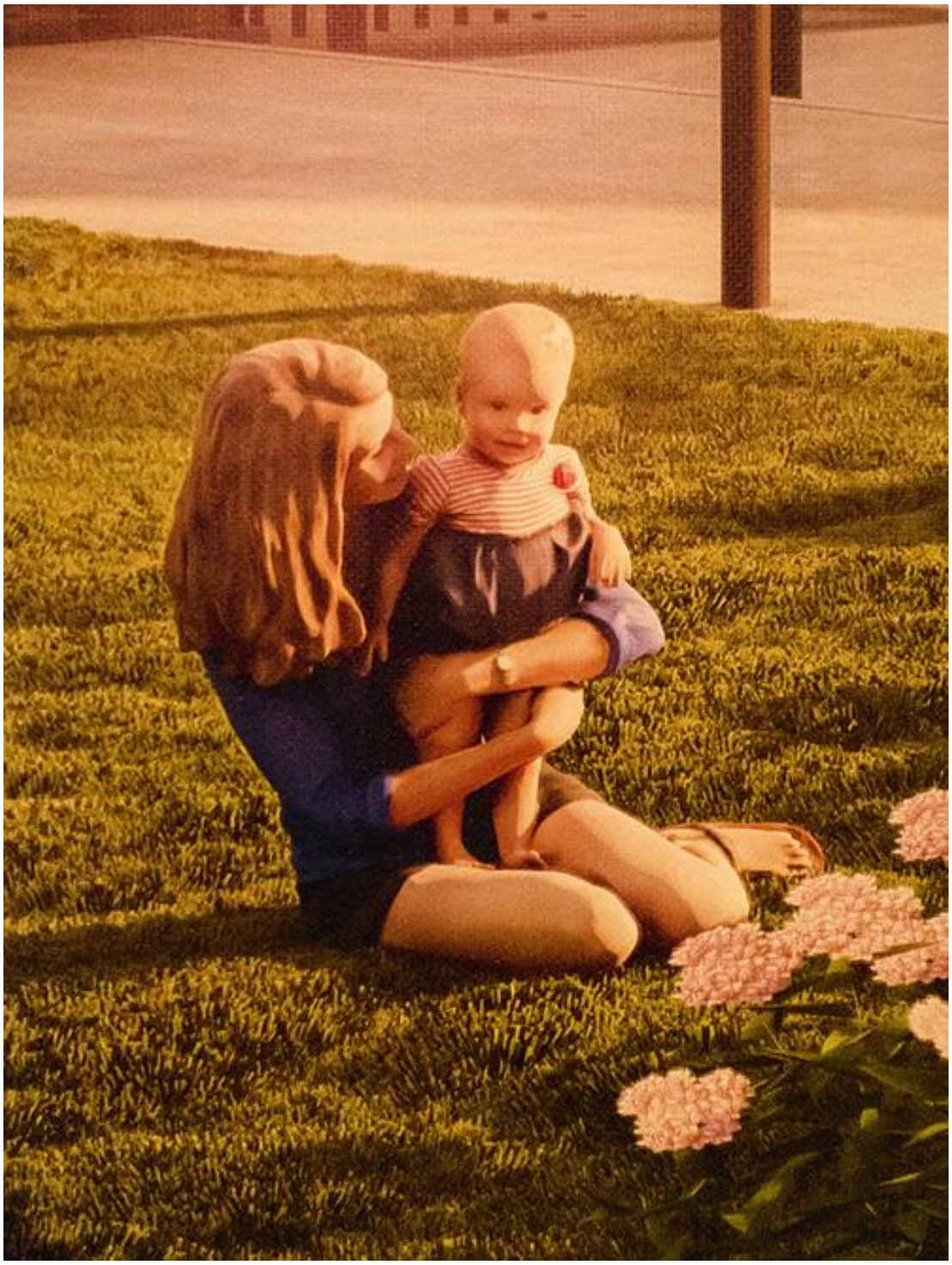
algo sobre Babyn Yar? Deberías escribir sobre Babyn Yar.» ¿Otra vez? Oh, no, otra vez no.

4. Era un amigo muy persuasivo. «Escucha, tú trabajas con Chernóbil –me decía–. Babyn Yar es lo mismo, es una Zona.» La idea no carecía de interés. Tanto más cuanto que «Zona de exclusión», el término de uso común en francés y en inglés, no es una traducción correcta: *Zona vidtchouzhennia*, el término ucraniano, lo mismo que el término ruso *Zona ottchouzhdeniia*, sería más bien «Zona de alienación». Durante algún tiempo pensé vagamente en que ese podría ser mi título. Pero era una pista falsa.

5. Casualmente, Antoine d'Agata estaba en Kyiv. «¿Y si lo hacemos juntos?», le dije. En mitad de la confusión, siempre es mejor tener compañía.

6. Fuimos juntos a visitar el lugar. Eso fue en abril, estaba nublado, los árboles pelados. Realmente no había mucho que ver. Hice un inventario: dos parques, un bosque, un barranco grande y algunos otros más pequeños, un río subterráneo, monumentos (muchos monumentos), tres iglesias, una de ellas muy antigua y dos nuevas, una sinagoga también flamantemente nueva, un psiquiátrico, una prisión psiquiátrica, un instituto psiquiátrico inacabado, dos cementerios (uno ortodoxo, el otro militar), los restos de otros dos cementerios arrasados (uno judío, otro ortodoxo), las oficinas de la televisión ucraniana, la torre de la televisión ucraniana, edificios de apartamentos, tiendas, escuelas y parvularios, un cine abandonado, un metro, una maternidad, un hospital, una morgue. Antoine estaba tan poco convencido como yo: «¿Qué quieres que fotografíe exactamente?». Decididamente, me dije, puede que sea mejor dejarlo aquí. Olvidar esta historia, pasar a otra cosa.

7. John Steinbeck también fue a Kyiv con un fotógrafo, Robert Capa, en 1947. Ellos no fueron a ver Babyn Yar. Steinbeck en su libro no lo menciona. Ni siquiera debía de saber que existía.[3]



8. Casi veinte años más tarde, en 1965, a petición de un periódico israelí, también Elie Wiesel visitó la URSS. Él sí sabía lo que era Babyn Yar, pero

no pudo localizar el sitio en ningún mapa de Kyiv. Era como si el lugar hubiera desaparecido.

> Los guías oficiales del *Intourist* se niegan a llevarte. Incluso a hablarte del lugar. Si insistes, te contestan: «No vale la pena el viaje; no hay nada que ver». Y tienen razón. No vale la pena molestarse. Allí no descubrirás nada. Ningún monumento, ninguna placa conmemorativa. En Babi-Yar lo esencial está escondido. Lo que se ve a simple vista puede uno verlo en otras partes. En cualquier sitio de Kiev. En cada plaza, en cada lugar público. Es como si Babi-Yar se extendiera a toda la ciudad.
>
> [...] Los guías de *Intourist* tienen razón: Babi-Yar es un lugar como cualquier otro.[4]

9. De Babyn Yar pueden decirse dos cosas: no es solamente una idea, pero tampoco es propiamente un lugar.

10. Tal vez podría decirse que sigue siendo una mónada. En su curso sobre Leibniz, Gilles Deleuze define la mónada como un sujeto, en tanto que expresa la totalidad del mundo. «Mi alma expresa el mundo entero pero no expresa claramente más que una pequeña parte del mundo, y es mi *departamento* [mi territorio, dice Leibniz en otra parte]. Mi departamento es *limitado*.»[5] Lo que Leibniz dice del sujeto sirve para el lugar: Babyn Yar (lo mismo que otros lugares que también visitaremos) si no expresa el mundo entero, en todo caso sí expresa una cierta dimensión del mundo mucho más vasta que sus pocas hectáreas plegadas bajo un barrio anodino de Kyiv.

11. El problema es la historia. En Babyn Yar la historia también está plegada. En la superficie actúa como un gendarme con capa y kepis que agita su bastón blanco: «Circulen, no hay nada que ver». Lo cual, por poco refractario que uno sea, lo animará precisamente a circular, a circular sin fin.

12. Recorrer, inventariar, fotografiar, describir. Día tras día, estación tras estación. A veces solos, a veces juntos.

13. Me costó, pero acabé escribiendo una primera versión de este libro. Mientras escribía, la Federación de Rusia agrupaba a sus tropas en la frontera de Ucrania e iniciaba maniobras en Belarús, desplegando cientos de carros de combate a dos horas de camino de Kyiv. Según mis notas, el manuscrito lo terminé el 22 de febrero de 2022. El 24, a las 5:07 hora local, Rusia lanzaba una serie de ataques contra Ucrania y ponía en marcha su invasión. Yo me enteré de la noticia al despertar, hacia las nueve de la mañana. Para empezar, el texto que había escrito había quedado totalmente fuera de lugar. Pero lo que me preocupaba no era eso. Hoy vuelvo a retomarlo desde una perspectiva totalmente distinta. Otra vez. Estamos a 8 de noviembre de 2022, el 258.º día de la guerra, y ya nada es igual, ni las ciudades de Ucrania ni las vidas de mis amigos ni las cuestiones que importan. Está claro que hablar de Babyn Yar sigue teniendo sentido, pero ya no es el mismo.

Situación

14. Os estoy hablando de Babyn Yar, en ruso Babiy Yar, como si supierais qué es. Pero a lo mejor no lo sabéis. Así que ahí va lo esencial. Los ejércitos nazis invadieron la ciudad de Kyiv el 19 de septiembre de 1941. El 26, el alto mando, compuesto por oficiales tanto de la Wehrmacht como de la SS, tomó la decisión de liquidar a la población judía de la ciudad. Aún no se había decidido la «solución final», eso llegaría unos meses más tarde, se trataba de una iniciativa *ad hoc*, comprensible dentro de la lógica nazi, cuyo objetivo era vengar la voladura de numerosos edificios que albergan a soldados y oficiales alemanes, llevada a cabo por los soviéticos en los días anteriores, sobre todo a lo largo de la avenida central de la ciudad, la Khrechtchátik. Se eligió un sitio en las afueras de la ciudad, una zona baldía salpicada de fábricas, cementerios y unas pocas viviendas, y surcada por profundos barrancos. El barranco escogido para la *Grosse Aktion* se conocía localmente por este nombre de Babyn Yar: el barranco «de la tabernera», según la aceptación más común, a pesar de que se trata de una etimología

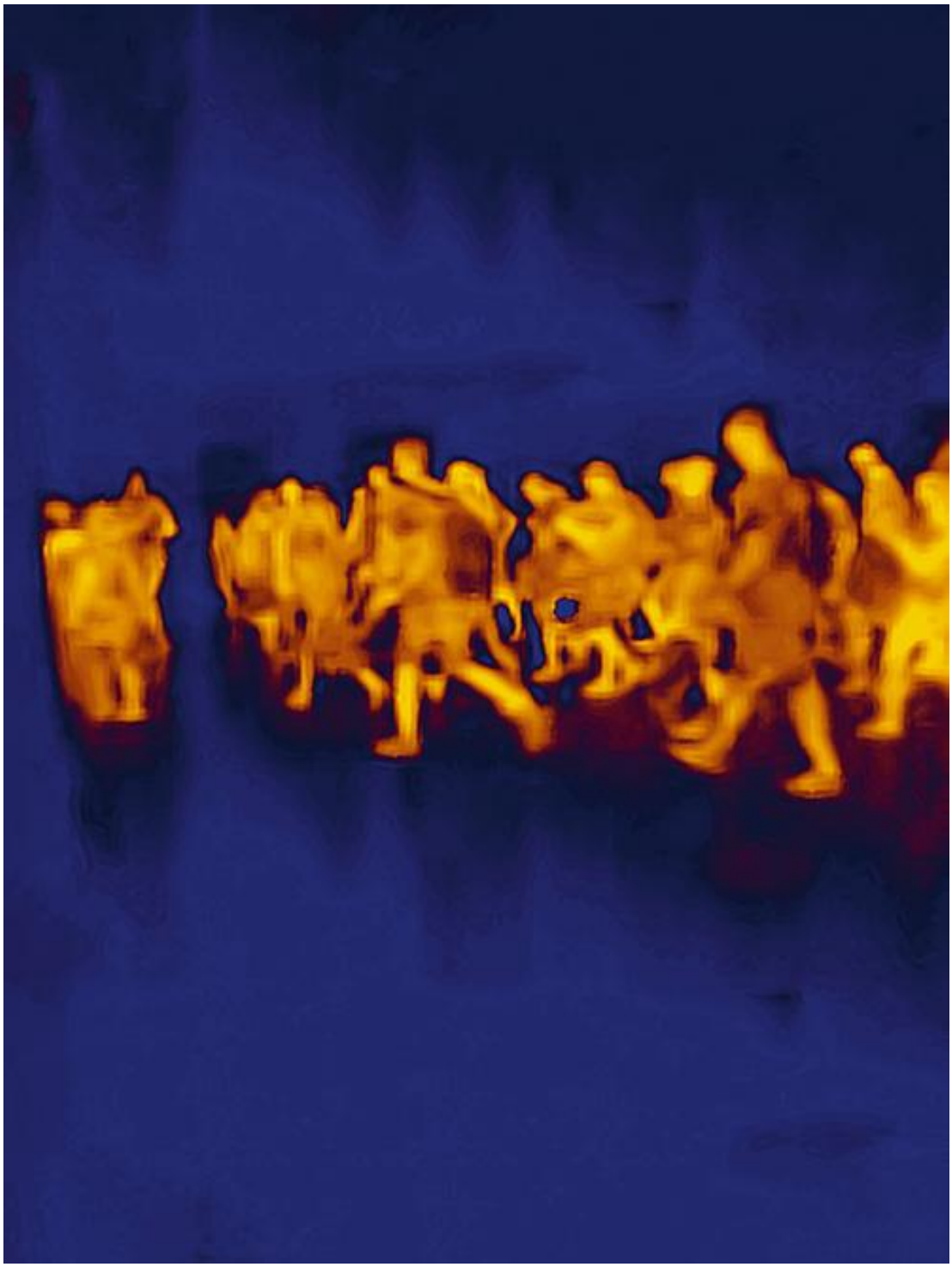
cuestionable (la palabra *yar*, comúnmente utilizada en Ucrania para designar un barranco, es de origen turco). Los días 29 y 30 de septiembre, según su propio recuento obsesivo, las fuerzas alemanas fusilaron a 33.771 judíos de todas las edades. Durante la ocupación, en este barranco seguirán produciéndose matanzas, que poco a poco se irán convirtiendo en un procedimiento regular, según algunas fuentes los martes y los jueves. El total de víctimas se estima en unos cien mil, 60.000 judíos y otras 40.000 personas: soldados del Ejército Rojo, marineros de la flota del Dnipró, comisarios políticos, agentes del NKVD, civiles tomados como rehenes, gitanos, nacionalistas ucranianos, sacerdotes, enfermos mentales y muchos otros que tuvieron la desgracia de disgustar al ocupante. Eso en cuanto a los hechos acaecidos entre 1941 y 1943.

15. La masacre en sí ya la describí en otra parte. Aquí no volveré sobre ella.

Fuera de las profundidades

16. A Babyn Yar puede llegarse en metro. Hay que tomar la línea 3 y bajar en la estación Dorohózhytchi, al noroeste del centro de la ciudad. Dicen los rumores que cuando excavaron esta estación, en los años noventa, después de la independencia, los obreros subían a la superficie volquetes cargados de huesos. Las autoridades tuvieron que hacer intervenir a un experto, Iliá Levitás, director del Consejo Judío de Ucrania, quien finalmente determinó que el lugar de la masacre se hallaba 15 metros a la derecha de las obras.[6] Según parece, yo a este Iliá Levitás lo conocí una vez, en 2002, mientras estaba llevando a cabo ciertas investigaciones en Kyiv. Su nombre y sus datos figuran en mis notas de la época con fecha del 20 de agosto y con alguna información parcial que él me habría proporcionado, concretamente sobre la participación de colaboracionistas ucranianos en la matanza. Desafortunadamente, no lo recuerdo, y ahora está muerto.

17. Gracias a la intervención de Levitás, el escándalo fue silenciado y en marzo de 2000 se inauguró la estación. Circulen, circulen. Pero el expulsado siempre vuelve. El amigo mencionado más arriba se llama Iliá Khrzhanóvskiy; es cineasta, y desde hace unos años también director artístico del Babyn Yar Holocaust Memorial Center (BYHMC), una fundación memorial privada sobre la que volveré más adelante, creada tras la revolución del Maidán por un grupo de oligarcas y hombres de negocios rusos, ucranianos y americanos, pero sobre todo judíos. En cierta ocasión, Iliá Khrzhanóvskiy trató de cambiar el nombre de esta estación por «Babyn Yar». Craso error. El barrio se rebeló, las autoridades entraron en pánico, tuvo que dar marcha atrás enseguida. Todo tiene sus límites.



18. Un día de junio de 2021, el año anterior a la invasión rusa, Antoine y yo tomamos el metro de la línea 3 para llegar a Babyn Yar. En Dorohózhytchi,

las puertas se abrieron con un gran chasquido y los vagones vertieron una densa multitud que fue fluyendo en pequeños torrentes, separados por los arcos de mármol, para reunirse en el andén en una corriente compacta que avanzaba hacia las escaleras mecánicas. Eran personas de todas las edades, diferenciadas por su ropa, su pelo, sus bolsas, sus posesiones y la forma de sus cuerpos. Así canalizadas, manaban hacia donde pensaban que debían ir, sin hacerse demasiadas preguntas sobre lo que les esperaba. Antoine las fotografió con una cámara térmica: las imágenes mostraban una fila de espectros naranjas con forma humana avanzando en fila sobre un fondo azul.

19. Como todas las estaciones de metro de la antigua URSS, la estación Dorohózhytchi fue diseñada para servir de refugio en caso de guerra, de modo que el 24 de febrero de 2022 y los días siguientes, la gente del vecindario se refugió en sus profundidades. El gran vestíbulo de mármol fue transformado en campamento, la gente, abrigada, rodeada de algunas posesiones, de bolsas de comida y botellas de agua mineral, dormía alineada sobre colchones o encima de los asientos de los vagones allí detenidos, entre el eco de los gritos de los niños, los ladridos de los perros y el murmullo de las voces preocupadas.

20. Tomar las interminables escaleras mecánicas del metro de Kyiv es algo que me gusta mucho. Las de Dorohózhytchi tardan por lo menos tres minutos en izarte hasta la salida. Eso me dejaba todo el tiempo del mundo para contemplar las cajas luminosas de las vallas publicitarias, una cada ocho segundos, la perspectiva de los arcos de la bóveda que iban desfilando ante mí, los hombros cansados de la persona que ascendía en el peldaño de delante del mío, las caras opacas de la gente perdida en sus pensamientos o en sus teléfonos mientras bajaban por la escalera mecánica de enfrente, con una rara, una fugitiva sonrisa.

21. Ya arriba, había que empujar una de las pesadas puertas acristaladas. Era maciza, resistente, me pregunté cómo hacían los niños y los ancianitos.

Se abría a un *perekhid*, un paso cubierto pero no completamente subterráneo en que convergían varias rampas o escaleras que desembocaban allí desde distintos lados del cruce que había en la superficie. En ese *perekhid* hay: un Big-Burg, un Arabik Chaourma, un minisupermercado Kolo, una peluquería sin nombre, dos vendedores de flores que exponen sus ramos en el suelo, un kiosco donde venden material electrónico, una tienda de precios bajos llamada Bonus, una droguería Watsons y cuatro tenderetes de café y pastelitos: Kaviarnia-Kondíterska, Premium Coffee, Energy Coffee y Aroma Kava. Antoine eligió un poco al azar el Aroma Kava, yo me pedí un té, él un expreso, nos los bebimos allí de pie entre la gente del barrio y los vagabundos apostados en los rincones. Más tarde volvimos allí a menudo, a veces les dábamos café a los sin techo, a quienes aquí llaman BOMZh (acrónimo de «sin lugar de residencia fijo», en ruso). En invierno eso te templaba, sentaba bien.

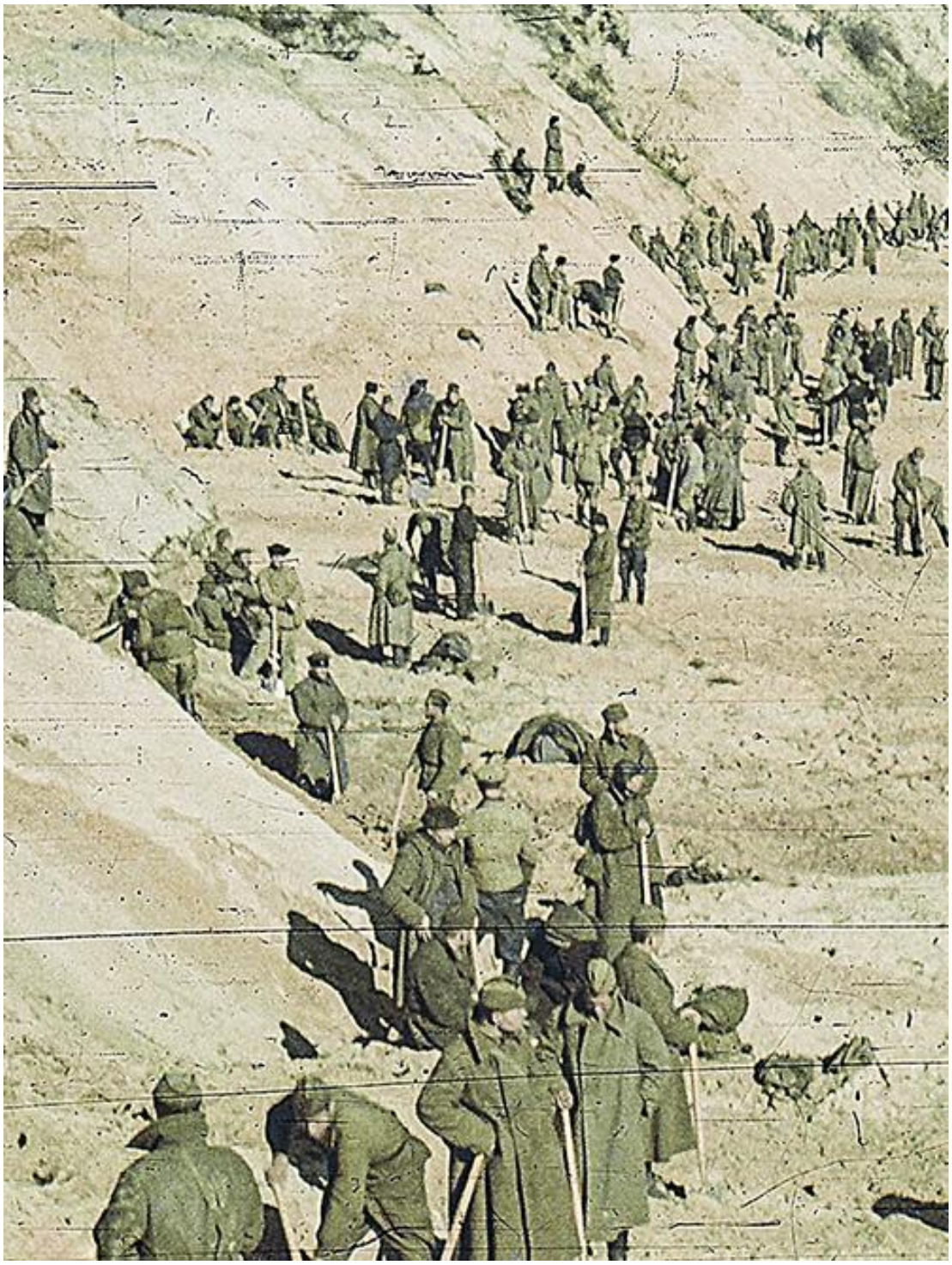
Actualización

22. Detrás del Aroma Kava, el *perekhid* daba a pie llano a un parque enorme. Eso es lo que nosotros mirábamos mientras soplábamos sobre nuestras bebidas calientes. Diseñado en los años setenta y acabado en 1980, el parque está distribuido en tres grandes partes: las dos primeras planas, poco boscosas, surcadas por caminos bordeados con cuerdas y separadas entre ellas por la calle Yuri Illienko y el *perekhid* del metro; y una tercera, a mayor altura y rodeada de pequeños barrancos, que se funde en un gran bosque llamado el Kyrílivskiy Gay. Durante el día está tranquilamente animado por corredores y paseantes, adolescentes en grupos, jubilados solitarios, vecinos que pasean al perro y mujeres jóvenes que empujan sus cochecitos, a menudo en parejas o acompañadas de sus madres. Estas personas beben cerveza, hablan por móvil, ríen, charlan e ignoran soberanamente las decenas de monumentos que llenan el parque cada pocos metros. Si nos adentramos un poco en las zonas boscosas de al lado, enseguida encontramos restos de pequeñas hogueras, montones de basura y

de botellas vacías. Por la noche, los grandes caminos están iluminadas por farolas LED; detrás, a oscuras, quedan los árboles, las masas del bosque. El parque nunca queda vacío; se oyen pasos sobre las losas, conversaciones tranquilas y banales, risas, luego grillos y, más allá, el incesante zumbido de los vehículos que pasan por Illienko y sobre todo por la calle Olena Teliha, el gran eje que separa el parque del barrio de Syrets. Los bosques, por la noche, son el dominio de los BOMZh, y aparte de bebedores solitarios y amantes que carecen de un espacio íntimo y diseminan sus condones por entre los árboles, pocos son los que en ellos se aventuran. Pero a mí cuando más me gusta es en invierno. Cuando cae una nieve ligera, feérica, desde un cielo gris y encapotado, recubre suavemente el parque y todo sigue igual de animado: los caminantes continúan circulando por los caminos como fantasmas abrigados, los niños vestidos con monos de nieve de colores chillones huyen de sus molestos padres o juegan con sus trineos lanzando agudos gritos de felicidad, formando como series de pequeñas manchas de colores sobre el espesor blanco que cubre el lugar.

23. Me habían dicho: Babyn Yar es aquí. Pero Babyn Yar era un barranco, y aquí está todo plano. Qué curioso no-lugar, hasta los barrancos han desaparecido. Es algo que empezó inmediatamente después de la matanza: ya en la noche del 29 de septiembre, los alemanes derribaron con excavadoras una parte de los flancos del *yar* para enterrar los cuerpos. Mirad las famosas fotos en color, tomadas por un tal Johannes Hähle, fotógrafo habitual de la Propaganda-Kompanie 637, probablemente el 1 de octubre de 1941: en tres de ellas veréis a decenas de prisioneros de guerra soviéticos custodiados por soldados de la Wehrmacht, aplanando con palas la masa de tierra amontonada sobre los cadáveres. La operación alemana de camuflaje siguió adelante hasta el último momento. A partir de mediados de agosto de 1943, poco antes de que el Ejército Rojo volviera a tomar la ciudad, la SS movilizó a varios centenares de detenidos del campo de concentración de Syrets, tanto judíos como no judíos, para desenterrar los restos de las víctimas y quemarlas en unas piras enormes construidas con raíles, así como con las rejas de hierro forjado y las lápidas de un

cementerio judío cercano. El 29 de septiembre, día del segundo aniversario de la masacre inicial, 327 de esos prisioneros, conscientes de que también ellos iban a ser liquidados, se sublevaron; 18 de ellos sobrevivieron para dar testimonio de aquella operación de limpieza. El poder soviético continuó con su obra y la culminó. En 1950, una comisión de la ciudad de Kyiv decidió nivelar Babyn Yar por completo, vertiendo las aguas fangosas sobrantes de las numerosas fábricas de ladrillos de Syrets o de la calle Kyrílivska (la mayoría de cuyos antiguos propietarios y obreros, que eran judíos, yacían en el fondo del barranco). Se instalaron tuberías y las aguas fangosas fueron llenando un ramal del barranco tras otro, luego quedaban estancadas durante largos meses, y a medida que el agua se evaporaba, el fango se iba secando y a continuación vertían otra capa. En otros tiempos, la gente sencilla del centro de Ucrania –que tomando como referencia el río Dnipró, que divide el país en dos, se llama Ucrania de la orilla derecha– creía que «Dios creó la tierra plana, y Satanás surcó los barrancos, creó oscuras las arboledas y los lugares sin luz donde se ocultan los espíritus».[7] En Kyiv, los alemanes y luego los soviéticos prolongaron la obra de Dios y borraron la del diablo.



24. El llenado de los barrancos del distrito de Shevchenko continuó a lo largo de toda la década de 1950. Pero el invierno de 1960-1961 fue

especialmente nevoso, y en marzo cayeron sobre la ciudad unas lluvias torrenciales; además, las fábricas de ladrillos –una golondrina no hace verano– superaron sus expectativas y en consecuencia produjeron un excedente de residuos. Durante las primeras horas de la madrugada del 13 de marzo de 1961, una presa mal construida fue incapaz de resistir tanta presión y cedió, dejando escapar millones de metros cúbicos de lodo líquido que inundaron el barrio de Kurenivka y ahogaron a los vecinos en las plantas bajas, en los sótanos y en los vehículos. El recuento oficial de víctimas ascendió a 145 muertos; la realidad estaría más cerca de mil quinientos.[8] Las imágenes filmadas del barrio después del desastre muestran un mar de lodo sin fin en el que sobresalen casas bajas, cabinas de camiones, tranvías, árboles y postes, y en el que los servicios de socorro chapotean penosamente. El poder soviético indemnizó a los supervivientes y encubrió el asunto. También puso fin discretamente a la operación de llenado de los *yary*, que en tanto que no llegó a completarse, dejó algunos al descubierto, y hoy siguen bordeando o resquebrajando la parte alta del parque.

25. Este lugar parece liso. La memoria de Babyn Yar, como los restos de los cuerpos, es subterránea (Leibniz habría dicho plegada). Es una memoria gris, espectral, oculta, pero que brota por todas partes, incluso de una taza de cartón llena de té caliente del Aroma Kava. Hay que rascar, luego sacarse la tierra de debajo de las uñas, restregarla entre los dedos, olerla, saborearla, ver qué pequeños indicios pueden extraerse de ella.

Monumentos

26. El 30 de mayo de 1955, el escritor soviético Vasili Grossman, «tras recorrer la calle Volkhonka a lo largo de los cordones de la milicia moscovita que contenía a una multitud de miles de personas deseosas de contemplar los cuadros de los grandes maestros», entró en el museo Pushkin de Moscú para acercarse a la Madonna Sixtina de Rafael, incautada

en 1945 en el museo de Dresde por las tropas victoriosas del Ejército Rojo y a punto de ser devuelta a la RDA, diez años más tarde.[9] El cuadro le causó vértigo. «Más tarde, caminando por la calle, asombrado y conmovido por el poder de esas impresiones repentinas […] entendí que la visión de esa joven madre con su hijo en brazos no me transportaba a un libro o a una música, sino a Treblinka…»[10] Y a continuación Grossman se cita a sí mismo, algunos pasajes de *El infierno de Treblinka*, un largo texto redactado como consecuencia del *shock* que le causó descubrir las huellas del campo de exterminio en julio de 1944, publicado por primera vez en *Znamia,* en noviembre del mismo año, luego presentado como testimonio por los fiscales soviéticos en los juicios de Núremberg, y rápidamente traducido a muchas lenguas europeas, incluyendo el francés, en noviembre de 1945.[11]

> Esos pinos, esa arena, esa vieja cepa, millones de ojos humanos los han mirado. […] Entramos en el campo, pisamos la tierra de Treblinka. […] Camisas medio descompuestas de los muertos, zapatos, engranajes de relojes, navajas, candelabros, zapatitos de niños con pompones rojos, ropa de encaje, toallas con bordados ucranianos, ollas, latas, tazas de plástico para niños, cartas de niños escritas a lápiz, pequeñas *plaquettes* de poemas… Seguimos avanzando sobre esta tierra sin fondo que ondea, la tierra de Treblinka, y de repente nos detenemos. Espesas cabelleras rubias y rizadas, cobre ondulante, cabellos de niña, finos, ligeros, encantadores, pisoteados en el suelo, y a su lado, rizos igualmente rubios, y más allá, sobre la arena clara, pesadas trenzas negras, y otras, otras más…[12]

Sin embargo, en *La Madonna Sixtina*, Grossman no cita el pasaje entero, omite las siguientes frases que en su texto original sí aparecen:

> La tierra ondea bajo los pies, blanda, grasa, como regada copiosamente con aceite de linaza, la tierra sin fondo de Treblinka, moviente como el abismo del mar. Este terreno baldío, rodeado de alambre de espino, se ha tragado más vidas humanas que todos los océanos y los mares del globo desde que existe el género humano. La tierra vomita fragmentos de huesos, dientes, objetos, papeles; no quiere guardar secretos.[13]



27. *Secretos, dice usted. Pero, ¿qué cosas dice? ¿Qué secretos? Mire a su alrededor.* Y sí, así es, dondequiera en este bonito parque que poses la

mirada das con un monumento, una estela, una placa. Y sin embargo, no siempre fue así. En 1961, desesperado por la oposición oficial ante cualquier tipo de memorialización del lugar, Evgeniy Evtushenko empezaba así su célebre poema: «*Nad Babim Yarom pamiatnikov niet*. Encima de Babiy Yar no hay monumentos». También a él lo conocí, según parece: buscando el poema por mi biblioteca, me encontré con un ejemplar de *Predutro* (*Antes del alba*) con una dedicatoria del autor a mi nombre. Me sorprendió, yo creía recordar que a quien conocí allá por 1988 en una lectura de poesía junto con Allen Ginsberg fue a Voznesenski, pero no, fue Evtushenko. Sea como fuere, hoy en día en Babyn Yar proliferan los monumentos, incluso pululan, y eso está lejos de haber terminado, cada tanto aparecen otros nuevos de debajo de las piedras, hoy el muro del recuerdo de Marina Abramović, mañana un kurgán de la memoria. ¿Será en este desmadre de monumentos donde sobrevive la memoria de Babyn Yar? ¿O acaso al contrario, y también ellos contribuyen a convertirlo en un «lugar de no-memoria»?[14]

28. Abordemos la cuestión a través de una lista. El asunto lo inaugura en 1976 el gran monumento de bronce a los Ciudadanos de Kyiv y a los prisioneros de guerra fusilados por el invasor alemán-fascista. En 1981, se erige una estela en memoria de los Jugadores de Fútbol del Dinamo de Kyiv, víctimas del famoso «Partido de la muerte», una hermosa ficción soviética en la que no abundaremos.[15] El primer monumento erigido tras la independencia fue la Menorá, en 1991, por la comunidad judía. Luego vienen: el monumento a los Prisioneros del Campo de Concentración de Syrets (1991); la cruz en memoria de los Miembros Ejecutados de la OUN (1992); la estela en memoria de los Empleados del Depósito de Tranvía de Podil, muertos en 1961 durante el desastre de Kurenivka (1995); el monumento a los Prisioneros de Guerra y a los Jugadores de Fútbol Ejecutados (1999); un cementerio simbólico, con una cruz memorial, dedicado a los Prisioneros de Guerra Alemanes (1999); las cruces de hierro por los Sacerdotes Ejecutados (2000); una cruz en memoria de los Sacerdotes Ejecutados (2000); un monumento a los Niños Fusilados en

Babyn Yar (2001); un monumento a los 751 pacientes del hospital psiquiátrico muertos a manos del régimen hitleriano en 1941-1942 (2001); una piedra angular para la futura construcción del Centro Comunitario de la Herencia Judía, instalado en el 60.º aniversario de la masacre de Babyn Yar (2001); una estela a los 752 pacientes [sic] del hospital psiquiátrico, muertos en 1941 a manos del ocupante hitleriano (2003); una estela a la memoria de los Especialistas del Hospital Psiquiátrico que se consagraron a los pacientes (2004); una cruz de madera para los 752 pacientes, así como las enfermeras, médicos, e internos del hospital psiquiátrico Pávlovka, fusilados por el ocupante hitleriano entre 1941 y 1945 [sic], con una lista de testimonios (fecha borrosa); un monumento a los *Ostarbeiters* o trabajadores deportados (2005); una estela en memoria de las Víctimas de la Tragedia de Kurenivka de 1961 (2006); un monumento a la resistente judeosoviética Tetiana Markus (2009); un monumento al escritor Anatoli Kuznetsov (2009); una estela conmemorativa para marcar la erección del monumento a las Víctimas del Genocidio Gitano (2011); un panel informativo del Esquema de la Reserva Nacional Histórica y Memorial Babyn Yar (2011); una estela en el punto de partida de la «Ruta de la Muerte» de los judíos, el 29 de septiembre de 1941 (2011); una cruz a la memoria de las Víctimas del Desastre de Kurenivka de 1961 (2011); cruces a la memoria de los Prisioneros de Guerra Soviéticos Fusilados en Babyn Yar (2011, 2012); una capilla monumental para las víctimas de Babyn Yar (2012); una placa sobre un techo de piedra cerca de esa capilla con una inscripción (2012); una capilla monumental para las Víctimas del Genocidio y del Holocausto de los Pueblos Ucranianos y Judíos (2012); una estela memorial «Tristeza eterna. En conmemoración eterna de las víctimas del Nazismo, fusilados en este lugar de Babyn Yar en 1941-1943» (2016); un monumento «Caravana de los Gitanos» (2016); 23 paneles de información sobre la historia de la tragedia de Babyn Yar (2016); una estela memorial «Metasecuoya ofrecida por RememberUs.org, en memoria de los niños judíos asesinados en Babyn Yar» (2017); un monumento a Olena Teliha y sus colegas muertos por la independencia de Ucrania (2017); un camino «Carretera del duelo» (2017); un monumento temporal «Campo de

espejos» (2020); cuatro piedras con fotos incrustadas «Panorama del pasado» (2020); un monumento a la Tragedia de Kurenivka (2021); una Sinagoga Simbólica (2021); un «Muro de cristal de las lágrimas» (2021).[16] La construcción del «Kurgán de la memoria», prevista para el 2022, ha quedado interrumpida de forma indefinida por la invasión rusa.

29. Y si la guerra la hubiesen ganado los alemanes, ¿ellos también habrían erigido un monumento a su «gran obra» en Babyn Yar? No cabe descartarlo. Yitzhak Arad, en su historia de los campos de exterminio del este de Polonia, escribe:

> En agosto de 1942, cuando los oficiales de las SS que visitaron a Odilo Globocnik [el comandante de dicha operación de exterminio], le preguntaron si no sería mejor incinerar los cadáveres de las víctimas de la Operación Reinhard que enterrarlos, por razones de secreto, y este respondió: «Muy al contrario, lo que deberíamos hacer es enterrar unas placas de bronce donde pusiera que quienes tuvimos el valor de llevar a cabo esta tarea titánica fuimos nosotros».[17]

30. Así las cosas, la memoria de Babyn Yar está totalmente fragmentada, forma como un caleidoscopio en el que cada cual contempla a sus propios muertos, al tiempo que la imagen de los otros queda borrosa, difractada, indecisa.[18] De ahí los conflictos de capilla, las polémicas, las querellas en internet que contaminan cualquier tentativa de aprehender este lugar en su conjunto. Pocos son los ucranianos que, como Antón Drobovych, director del Instituto Ucraniano de la Memoria Nacional (UINP, según el acrónimo ucraniano), pueden decir: «Babyn Yar es una tragedia de la comunidad en su conjunto. Mataron a tu vecino que cuando estabas enfermo te llevaba *varéniki* [una especie de raviolis tradicionales], a la abuela que te contaba leyendas, a tu *dvírnyk* [portero], a tu dentista, a tu profesor… Babyn Yar afectó a todos los habitantes de Kyiv».[19] Si cada grupo reclama su pedazo de Babyn Yar, entonces el lugar pertenece a todo el mundo, pero no a todos.

Errancias

31. Terminada la pausa para el café, Antoine y yo echamos a andar por la avenida principal del parque, rectilínea y bordeada de álamos. Muchos de los monumentos de mi lista están repartidos en el terraplén central. Antoine no intentó fotografiarlos, no le interesaban. Yo no podía dejar de mirar las volutas de borra algodonosa de los álamos, llamadas *pukh* tanto en ucraniano como en ruso, unos regueros blancos aglomerados por la brisa al borde de los adoquines, y mientras las miraba fantaseaba con sacar el mechero e ir a prenderles fuego. El *pukh* es extraordinariamente inflamable y arde tan rápidamente que no supone el menor riesgo, la llama corre a lo largo del reguero; el juego consiste en que llegue lo más lejos posible sin apagarse. Pero me dio miedo que una de las feroces abuelas del barrio me regañara, a pesar de que lo más seguro es que en tiempos de Brézhnev o de Jrushchov, incluso de Stalin, ellas hicieran lo mismo con sus amigas.

32. Ante nosotros, a la derecha al final de la avenida, se alzaba la valla que rodeaba el lugar reservado para el futuro kurgán. Tiramos por allí, en dirección a la colina. Justo en ese lugar, nuestro amigo Dima Stoikov había rodado una divertida peliculita para una serie que le encargó el BYHMC y que quedó rápidamente interrumpida: Diario de Babyn Yar. En esa película, dos BOMZh vestidos con bastante corrección, uno de unos cincuenta años y el otro más joven, hurgan en una tubería de hormigón que emerge de un pliegue de césped para sacar latas y botellas que van metiendo en bolsas de plástico. «Lo único que hacemos es trabajar», dice el mayor en ruso mientras el otro aplasta una lata. Sus gafas de sol de espejo le esconden la mirada y apuntan directamente hacia la cámara de Dima: «Es trabajo. Es trabajo de verdad». En segundo plano pasan tranquilamente unas mujeres con sus cochecitos, él agita su colilla. «Vivir en este país y comportarse de esta forma… Deberían dedicarnos un monumento, como aquel de allí.» – «Sí. Como aquel», añade al más joven. – «Bueno –continúa el primero–, para los gitanos no, por supuesto.» – «Nosotros no somos gitanos, pfff». –

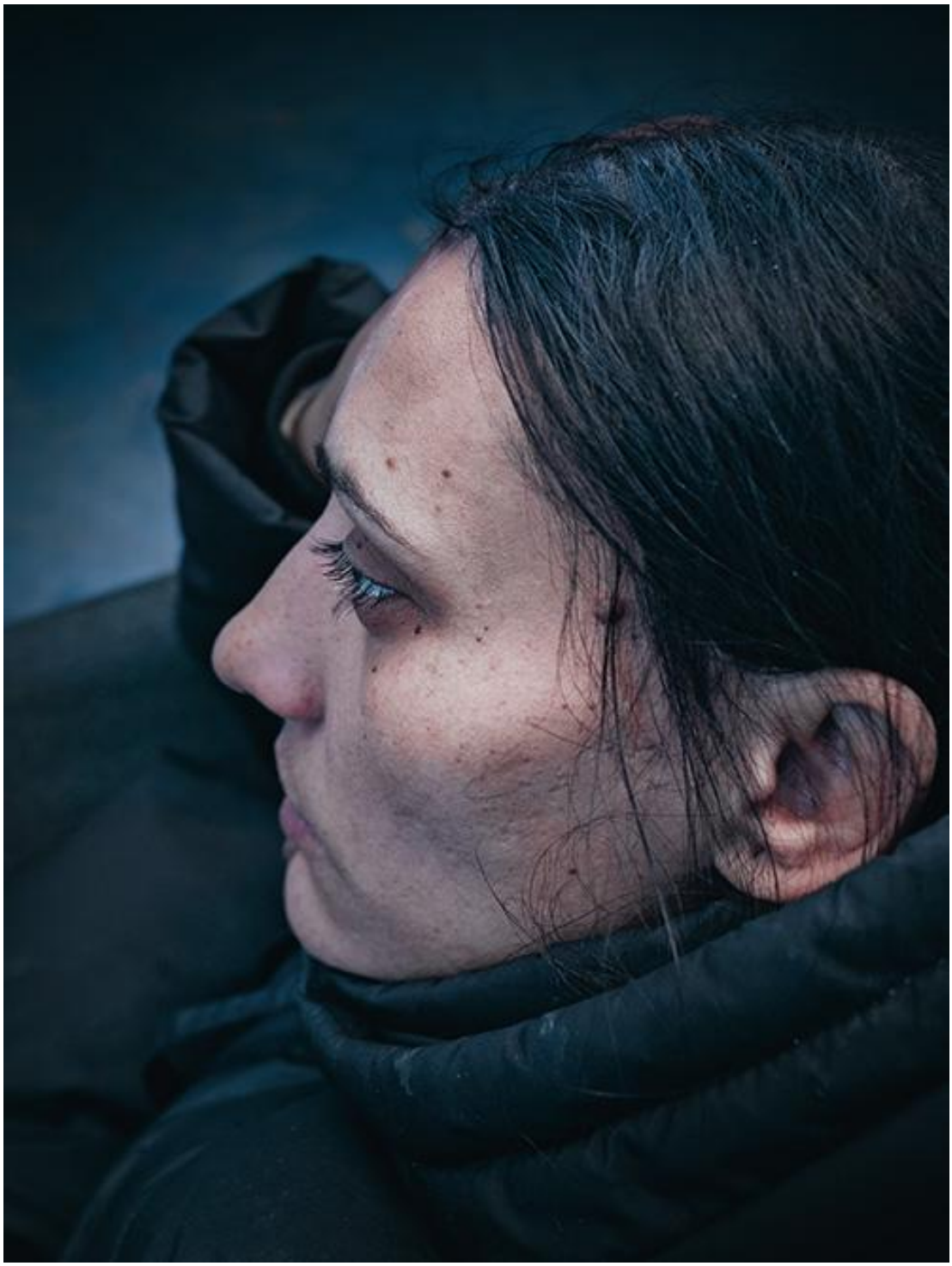
«Dedicarnos un monumento y ya está, porque sobrevivir… lo que se dice sobrevivir…»

33. Ahora teníamos justo delante el monumento que señalaba el BOMZh de las gafas de sol, y que quedaba fuera de campo. Antoine tampoco quiso fotografiarlo, pero yo sí tomé una foto con el teléfono, para conservar un rastro. Hay que reconocer que es bastante feo. Es de bronce y representa una *kybytka*, un gran carro cubierto con una lona, de tamaño natural y decorado con cadenas de guirnaldas de flores, inclinado sobre una pila de piedras planas y dedicado, tal como indican las dos placas que penden de las cadenas, una en ucraniano y la otra en romaní, a los gitanos exterminados por los fascistas entre 1940 y 1945. Al igual que el pueblo al que conmemora, este carro se ha pasado mucho tiempo errando antes de hallar por fin su lugar aquí, no lejos del sitio donde en 1941 fueron fusilados tres tábor gitanos, puede que incluso antes que los judíos. Financiado por donaciones privadas, fue fundido a finales de los noventa, pero el Ayuntamiento de Kyiv, y aquí cabría preguntarse por qué razón, se negaba abiertamente a instalarlo, so pretexto de que no se insertaba en un conjunto memorial, pues en aquella época aún no existía. Al final fue a parar a Kamianets-Podilski, muy al oeste del país, y allí se quedó durante muchos años.[20] En 2004, por iniciativa del presidente Kuchma, la Rada, que es el parlamento de Ucrania, instituyó un «Día del recuerdo del Holocausto Gitano». La fecha elegida fue el 2 de agosto, aniversario de la tristemente famosa «Noche de los Gitanos» en Auschwitz-Birkenau.[21] Obviamente, eso volvía a poner a los gitanos aparte. Así me lo hizo notar una vez Zemfira Kondur, activista romaní empleada por el Consejo de Europa: «Cuando el 29 de septiembre viene el presidente a poner una corona de flores en Babyn Yar, lo hace por los judíos. Los gitanos ni siquiera están invitados». En 2009, las autoridades municipales erigieron una estela en Babyn Yar con la siguiente mención: EN ESTE LUGAR SE INSTALARÁ UN MONUMENTO A LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO DE LOS GITANOS. Un año después, apareció destruida por unos desconocidos. No fue

hasta 2016 que la «Caravana de los Gitanos» fue trasladada de Kamianets-Podilski a Kyiv, uniéndose así a los otros monumentos del parque.

34. A pesar de que en Europa Occidental la persecución nazi de los gitanos y los sinti, un tema que preocupaba a Himmler pero que a Hitler no le interesaba en absoluto, siguió siendo mucho más aleatoria que la de los judíos, en los territorios ocupados de la URSS y de Yugoslavia al parecer sí fue metódica. El investigador ucraniano Mijailo Tyaglyy ha identificado 140 lugares de matanza masiva de gitanos en el territorio contemporáneo de Ucrania. Pero tal como él demuestra, después de la guerra, la memoria soviética de las persecuciones y masacres de gitanos tomó un cariz diferente a la de los judíos: más que por el borrado, se optó por una insidiosa forma de reprobación. A pesar de que durante la guerra muchos gitanos lucharon en unidades de partisanos y en el Ejército Rojo, las representaciones que creó la prensa soviética después de 1945 «dieron forma, puede incluso que por negligencia, a la noción generalizada de que si los nazis persiguieron a los gitanos fue por su carácter supuestamente "asocial". Lo cual, en última instancia, contribuyó a transferir a las propias víctimas, al menos en parte, la culpa de haber sido perseguidas. Esas ideas […] siguieron vigentes hasta el colapso de la URSS, y fueron heredadas en masa por la conciencia de la población de la Ucrania independiente».[22] El gobierno hace esfuerzos: antes de la invasión rusa, el Ministerio de Educación había solicitado la ayuda del Consejo de Europa para codificar la lengua romaní en caracteres latinos, y de ese modo poder empezar a educar a los niños en su propia lengua. Pero la discriminación sigue siendo intensa, sobre todo en Transcarpacia, una región montañosa de los Cárpatos limítrofe con Hungría y Rumanía: «Se les reconoce por el color de su piel, por sus nombres, por sus ropas –me explicó Zemfira Kondur–. No se les permite salir de sus campamentos, los niños no van al colegio, se les prohíbe el acceso a los bares…». En 2018, en Kyiv todavía se hacían pogromos antigitanos de forma regular, organizados por S14 y otros grupúsculos neonazis, y difundidos con orgullo a través de YouTube.





35. De la *kybytka* nos dirigimos hacia la colina. A nuestra derecha, en el bosquecillo, se extendía una larga pared hecha de montantes de madera y

tela negra, una maqueta que representaba a escala real el futuro muro de antracita de Marina Abramović, aún a la espera de su ubicación definitiva. Detrás trajinaban unos obreros, sombras visibles a contraluz, lo cual a Antoine sí que le interesó, así que esperé un rato mientras tomaba algunas imágenes. Más allá del bosquecillo, más abajo desde la colina, se extendía el Campo de los Espejos, la primera creación del BYHMC, pero eso ya lo habíamos visto, así que subimos la colina todo recto hasta la Menorá, un gran candelabro de bronce de siete brazos erigido sobre unas gradas de piedra a menudo decoradas como establece la tradición, con guijarros, claveles (lo cual no es judío en absoluto), banderas israelíes y peluches, y flanqueadas por dos tablillas de piedra, una en hebreo y la otra en ucraniano, con la inscripción bíblica LA VOZ DE LA SANGRE DE TU HERMANO GRITA HACIA MÍ DESDE LA TIERRA. Ah, Caín, su resentimiento, su ira, su errancia: pero ¿qué pintaba eso aquí? ¿O es que los judíos asesinados de Babyn Yar serían hermanos de sus propios asesinos? Curiosa interpretación. A decir verdad, y que me perdonen, ese monumento no está mucho más logrado que la *kybytka* o el muro de Marina Abramović, finalmente inaugurado en octubre de 2021. Triste catálogo de monumentos, el de Babyn Yar, sembrados en el decorado para fundirse en él de forma inmediata, tan poco excelsos como una papelera, y no tan útiles como un banco público. Por lo menos, este tiene el honor de ser el primer monumento postsoviético y el primer monumento judío erigido aquí.

36. ¿Y los judíos? Ya llegaremos. De momento, apuntemos solamente que durante el desierto memorial de la época soviética, las comunidades judías de Kyiv hervían de impaciencia por erigir su propio monumento en cuanto las circunstancias lo permitieran. Cuando el 26 de agosto de 1991, pocos días después del golpe de Estado fallido de Moscú, la Rada aprobó un Acta de Declaración de Independencia de Ucrania, vieron la oportunidad de hacerlo. La Menorá fue erigida en diciembre, con la disolución oficial de la URSS, antes incluso de que la mentada independencia se hiciera efectiva. Junto con la democracia, el capitalismo salvaje y el reinado de los oligarcas, a Babyn Yar llegaba tranquilamente la concurrencia memorial.



Pliegues (de terreno)

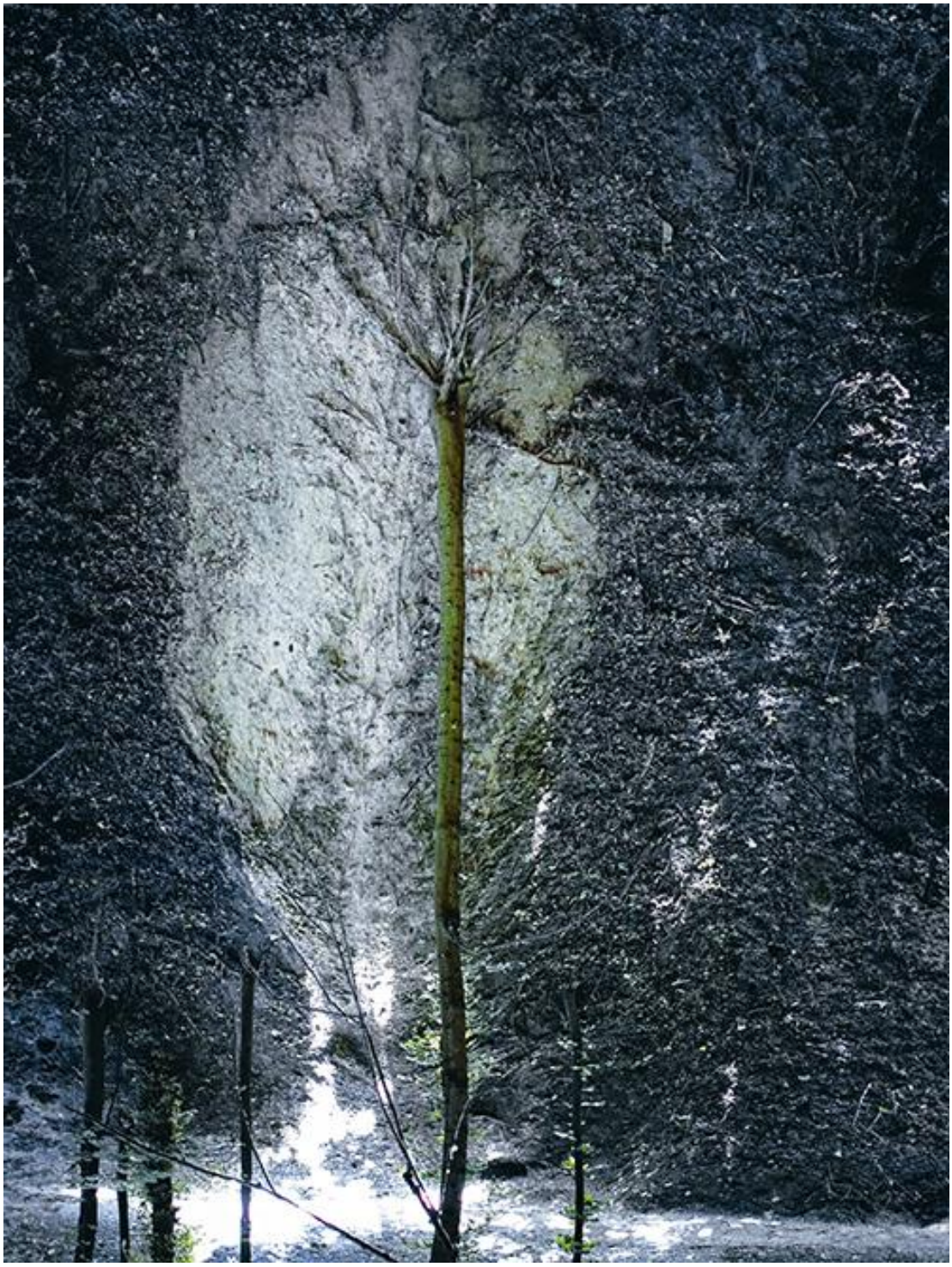
37. Hablo mal de todos esos monumentos: cierto, su *pathos* ordinario me resulta ofensivo. Pero justo detrás de la Menorá se erguía uno muy logrado, fruto de un proyecto del BYHMC que iba a ser inaugurado pocos días después de nuestro paseo, una pequeña sinagoga de madera concebida como un libro *pop-up* para niños, que se abría y cerraba con una manivela como un juguete gigante. Repartidos por los andamios, una docena de artistas seguía ultimando la decoración de las paredes y del techo con ingenuas pinturas tradicionales de las sinagogas desaparecidas de Ucrania. Unos días más tarde volvimos por la noche a ver un ensayo, había un guardia accionando lentamente la manivela ante una decena de espectadores, fue bonito, el techo se plegaba en dos mientras una de las paredes se cerraba sobre la otra y la suave luz anaranjada del interior desaparecía lentamente en el azul oscuro del crepúsculo para luego desaparecer.

38. Antoine fotografiaba la sinagoga, su sencilla fachada parecía gustarle. Yo lo dejé allí y rodeé el edificio. Un poco más allá estaba uno de los extremos de un pequeño barranco, no muy largo pero de paredes abruptas y profundas, una muesca boscosa que destripaba la colina. Me acerqué al borde, lo contemplé y fantaseé con la idea de bajar por el flanco, pero me pareció demasiado empinado. Antoine, que ya había venido, se mostró más temerario que yo, se agarró de un árbol a otro sin dejar de tomar fotografías y llegó hasta el fondo, perdiendo por el camino una parte de su material pero ileso. Más tarde, examinando un plano de Babyn Yar superpuesto sobre un mapa contemporáneo, constaté que aquel pequeño barranco y el largo acantilado que lo prolonga hacia la derecha formaron parte en otros tiempos de la cresta este del *yar* que luego fue rellenado, al norte del saliente occidental donde tuvo lugar la masacre. Vasili Grossman –un judío ucraniano de Bérdichev cuya madre fue asesinada, junto con toda la población judía de la ciudad, dos semanas antes de la *Grosse Aktion* de

Kyiv– describió este barranco tal como era antes de la masacre. Krymov, un comisario político venido de Moscú, llegó a Kyiv la víspera de la caída de la ciudad.

> El conductor detuvo el coche en las afueras de la ciudad, y Krymov siguió a pie. Bordeó un largo y profundo barranco con desprendimientos de arcilla y se detuvo, regocijándose involuntariamente del silencio y del encanto de la madrugada. El suelo estaba cubierto de hojas pequeñas, el sol matutino iluminaba el follaje otoñal. Aquella mañana el aire era excepcionalmente ligero. Se diría que el piar de los pájaros no hacía sino rizar la superficie profunda y clara del silencio transparente. El sol brillaba sobre las laderas arcillosas del barranco. La oscuridad y la luz, el silencio y el piar de los pájaros, el calor del sol y la frescura del aire creaban una sensación maravillosa; teníamos la sensación de que en cualquier momento iban a subir la cuesta los ancianitos de un cuento de hadas caminando tranquilamente.
>
> Krymov dejó el camino y se adentró entre los árboles. Vio a una señora mayor con un abrigo azul marino subiendo la colina con una bolsa de lona blanca sobre los hombros. […] Krymov le preguntó por el camino a Jreshchátyk, y la mujer le dijo:
>
> –Se ha equivocado de camino. Desde el barranco, Babiy Yar, debería haber tomado a la izquierda, pero por aquí se dirige hacia Podol, dé usted media vuelta, vaya hasta el barranco y pase por delante del cementerio judío siguiendo la calle Melnika, luego por la calle de Lvov…[23]

39. Di lentamente la vuelta al pequeño barranco y volví a bajar la colina por la izquierda para llegar por el fondo donde estaba Antoine. Desde aquí la sinagoga ya no se veía, no había más que árboles escalonados hasta la cima de la cresta, inclinándose unos sobre los otros y tapando el cielo. Me sentí muy pequeño, por primera vez aquí tuve la impresión de estar a punto de tocar algo. Ese pobre pliegue del terreno me hablaba con una voz suave, pero mucho más clara que el ruido de los monumentos.



Vía crucis

40. Finalmente volvimos a subir, deshicimos el camino. Pasamos por el lado de la Menorá y la sinagoga. Justo después, en el centro de una rotonda con flores, había una cruz, una gran cruz de madera coronada por un triángulo y decorada con un farol y un pequeño Cristo esculpido. Yo paré allí mientras Antoine seguía un caminito entre los árboles que recorría la cresta del pequeño *yar*. No tardé en perderlo de vista, y allí me quedé un momento, esforzándome en descifrar un texto en caracteres arcaizantes dorados y parcialmente borrados que habían grabado en mármol al pie de la cruz. Entonces Antoine me llamó y me adentré bajo los árboles para ir a buscarlo. Me señaló una inscripción pintada a mano en una crucecita negra hecha con tubos de metal y adornada en la base con flores de plástico. Se la traduje: «Protoierey Pável Ostrénskiy fusilado el 6 de noviembre de 1941». Un poco más allá había otra, esta vez dedicada a Skhimonákhinia Esfir, fusilada el mismo día «por los fascistas». Ahora la cresta del *yar* hacía una curva trazando un largo precipicio que dominaba la parte baja del parque. Aquí la arboleda era más espesa, el camino serpenteaba entre los árboles. Más adelante, en una tercera cruz de metal casi oculta en medio de un bosquecillo, se ofrecía una conmemoración más general, escrita en ucraniano: EN ESTE LUGAR EN 1941 MATARON A GENTE. QUE DIOS CONCEDA DESCANSO A SUS ALMAS. Ahí el camino se bifurcaba, a la izquierda se adentraba entre los árboles para bordear el precipicio, y a la derecha volvía en bucle hacia la gran cruz de madera. Detrás del monte alto, por este lado aparecía un grupo de estructuras de madera, una iglesia, una capilla, un campanario abierto con una docena de campanas pequeñas que quedaban a la vista.

41. Una placa en la capilla daba su nombre al lugar: «Iglesia memorial en honor del icono de la Madre de Dios “Dichosos sean los que lloran”». En el interior de la iglesia, una gran nave de madera inundada de luz con las paredes cubiertas por iconos modernos en marcos dorados. En la entrada,

una señora con pañuelo abstraída en su teléfono regentaba una tiendecita en la que vendía libros, folletos, crucifijos y reproducciones de iconos. Delante, entre carteles y cuadernillos diversos, había un letrero escrito en lengua rusa, impreso por ordenador, resguardado en una funda de plástico y metido en un marco barato. Me tomo la molestia de traducirlo aquí:

EN ESTA IGLESIA NO SE REZA POR:

- **La salud de**
  - **Los No Bautizados**
  - **Los Otros Creyentes** (Católicos romanos, Católicos griegos, Católicos)
  - **Los Sectarios** (Bautistas, Adventistas, Testigos de Jehová, la secta de Olga Asaulyak)
  - **Los Cismáticos** (los partidarios del Patriarcado de Kiev)
  - **Las personas que recurren a** los terapeutas extrasensoriales, las brujas, los curanderos, las «abuelas»
- **El reposo eterno de**
  - **Los Suicidas** (y también los que mueren por sobredosis de alcohol, de droga)

42. Maksym Iakover, director del BYHMC, ya me había hablado de esta iglesia. Fue construida ilegalmente a principios de la década de 2010, durante la presidencia del prorruso Víktor Yanukóvich, y como estaba afiliada a la Iglesia Ortodoxa Ucraniana, subordinada a su vez al Patriarcado de Moscú, las autoridades de la época decidieron cerrar los ojos; por otra parte, la Iglesia Ortodoxa Ucraniana no debe confundirse con la Iglesia Ortodoxa de Ucrania del metropolitano Epifanio I, los «cismáticos» del letrero de más arriba, a la que en 2018 el Patriarca de Constantinopla Bartolomé concedió la autocefalia, retirando así el reconocimiento concedido en 1686 de la jurisdicción de la Iglesia Ortodoxa Rusa sobre la Iglesia Ucraniana, y provocando un enorme seísmo político-teológico.

43. Conocer al pope de esta iglesia llevó su tiempo, era un hombre ocupado. Una asistente lo estuvo acosando durante semanas con llamadas telefónicas,

y cada vez que conseguía establecer una cita nos la anulaba en el último momento. Un hombre curioso, el padre Serguei. Cuando finalmente lo conocí, tuve la extraña sensación de encontrarme cara a cara, no con un personaje de Dostoyevski sino con un hombre que habitaba el rol de un personaje de Dostoyevski, o que por lo menos quedó tan marcado por él en su primera juventud que ahora ya no se daba cuenta de hasta qué punto su aspecto general y su modo de ser estaban más moldeados por un novelista que por los Evangelios: ropa negra y manchada, larga barba filamentosa, cuerpo enjuto y por si fuera poco cojo, mirada febril y casi alucinada, habitada por una misión que para el profano resulta incomprensible. Originario de Lugansk, en el Dombás, subió a Kyiv en 1995, y a partir de 1999 había estado viniendo aquí, en Babyn Yar, rezando al pie de una crucecita de madera (hoy en día reemplazada por la cruz grande que hay en medio de la rotonda) por el descanso de los sacerdotes asesinados en este sitio.

44. Debía de haber un montón. Pero como los archivos fueron destruidos, solo se conservan tres nombres: Pável, Esfir, y el archimandrita Oleksandr Vishnyakov. Cuando el padre Serguei hablaba de ellos pasaba del registro de Dostoyevski al de Vorágine y su *Leyenda dorada*: «Vishnyakov y los demás se negaban a rezar por la victoria alemana. Fueron arrestados, llevados a la Gestapo. Los *polizei* [colaboracionistas ucranianos] le ofrecieron a Vishnyakov comprar su libertad: él los llamó traidores. Entonces lo ataron a una cruz, le echaron gasolina, lo quemaron vivo y lo arrojaron barranco abajo». La única web que menciona la muerte de estos sacerdotes, la de la Reserva Nacional Histórica y Memorial Babyn Yar –la *zapovídnyk* encargada de la gestión y el mantenimiento de la web– indica más sobriamente y sin otras precisiones que Vishnyakov y sus compañeros fueron ejecutados.[24] «Rezar y recordar al archimandrita nos es de mucha ayuda. Él escucha y ayuda. Nos gustaría que lo canonizaran.» El proceso, por desgracia, fue bloqueado por cierto *kompromat* hallado en los archivos del SBU, el Servicio de Seguridad de Ucrania. El padre Serguei no concretó la naturaleza de esas «informaciones comprometedoras», pero era fácil

entender que Vishnyakov, como todos los sacerdotes autorizados a ejercer y a administrar una iglesia en tiempos de Stalin, había sido un agente del NKVD. El pope me hablaba ahora de la construcción de la iglesia. La primera misa se celebró el 6 de mayo de 2012 en una tienda de campaña. El metropolitano los apoyaba, pero no daba dinero: «Nos ayudó gente que conocíamos, gente de bien». En octubre de ese año, él y sus fieles terminaron la pequeña capilla; la iglesia fue construida sobre la marcha, y pudieron inaugurarla en diciembre, justo a tiempo para los fríos. Las campanas venían de Vorónezh, en Rusia. «El gobierno quiso expulsarnos, pero vieron que alimentábamos a los pobres del barrio. Dios les ha hecho comprender nuestra misión, y desde entonces nos dejan tranquilos.» Max Iakover me había dicho que el BYHMC estaba partiéndose el lomo por cerrar la iglesia. «Y los judíos –le pregunté al padre Serguei–, los rabinos que vienen a rezar ahí, en la Menorá, ¿los conocéis? ¿Hacéis alguna vez ceremonias en común?» Entonces me clavó sus ojos enardecidos: «No, nunca. Cada cual reza a su manera, en su lado».





Bajo los árboles

45. Dejamos atrás la iglesia y entramos en el bosque. Allí nos introducíamos en un espacio distinto, más crudo y salvaje, que de golpe nos llevaba a lo que podía haber sido aquel lugar antes de que lo convirtieran en una fosa común y luego lo borraran. Era el Kyrílivskiy Gay, el «Bosquete de Cirilo», frondoso, montañoso, recorrido de caminos asfaltados y pistas de cross. Bajo los árboles, se divisaban aquí y allá viejas lápidas en las que había inscritas fechas más o menos legibles, 1830, 19xx, restos del antiguo cementerio ortodoxo que hubo hace años en estas colinas. Una de esas tumbas, apartada del camino, había sido adornada recientemente con un círculo de ramas secas y flores de plástico; en un cruce que había más adelante se alzaban las ruinas grises de una cripta, la cripta de los hermanos Katchkóvskiy, Antón Erázmovitch, un estudiante de derecho muerto en 1898, y Piotr Erázmovitch, doctor en medicina y profesor en la universidad de Kyiv: entré, pero no había nada, solo un medallón en relieve prácticamente borrado y los restos de una hoguera. Seguimos paseando. Al borde del acantilado había tres adolescentes vestidos con sudaderas negras con capucha fumando y charlando en un arbusto. A sus espaldas se entrelazaban las ramas de los últimos árboles, y a través de estas se adivinaban los edificios del barrio de Kurenivka. «Hey, chavales, ¿podemos fotografiaros?» Uno de ellos se adelantó a los otros y de primeras se negó de oficio: «No, no. No me gusta que me fotografíen». Pero su amigo adolescente protestó tímidamente: «Venga, las fotos molan…». Desconfiado, el que asumía la función de jefe natural del grupo me preguntó: «¿Me las enviaréis? ¿Por Telegram?». – «Claro.» Se le iluminó el rostro: «Bueno, adelante. ¿Cómo queréis que pose? ¿Así? ¿Así?». Pero Antoine no quería que posaran. Ese tipo de fotos no tenían ningún interés.



46. A este bosque volvimos a pasear muy a menudo; a veces, cuando no sabía qué hacer, volvía yo solo y lo recorría de lado a lado, es un sitio que

me gustó mucho. En enero, cuando no hay nieve, los caminos son fangosos, los charcos brillan y reflejan los árboles pelados con ramas cargadas de espectrales bolas de muérdago; las nubes corren bajo un sol pálido y filtran una luz entrecortada. En verano, entre los árboles se distinguen claramente las viejas tumbas casi invisibles; no hay muchos paseantes, tienes todo el bosque para ti. En abril, los árboles siguen estando pelados, apenas asoman los primeros brotes; muy pronto, al cabo de un mes, se cubren de hojas y abrazan los caminos con su techo de verdor. En verano hay más gente, te cruzas todo el tiempo con velocipedistas y caminantes, paseantes, corredores y jóvenes sobrexcitados, así como con otros individuos más singulares, gente de rostro inextricable que murmuran en voz baja o se esconden detrás del tronco de un árbol y solo salen de su mundo interior para mendigar algún cigarrillo. Son pacientes del psiquiátrico situado al fondo del bosque que han salido a tomar el aire. Un día, Antoine fotografió a uno que se había encastrado en forma de V en la horquilla de un árbol, con los pies calzados y unas chanclas de goma a la altura de la cabeza, los ojos desorbitados, y estrangulándose con ambas manos como si el propio lugar le asfixiara.[25] La última vez que volví a ese bosque fue en septiembre de 2022, seis meses después del comienzo de la guerra. Seguía igual de acogedor, tranquilo en su curiosa aspereza. No vi a nadie.

47. Tras despedirnos de los tres jóvenes, estuvimos deambulando al azar, una vez a la derecha y otra a la izquierda. Giramos en un camino y desembocamos ante una gran estructura abandonada medio escondida detrás de una colinita boscosa. Avanzamos hasta la cima de la loma; el edificio en ruinas continuaba hacia abajo, repartido en varias alas de cinco o seis pisos, un vasto conjunto de muros de ladrillo amarillo, ese ladrillo tan típico de Kyiv, agujereado de ventanas abiertas que mostraban el interior de las habitaciones, sin una puerta, sin un marco de ventana, nada. Rodeamos la colina para dar la vuelta. Una vez abajo todo estaba abierto, había unas grandes entradas elevadas cubiertas por aleros de hormigón, pero sin escalones para acceder cómodamente. Al final encontramos una pequeña abertura en uno de los flancos y entramos en el edificio, bajamos algunos

peldaños y recorrimos el laberinto. Suelo de tierra compactada que olía a polvo y a moho, paredes cubiertas de grafitis, escaleras de hormigón sin lucir y sin barandillas, haces de luz blanca horadando la oscuridad de las estancias consecutivas, un silencio apenas puntuado por el canto de los pájaros en el exterior. Encontramos una última escalera que conducía al techo, se había derrumbado pero nos las arreglamos para trepar y llegar aún más alto, hasta salir a recorrer toda la extensión de esa ala. Las copas de los árboles salpicaban los alrededores, un poco más lejos se divisaba el tejado del psiquiátrico, y detrás la ciudad. Por el otro lado, el edificio dominaba un largo barranco boscoso, más allá del cual se alzaba una colina coronada por un gigantesco edificio en construcción rodeado de grúas.



48. Al final nos enteramos de que ese vasto conjunto abandonado tenía que haber sido un instituto psiquiátrico; lo habían estado construyendo en un

terreno alquilado al psiquiátrico, pero luego, en los años ochenta, lo dejaron a medio construir. Hasta la invasión rusa, era el campo de juego preferido de grafiteros, aficionados al *paintball*, jóvenes desocupados, amantes, curiosos, e incluso del ejército –como descubrió un día Antoine al topar con un soldado armado de pies a cabeza y suspendido del revés desde una de las ventanas vacías–, que lo utilizaba para sus entrenamientos. Aquí también volvimos a menudo. Un día, en otoño, seguimos a dos chavales con chaquetas fluorescentes que atajaron a través del bosque. En las inmediaciones de estas ruinas los perdimos de vista, nos pusimos a buscarlos por los pisos, fijándonos en el ruido de sus pasos o sus voces, de pronto los veíamos al fondo de un vestíbulo y luego los perdíamos de nuevo. Cuando llegamos al último piso del ala en la que estábamos, nos acercamos a una abertura y los vimos un poco más abajo, en el tejado de la otra ala, inaccesibles desde donde nos encontrábamos, con máscaras y guantes de látex, pintando con espray deprisa y corriendo un dibujo grande, una especie de pulpo azul, si mal no recuerdo. En lo que tardamos en volver a bajar un piso, cruzar el edificio y subir al mismo techo que ellos, ya habían desaparecido. El juego del escondite se estaba volviendo divertido, eran como astutos fantasmillas; de pronto sus voces resonaban bajo nuestros pies, a través de las losas de hormigón agrietadas del techo. Luego todo volvía a estar en silencio y nos quedamos allí, fumando y contemplando el paisaje, dominado por el edificio en construcción de enfrente, que no había avanzado desde hacía meses y que también debía de estar abandonado. Apoyado en la cornisa, vi a los dos chavales saliendo del instituto y adentrándose en el bosque. Me puse las manos a modo de megáfono y los llamé: «¡Hey, muchachos! ¿Podemos tomaros una foto?». Sus gritos de respuesta resonaron a través de los árboles: «No, no tenemos tiempo. Que tengáis un buen día». En mi último paseo otoñal por el bosque, atraído por el encanto casi erótico de las amplias salas en ruinas, aquí también regresé. La loma que había junto al edificio estaba ahora marcada por una serie de hoyos excavados con pala en la tierra grasa, eran posiciones de tiro individuales que daban la espalda al instituto y que

debían datar del sitio de Kyiv, en marzo. Pero no acababa de ver qué podían estar defendiendo. Puede que se tratase de otro entrenamiento.

Elogio de la locura

49. La primera vez habíamos salido del instituto abandonado por la parte de atrás. Fue un error, quedamos atrapados entre la maleza, chapoteando en el barro. Al final llegamos a un camino que un poco más allá desembocaba en una larga muralla agrietada y flanqueada en cada extremo por unas torres de vigilancia con ventanas enrejadas de color azul, claramente una especie de prisión. En realidad era una prisión psiquiátrica en la que, según dicen, estaban recluidos los psicóticos más peligrosos de Ucrania, violadores, asesinos en serie. Pasamos semanas tratando de que nos permitieran entrar, pero no hubo forma. La historia es larga y un poco absurda, en ciertos aspectos muy ucraniana, también completamente ridícula, no vale la pena contarla. De todos modos –debido a un cambio de legislación, o por falta de fondos, en lo que respecta a esta institución no hay nada claro–, el 21 de febrero de 2022, tres días antes de la invasión rusa, la acabarían cerrando y vaciando de sus ocupantes, que fueron dispersados por todo el país.

50. Inmediatamente después de la prisión, el territorio del psiquiátrico propiamente dicho empezaba con otro edificio abandonado, el *korpus 26*. Las puertas estaban abiertas, así que visitamos las polvorientas salas de terapia artística, todavía decoradas con algunos cuadros y con plantas, examinamos los retretes deteriorados y acariciamos a unos gatos, bien alimentados por un guardia invisible, para terminar en un pequeño jardín interior rodeado de ventanas parcialmente cubiertas de madera contrachapada y plagado de unas plantas más o menos moribundas que algún alma caritativa luchaba a todas luces por salvar. Arriba, en una de las salas de terapia, había unos obreros construyendo una estructura con tablones de pino. «¿Para hacer qué?» No tenían ni la menor idea. Unos días más tarde, caminando a lo largo de ese *korpus* en sentido contrario para

llegar al bosque, nos topamos con el rodaje de una película. Rodeado de proyectores, de varias cámaras y de un montón de técnicos, un tipo con chaqueta de cuero plantado delante de un coche de lujo apuntaba con su pistola a un hombre echado en el suelo con la camiseta empapada en sangre de mentira. Al vernos, un asistente se puso a gritar para que nos fuéramos, pero en lugar de dar marcha atrás, nos apresuramos a rodear la escena y continuar hacia la pared gris de la prisión psiquiátrica, a lo largo de la cual había algunos técnicos sorbiendo sus tés delante de los camiones con el material. Detrás de nosotros sonó un disparo, el único que íbamos a escuchar en Babyn Yar. Por la noche, un conocido me enseñó en su teléfono algunas fotos del interior del *korpus 26*, pues el día anterior lo había visitado: las salas de arriba habían sido decoradas a la manera de un asilo psiquiátrico de los años noventa, con camas, una oficina y grandes cantidades de material y de vajilla, un psiquiátrico falso dentro del verdadero.

51. Después del *korpus* en desuso nos dirigimos al edificio de administración. Es lo normal, cualquier visita a una institución tiene que empezar con una visita de cortesía al director. En la entrada, el guardia nos hizo esperar, y mientras estuve contemplando distraídamente sus cuatro grandes pantallas, ocupadas por un mosaico de vistas del psiquiátrico, cada pequeño rectángulo una combinación ligeramente diferente de gris y verde atravesada de vez en cuando por el gris oscuro del asfalto. Arriba nos volvieron a hacer esperar en un pasillo jalonado por los retratos de los directores históricos del psiquiátrico, hasta que al final nos dejaron entrar en la oficina del director vigente, Viacheslav Danílovich Michyiev. Era un espacio luminoso con paredes de color verde pálido y cuadros de un tal Slépchenko, con estanterías llenas de libros, esculturas africanas, orquídeas y jarrones chinos. El director nos contó afablemente la historia del psiquiátrico mientras nos servía un coñac armenio con galletas. En 1941, el momento de la caída de Kyiv, en el Hospital Clínico Psiquiatría, al que todo el mundo sigue llamando Pávlovka, que es su nombre ruso anterior a 1937, quedaban unos 1.500 pacientes; luego pasó a depender del Departamento de

Salud de las fuerzas de ocupación, las raciones fueron dramáticamente reducidas y los pacientes empezaron a morir de hambre. Dos semanas después de la masacre de judíos, los alemanes empezaron a liquidarlos. El 13 de octubre de 1941, miembros de los Einsatzkommando 5 fusilaron a 308 pacientes judíos en una fosa en el Kyrílivskiy Gay. En 1942, pasaron a los pacientes no-judíos, de los cuales varios centenares fueron gaseados en camiones, unos trescientos en enero de 1942, y el resto entre marzo y octubre, momento en que cesaron las matanzas, probablemente por falta de víctimas. Las cifras, que son precisas, aparecen detalladas en una serie de informes de los Einsatzgruppen que sobrevivieron a la guerra.[26]

52. Tras una reunión bien regada, al salir de la oficina de Viacheslav Danílovich volví a estudiar la fila de retratos del pasillo. Allí estaban todos los directores desde 1941 hasta nuestros días, aunque faltaba uno: el que debería haber estado entre el que terminó en 1942 y el que empezó en 1945. Enseguida pensé que estaban escamoteando el retrato de un director colaboracionista. En efecto, en 1946 el médico jefe del hospital, un tal Mússiy Tantsiura, fue procesado por colaboracionismo.[27] Ahora bien, en la galería de retratos del pasillo, Mússiy Dorofíivytch Tantsiura, un hombre un tanto grueso, de mirada firme enmarcada por unas gafas redondas y con la papada adornada por una pequeña barba muy fin de siglo, figura como el primer director del Pávlovka, entre 1941 y 1942, justo antes de Pylyp Danílovich Pánchenko, 1945-1959. 1941 y 1942 son precisamente los años de las matanzas; los años que faltan, 1943 y 1944, se corresponden con los de la vuelta del poder soviético. Así que mi primera hipótesis parecía inexacta. ¿Estuvo vacante la plaza del director, así como de muchos otros miembros del personal, durante el juicio a Tantsiura? Para esa pregunta no he logrado encontrar respuesta. Inicialmente, a Tantsiura y a sus colegas los condenaron a entre dos y diez años de campo, aunque luego fueron absueltos y liberados por decisión del Consejo Militar de la Corte Suprema de Ucrania; de hecho, Tantsiura, lejos de colaborar, se sirvió de su posición para salvar a numerosos pacientes, expulsando urgentemente a más de quinientos después de la primera masacre, y modificando las fichas médicas

de otros muchos para presentar su situación como menos drástica de lo que era.[28]

53. Viacheslav Danílovich llamó a su despacho a una enfermera, a la que también le correspondió una copita. «Tiene las puertas del hospital abiertas –dijo amablemente delante de ella–. Svetlana Mijáilovna, enséñeles todo lo que quieran ver.» El complejo es vasto, decenas de edificios repartidos sobre la larga colina que acaba en el Kyrílivskiy Gay, entre la calle Olena Teliha y el gran barranco que bordea el bosque por el este, el Repyahiv Yar. Primero, Svetlana Mijáilovna nos llevó a visitar un *kórpus* restaurado en estilo neoclásico que data de 1919, con cuadros que representan a Cristo, a Poncio Pilato y a unas mujeres desnudas, cerrado y custodiado por enfermeras corpulentas y autoritarias, puesto que está reservado a los pacientes considerados peligrosos para sí mismos, bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Luego pasamos al 10.º departamento, igualmente situado en un edificio de época zarista, muy cerca de la iglesia de San Cirilo. En una habitación oscura había una joven semidesnuda vistiéndose; salió a recibirnos con un vestidito ajustado de color azul. Cuando le pedimos permiso para fotografiarla, entró en su habitación y posó de pie, luego se sentó en la cama con las piernas cruzadas, como para un *selfie* de Instagram. Más adelante, una viejecita me abordó en un francés pronunciado con un acento muy correcto, puede que un tanto anticuado; sus primeras frases fueron muy claras, comprensibles, luego, de repente, se tornaron confusas y derivaron en un borroso galimatías para volver por un instante a un buen francés, fue inquietante: «¿Es usted mi hijo, señor?». – «No, señora, no soy su hijo.» – «Yo estudié en la Sorbona, ¿sabe? En la Sorbona, señor. Dígame, Édith Piaf ¿sigue viva?» Todo lo cual, a pesar de la tristeza que daban todas aquellas vidas rotas, resultaba muy cordial, muy pulcro, muy encantador; a nosotros nos hubiera gustado ver otra cosa, por ejemplo los bloques abarrotados con montones de pacientes apiñados en las ventanas, bajo las cuales habíamos pasado nosotros. Pero Svetlana Mijáilovna fue siempre muy evasiva. «Hoy es demasiado tarde, tendrán que volver en otro momento. Estoy segura de que no habrá ningún problema.»

Lo cual era un tanto optimista. Antoine, sobre todo, volvió muchas veces a este psiquiátrico para intentar hacer fotos, pero se encontró indefectiblemente con un muro de obstrucción pasiva: al llegar sonrisas, coñac y discursos simpáticos, y luego se las arreglaban para no dejarle ver más que bloques limpios y correctamente ordenados, llenos de pacientes tranquilos y sonrientes sobre sus camas recién hechas. Era frustrante. En febrero de 2023, durante la guerra, cuando Antoine regresó al Pávlovka enviado por el *New York Times* para fotografiar a militares traumatizados que allí atendían, el jueguecito siguió siendo el mismo: un día acceso libre y alfombra roja, y al día siguiente crisis existencial, prohibición absoluta de trabajar.[29] La víspera de su regreso a Francia, le pedí que saludase de mi parte a Michyiev. Como respuesta, me escribió: *Hoy estaba genial porque yo me iba y ya tenía ganas de deshacerse de mí*…



54. Por lo menos el primer día Svetlana Mijáilovna nos permitió visitar la morgue del psiquiátrico, un bonito edificio de época zarista con unas

paredes de enlucido fucsia muy agrietadas. En la primera sala, en unos grandes gabinetes de madera antigua había miles de placas de vidrio, muestras biológicas que aún se le tomaban a los pacientes de forma constante y que guardaban durante cinco años; la sala siguiente, aún más extensa, servía para las autopsias. Precisamente había una en curso, un joven médico barbudo abría el cadáver de una mujer muy anciana, lisa y amarillenta como una escultura de cera. Una mano crispada en lo alto, un seno colgando bajo la axila, el pecho abierto en triángulo y el cerebro colocado entre los pies, tras haber sido extraído del cráneo, abierto por la parte de arriba. Con la luz tan delicada que entraba por las ventanas opacas, allí había una buena foto para una cámara de gran formato, un cuadro a la manera de Jeff Wall, congelado en su perfección absoluta y realizado para que la mirada se pasease eternamente por todos y cada uno de los detalles, tal como estábamos haciendo nosotros. Pero en la morgue no se pueden hacer fotografías con cámara de gran formato. No se pueden hacer fotografías en absoluto.



55. Svetlana Mijáilovna dio por terminada nuestra visita en la iglesia de San Cirilo, una de las más antiguas de Kyiv, situada en el territorio del propio

Pávlovka, lo cual no es casual. Los monjes del monasterio fortificado vinculado a San Cirilo llevaban mucho tiempo ocupándose de los locos –los que se sienten cercanos a Dios–, y en 1787 Catalina *la Grande* hizo cerrar el monasterio para transformar sus dependencias en hospital. A medida que el hospital iba creciendo, la iglesia siguió allí, conservada aunque transformada en museo por los bolcheviques, que en 1936 derribaron el campanario. Los pasillos eran un hervidero de pacientes paseando en ropa de calle o en batas, solos o acompañados por sus familias. De un edificio administrativo, salió un monje barbudo con el *smartphone* pegado a la oreja, muy elegante con sus largos ropajes negros perfectamente tallados, y se metió en un flamante Mercedes nuevo; un poco más lejos, en medio de una gran zona de césped, un empleado del hospital tallaba una escultura de madera encaramado a un andamio tambaleante. En el caminito que bordea la pequeña iglesia de madera construida para los pacientes creyentes –ya que la de San Cirilo sigue siendo un museo y uno no puede ir allí a rezar–, una mujer enloquecida hacía frente a un joven musculoso que iba sin camisa y le sacaba una cabeza, tratando de arrastrarlo hacia atrás mientras él forcejeaba y avanzaba, paso a paso, hacia las escaleras del fondo que conducían a la avenida. «*Sinok, sinok! Stoï!*», gritaba la madre entre sollozos mientras lo besaba frenéticamente, «¡Detente, criatura!»; en el suelo yacía una camisa violeta arrugada y olvidada; junto a ellos había otro hombre, regordete y con aire perdido, también él claramente de la familia, agitando las manos e intentando en vano calmar al joven. Este último forcejeaba obstinadamente, arrastrando consigo a su madre, que seguía agarrada a él con todas sus fuerzas, mientras Antoine tomaba discretamente algunas fotos; los tres se alejaron sin que la madre y el hijo se soltaran el uno del otro, pasaron junto a San Cirilo y desaparecieron. Un poco más tarde, di la vuelta a la verja de la gran iglesia y abajo volví a encontrarme con la madre, acostada entre los árboles sobre la baranda de piedra de otra escalera, exhausta, turbada. El muchacho y el hombre habían desaparecido; Antoine la volvió a fotografiar, yo también. Luego regresamos a San Cirilo a comprar nuestras entradas para la visita. La madre nos alcanzó en el patio que hay delante de la iglesia y nos increpó con violencia, cabreada porque

la hubiéramos fotografiado. Mientras nos dedicaba todo su furor, yo le iba traduciendo a Antoine: «Quiénes sois vosotros, con qué derecho fotografiáis a la gente, nosotros no somos africanos…». Al final aceptó mis explicaciones, se calmó y empezó a discutir con Svetlana Mijáilovna. Su hijo, internado en el 6.º departamento, había decidido marcharse, y el hospital se negaba a impedírselo. Svetlana Mijáilovna le explicó pacientemente lo que decía la ley: el hospital solo podía aceptar pacientes que ingresaban de forma voluntaria, y sin una orden judicial no tenía derecho a retenerlos por la fuerza; si el muchacho era peligroso, su madre tenía que ir a solicitar una orden a un juez, y si no, solo quedaba que ella lo convenciese. La madre volvió a sollozar mansamente: «¿Vosotros no podéis hacer nada? ¿En serio no podéis hacer nada?».

56. Al final entramos en la iglesia. El exterior, blanco con cúpulas verdes, había sido completamente remodelado en estilo barroco debido a un violento incendio en 1734, pero el interior seguía siendo muy parecido a lo que fue en la época de Vsévolod Ólgovich, príncipe de Chernígov, que la fundó en el siglo XII. Las altas columnas seguían cubiertas de frescos de la época, de colores desvaídos, sublimes de delicadeza; pero entre ellas desentonaban otra serie de frescos brillantes de tanto color, pintados en el estilo simbolista de los años 1880 por el gran artista Mijaíl Vrúbel. El escritor soviético Konstantín Paustovski describe a Vrúbel como un hombre casi tan atormentado como los pacientes del psiquiátrico que rodean la iglesia. Un día, en 1904 o 1905, el padre de Paustovski lo llevó a un hotel de Kyiv a que conociese a Vrúbel:

> Mi padre llamó a una puerta baja. Esta fue abierta por un hombre delgaducho vestido con una chaqueta desgastada. Su cara, sus cabellos y sus ojos eran del mismo color que su chaqueta: gris con lamparones amarillentos. […]
>
> Tomó a mi padre por el brazo y lo llevó a una mesa. Yo miré tímidamente la habitación a mi alrededor. Era una mansarda. Clavados sobre un papel de pared oscuro había algunos dibujos a la acuarela. Vrúbel sirvió coñac para mi padre y para sí mismo, se bebió el suyo de un trago y se puso a caminar por la habitación. Hacía chasquear

ruidosamente sus tacones. Yo me fijé en que llevaba unos tacones muy altos. Mi padre dijo algunas palabras alabando las acuarelas clavadas en el papel pintado.

–¡Porquerías! –replicó Vrúbel encogiéndose de hombros. Dejó de caminar por la habitación y se sentó a la mesa–. No sé por qué, pero no hago más que dar vueltas como una ardilla –dijo–. Estoy cansado de mí mismo. ¿Qué le parecería ir a Lukiánovka, Gueorgui Maksímovich?

–¿A la iglesia de San Cirilo?

–Sí. Quisiera contemplar mi trabajo. Lo he olvidado por completo.

[En el carruaje,] Vrúbel y mi padre fumaban. Yo miraba a Vrúbel y sentía pena por él. Estaba lleno de tics, tenía una mirada huidiza, hablaba de manera incomprensible, se encendía los cigarrillos y enseguida los tiraba. Mi padre le hablaba suavemente, como a un niño. […]

Dentro de la iglesia de San Cirilo, Vrúbel examinó en silencio sus propios frescos. Parecían estar hechos de arcilla azul, roja y amarilla. Yo no podía creer que aquellas imágenes tan grandes de las paredes pudiera haberlas pintado aquel hombre delgaducho.

–¡Esto es pintura! –exclamó Vrúbel mientras salíamos de la iglesia.[30]

En los rincones dormían apaciblemente varios gatos, otros se escondían a lo largo de las paredes. Encima de un pilar, un ángel medieval medio borrado y virilmente combado desenrollaba un rodillo que se desplegaba y se enrollaba sobre sí mismo como una larga sábana arrastrada por el viento. Nuestro guía estaba comentando los frescos, los de Vrúbel y los antiguos, cuando el joven de hacía un rato, esta vez en camiseta, entró en la iglesia. Tembloroso, nervioso, agitado de tantos tics, se puso a recorrer la nave trazando una gran vuelta tras otra mientras nuestro guía, sin interrumpir sus explicaciones, lo miraba con el mismo aire inquieto que debió de agitar a Paustovski delante del pintor Vrúbel, cuando este contemplaba sus obras en aquel mismo lugar, hace más de un siglo.

57. Según dicen, bajo la iglesia habría unas grutas que hace siglos ocuparon los monjes y que habrían sido clausuradas en 1953. Puede que fuese en una de esas cavernas, en cualquier caso en una de las grutas de Babyn Yar, donde en marzo de 1911 fue hallado el cadáver de Andrii Yushynsky, un

muchacho de trece años desaparecido unos días antes. Una vaga denuncia llevó a detener a un encargado judío, Menahem Méndel Beilis, de la fábrica Záitsev, quien por instigación de unos fiscales antisemitas fue acusado de asesinato ritual. El juicio tuvo una enorme repercusión y dividió a la sociedad ucraniana, como había sucedido unos años antes en Francia con el caso Dreyfus. Un jurado compuesto principalmente por campesinos ucranianos acabó absolviendo a Beilis (que llegó al final de sus días tranquilamente en Nueva York), pero aceptando el argumento de las autoridades, según el cual la muerte del niño habría sido un asesinato ritual.[31] Ya en sus inicios, Babyn Yar estaba vinculado con los judíos. Pero se trata desde siempre de un lugar complicado, conflictivo, peligroso. Ya en el Paleolítico Superior se instalaron allí poblaciones humanas, cazadores de mamuts que debían de utilizar los barrancos que surcaban la parte posterior de los grandes acantilados que bordeaban la orilla occidental del Dnipró para acorralar a sus presas y entramparlas. Durante mucho tiempo, esos barrancos formaron una especie de límite en la parte trasera de la ciudad, un laberinto que podía servir fácilmente de defensa natural; durante los siglos de la Rus de Kyiv, ese era el lugar privilegiado por el que los príncipes rivales de los ruríkidas reinantes lanzaban su ataque sobre la ciudad, que por el lado del río estaba demasiado bien defendida, unas ofensivas que se estrellaban casi siempre contra las defensas del monasterio fortificado y las murallas que rodeaban los altos de los barrancos, llenándolos de cadáveres de los asaltantes.[32] A Paustovski el sitio también le pareció inquietante. En noviembre de 1918, durante la toma de Kyiv por las fuerzas del Directorio de Simón Petliura, Paustovski abandonó el ejército del hetman Skoropadskyy, en el que había sido reclutado por la fuerza, y atravesó el barrio a pie para volver a su casa:

> Llegué hasta el hospital San Cirilo, donde una vez estuve con mi padre y Vrúbel. En aquella época todos estos lugares alrededor del hospital, los profundos barrancos, invadidos por espinos y olmos nudosos, me parecían misteriosos y siniestros. Ahora subía lenta y pesadamente el camino empinado y polvoriento hacia Lukiánovka, y no sentía nada, no solo por lo extraño de esos lugares, sino incluso por la época. […]

> Sobre esas callejuelas y esas miserables casuchas periféricas pesaba un cielo lóbrego, como pesaba hace treinta años.[33]

El fondo del barranco

58. Más allá de la San Cirilo hay una gran escalera que baja hasta la calle Olena Teliha y la parada de los trolebuses, lo cual permite volver hacia Podil y hacia el centro por la calle Kyrílivska. Pero después de saludar a Svetlana Mijáilovna, preferimos ir a comer algo a la cantina del psiquiátrico, un minúsculo espacio pintado de rosa donde te sirven *kotlety* y pimientos rellenos recalentados en el microondas. Cuando acabamos de comer, salimos a fumar mientras examinábamos los monumentos que hay alineados en la zona de césped delante del comedor. Luego tomamos una carretera asfaltada que bajaba serpenteando entre los árboles. Abajo se bifurcaba, el asfalto continuaba a la izquierda hacia la Kyrílivska y el estadio Spartak, y hacia la derecha se convertía en un camino de tierra que se adentraba en el Repyahiv Yar, el único gran barranco del barrio que sobrevivió a las operaciones de nivelación de los años cincuenta. Estábamos cansados, pero aún no agotados, así que decidimos tomar a la derecha. El suelo estaba embarrado, con profundas roderas y huellas de botas y lleno de escombros, botellas de plástico, latas y docenas de neumáticos viejos. Las ramas, altas y grises, pálidas y cargadas de bolas de muérdago, se entremezclaban contra el cielo, donde revoloteaban cuervos graznando sombríos; detrás de los troncos se alzaban los grises flancos del barranco, todo era gris, beis y marrón con pequeños toques de verde. Pasamos junto al instituto abandonado, arriba a nuestra derecha; y a la izquierda, en la cresta, se erguía la masa del edificio en construcción, luego un puñado de otros edificios recientes, y más abajo una serie de garajes privados y hangares de reparación de automóviles. En el siglo XIX, estas alturas estaban ocupadas por villas, bastante aisladas pero muy apreciadas por una cierta burguesía (Vrúbel tenía la suya); para conectar este barrio excéntrico y de difícil acceso con la ciudad, en el fondo del barranco se construyó una encantadora

línea de tranvía, en unas postales de la época que ilustran lo que llamaban «la Suiza de Kyiv» puede verse. Curiosamente, en esas fotos, lo mismo que en las fotos de Babyn Yar tomadas por Johannes Hähle, los flancos de los barrancos están yermos, secos y pelados, incluso las zonas altas son poco boscosas; no sé explicar de dónde viene la vegetación invasiva que hay hoy en día, pero lo cierto es que lo cubre todo. Fuimos pasando una tras otra por encima de unas planchas de hierro fundido a través de las cuales oíamos el gorgotear del agua canalizada; de lejos nos llegaban otros sonidos, nítidos, distintos, una sierra eléctrica, ruiditos de pájaros, el lejano rumor de los coches. Cruzamos los restos de hormigón de unos viejos colectores de agua y algunas chozas aparentemente ocupadas por BOMZh; Antoine fotografiaba los árboles y la tierra, yo tomaba algunas notas, miraba el cielo o la desierta cresta del *yar*. Mi espíritu se debatía entre la contemplación del barranco del presente y el vano intento de imaginar el barranco del pasado, los hombres y las mujeres, los gritos, los disparos, los cuerpos blancos, la sangre, el olor. Me hallaba en el fondo de un *yar*, y lo real, lo banal, constituía una pantalla aún más impenetrable al pensamiento que todos los esfuerzos de unos y otros por borrar ese lugar tan inconveniente.[34]

Botas (ruidos de)

59. Cada mañana, mientras escribía la primera versión de estas páginas, leía las noticias. En la frontera de Ucrania, las fuerzas rusas ascendían a 100.000 efectivos, luego a 135.000, luego a 150.000. Sus carros de combate maniobraban en Belarús, nueve barcos de desembarco llegaban a Sebastópol procedentes del norte de Rusia después de bordear Suecia e Irlanda, de hacer una pausa en Tartús y de cruzar el Bósforo. Biden llamaba a Putin, Macron se reunía con Putin, Truss se reunía con Lavrov, Biden volvía a llamar a Putin, Macron a su vez llamaba a Putin. Se advertían, se ponían en guardia, se amenazaban. Mis amigos periodistas se preguntaban cómo llegar a Kyiv si los rusos atacaban por el norte y el aeropuerto cerraba de improviso; mis amigos expatriados se preguntaban si debían evacuar o

no; mis amigos ucranianos bebían cervezas, se iban de vacaciones a Egipto o a Turquía y, los más previsores, preparaban una «*grab bag*» con sus posesiones y documentos esenciales por si había un bombardeo. Mientras describía Babyn Yar, imaginaba tanques rusos aparcados junto al metro Dorohózhytchi, soldados rusos patrullando los caminos del parque e ignorando con soberbia a las mamás con sus cochecitos y a las escasas corredoras (todas ellas mujeres, los hombres estarían en el ejército, prisioneros o escondidos). Las oficinas de la televisión ucraniana, muy cerca de allí, habrían sido bombardeadas y reducidas a escombros humeantes. Y muchos ucranianos habrían muerto.





60. Las cosas no sucedieron exactamente así. Los rusos sí que invadieron desde Belarús, pasando por Chernóbil, y sí que trataron de tomar Kyiv. Pero

los ucranianos se mostraron mucho más valientes de lo que todos pensaban, y sobre todo mucho mejor preparados. El presidente Zelenski se negó a huir de su capital, y sus hombres detuvieron en seco a las fuerzas enemigas en los suburbios, Irpín, Hostómel, Horenka, Moshchun. Los soldados rusos descargaron su frustración contra los civiles que no habían podido escapar.

El viaje de Antoine d'Agata

61. La invasión de Ucrania empezó el 24 de febrero de 2022. Los habitantes de la ciudad la evacuaron rápidamente, la autopista que iba hacia el oeste se vio invadida durante días por un atasco monstruoso; muchos de los que se quedaron, hombres y mujeres, se comprometieron y tomaron las armas, y muchos de los que se habían marchado regresaban una vez habían puesto a sus familias a buen recaudo. El 1 de marzo, como parte de otros ataques a Kyiv, en Babyn Yar cayeron dos misiles que apuntaban sin mucho éxito a la torre de la televisión. El 8 de marzo, Antoine decidió ir; por diferentes razones, yo no pude acompañarlo. Se compró un chaleco antibalas y un casco y se fue él solo.

62. El aeropuerto de Kyiv había sido bombardeado el primer día y el espacio aéreo estaba cerrado. Antoine voló a Varsovia y se las arregló para que otros fotógrafos más pudientes que él lo llevaran hasta a la frontera. Lo dejaron allí y cruzó a pie. Un conductor de autobús que venía de dejar refugiados y que volvía de vacío aceptó llevarlo a Lviv. El día 11 por la noche, en la estación, se encontró por azar con Dima Stoikov, nuestro amigo videógrafo que había filmado a los dos BOMZh en Babyn Yar, y tomó con él el tren nocturno a Kyiv.

63. En cuanto llegó el día 12, se fue directamente a Babyn Yar para fotografiar los estragos en la torre de la televisión. Antes incluso de que pudiera tomar una sola foto fue detenido por una patrulla. Yo le reenvié por WhatsApp una carta de misión del BYHMC caducada, y lo dejaron ir,

aunque con la prohibición formal de fotografiar ni la torre ni sus alrededores.

64. Trató de llegar a la primera línea delante de Irpín. El bombardeo era duro en ambos sentidos, desde la zona de combate seguían llegando civiles conmocionados. Pero los *checkpoint* no permitían tan fácilmente que los periodistas cruzaran el límite de Kyiv; más allá del río Irpín y del puente dinamitado por los ucranianos, por debajo del cual huían los civiles a través de una pasarela improvisada, era imposible hacerlo. *Toda la jornada a la mierda*, me escribió. *Chungo*. Un periodista estadounidense, Brent Renaud, fue asesinado entre el último *checkpoint* de la ciudad e Irpín, puede que por disparos ucranianos, y Antoine vio cómo traían su cuerpo. También observó los cacheos a los refugiados que llegaban al *checkpoint*, que se llevaban a cabo por miedo a que fuesen agentes encubiertos. Uno de esos refugiados había sufrido graves quemaduras en las manos y en la cara. Temblaba como un flan y lo llevaron a una tienda de la Cruz Roja a que lo curaran. Al cabo de un momento salió a fumar. Cuando se acabó el cigarrillo, hizo el gesto de tirar la colilla al suelo, se contuvo, miró a su alrededor, se levantó y fue a buscar una papelera para depositarla allí. Antoine lo miraba con asombro.



65. Volvió a Babyn Yar. En el metro Dorohózhytchi unas cuarenta personas seguían durmiendo en el centro de la plataforma, bien instalados en un

ambiente sombrío; la circulación se había reanudado, aunque salían pocos metros. Visitó la morgue que hay allí cerca y se tomó un té con el director al que habíamos conocido el año anterior, quien le explicó que los sótanos estaban llenos de cadáveres pero no le permitió ni acceder ni hacer fotos. Se dirigió al Pávlovka, y en la calle se cruzó con Viacheslav Danílovich, que tenía prisa. Este le permitió entrar en un pasillo donde los enfermos, que habían desertado de sus habitaciones, se amontonaban buscando calor o compañía. Había muchos pacientes repatriados del *óblast* de Kyiv, la parte de la región que rodea la ciudad y que estaba invadida por los rusos, y estos parecían mucho más afligidos que los que habíamos visto juntos. Pudo hacer algunos retratos.



66. El toque de queda decretado el día 16 lo tuvo encerrado en el hotel durante todo el día. No disponía ni de acreditación militar ni de coche,

estaba completamente aislado de los demás periodistas. *Me va a petar la cabeza*, me escribió. Yo, a través de una amiga, traté de encontrar a alguien que lo ayudara, pero los periodistas ucranianos no estaban por la labor, ya habían tenido suficientes malas experiencias con periodistas extranjeros, especialmente con fotógrafos de grandes medios, que trataban a sus *fixers* con una arrogancia difícil de creer. Esa noche Antoine me llamó para decirme que se iba a Járkiv en coche con un amigo común, otro fotógrafo. Járkiv estaba siendo bombardeada con dureza y traté de disuadirlo, no hubo forma. *Bien recibido y consciente de lo que esto implica*, me escribió. *Pero importante para mí tocar los hechos más de cerca*.

67. El día 18, tras una noche en Poltava y una treintena de controles en la carretera, llegaron a Járkiv. *Un poco tenso. Bastante artillería. Buscamos nuestras coordenadas*, me escribió a media jornada. Por la tarde me escribió de nuevo: *Un poco en la mierda aquí. No hemos conseguido encontrar un ángulo, una perspectiva desde la que fotografiar. La ciudad desierta, los* checkpoints *paranoides, la guerra impalpable.* Defeats *[sic] por todas partes pero nada que valga la pena fotografiar, restos de vidrio, fachadas destripadas y… En fin, puede que sea hora de irse. Queda la sensación de que he hecho bien en venir, aunque sea completamente inútil. Queda el ruido incesante de la artillería, nunca sé muy bien de dónde vienen los tiros*… Se quedó allí tres días, entre la tensión y el aburrimiento. El día 21, a primera hora de la mañana, nuestro amigo común lo dejó en la estación. No había trenes y esperó allí hasta la noche; finalmente logró salir. Regresar a Varsovia le llevó más de 48 horas. Que yo sepa, no conserva ninguna foto de ese viaje. En cualquier caso, nunca me las ha enseñado.

Marea baja

68. Tarás Shevchenko, poeta y pintor nacido siervo y ucraniano, está considerado como el fundador de la lengua literaria ucraniana, que dos años después de su muerte sería prohibida por las autoridades zaristas. En 1850,

exiliado en la terrible colonia penitenciaria de Novopetrovsk,[35] en la península de Mangyshlak, en Kazajistán, escribió en secreto los siguientes versos:

> *Takii, bozhe nash, dila*
> *My tvorymo u nashim rai*
> *Na pravednii tvoii zemli !*
> *My v rai peklo rozvely,*
> *A v tebe drugogo blagaem.*[36]
>
> ¡He aquí, Dios nuestro, lo que
> Hacemos con nuestro paraíso
> En tu tierra bendita!
> En el paraíso hemos puesto el infierno
> Y te mendigamos uno nuevo.

69. A finales de marzo, con la ofensiva sobre Kyiv aún bloqueada ante Irpín y Moshchun por la severidad de la defensa ucraniana, el alto mando ruso dejó constancia de su fracaso y decidió retirar sus fuerzas para desplegarlas hacia Járkiv y el Dombás, donde también lo estaban pasando mal. Los soldados ucranianos que tomaron las aldeas liberadas, y luego, un día o dos más tarde, la prensa internacional en su conjunto, descubrieron con espanto lo que los rusos habían dejado tras de sí: centenares de cadáveres de civiles esparcidos por las calles, los patios de los edificios, los jardines de las casas, a lo largo de los caminos del campo y en los márgenes de las autopistas. Las ciudades pequeñas y las aldeas ocupadas estaban en ruinas, se hablaba de violaciones sistemáticas, en todas partes aparecían fosas comunes, excavadas por voluntarios o por el ocupante. Con estas revelaciones, y con las miles de imágenes que inundaron el mundo, el conflicto cambió de significado. Ya no se trataba de un ejército imperial atroz y sin escrúpulos, sino de una horda de criminales, de violadores, de asesinos sádicos. Bucha, un tranquilo suburbio de 37.000 habitantes más allá de la capital, rodeado de bosques y no muy lejos del gran embalse

artificial que llaman «el mar de Kyiv», es el nombre que designa el conjunto de estas atrocidades.



70. En mayo pude por fin volver a Ucrania con Antoine. Un encargo para un gran periódico francés nos daba los medios para trabajar y la libertad que

eso conlleva. Bucha ya era una vieja historia, pero nosotros queríamos ver las cosas con nuestros propios ojos. Vana aspiración. No será porque no lo intentamos. Los rusos acababan de ser expulsados de las afueras de Járkiv y nos dirigimos a las aldeas recientemente liberadas. Escombros, desolación, una lóbrega tristeza. Alguna que otra persona que regresaba para reconstruir un poco, o para recuperar lo que pudiera. Tanques rusos carbonizados y oxidados con las torretas arrojadas a un lado por el poder de las explosiones. A veces un cadáver, un soldado que se había arrastrado para morir en un gallinero, sin que pueda establecerse si se trataba de un ucraniano o de un ruso disfrazado para huir. Visitamos la morgue de Járkiv. Cadáveres de civiles colocados detrás de una lona para ser devueltos a sus familias: prohibición de tomar fotos, categórica. Al fondo del patio, unos soldados rodeaban otros cuerpos metidos en bolsas negras, cadáveres rusos. Me acerqué y me puse a hablar con un oficial. Estaba muy cabreado: había que fotografiar cada uno de los cuerpos para luego almacenarlos en un tren frigorífico de cara a un eventual intercambio; ahora bien –afortunado azar–, tenían la cámara estropeada. Ofrecí los servicios de Antoine, y el oficial aceptó. Un médico forense en bata azul al cargo de elaborar el informe iba abriendo cada una de las bolsas, y Antoine debía seguir un riguroso protocolo: número de etiqueta, cara, perfil, cuerpo entero, marcas distintivas. Algunos, destrozados por una explosión, no eran ya más que paquetes de carne informe y enmohecida; uno de los cadáveres, en mejor estado, llevaba uno de esos suéteres de lana con motivos de ganchillo blancos y negros que suelen verse en las estaciones de esquí; un oficial, Gerásimov V. O., todavía llevaba en el cuello una cadena con una cruz y un anillo: se hallaba en tal estado de descomposición que en la cabeza no le quedaba carne. Otro de esos muertos tenía el cuerpo cubierto de tatuajes, motivos *old school* con tinta negra que se notaba que habían costado tiempo y dinero. El médico cogió un trapo para frotarle rudamente la piel, incrustada de tierra, tratando de hacerlos más visibles. Cuando Antoine lo hubo fotografiado de frente, se incorporó y le agarró un pie para tirar de él y darle la vuelta al cuerpo; se le quedó la pierna entera en la mano, lo cual no le impidió seguir tomando sus fotografías concienzudamente.





71. Cuando miro un cadáver, ¿qué es lo que veo? Extraña pregunta, a la que me resulta difícil responder. Puede que lo que más me acerque a la verdad

de la experiencia sean estas palabras de Maurice Blanchot: «El cadáver es su propia imagen».[37] En efecto, ¿cuál es la diferencia si miro a un muerto o si miro la imagen de ese mismo muerto? Por supuesto está el olor, tan tenaz, inmundo, terco, que parece penetrar por los poros aun si te tapas la nariz: de ese olor, en efecto, no hay imagen, no hay representación. Pero la cuestión visual ya es otra cosa. Cuando examino ese cuerpo, ahí, acostado ante mí, pulcramente maquillado en su ataúd como una abuela recientemente fallecida o bien con sus carnes lívidas y sus harapos mohosos en la fosa de la que acaban de sacarlo como han podido, ¿entonces qué pasa? Si se trataba de una persona que me era familiar, enseguida me vienen los recuerdos, que en sí mismos son imágenes. Si se trata de un desconocido, como en el caso de estos anónimos expelidos por la guerra, entonces examino las pistas, las marcas, las señales distintivas, los objetos, para tratar de formarme una idea de lo que pudo haber sido esa persona, de cuál fue su vida antes de llegar violentamente a su fin; dependiendo del estado del cuerpo, intento imaginarme sus últimos momentos, de qué forma murió, y a partir de ahí, dejándome llevar por mi imaginación, fantaseo con lo que pudieron ser sus pensamientos, su miedo, su dolor, su rechazo de lo incomprensible en el instante en que se acercaba el momento, ya inevitable, que lo despojaría para siempre de sí mismo. Ahora bien, cuando miro la fotografía de un muerto las cosas no son distintas: al escrutarla, llevo a cabo las mismas operaciones mentales, me vienen los mismos pensamientos, las mismas imágenes. El cadáver, pues, nunca está completamente ahí, nunca es del todo real: objeto material que la mente procede a objetivar para ahuyentarlo lejos, e imagen de la que se apodera con avidez. Blanchot de nuevo: «Eso que llamamos despojo mortal escapa a las categorías comunes: hay frente a nosotros algo que no es el viviente en persona ni tampoco una realidad cualquiera ni el mismo que fue en vida ni alguien distinto ni ninguna otra cosa. Eso que está ahí, en la calma absoluta de quien ha encontrado su lugar, no se percata, sin embargo, de la verdad de estar plenamente aquí».[38]

72. De vuelta en Kyiv, llegamos por fin a Bucha, así como a otros pueblos del *óblast* de Kyiv. Allí pasamos mucho tiempo. Era como Babyn Yar: aparte de las ruinas, no había mucho que ver, casi ningún rastro ya de las innumerables matanzas. Los cuerpos habían sido enterrados, los perros abandonados esterilizados y adoptados, los blindados destruidos enviados al desguace, la infraestructura reparada, las calles despejadas, los baches rellenados, las señales de tráfico reemplazadas. Un mes después, todo era ya subterráneo, estaba escondido, en vías de ser borrado. Replegado en una normalidad que, sin embargo, no podía serlo.

73. Las autoridades ya hablaban de monumentos. En Kyiv, en la plaza de delante del monasterio de San Miguel, habían dispuesto una colección de blindados rusos honrando la batalla por la capital, y los curiosos acudían en masa. *Smartphones* y *selfies* aparte, el espectáculo era el mismo que describió John Steinbeck en 1947, tras su regreso de Moscú:

> El domingo fuimos a ver la exposición de trofeos. […] Paseando entre aquellas armas, había soldados que les explicaban estas cosas profesionalmente a sus hijos y esposas. Los niños miraban maravillados todo aquel equipamiento que sus padres habían ayudado a capturar.[39]

Capa, que lo acompañaba, hizo numerosas fotos de aquellos trofeos, y en el libro que publicaron juntos aparece la imagen de un cazador de carros pesados Elefant, con la inscripción BRONIA 200MM («Blindaje 200mm») pintada encima en cirílico. Pero el día que visité la exposición de la plaza de San Miguel, Antoine no venía conmigo. De todos modos, aquellos blindados no le habrían interesado más que los monumentos de Babyn Yar.

74. Fuimos a la morgue de Bucha, pero no avanzamos mucho más. En la parte trasera de la pequeña edificación había seis camillas de metal, cargadas cada una con una gran bolsa de plástico blanco o negro, que se recalentaban tranquilamente al sol y colmaban el aire de primavera de un empalagoso olor a descomposición. Fotografié un pie que sobresalía de una

cremallera mal cerrada, calzado con unas zapatillas negras cubiertas de arena fina, la carne del tobillo roja y jaspeada. En el interior, en el pasillo, un anciano amarillento esperaba su turno en una camilla con las piernas llenas de moretones; en la salita de disección, una médico acababa de practicar una incisión en el tórax de una mujer muerta por causas naturales. Encima de una segunda mesa descansaba un cuerpo recientemente exhumado, completamente verde y como derretido, «un civil asesinado por los nazis rusos», nos explicó Serhiy, el joven médico forense que nos había recibido y que permitió que Antoine lo fotografiara, siempre y cuando no se le viese la cara. El difunto debía de tener unos cincuenta años, estaba mal afeitado y tenía un gran agujero atravesándole el centro del pecho, que estaba putrefacto; sus ojos, abiertos por completo en medio de un rostro deformado por el rictus y la descomposición, daban forma a una mirada espantada, como aún estuviera asombrado por lo que acababa de sucederle en el momento en que el obús le reventó la espalda.



75. Serhiy no quería que volviéramos a la morgue. A falta de una idea mejor, fuimos a visitar el cementerio municipal. A lo largo del camino

principal se alineaban las tumbas frescas, excavadas en las eras que bordeaban las parcelas preexistentes, cada una con su pequeña placa en la que figuraban el nombre y las fechas de la persona allí enterrada, así como unos grandes ramos de flores de plástico en forma de mandorla que a veces ocultaban un plato lleno de ofrendas, huevos o dulces. Al fondo había una nueva parcela para los muertos no identificados, 76 tumbas cuando unos meses más tarde volví a contarlas; sobre cada una de ellas se había dispuesto una cruz, un ramito de flores de plástico muy sencillo, una placa con un número pintado a mano, y a veces también unas letras en código que indicaban la procedencia del cadáver, *Obl* (*Óblast*), *B-Ts* (Bila Tserkva), Bo-a (Borodianka). Más allá se abrían decenas de fosas vacías, cerca de las cuales había una ambulancia aparcada con el letrero GRUZ 200, «Cargo 200», el código militar soviético para señalar el transporte de cuerpos (los heridos son el 300). De la ventanilla abierta salía una música bastante fuerte. Detrás del vehículo había dos sepultureros con la cabeza rapada, gordos pero musculosos, el torso desnudo tatuado y bronceado hasta la blanca línea de las caderas, contándose chistes picantes y tontos mientras le echaban tierra a una tumba fresca. Los saludé y ellos bajaron las palas y se presentaron. El que se llamaba Serhiy Matiuk me miraba con aire ladino: «Todas las preguntas conducen a nosotros –dijo–. ¿Y sabe usted por qué? Porque quienes los hemos recogido y enterrado somos nosotros». – «Todos los que ha visto allí –continuó su compañero Vladyslav Mínchenko–, vienen de detrás de la iglesia.» En el momento de la liberación, detrás de la bonita iglesia de San Andrés, en pleno corazón de Bucha, hallaron una colosal fosa común con más de 240 cuerpos: fue excavada por estos dos hombres, que durante la ocupación recogían los cuerpos de las calles. «Nosotros enterramos a muchos, junto con Artiom Mykháylov también. Los rusos tenían hombres apostados aquí, en el cementerio, disparando a Kyiv y a Irpín. No dejaban que nadie se acercara. Por eso los pusimos detrás de la iglesia.» Mientras Matiuk me contaba su historia, Mínchenko se había vuelto a poner a trabajar y terminaba metódicamente la tumba, haciendo cuidadosamente tres agujeros en el montículo de arena con el mango de la

pala para plantar algunas flores de plástico. «¿Le molesta el humor? –me preguntó mientras trabajaba–. Es que nosotros hacemos muchas bromas.»

Los agrimensores

76. Había algo extraño, y es que al igual que Babyn Yar en 1941, Bucha es un suburbio excéntrico de Kyiv, una zona periférica, alejada del centro, de los centros de poder, de las miradas que cuentan. Siempre ocurre en los suburbios. Esta vez, la capital en sí misma no había sido ocupada, pero sí fue amenazada en su integridad, y en los márgenes las heridas seguían abiertas. Puede que de huellas visibles no quedase gran cosa, pero en la memoria las heridas no cicatrizaban. Heridas dispersas, individuales, totalmente aleatorias, dictadas por el azar y la topografía. Así que era a esta última a la que había que recurrir: recorrer, fotografiar y anotar lo insignificante como esencial.

77. El *New York Times* había publicado un primer plano de las matanzas y escogí un recorrido a través de la ciudad un poco al azar, en función de la concentración de cuerpos.[40] Con el plano impreso y doblado en el bolsillo como si fuera un viático, una mañana llegué a aparcar nuestro coche en el centro del pueblo, en la calle Vokzalna, donde esta cruza las vías del tren y se desvía para rodear el extenso muelle elevado de la estación para luego bajar directamente hacia Irpín, más al sur. Por ese lado, el paso a nivel conducía a una rotonda decorada con unos grandes copos de nieve de acero en lo alto de un poste, probablemente lámparas. Las marquesinas de autobús que había en la base del talud de la estación, con unos bancos de madera que con el tiempo se habían vuelto grises, techos de chapa y montantes azules cubiertos con capas superpuestas de retazos de anuncios, estaban acribilladas de impactos. Al otro lado de la rotonda se alzaba un largo edificio blanco de tres o cuatro pisos, lleno de comercios diversos y con el tejado azul; detrás, bien retirado de la calle, mirando hacia Irpín a la izquierda, se alineaban dos hileras de edificios nuevos con marcas de

artillería y unos cuantos apartamentos quemados; sobrevolando los dos últimos, los que estaban más al sur, sin terminar, con el ladrillo a vistas y las ventanas abiertas, había una grúa alta y verde cuya pluma rota colgaba lamentablemente, sostenida por unos contrapesos de hormigón casi en posición horizontal. Un tren de cercanías azul y blanco frenaba suavemente a la altura del andén, había coches circulando en los dos sentidos alrededor de la rotonda, un empleado municipal lustraba su camión naranja, la gente esperaba a su *marshrutka*, una especie de minibús local, una mujer gritaba por teléfono que ya no podía soportarlo, al abrigo del vívido sol primaveral.



78. Después del supermercado APB que había en la esquina de la calle de la derecha, a los lados de la Vokzalna se alineaban casas particulares antiguas

rodeadas de jardines y vergeles y protegidas por vallas de diferentes colores. Es el llamado *pryvatniy sektor* de Bucha, el «sector privado». La primera casa después de la rotonda estaba situada a la izquierda y llevaba el número 76; los siguientes números en dirección a Irpín iban en orden descendente, pares a la izquierda, impares a la derecha. Por la mañana, mientras el sol ascendía lentamente hacia la estación, el lado impar de la calle, bordeado de grandes tilos cada pocos metros, era el que tenía más sombra; los árboles de enfrente, mucho más pequeños, parecían haber sido plantados recientemente. Pasaban coches, también algunos camiones; los árboles y los postes eléctricos estaban llenos por todas partes de avisos de búsqueda de animales perdidos que habían desaparecido durante la ocupación, gatos, perros, incluso un loro amazónico. Recientemente un soldado ucraniano, Yegor Fírsov, describió su experiencia durante la liberación de Bucha:

> Recuerdo la extraña sensación de caminar por una calle vacía; estamos a plena luz del día y no hay nadie a la vista. Pero de pronto se produce un movimiento: una puerta que se mueve. Es el viento, piensas, luego vas y la abres y ahí lo tienes, un perro o un gato. Te agachas para acariciarlo y decirle: «Eh, ¿cómo estás?». En un patio hallamos los cadáveres de cuatro personas y de un pit bull. Al lado yace un pastor alemán aturdido, todavía vivo. Se había quedado con sus amos guardando sus cuerpos en descomposición, y se negaba a marcharse aun cuando era evidente que llevaban muertos mucho tiempo. No abandonará a quienes en otro tiempo le dieron su amor.[41]

Desde fuera, la casa del n.º 76, lo mismo que unas cuantas de las siguientes, antiguas pero coquetas, parecía relativamente indemnes. La del n.º 64 estaba a la venta, con un jardín de veinte *sótok*, 2.000 m^2. Llamé al número indicado para preguntar por el precio: «80.000», me respondió una mujer. – «¿Grivnas?» – «¿Cómo que grivnas? ¡Dólares!» En la de enfrente, en el n.º 57, un vendedor de puertas, persianas enrollables, hierro forjado y toldos, así como un taller de reparación de neumáticos que se anunciaba con un letrero aparte. Luego venía directamente el n.º 60 y las primeras

destrucciones: cristales rotos, un techo de resina ondulada reventado casi por completo que dejaba al descubierto las vigas de madera de la estructura.

Pógreb

79. En el patio de la casa de al lado, la n.º 58, trajinaba un señor de cierta edad. Su casa también estaba dañada, pero mucho menos que la de su vecino. Lo saludé y él nos invitó a entrar y nos presentó a su sobrino Viacheslav, que había ido a ayudarlo con las reparaciones. Su nombre era Volodymyr Ivánovich Chepitko.[42] Durante la ocupación, en su casa se habían instalado unos soldados rusos, y en el jardín trasero habían colocado un mortero de gran calibre para bombardear Irpín. Por dentro la casa estaba hecha un desastre, todo revuelto, asolado, roto y sucio, y los objetos de valor todos saqueados. Cuando a principios de marzo tomaron el pueblo, Volodymyr Ivánovich y su esposa se refugiaron primero en su *pógreb*, el trastero subterráneo al fondo del jardín que sirve para almacenar las conservas y las patatas. Pero cuando un blindado ruso arrasó con la valla de detrás de su casa para aparcar en el jardín, huyeron al sótano de la escuela que había cerca. Un día, Volodymyr Ivánovich trató de volver a su casa en busca de comida, pero se encontró con que los soldados rusos habían acampado allí; se pusieron a insultarlo y a insultar a los «fascistas ucranianos», y trataron de quitarle el teléfono; los ladridos enfurecidos de su perro los hicieron retroceder, y le dejaron marchar. El 12 de marzo, él y su esposa fueron evacuados por la Cruz Roja. Durante su ausencia, según los vecinos que se quedaron, los soldados instalados en su casa llevaban allí mujeres jóvenes, y cuando volvió, en medio del desbarajuste que habían dejado encontró un montón de preservativos usados y botellas de alcohol vacías, así como dos collares de bisutería barata colgados en un poste oxidado en el jardín. También había una mujer muerta en el *pógreb*. El cadáver lo encontró Viacheslav el 7 de abril, después de la liberación de la ciudad, cuando regresó a inspeccionar la casa. «Estaba desnuda, boca arriba, con la cabeza destrozada, las piernas y el vientre llenos de cortes con

cuchillo. Solamente llevaba puesto un *polushúbok* [un abrigo de piel corto] y miraba hacia arriba. La tuvieron como un juguete, y cuando se fueron le metieron tres balas en la cara.» La policía había encontrado dos de ellas, y un poco después Viacheslav dio con la tercera, una bala larga y fina que yo tuve entre mis manos, de 5.45mm. En el *New York Times* yo ya había visto una foto de esa mujer, su cuerpo medio envuelto en el *polushúbok* tendido boca abajo sobre una manta, delante de la construcción de ladrillos del *pógreb*, y con un investigador de paisano que llevaba guantes de látex cubriéndola delicadamente con una manta de motivos abstractos.[43] En el interior de la pequeña construcción, una trampilla daba acceso a un espacio oscuro por el que desaparecía una escalera de hierro casi en vertical. Iluminé el interior con una linterna y bajé con cuidado. El *pógreb* tenía apenas dos metros de ancho, recorrí las paredes de ladrillo con el haz de la linterna, había restos de madera y un pequeño estante para los tarros de conservas de bayas y tomates. Nada más que ver, excepto un pequeño charco de materia podrida plagado de gusanos en mitad del suelo de tierra: me agaché para examinarlo de cerca, no podía determinar si se trataba de restos de alimentos o de la pobre chica. Me obligué a quedarme allí un rato, dejando titilar en la sombra la película de los acontecimientos, los soldaduchos yendo y viniendo entre su mortero y la casa saqueada, bebiendo, aburriéndose, trayendo chicas y violándolas, y luego decidiendo quedarse con una. También traté de imaginarme los pensamientos de la joven durante aquellos interminables días en este *pógreb* helado, su terror, su dolor, su angustia. Pero era imposible. Mi pensamiento se resistía y –lo mismo que en el fondo del Repyahiv Yar– aquello de lo que esa mujer era capaz y su experiencia en aquel lugar permanecían separados por una fina pared, elástica y siempre como a punto de romperse pero resistente a todo, una pared que nunca atravesamos pero más allá de la cual nos encontramos un día sin haberla cruzado, como la que separa a los vivos de la muerte.



80. Muchos meses después vi una fotografía del cadáver de esa joven tal como la había encontrado Viacheslav. La imagen había sido tomada el 8 de

abril por Florent Marcie, un fotógrafo francés, justo antes de que los investigadores sacaran el cuerpo del *pógreb* haciendo uso de la cuerda azul que, en la foto tomada por Daniel Berehulak para el *New York Times*, se ve junto a su cabeza. Fue publicada en octubre en *Paris-Match*, con una investigación dirigida por el amigo que me enseñó el artículo, Patrick Chauvel.[44] Mirémosla. Desnudo bajo el *polushúbok*, el cuerpo descansa medio sentado sobre unas tablas superpuestas contra la escalera de hierro, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, la pierna derecha alargada, la izquierda replegada hacia el exterior. Una parte de la cara, el pecho que sobresale de la *chuba* y la pierna derecha, lo mismo que la manta rayada apartada a su lado, están cubiertas de moho blanco, y la pierna derecha también tiene unas marcas rojas de heridas justo debajo de la ingle. En el suelo hay una garrafa de agua envuelta en plástico, en el borde de la imagen aparece un cubo rojo lleno de objetos en una silla de madera; si la mirada se detiene, también puede advertir una bolsa verde de patatas, otra manta sintética con flores y aun otra rayada, un cojín rojo burdeos y el zueco de plástico azul que cuelga del pie derecho.

81. El fiscal de Bucha abrió una investigación criminal sobre la muerte de esta mujer con el número de expediente 675. Al parecer, fue ejecutada por un soldado que estaba de pie en la parte superior de la trampilla y disparó los tres tiros a través de la abertura. El cadáver fue llevado a la morgue de Víshgorod para su autopsia; el estado del cuerpo no permitió establecer la violación, pero es una suposición razonable. La ley prohíbe al fiscal comunicar su nombre; Chauvel la identifica como Oksana S., y el *New York Times*, que encontró a sus padres, terminó por ponerle nombre.[45] Se llamaba Oksana Sulyma. Había crecido en Bucha, luego se divorció y se trasladó a Kyiv con su hija pequeña para estar más cerca de sus padres. Estuvo un tiempo trabajando en el Ministerio de Infraestructura, y llevó a cabo una estancia lingüística en Francia; Patrick Chauvel encontró en las redes sociales una foto suya tomada en Rouen. Según el *New York Times*, habría vuelto a Bucha el 22 de febrero para ver a unos amigos, y se habría visto atrapada (Viacheslav pensaba que había vuelto a ver a su abuela). La

última vez que sus amigos la vieron fue el 10 de marzo, cerca de la plaza Shevchenko. Cuando dejó de responder a las llamadas de su familia, su madre, Larysa Sulyma, difundió un aviso de búsqueda vía Facebook, indicando que su hija tenía problemas de salud mental que podrían verse agravados debido a la situación: «Su comportamiento podría experimentar manifestaciones de ira, agresividad o incompetencia. Si alguien sabe dónde está, llámenos por favor». Como respuesta, Larysa Sulyma recibió anónimamente una fotografía de Oksana envuelta en un abrigo en un *checkpoint* ruso, mirando de reojo y asustada a la mujer que examinaba su carné de identidad, de la que solo se veía el pulgar con la uña pintada de rojo. Según la policía, habría sido asesinada el 17 de marzo, una semana después de su desaparición; sus documentos de identidad fueron encontrados cerca de la vía férrea, lejos del n.º 58 de la calle Vokzalna. En el momento de su muerte tenía treinta y cuatro años y era madre de una niña de cinco años. Ahora vive con sus abuelos, que todavía no se han decidido a explicarle que su madre ya nunca regresará.[46]

82. En septiembre, unos meses después de que pasásemos por allí la primera vez, volví a visitar a Volodymyr Ivánovich, esta vez solo, sin Antoine. Los padres de Oksana habían ido a verlo, examinaron el lugar donde había muerto su hija y después estuvieron bebiendo juntos. El padre era un antiguo piloto militar retirado, le contó a su anfitrión que él, en Afganistán, evitaba los *kichlaky* que le señalaban como objetivo y lanzaba las bombas al lado, en las montañas. Desde nuestra primera visita, Volodymyr Ivánovich y su esposa habían limpiado, ordenado, sembrado y plantado. Las patatas ya habían salido, era un buen año, las manzanas y la uva lo mismo. El segundo piso, que había quedado destruido por efecto de una bomba que cayó en la casa de al lado, aún había que arreglarlo. El *pógreb* también lo habían limpiado y desinfectado para guardar las cajas de patatas. Las reservas del año anterior, por supuesto, habían sido saqueadas, y esta vez no habían podido plantar las suficientes para pasar el invierno, pero si podían permitírselo –sumando sus dos pensiones, que ascendían a 6.500 grivnas al mes, 170 euros al precio actual–, tenían previsto comprar

las patatas que les faltaban, así como medio cerdo o incluso un cerdo entero para preparar conservas. Las cajas de municiones rusas que en mayo vimos tiradas por el terreno de detrás de la casa estaban ahora bien apiladas junto al *pógreb,* medio cortadas con la motosierra para ahorrar gas en calefacción. Las manzanas que colgaban de las ramas todavía estaban verdes; en un rincón había una caja fuerte destripada de la que habían desaparecido todos los ahorros de su hija, más de 10.000 euros en libras turcas, grivnas, dólares y oro. El *polushúbok* que en su momento se pudría sobre el cadáver de Oksana también perteneció a esa muchacha, que estaba casada con un turco, vivía en Ankara y acababa de dar a luz a su primer hijo. Volodymyr Ivánovich no era de Bucha: había nacido en 1955 en Lviv, donde enviaron a sus padres a ocupar uno de los apartamentos que quedaron vacíos tras la guerra, debido al exterminio nazi de los judíos y la deportación soviética de los polacos. Cuando el contrato expiró, regresaron a sus hogares en el *óblast* de Vínnitsa, allí creció hasta que se marchó a estudiar a Kyiv y luego a trabajar como ingeniero hidráulico. Poco antes de la caída de la URSS, hacia 1987, sus padres compraron esa casa en Bucha para estar más cerca de sus hijos, y cuando estos murieron se trasladó él a vivir allí.

83. El vecino de la derecha de Volodymyr Ivánovich, en el n.º 56, también estaba reparando su casa. Anatoliy, que así se llamaba, no había tenido suerte, su hogar estaba gravemente dañado: detrás de la puerta había un montón de escombros, y toda la pared exterior de la casa había tenido que ser demolida, con lo que los montantes de madera del muro interior quedaban a la vista. Cuando vinimos por primera vez, en mayo, Antoine había fotografiado a Lilia, la mujer de Anatoliy, de espaldas y con una bata de ir por casa con un estampado de chanclas de color rosa, de pie delante de los restos de la pared de ladrillo, blanca con elementos decorativos amarillos, y de la estructura de madera roja de la terraza de la entrada, retorcida y destruida por la explosión. El obús había caído delante de la ventana, y dentro estaba todo destrozado, acribillado por el rocío de metralla, la lavadora, los radiadores y el papel pintado de flores color lila y violeta pastel. Pero la pareja ya lo había limpiado todo, había recogido los

escombros y los había amontonado. Anatoliy cojeaba debido a un accidente de coche de 1986 que le dejó todo el lado derecho paralizado, pero aun así, en mayo nos acompañó por el terreno de detrás de su casa para enseñarnos dónde estuvo ubicado el mortero ruso, así como las cajas de municiones medio rotas, la empalizada y el jardín lleno de surcos por la irrupción del blindado. Al marcharse, los rusos habían dejado una tubería plantada con pequeños explosivos, para así hacer creer que el mortero seguía allí; tuvieron que llamar a los zapadores para comprobarlo todo y asegurarlo. Más allá del campo, el edificio en construcción se alzaba contra un cielo descolorido, con la pluma rota de la grúa colgando a un lado. «Allí arriba había una bandera ucraniana –bromeaba Anatoliy–. Los rusos no dejaban de disparar para descolgarla. La grúa se la cargaron, pero con la bandera no pudieron, y eso los volvía locos.» En septiembre, también él había cosechado sus patatas, y ahora aguardaba los tomates, los pepinos, las manzanas y las frambuesas. Cerca del portal había un hermoso ciruelo, tomó uno de sus frutos y me lo dio. Me despedí y en la calle me lo comí. Estaba delicioso.

84. En mayo partimos hacia Irpín, pasando junto a numerosas vallas acribilladas de metralla y casas más o menos malogradas. Después del n.º 48 había un pequeño cruce que daba a la izquierda a la escuela n.º 3, donde tantos residentes del barrio se habían refugiado a principios de marzo. El día 7, una pareja trató de marcharse, pero enseguida fueron víctimas de una ráfaga, el marido murió en el acto y la mujer resultó herida. Volodymyr Ivánovich la ayudó a ponerse en pie y también a llevarla al hospital encima de un cochecito. Sobrevivió, y probablemente fue evacuada el mismo día que ellos, el 12, cuando los rusos aceptaron establecer un «corredor verde» para los civiles durante unas horas. La escuela, un largo edificio de ladrillo de color pálido con el tejado de color violeta, estaba separada de la calle por una reja; lo único fuera de lo común eran las ventanas cubiertas de plástico.

Piezas de recambio

85. Inmediatamente después del pequeño cruce, los daños empezaban a ser mucho más serios. Hasta los árboles habían sido mutilados, seccionados, arrancados. Solo se había salvado una pequeña parada de autobús de metal pintada de amarillo y con unos asientos verdes, colocados demasiado altos para que los pies tocaran el suelo; pegado con cinta adhesiva de embalaje había un letrero escrito a mano en una hoja A4 con los horarios de la *marchroutka* 422 Bucha-Kyiv: de 6:30 a 20:00 h entre semana, y de 7:00 a 22:00 h los fines de semana, aunque con menor frecuencia. Delante de la parada, en lo alto, un cartelito publicitario trataba de seguir llamando la atención de los conductores sobre el supermercado ATB, que se hallaba en lo alto de la calle, cerca de la estación. Más allá, las casas de ladrillo estaban completamente destruidas, quemadas o derrumbadas. Las vallas habían desaparecido, y con ellas los números de las casas. Un coche seguía atrapado por los escombros de una entrada; los tejados de chapa oxidada envolvían las ruinas como mantas mojadas. Más allá, una furgoneta fundida parecía retorcerse sobre sí misma; un trozo de chapa agitada por el viento chirriaba sin ritmo alguno; enfrente aún se alzaban mal que bien unos tilos escarificados por las explosiones que habían destrozado ese desafortunado tramo de la calle. En ese lugar, el 27 de febrero alrededor de las 7:00 de la mañana, cuando las fuerzas rusas entraban en Bucha desde Hostómel convencidas de que no iban a hallar la menor resistencia, la artillería ucraniana destruyó una de sus columnas blindadas que bajaba hacia Irpín. La debacle rusa se hizo pública unas horas más tarde con la publicación en línea de un vídeo filmado por un vecino. Acompañada de un incesante chorro de blasfemias eructadas por el hombre que maneja el *smartphone*, que maldice póstumamente a los soldados de la columna pulverizada, la cámara, navegando desde el cruce de la escuela hasta casi el siguiente cruce, va pasando lista uno tras otro de los restos humeantes, a menudo con una V pintada en blanco: BMDs, BTRs y otros vehículos de combate o camiones cisterna dispersos por la calle, empotrados los unos contra los

otros y a veces incluso los unos sobre los otros, abatidos y tumbados por el poder de las explosiones. «¡Pederastas, putones, habéis venido aquí, hijos de puta maricones! –va desgranando el señor con una voz colérica, ronca–. ¡Condones usados! [Ahora] Son piezas de recambio, joder, pedazo de maricas. Eso vamos a hacer con ellas, joder.» La traducción empobrece notablemente el regustillo de la lengua rusa en la que este ucraniano insulta a los muertos. El vídeo termina abruptamente cuando un soldado, que parece llevar el brazalete blanco de los rusos pero probablemente es ucraniano, se apodera del teléfono ladrando «¡Prohibido filmar!».[47] En cierto momento, el hombre que filma va salpimentando sus maldiciones con la palabra «Kadírovtsi», en referencia a las milicias de Ramzán Kadírov, el dictador checheno. En efecto, la prensa ha estado repitiendo que esa columna era una unidad de Kadírovtsi, quién sabe si una de las que se habrían propuesto liquidar al presidente Zelenski y que fueron abatidas por las fuerzas especiales ucranianas. Aunque parece un rumor infundado. Un amigo checheno en el exilio me dijo que se trataba de una unidad del ejército regular, el 70.º Regimiento de la 17.ª Brigada Separada de Fusileros Motorizados de la Guardia, con base en Shalí, Chechenia, que no solamente recluta entre chechenos sino también entre sus vecinos daguestaníes, ingusetios, cabardinos y otros. El *New York Times*, por su parte, afirma que se trataba de elementos de los 104.º y 234.º Regimientos de Asalto Aerotransportados, lo que parecería justificar la abundancia de BMDs –un blindado utilizado únicamente por tropas aerotransportadas– entre los vehículos destruidos.[48] Allí se quedaron los cadáveres durante toda la ocupación, pudriéndose lentamente bajo las lluvias de marzo y obstruyendo la calle cuando la ciudad fue liberada, a principios de abril. La prensa occidental se llenó de impresionantes imágenes de los monstruos de metal anaranjado que abarrotaban esta calzada, escrutados con curiosidad por los residentes de Bucha, que llevaban a sus hijos a contemplar el espectáculo. Una foto de Rodrigo Abd, de AP, muestra a una mujer caminando sola entre los restos con una caja de cartón bajo el brazo, pasando por delante de las ruinas de las casas situadas entre los números 31 y 23 a su derecha, y del cenador torcido del n.º 32 de la calle Vokzalna a su izquierda.[49] Pero el

ejército y la municipalidad no tardaron en hacer limpieza. En mayo, cuando fuimos nosotros, ya habían vuelto a asfaltar la calle, y en medio de aquel mar de ruinas, en los jardines crecían helechos, tulipanes fucsia y otras plantas.



86. Antoine y yo estuvimos caminando arriba y abajo por este tramo de calle buscando cualquier cosa que anotar o fotografiar. La primera de las

casas que aún seguía en pie, a continuación de las viviendas devastadas, era la del n.º 22, con un patio en la entrada y un hermoso cenador cubierto de parras que hacía sombra. Pero la del n.º 20, una casita verde pálido alegremente engalanada, tampoco era más que una ruina; en la misma acera había un montón de vigas y frontones con motivos decorativos en relieve y pintados de azul. Enfrente, detrás de los tilos, la gente había tenido más suerte, y las casas parecían relativamente intactas, aparte de los cristales rotos; justo antes de otra parada del 422, de entre dos casas sobresalía una tiendecita de colchones, una incongruencia. Había unos pasos de peatones recién pintados señalados con unos conos de color naranja. Mientras observaba todo eso, mi hija me llamó por WhatsApp y yo activé la cámara para enseñarle una panorámica de los restos: «Oh, pero qué tristeza», exclamó. En la parada había gente esperando la *marchroutka*, por delante circulaban coches y personas en bicicleta, y unos técnicos en chaleco naranja fosforito arrastrando su material. El 422 avanzaba hacia nosotros subiendo desde Irpín entre el tráfico de vehículos.

En el cruce

87. El cruce que atravesaba el 422 era con la calle Yablonska. También aquí habían pasado muchas cosas. A la derecha del cruce, los soldados que liberaron Bucha hallaron cuatro cadáveres de civiles tirados sobre el asfalto, el primero en la esquina, retorcido sobre sí mismo, el segundo echado de lado junto a una pequeña mochila, el tercero, una mujer con una chaqueta azul y la pierna izquierda casi arrancada, acostada boca arriba con la cara tapada bajo una bicicleta, el cuarto un poco más lejos, bocabajo y con las piernas cruzadas. Un poco más abajo, en la Vokzalna, delante de una tiendecita blanca donde vendían ventanas de metal y de PVC, yacía en el suelo un quinto cuerpo, el de un hombre descamisado. Yo ya había visto imágenes de esas personas, así como de decenas de fotógrafos fotografiándolas, y mientras contemplaba esa calle pacífica, los vehículos, los peatones, los grandes carteles publicitarios ya pasados y medio

derrumbados anunciando el futuro complejo inmobiliario Kontinent Rai, así como de una urbanización de *townhouse*, unas casitas de campo a estrenar de 100m^2, intentaba imaginarme la escena. Pero me distrajo un hombre de unos cincuenta años que llegaba desde la estación montado en su patinete eléctrico y a toda velocidad, que tropezó, salió volando, fue a parar entre los arbustos que bordeaban la valla de debajo de los carteles y se hizo unos rasguños en la cara, pero que enseguida se levantó, y, antes de que pudiera dar un paso hacia él, siguió en dirección a Irpín empujando su artilugio. Crucé la calle hacia donde había caído. El jardín del n.º 8 de la calle Vokzalna, lleno de unos manzanos preciosos y de brotes de maíz, estaba rodeado por una valla hecha de planchas antiguas y grises que conformaban la esquina sureste del cruce; a través de las ranuras de la valla se podía distinguir una vieja casita de ladrillo amarillo. El mapa del *New York Times* decía que aquí habían asesinado a dos hermanas. Fui a llamar al portal; no vino nadie y volví a llamar más fuerte. Al final salió una mujer y me preguntó sin abrir que qué quería. Se lo expliqué a través del portal. Ella entreabrió, me miró con desprecio y escupió: «Estamos hartos de hablar con periodistas», y cerró bruscamente antes de que yo pudiera articular las palabras que ya tenía en la punta de la lengua: «La entiendo perfectamente, señora».

88. Era desesperante, pero había que continuar. Al otro lado de la calle, Antoine fotografiaba unas flores marchitas que alguien había dejado en la acera sobre una tela cuadrangular con motivos florales tradicionales, sujetada por cuatro piedras pequeñas para que no se volara. Delante de otra valla, sobre el murete que formaba la esquina, descansaba otro ramo completamente marchito. Debieron de ponerlos allí por uno de los muertos, ¿pero cuál? Alguien les mostraba su cariño, de eso no hay duda, porque cuando en septiembre volví a ese lugar de nuevo había flores, esta vez relativamente frescas, un ramo de claveles de color rojo, violeta y rosa con unas florecillas color naranja metidas en una botella de agua mineral de plástico cortada por la mitad, justo al lado del mismo pedazo de tela, empapado y doblado sobre el brocal de hormigón. Antoine y yo revisamos

los alrededores, pero no había nadie. En una valla verde del lado Yablonska, sin número visible, se abrió una puerta. Dudé en llamar, luego llamé. No respondió nadie.

89. A lo largo de los meses se han publicado varios informes, artículos y documentales que tratan de reconstruir lo que sucedió en la intersección de las calles Vokzalna y Yablonska. El más detallado es una peliculita producida por el *New York Times*, montada a partir de un gran número de vídeos recogidos por cámaras de vigilancia y drones ucranianos a los que tuvo acceso el periódico.[50] El 5 de marzo, algunos elementos del 234.º Regimiento de Asalto Aerotransportado, el mismo que tanto había sufrido el 27 de febrero en la Vokzalna, se desplegaron a través de la Yablonska desde una primera base establecida dos días antes al oeste de la calle y hasta la Vokzalna; su objetivo era establecer una nueva base justo antes del cruce, un poco al norte en la calle Vodoprovidna. Escaldados por sus pérdidas del día 27, avanzaron con prudencia colocando francotiradores y dos blindados un poco más atrás del cruce, delante del n.º 215 de la calle Yablonska. Pronto llegó un oficial superior acompañado de un oficial de radio y un guardaespaldas. Los blindados empezaron a disparar en la Yablonska, hacia el este. A las 11.00 h, en las imágenes de un dron aparece una primera víctima civil echada en el suelo delante del n.º 221, al otro lado del cruce. Se trataba de un hombre en bicicleta, Volodymyr Bróvchenko, de sesenta y ocho años. Hacia el mediodía, el blindado volvió a disparar y le dio a una furgoneta azul cerca del primer cuerpo, delante de una casa en construcción. La explosión mató a los cuatro pasajeros del vehículo: la conductora, Zhanna Kámeneva, de treinta y siete años, una voluntaria que estaba evacuando a unos conocidos de Bucha, su vecina Maria Ilchuk, de sesenta y nueve años, Tamila Míshchenko, de cincuenta y dos años, y Anna, su hija de catorce años. Un mes más tarde, cuando los investigadores ucranianos los encontraron, los restos carbonizados de las cuatro mujeres seguían yaciendo en el interior de la camioneta.[51] Pero el vehículo acribillado y el cuerpo de Bróvchenko ya habían sido fotografiados de forma clandestina el mismo día de su muerte, a las 12:04 h, por un vecino de la calle escondido

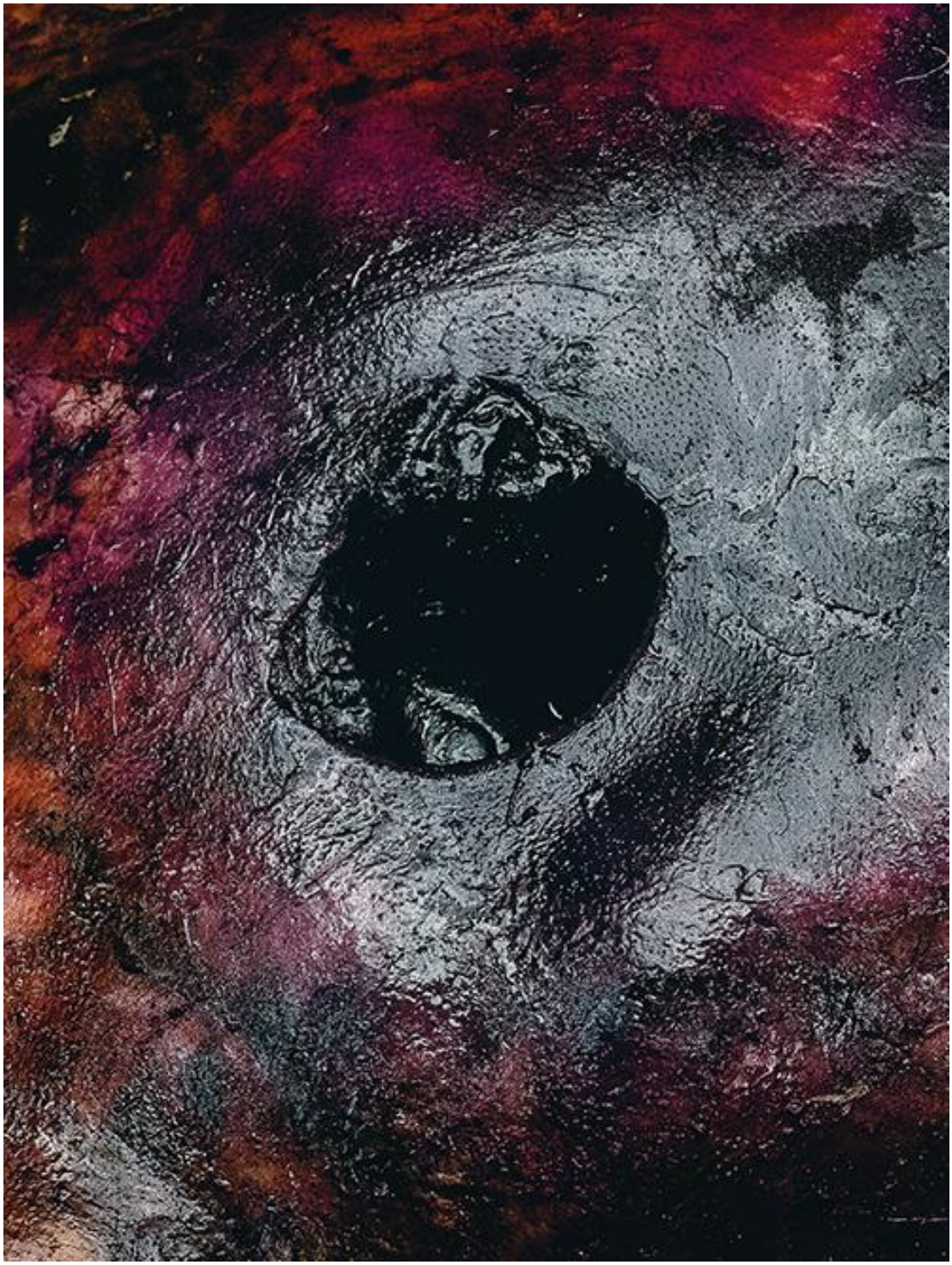
en su buhardilla del n.º 344: Víktor Shatylo. En otra foto tomada por Shatylo a las 12:46 h, se ve una sexta víctima junto a la furgoneta en llamas, Mykhailo Kovalenko, de sesenta y un años. En el cruce, el oficial ruso llega a la posición de los blindados que disparan y observa los acontecimientos. Al mismo tiempo, el dron muestra a una mujer que sube lentamente por la Vokzalna desde Irpín en una bicicleta que había tomado prestada para ir a reunirse con su marido. Al llegar a la intersección, la mujer, Iryna Fílkina, de cincuenta y dos años, se baja de la bici y da la vuelta a la esquina en dirección a los rusos. Mientras el comandante se aleja de la escena para remontar la Vodoprovidna, el segundo blindado abre fuego y mata en el acto a Iryna Fílkina. Ella es la mujer de la bicicleta con la pierna arrancada que hallaron allí el 3 de abril. Ese día, una fotógrafa de Reuters, Zohra Bensemra, hizo un primer plano con su mano izquierda medio putrefacta y manchada de barro. Las uñas aún estaban perfectamente lacadas: cuatro dedos de un orgulloso rojo vivo y el anular en rosa pálido con el dibujo de un as de picas. La estetición que le pintó las uñas poco antes de su muerte, Anastasiya Subacheva, sobrevivió y ahora se encuentra refugiada en Vilna.[52]

90. El asesinato de Fílkina tuvo lugar justo delante de una hermosa vivienda blanca de tres pisos sita en la calle Yablonska n.º 342 que pertenecía a Volodymyr Abrámov, un antiguo liquidador de Chernóbil; la casa adyacente es de su hija Iryna Abrámova y del marido de esta última, Oleh Abrámov.[53] Poco después de matar a Fílkina, las fuerzas rusas empezaron a disparar contra la casa de Volodymyr, que acabó incendiándose. Oleh se puso a gritar que eran civiles y a suplicar a los hombres más allá de la valla que dejasen de disparar. Unos soldados entraron en el patio y les ordenaron que salieran con las manos en alto. En una entrevista con *Reuters* concedida cuando nosotros andábamos rondando su casa, Iryna Abrámova describió a esos soldados como chechenos, con uniformes de color arena y botas de nubuck, lo que parece indicar que venían de Siria;[54] el *New York Times*, por su parte, los identifica como paracaidistas del 234.º Regimiento. Uno de los soldados no dejaba de preguntarle a Iryna dónde se escondían «los nazis»:

«Nos acusaban de haber matado a gente en el Dombás –le contaba en abril a un investigador de Human Rights Watch–. Nos acusaban de haber matado a los Bérkut [policías de élite, responsables de las matanzas de febrero de 2014 en la plaza Maidán de Kyiv], decían que éramos culpables y que teníamos que ser castigados».[55] Mientras el soldado seguía interrogando a Iryna, los otros tres le ordenaron a Volodymyr y a Oleh que apagaran el fuego, algo que no fueron capaces de hacer, y luego los arrastraron a un rincón del patio. Ahí, a Oleh lo obligaron a quitarse la camisa y lo sacaron a la calle. Volodymyr les suplicó que dejasen que Oleh volviera para ayudarlo a combatir el incendio; luego oyó cómo Oleh gritaba «No me hagáis daño», y justo después un soldado entró en el patio y le dijo: «No volverá». Iryna se precipitó hacia la calle: su marido había sido ejecutado de un tiro a quemarropa en la sien y ella se abalanzó sobre el cuerpo gritando: «¡Matadme, matadme a mí también!».[56] Los soldados no la mataron. «Estaba tendido en el suelo boca abajo –le contó a Human Rights Watch–, de la oreja izquierda le seguía chorreando sangre. El lado derecho de su cara había desaparecido, y de la herida emergían trozos de cerebro y sangre. A pocos metros de distancia había un grupo de soldados bebiendo agua tranquilamente. Miraban la escena como si fuera teatro.»[57] Al salir, también había visto el cadáver de Fílkina echado justo delante de su puerta, cerca de un poste de hormigón echado abajo por la explosión. Uno de los soldados le preguntó a Volodymyr: «¿Es hija tuya?». – «Sí.» – «Tómala y lárgate. *My tut zachistku sdelaem*, aquí estamos llevando a cabo una operación de limpieza.»[58] La casa estaba en llamas; ahora no queda nada de ella. El cadáver de Oleh, que es el del hombre descamisado delante de la tiendecita blanca, también quedó allí abandonado; en el momento de la liberación, Iryna se dejó filmar delante del cuerpo de su marido. En ese momento, en la puerta de su casa aún había una placa con el número y el antiguo nombre soviético de la calle Yablonska, CALLE KÍROVA 342; tal como averigüé más tarde en la entrevista de Volodymyr para el *New York Times* si no vi esa placa es porque alguien la había colocado después en el interior del portal.

Así que ahí tenemos para quién debían de ser las flores por las que nos habíamos preguntado.





91. Ese día, el 5 de marzo, en ese cruce, las fuerzas rusas mataron al menos a ocho personas en tres horas.[59] Algunos de los otros muertos hallados allí

en abril debieron de ser asesinados más tarde. Solo sé que uno de ellos era un albañil de treinta y ocho años llamado Dmytró Shkirenkov. Vivía cerca de Chernígov con su esposa moldava, Marta, y su hijo de diez años, y había llegado a Bucha a mediados de febrero para trabajar en una de las nuevas obras. El 9 de marzo logró llamar a Marta: «Aquí están matando a mucha gente. Pero yo estoy vivo». El 3 de abril, Marta vio las primeras fotografías de los cadáveres que yacían en la Yablonska, y reconoció instantáneamente a su marido.[60] Los otros dos hombres no sé quiénes son.

La calle de las Manzanas

92. En la Yablonska giramos a la derecha. Se parecía mucho a la Vokzalna, con filas de casitas de ladrillo o de madera y, tal como su nombre indica –en ucraniano, la Yablonska es la calle de las Manzanas–, jardines llenos de manzanos. Por encima de las vallas las manzanas muchas veces quedaban al alcance de la mano, pero por desgracia aún no estaban maduras. Detrás de estas casas, a un lado y al otro se alzaban edificios pequeños, así como otro más grande, de nueve pisos, con los dos últimos quemados. En el lado derecho de la calle, la primera casa estaba completamente destruida; la siguiente, en el n.º 215, delante de la cual habían aparcado los dos blindados responsables de las matanzas del 5 de marzo, se veía muy bonita detrás de su valla verde echada abajo, con la tierra del jardincito arada por las huellas de las orugas del blindado que había estado maniobrando allí. Tres chicas jóvenes con un gran moloso atado con una correa y bozal nos adelantaron charlando animadamente entre ellas y por teléfono, luego giraron a la derecha por la calle Vodoprovidna, que es donde los rusos establecieron su segunda base. Nos cruzamos con otro hombre en patinete que llevaba una parka y una gorra y circulaba entre el tráfico silenciosamente con mucha mayor destreza que el primero. Paré un momento para observar una riña entre dos gatos, uno blanco y otro rojizo, el más agresivo de los dos persiguió al otro hasta meterse debajo de un coche. Jugueteaban delante de un largo edificio de época soviética, una *jrushchovka* de cinco pisos que

aún ostentaba una placa: CALLE KÍROVA 203A. Los parterres, colmados de flores multicolores, estaban cuidados de forma impecable; más allá del edificio, tres niños jugando en un columpio suspendido de un soporte pintado de amarillo y azul hacía ya mucho tiempo; mientras los observaba, uno de ellos se emocionó mucho al ver pasar un gran coche deportivo blanco, *kitsch* y ruidoso. Detrás, en el n.º 203B, se alzaba otra *jrushchovka*, construida siguiendo el mismo modelo pero aún más larga y con una tiendecita de alimentación llamada Fora, delante de la cual fue hallada otra víctima de las matanzas del 5 de marzo, con la cabeza en un charco de sangre y aún por identificar.[61] Al otro lado de la calle, la parada del autobús 423, que va de Lísova a la estación de Bucha. De los horarios no tomé nota.

93. La calle era recta, infinita. En el patio del n.º 203, inmediatamente después de la *jrushchovka*, un perro ladraba junto a un viejo Zhigulí beis que aún llevaba un anticuado letrero luminoso de taxi. Aquí las casas estaban bastante intactas, aunque algunas más afectadas que otras. En el lado izquierdo de la calle, delante del n.º 298, había caído un obús de mortero que había acribillado el portal con esquirlas y al parecer había prendido fuego a la buhardilla, la roseta del impacto aún resultaba visible; más adelante, en el n.º 153, la valla también estaba acribillada, y a la sombra de un gran manzano había unos hombres colocando un tejado nuevo. También aquí habían asesinado o herido de gravedad a varias personas. Un hombre llamado Oleksandr Kovalevsky salió de su casa en busca de comida y fue abatido delante del n.º 163. Daniel Berehulak, fotógrafo del *New York Times*, tomó una imagen de su cuerpo echado boca abajo, completamente estirado, con los pies cruzados y la cabeza, con el gorro calado, descansando sobre una bolsa de plástico amarilla y roja; detrás de él caminan tres personas una tras otra, los dos primeros apoyándose en bastones de madera y mirando el cuerpo con tristeza y gravedad.[62] El coche de Mijailo Hrabulia, que huía de Bucha con su familia, había sido ametrallado un poco más allá, y su hijastra de nueve años, Oleksandra, ese día perdió un brazo.[63]

94. Fue así que llegamos a la intersección con la calle Zavodska, donde un empleado sentado en un taburete arreglaba unos cables bastante gruesos junto a una escalera apoyada en un poste eléctrico. La Zavodska se dirigía hacia la derecha, y en la esquina había instalado un *checkpoint* de sacos de arena cubiertos con unas mallas de camuflaje hechas a mano. Parecía abandonado. Antoine lo fotografió. No debería haberlo hecho. Aparecieron dos soldados arma en mano y nos interpelaron: «¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo? Aquí está prohibido hacer fotos». Nuestros carnés de prensa del ejército los calmaron un poco, pero insistieron en que Antoine borrara las fotos. «Diles que creíamos que era un antiguo *checkpoint* ruso», dijo Antoine. – «En absoluto –respondió uno de los soldados en cuanto se lo traduje–. ¿O acaso no lo ve?» En efecto, en el edificio recién pintado detrás del *checkpoint*, que a mí, sin prestarle demasiada atención, me había parecido una escuela, se apreciaban unos carteles militares; más lejos, en la Zavodska, de un portal salieron unos soldados para ver lo que pasaba. Al final nos dejaron ir. Justo después de la cerca de la base se alzaba una estatua de yeso pintada de un color parecido al bronce, un soldado de la Gran Guerra Patriótica con una bandera enrollada plantada a su lado, situado encima de un monumento de mármol con los nombres en ucraniano de cinco soldados asesinados en octubre de 1943, durante las operaciones para liberar Bucha (esta vez de los alemanes): Kuzmenko I.K., Bóndarev S.L., Plaksyn P.P., Polyakov P. Yu, y Potekha M.M., así como otros soldados desconocidos.

95. Justo al lado, en un banco, un hombre con una pala y dos cubos a sus pies fumaba entre toses, y entre tosido y tosido se llevaba una botella de cerveza a los labios, casi invisibles bajo la tupida barba. Tomarnos una cerveza no nos pareció mala idea, así que nos desviamos hacia la tiendecita de detrás del monumento. Mientras Antoine examinaba las marcas de cerveza alineadas en la nevera, yo charlé un poco con la tendera, Katia, una mujer abierta y risueña con lunares y un moño. Tenía mucho que contar. Por supuesto, le saquearon la tienda, sobre todo el alcohol. Un día paró un tanque y bajó un tipo a pedir educadamente comida para niños; pero los que

venían por cerveza ya no eran tan amables: «¡Abra la puerta, si no quiere que rompamos las ventanas!». Al principio, ella y su familia todavía intentaban hablar con los soldados. Delante del monumento a los muertos aparcaron dos blindados, y la madre de Katia salió a suplicarles: «Por favor, muchachos, no disparéis a ese monumento, ahí también hay enterrados rusos, no solo ucranianos». A fin de cuentas, en el tramo de calle comprendido entre el *checkpoint* de la esquina de la Zavodska y el siguiente tampoco había ido tan mal, nadie fue asesinado, ni siquiera agredido. Pero más allá sí hubo gente encarcelada, torturada, asesinada. El 4 de marzo, Katia vio un gran número de presos a los que empujaban a pie hacia la fábrica de vidrio Steklozavod, un poco más lejos en la Yablonska. Ese mismo día, su tío Konstantín recibió un disparo en la pierna. Sucedió más abajo, allá por donde los rusos habían capturado a los voluntarios de la Defensa Territorial para luego masacrarlos; unos jóvenes de dieciocho o veinte años le habían disparado, así sin más, para reírse. Katia y su familia lo tuvieron a resguardo en casa y lo curaron ellos mismos hasta que se abrió el corredor verde hacia Bilohorodka; entonces fue llevado a Boiarka para que allí lo atendieran, y el resto de la familia partió al extranjero. Acababan de regresar, de limpiar y de abrir la tienda de nuevo. «¡Dentro de dos años celebrará usted su aniversario!», exclamó una chica que esperaba su sándwich. – «Sí, si es que llego», replicó Katia. Una vez pagadas las cervezas, Antoine salió a fumar y yo me quedé a escuchar cómo aquellas dos mujeres se contaban historias mientras el sándwich se calentaba en la parrilla. «Los rusos ordenaron que todo el mundo debía ir vestido con ropa de colores claros. ¡Amenazaron con disparar a todos los que llevasen chaquetas oscuras!» – «Sí, y pasados tres o cuatro días dieron la orden de no salir en absoluto.» – «Nosotros teníamos miedo, nos quedamos en el sótano. Contando a los niños éramos nueve, y la verdad es que mucha comida no teníamos. De todos modos, nadie quería comer.»



96. Después de la tienda la calle se empinaba un poco. En lo alto de la cuesta una vía férrea atravesaba la calzada; los coches aminoraban la

marcha, traqueteaban al cruzarla. Tomamos a la izquierda, a ver qué. Hierbas altas, una ración rusa abandonada y cada vez mayor silencio tal como nos íbamos alejando de la calle. La vía férrea hacía una curva hacia la derecha, bordeando la pared de una fábrica hecha con elementos prefabricados y con el logo de los Juegos Olímpicos de 1980 impreso en el hormigón. Luego desaparecía bajo una gran barrera de madera y metal. Nada de todo aquello parecía haber sido usado desde hacía años. A la izquierda, detrás de una pared perimetral, había un depósito de agua oxidado y abollado, y una alta chimenea de ladrillo con un agujero de obús en el medio: un bromista debía de haber realizado un tiro de práctica, a ver qué. Más allá de este segundo complejo, entre la hierba de un terreno baldío, los investigadores habían descubierto un cuerpo: un hombre embutido en una chaqueta de guata verde, probablemente un trabajador. Pero desde donde estábamos no era capaz de ver de qué manera llegar a ese solar. Nos dimos la vuelta y, para quedarnos tranquilos, fuimos a echar un vistazo al otro lado de la Yablonska. Encauzado entre dos muros de hormigón, fluía un pequeño canal de desagüe que discurría a lo largo de la vía férrea, la cual desaparecía más allá entre los árboles en dirección a la vía principal. En algún sitio de por allí se encontraron otros dos cadáveres con los guantes aún en el bolsillo a pesar del frío. El primero había sido ejecutado de un tiro en la nuca; el segundo había sido decapitado, y su cabeza quemada y depositada cuidadosamente a sus pies. Finalmente fueron identificados, se trataba de dos guardias de la Steklozavod, Oleh Bilas, de cincuenta y cinco años, y Viacheslav Hordiychuk, de cuarenta y seis años, que cuando los rusos ocuparon la fábrica se escondieron y tres días más tarde huyeron, en vano.[64]

El número 144

97. No fuimos más lejos, dimos media vuelta y volvimos a la Yablonska. Ahora llegamos a un edificio de ladrillo de cuatro pisos situado a la izquierda de la calle, y entramos en un parking adornado con arbolitos y

estelas decorativas de época soviética a las que por desgracia le faltaban la mayoría de las imágenes. Era el n.º 144 de la calle Yablonska; junto a las puertas de entrada, un letrero indicaba que pertenecía a la sociedad Agrobudpostatch. Llamamos durante un buen rato, con las caras aplastadas contra las ventanas agrietadas y protegidas con ambas manos. Al final pareció un hombre en el pasillo desierto y nos abrió. Le expliqué lo que queríamos. «¡Tetiana Volodímyrovna!», gritó varias veces. Al fondo del vestíbulo se abrió una puerta de la que salió a nuestro encuentro una mujer con bata blanca. Nos confirmó que cuando llegaron los rusos ella estaba allí; debían de ser más de un centenar de personas, entre ellas treinta niños, estuvieron allí escondidos, en los refugios del sótano, desde el 24 de febrero. «¿Podemos verlos?» Sí, podíamos verlos. Al pie de las escaleras se abrían dos gruesas puertas blindadas, una al pie de la escalera misma, la segunda perpendicular a la primera. «Es un búnker antiatómico de los años cincuenta», nos explicó con orgullo Tetiana Volodímyrovna. Yo asentí lentamente con la cabeza, mientras daba unos golpecitos con las uñas contra el espesor del metal, luego agarré la rueda fijada en el centro y traté de estirar hacia mí. Pesaba demasiado, apenas pude moverla unos centímetros. «Cierra –afirmó Tetiana Volodímyrovna–, pero hay que hacerlo entre varios.» Antoine había sacado la cámara: «¡Ah, no! –gritó ella, de pronto severa–. Nada de fotos». En el interior había varias salas sostenidas por pilares, con sillas a lo largo de las paredes y filas de somieres. «El 3 de marzo, nos llamaron para decirnos que venían los *rashistas* [neologismo ucraniano formado a partir de las palabras '*russian*' y 'fascista'] con un tanque. Cerramos las puertas. Ellos abrieron la primera y se pusieron a golpear la segunda, que nosotros habíamos atrancado. "Abrid", berreaban, "abrid". Nosotros estábamos sentados en las sillas, ya no teníamos luz y empezaba a faltarnos oxígeno. Yo me puse detrás de la puerta y grité: "¡Somos civiles, no tenemos armas!" – "¡Abrid!" Al final abrimos la puerta y les suplicamos que no dispararan. No dispararon. Estaban tranquilos, creían que habían ganado la guerra. "Dentro de dos días llegará nuestra policía –dijeron–. Y todo volverá a estar en orden."»



98. Los rusos, paracaidistas del 234.º Regimiento al mando del teniente coronel Artiom Gorodílov, instalaron su cuartel general en este edificio.

Tuvieron metida a la gente en el búnker varios días y luego los mandaron a casa. De nuevo en la luz verdusca del vestíbulo, Tetiana Volodímyrovna nos señaló el suelo de baldosas: cuando al fin pudieron salir, allí yacían varios soldados rusos heridos. «Muchos heridos. Gritaban, había sangre por todas partes.» En las paredes del piso de arriba, varias flechas arqueadas indicaban la dirección de los diferentes despachos ocupados por los rusos; en uno de ellos, junto a una mesa con una pila de carpetas, cables y un monitor de ordenador, alguien había escrito en rojo en la pared ¡UCRANIA! ¿PARA QUÉ NECESITABAIS A LA OTAN? Ninguno de los refugiados del sótano pudo ver lo que sucedió a partir del momento en que los ocupantes tomaran el control del edificio; esos hechos fueron reconstruidos por el fiscal de Bucha y por la prensa. El 27 de febrero, cuando la artillería ucraniana diezmó la columna blindada que bajaba por la Vokzalna, las fuerzas rusas se retiraron de Bucha y la vida volvió a la normalidad. Cuando el 3 de marzo regresaron, lo hicieron con mucha más precaución. Sus servicios de inteligencia militar habían tomado nota de las posiciones ucranianas por debajo del cruce de la Vokzalna con la Yablonska, y esta vez los soldados entraron en la Yablonska desde varios ejes a la vez, ocupando rápidamente la calle y disparando contra todo lo que se movía. En un vídeo de vigilancia se ve cómo un BMD-3 abre fuego contra un coche civil que intenta huir y acaba empotrándose en un árbol, lo cual mata en el acto al conductor, Volodymyr Ruchkovskiy; su compañera Olena, que sale ilesa, primero intenta sacarlo del vehículo en llamas, luego renuncia y huye a pie. Los paracaidistas avanzaban metódicamente en formación detrás de sus blindados, destruyendo las cámaras de seguridad y ocupando los principales edificios y fábricas. Delante del n.º 144, una cámara que los rusos pensaban que habían roto continuó grabando sonido y una imagen parcial; en un vídeo de ese día, a las 7:37 h se oye a un soldado hablando con uno de sus camaradas: «El comandante ha venido a despertarnos a las tres. Nos ha dicho “Venga, hostia, vamos a jodernos a todos esos civiles”. Y yo me digo: ¿Eso cómo lo haces? ¿Te los cargas? Joder».[65]

99. Al día siguiente, 4 de marzo, los paracaidistas se llevaron a empujones a nueve hombres al parking del n.º 144, que estaba lleno de blindados, camiones y soldados. Se trataba de civiles, todo gente del barrio, ocho de ellos voluntarios de la Defensa Territorial (en ucraniano la *Terytorialna Oborona* o TO), y el noveno el propietario de la casa de la calle Yablonska n.º 31, delante la cual se hallaba su *checkpoint*. En el parking ya había otros siete civiles, capturados en casas de los alrededores de la base. Los nuevos prisioneros llegaron en calcetines con las camisas tiradas por encima de la cabeza; los soldados los obligaron a arrodillarse y, según los supervivientes, enseguida mataron a uno, Vitali Karpenko, un albañil de veintinueve años. Otros dos, Andrii Verboviy, de cincuenta y cinco años, e Iván Skyba, un obrero de cuarenta y tres años, fueron llevados dentro del edificio. Allí los interrogaron mientras los golpeaban con violencia; Skyba tenía la cabeza tapada con un cubo y las manos atadas a la espalda con cinta adhesiva. Luego los rusos ejecutaron a Verboviy, y a Skyba lo llevaron al parking. Allí, uno de los nueve hombres se rompió y acabó confesando que eran combatientes de la TO. Los rusos se pusieron a gritarles: «¿Queríais quemarnos con molotovs? ¡Pues os vamos a quemar vivos!».[66] Al hombre que había confesado lo colocaron aparte,[67] y los soldados se pusieron a discutir qué hacer con los otros: «Deshaceos de ellos –zanjó al final uno de ellos–, pero en otro lugar, no quiero los cuerpos tirados por aquí». Los cinco voluntarios que quedaban, así como Valeriy Kotenko, el dueño de la casa, un hombre despeinado y con gafas que ese mismo mes habría cumplido cincuenta y cuatro, fueron arrastrados por dos soldados hasta el pequeño callejón que discurre a la izquierda, entre el flanco del edificio y la verja. Allí ya estaba el cuerpo de Andriy Matviychuk, de treinta y siete años, otro voluntario de la TO que se había pasado los días anteriores yendo y viniendo en bicicleta desde Irpín a Bucha para informar a sus jefes sobre los movimientos del enemigo. Su familia había perdido contacto con él el día anterior, la noche del día 3, y probablemente fue asesinado esa noche o bien por la mañana, antes de que llevaran a los otros. Los dos soldados abrieron fuego. Una bala atravesó el abdomen de Iván Skyba y él se hizo el muerto. Hacía frío, podía percibir el aliento helado de los soldados y los

moribundos, aguantó la respiración mientras los soldados remataban a los heridos que aún se movían. Los soldados se fueron. Skyba todavía esperó un cuarto de hora, hasta que dejó de oír sus voces, entonces se levantó y se fue. Sus cuatro compañeros eran Anatoli Prykhidko, de treinta y ocho años, Denys Rudenko, de treinta y siete, Sviatoslav Turovskiy, de treinta y cinco, y Andriy Dvórnikov, de treinta y uno. Kotenko también estaba muerto.[68]

100. A las 16:57 h, poco más de seis horas después de haber sido ejecutado, el teléfono de Vitaliy Karpenko fue usado para hacer una primera llamada a Rusia. El paracaidista que llamaba, Vladímir Vasíliev, hizo otras siete llamadas, luego dos más con el teléfono de Skyba, que también fue usado por 15 de sus camaradas para realizar 38 llamadas a Rusia.[69] Las filmaciones el día siguiente de un dron ucraniano muestran los cadáveres de los ocho hombres amontonados en el callejón, con dos soldados cerca de ellos.[70] Los rusos dejaron que se fueran pudriendo lentamente a lo largo de su estancia, cubiertos poco a poco por la basura que tiraban desde los pisos. No todos los ocupantes del edificio eran paracaidistas; en abril, los investigadores ucranianos encontraron el documento de identidad del cabo Korchunov, Konstantín Vladímirovich, miembro de la unidad Vítiaz de la Rosgvárdia, la Guardia Nacional de Rusia bajo control directo de Vladimir Putin.[71] A mediados de marzo, una de las casas de delante del n.º 144, descrita como la más bonita de este tramo de calle –puede que la casa inacabada situada en el n.º 75, hecha de bloques de hormigón blancos con un garaje, un cenador y un techo de chapa verde– fue ocupada por un comandante importante al que la gente del barrio, por ser alto, apodaba «el Largo». Todos los días este oficial cruzaba la calle para ir a trabajar al n.º 144, tapándose la cara si había algún vecino cerca y enviándole a sus guardaespaldas para amenazarlo de muerte si lo miraba. Desde el momento de su llegada, las cosas aquí se volvieron aún más violentas; hasta sus guardaespaldas confesaban a los habitantes que le tenían miedo.[72]



101. Antoine y yo fuimos a ver el flanco del edificio. No había nada, no era más que un rincón con suelo de barro y ventanas enrejadas, una puerta y

unos escalones. En las fotos, los cuerpos yacen esparcidos entre botellas de plástico y basura, algunos medio desnudos, lívidos; la mano de uno de ellos, un hombre con un suéter morado, descansaba tiernamente sobre la mejilla mal afeitada de otro. En septiembre, cuando regresé, en la pared habían colgado sus ocho retratos dentro de unos marcos azules y amarillos con tres flores de plástico y tres banderitas ucranianas a los costados. Ese pequeño memorial me plantea un problema de cronología: y es que mientras que los periodistas del *New York Times*, en su minuciosa reconstrucción de los hechos, afirman que todos los hombres (excepto Matviychuk, muerto antes que ellos, puede que ya el día 3) fueron asesinados el día 4, la placa indica que el día 4 solo habría muerto Karpenko, y que sus cinco camaradas y Kotenko habrían sido asesinados el día 5; solamente Matviychuk habría muerto el día 30. Por el momento, no tengo ninguna explicación para semejante contradicción. Si tal como cree el hermano de Matviychuk, basándose sobre todo en el estado del cuerpo, este último fue detenido y asesinado tan tarde, cuando los rusos lo dejaron allí tirado debieron de retirar otro cadáver, puesto que el 4 de marzo ya había ocho, hay testigos que así lo confirman.[73]

102. Seguimos rodeando el edificio, dejando atrás aquel rincón limpio y a sus tristes fantasmas. Detrás había un almacén enorme, primero intacto y luego, al final, parcialmente derrumbado y quemado. Albergaba varias empresas, entre ellas Debyut Sklad, una empresa de materiales de construcción y enseres domésticos, y una empresa de cerámica sanitaria. El guardia nos franqueó amablemente el paso al territorio. El área de hormigón estaba ahora despejada, había vehículos aparcados aquí y allá, y en el medio un montón de escombros de cohetes, obuses y bombas de racimo, mezclados con balas de gran calibre. Los rusos habían dispuesto posiciones de tiro detrás del almacén, delante de una barrera de metal y un muro de hormigón medio derrumbado, más allá de los cuales se extendía una gran explanada verde con algunos árboles, y luego, más abajo, el río Bucha y al fondo los primeros edificios de Irpín. El guardia había venido tras de mí y miraba conmigo. «En invierno, los árboles estaban desprovistos de follaje.

Así que cuando bombardeaban desde aquí lo veían todo.» – «¿Y el almacén?», le pregunté yo, dándome la vuelta. Él hizo una mueca, una curiosa expresión entre la ironía y la amargura: «Eso fueron los nuestros, devolviendo el fuego».

103. Después seguimos hacia la Steklozavod. Caminábamos despacio. Y de camino, en el n.º 43, nos encontramos con una casa incendiada en la que había ardido hasta la valla, luego, en el n.º 39, una serie de casas de campo modernas de tres pisos: las primeras con la fachada ametrallada y las ventanas rotas, las últimas intactas. En la puerta de la casa siguiente, la del n.º 37, aún se veía nítidamente pintada en color blanco la palabra DETI, «niños». En el lado izquierdo, detrás de un muro de hormigón blanco que también exhibía el logo de los Juegos Olímpicos, un gran terreno que servía para almacenar elementos de grúas amarillas; justo después había un edificio amarillo y naranja de dos pisos, intacto, en que un pequeño obús había provocado un agujero en el revestimiento, dejando el ladrillo a vistas. Después pasamos junto a una valla deteriorada, cubierta casi por completo por el follaje de dos grandes árboles, era la de la casa del pobre Valeriy Kotenko, en el n.º 31. Aquí, justo al lado del portal metálico, es donde estaba el *checkpoint* provisional de los voluntarios que masacraron en el n.º 144. No quedaba el menor rastro. En las fotos se ven algunos sacos de arena amontonadas en forma de L que ni siquiera llegan a la altura de los hombros de los hombres que posan orgullosamente delante, con un pequeño agujero para disparar hacia el este de la calle. Cuando la madrugada del 3 de marzo los paracaidistas del 234.º Regimiento iniciaron su operación de limpieza de la calle Yablonska, los seis voluntarios que en ese momento se hallaban en el *checkpoint*, y que apenas tenían entre todos un Kaláshnikov y una granada, decidieron esconderse en la casa de Kotenko. Otros dos voluntarios se unieron a ellos y pasaron una noche tensa intercambiando mensajes con sus seres queridos. A la mañana siguiente, al darse cuenta de que estaban atrapados, enviaron sus últimas palabras: «Borra todos mis mensajes y prepárate para partir –le escribió Andriy Dvórnikov a su esposa Iulia a eso de las 10:20 h–. No podemos salir. Te llamaré cuando te llame.

Te quiero». Una hora más tarde, unos soldados rusos entraron en la casa y sacaron a los nueve hombres. Los obligaron a quitarse las chaquetas y los zapatos, examinaron sus cuerpos en busca de tatuajes militares y los llevaron al n.º 144. Un vídeo de vigilancia los muestra avanzando en fila, cada cual con una mano en la cabeza y agarrando con la otra el cinturón del hombre de delante. Aún existe un último vídeo de estos hombres, filmado a escondidas por un vecino desde las ventanas de la casa amarilla de techo rojo, situada en el n.º 148, que los muestra en el momento en que son arrastrados hasta el parking del n.º 144 y obligados a arrodillarse.[74] Lo que sucedió después ya lo sabemos.

La zona de los garajes

104. En la Steklozavod los militares rusos también asesinaron a mucha gente. Allí los investigadores encontraron varios cuerpos convertidos en trampa explosiva, como el de Dmytró Chaplyhin, un joven de veinte años que se alojaba en casa de su abuela desde el inicio de los combates, y que desde allí filmaba explosiones y a soldados rusos cerca de su casa. Cuando registraron las casas, los rusos encontraron los vídeos y se lo llevaron. Su abuela fue todos los días a la Steklozavod a suplicar a los ocupantes que liberaran a su Dmytró. Ya estaba muerto. Su cuerpo fue hallado en el suelo lleno de grava cerca de un muelle de descarga, atado a un cable conectado a una mina, con el abdomen lleno de hematomas, las manos repletas de quemaduras de cigarrillo, y una bala en el pecho.[75] Pero a Antoine y a mí ya no nos quedaba tiempo para ir a visitar la Steklozavod, teníamos una cita que habíamos acordado con una rápida llamada telefónica poco antes, mientras aparcábamos el coche cerca de la estación. Solo examinamos la entrada, un edificio pequeño con los cristales de los ventanales rotos. Enfrente estaba el n.º 17, un gran edificio soviético de nueve pisos.

105. Los balcones estaban remendados con esto y aquello, en el revestimiento faltaban muchos azulejos de cerámica, y un obús había

impactado de lleno en la escalera central, incendiando seis apartamentos de los tres últimos pisos, pero dejando los otros intactos, aparte de las ventanas rotas. El joven con el que habíamos quedado vivía allí; afortunadamente para él, su apartamento se había salvado. Su contacto me lo había facilitado Mika Skoryk-Shkarivska, vicealcaldesa de Bucha, y él había aceptado quedar con nosotros sin dudarlo. Nos estaba esperando junto a la parada de autobús con una mujer mayor a la que yo tomé por su madre, pero que en realidad era una amiga a la que había conocido durante la ocupación mientras trabajaba como voluntaria, y que había venido a apoyarlo moralmente mientras hablaba con nosotros. Llevaba unos vaqueros, una sudadera y una gorra, todo de color gris; su rostro angelical era de una dulzura sorprendente; apenas tenía veinte años, era peluquero y se llamaba Vadym Evdokímenko. Después de las presentaciones nos pusimos en marcha, dejamos la Yablonska en dirección a la vía férrea, atravesando un barrio de calles tranquilas, tiendecitas y vecinos pacíficos. De camino, Vadym me iba señalando su escuela primaria, la pequeña estación de tren local y las *jrushchovkas* de ladrillo de los años sesenta construidas para los obreros de la Steklozavod, mientras con una cadencia rápida pero muy clara me hablaba de las personas de su entorno que habían sido asesinados. «Hay una clienta mía, tenía veintitrés años. Antes de matarla, la violaron. Debió de resistirse, su padre me dijo que cuando la encontró en la morgue tenía las manos rotas.» Nos llevó por un camino de tierra que serpenteaba entre la vía férrea y un campo de deportes cubierto de hierba a los pies de las *jrushchovkas*. Finalmente, a unos diez minutos de su edificio, llegamos a una zona de pequeños garajes de chapa como tantos que hay por todas partes de la antigua URSS. Durante la operación del 3 de marzo, por aquí habían pasado varias unidades del 234.º Regimiento en dirección a la Yablonska. Finalmente Vadym se detuvo delante de un garaje completamente calcinado; el techo, acribillado de agujeros, había cedido. «Aquí es. Había cinco personas escondidas. Cuando llegaron los rusos se negaron a abrirles. Los rusos lanzaron una granada, el garaje estuvo un buen rato ardiendo. Mi padre se contaba entre ellos.» Galina, su amiga, escuchaba en silencio. Vadym me enseñó en su *smartphone* las fotos que le

habían permitido identificar los restos de su padre: un trozo de muslo con un jirón de pantalones vaqueros, un zapato intacto, cuatro tarjetas de crédito deformadas, una tarjeta identificativa de la fábrica de aviación Antónov medio quemada en la que el nombre, Oleksiy Evdokímenko, ya no se apreciaba, aunque sí se distinguía la cara ovalada de un hombre con la cabeza despoblada, casi borrada bajo el plástico opacado y estriado por el incendio. Poco a poco, a retazos, pude reconstruir la historia. El día 3, ajeno a que los rusos habían vuelto a entrar en Bucha, Oleksiy salió a buscar leña por las inmediaciones de la estación, luego fue a su propio garaje, más abajo; hacia las 16:00 h llamó a su esposa. Luego la red cayó y Vadym y su madre no volvieron a saber de él. Con la esperanza de así encontrar a su padre, Vadym se ofreció voluntario para la ayuda humanitaria, pero los rusos habían cerrado el barrio, no había ningún acceso. El día 8, los ocupantes abrieron por fin un primer «corredor verde» y Vadym y su madre decidieron partir hasta los autobuses de evacuación, cruzando un campo acechado por francotiradores rusos. Él creía que su padre debía de estar escondido en algún sitio, que no podía comunicarse con ellos y que se encontraría con él más tarde. El 10 de marzo, cuando ya se hallaba al oeste del país, un amigo de su padre lo llamó para decirle que este había desaparecido el primer día. «Salió del garaje para ir a buscar cigarrillos y ya no se lo volvió a ver. Debió de quedar atrapado aquí, y se refugiaría con esas personas. Yo no sé quiénes eran.»



106. En aquel momento se acercó a nosotros un hombre con el rostro surcado de arrugas. «¿Quién sois? ¿Qué estáis haciendo aquí?» Vadym se lo

explicó y el hombre meneó la cabeza: «Tu padre no murió aquí, eso está claro». Vadym, desconcertado, le plantó cara: «¡Pero los investigadores me dijeron que fue aquí!». – «No, no. Vivo en el barrio desde hace cuarenta años, conozco a todo el mundo. Yo lo que pasó aquí lo sé mejor que los investigadores. Venid, os enseñaré algo.» Nos llevó por el callejón de los garajes. Al final, justo enfrente del terraplén arbolado de la vía férrea, había un pequeño STO, una estación de reparación de vehículos; allí trabajaba Anatoliy, que así se llamaba. Más allá de la STO, la vía férrea se alejaba haciendo una curva y Anatoliy nos guio en esa dirección para señalarnos una losa de hormigón elevada bajo la cual fueron hallados dos cuerpos, un hombre y una mujer. «Y mirad ahí.» Señaló con el dedo un agujero rectangular en cuyo fondo había unos restos de tela empapada, una tumba abierta justo delante de la vía férrea, bajo los árboles. Allí habían desenterrado a un hombre, sin duda un soldado ruso. No muy lejos también habían encontrado otros cuerpos. Un segundo mecánico se acercó y se puso a discutir en ucraniano con Anatoliy. Yo no lo entendía todo, pero me pareció obvio que estaban en desacuerdo sobre el número de cadáveres y sobre dónde habían sido encontrados. «¿Y mi padre? ¿Lo conocíais?» – «¿Aliocha? Claro.» – «Entonces ¿dónde murió?» Anatoliy vaciló, luego hizo un gesto con la cabeza: «Ven. Te lo enseñaré». Nos hizo volver a recorrer el callejón de los garajes, luego giró por un camino bordeado de montones de basura y contenedores de metal. A la izquierda, en el eje de la última *jrushchovka*, se alineaban dos filas de pequeños garajes. Uno de ellos también había sido incendiado. «Tu padre murió aquí. También había una mujer, dos niños y otro hombre, un desconocido. Allí, delante de los cubos de basura habían aparcado un tanque.» El pequeño espacio estaba invadido por un violento olor a quemado, todo era negro, todo estaba calcinado, se distinguían los restos carbonizados de una bicicleta, de un horno, de una lavadora, de unas bolas navideñas esparcidas entre los escombros. Antoine comenzó a hacer fotos iluminándose con una linterna. Vadym estaba nervioso, desamparado, pero mantenía la calma. «¿Veis? Nadie está de acuerdo en nada. Me va a tocar volver a ir a ver a los investigadores.» Mientras hablaba con Anatoliy, Antoine me llevó de nuevo

al garaje y apuntó el haz de su linterna hacia algo que había en el suelo apenas visible bajo las cenizas. Me agaché y lo separé delicadamente, eran varios huesos, una tibia rota, otra intacta, trozos más pequeños. Me levanté: «No le enseñes esto a Vadym. Yo hablaré con él». Lo dejé con sus fotos y volví a salir. Vadym se volvió inmediatamente hacia mí: «De hecho, la policía nunca ha querido decirme nada. ¿Tú lo entiendes? Me puse a buscar por mi cuenta. En la morgue tuve que suplicar que me dieran las fotos». Se acercó otro hombre en mono de trabajo. «Aquí había seis cuerpos. Cinco arriba y uno abajo, en el foso. Pero puede que algunos fueran asesinados fuera y luego los arrojaran dentro.» Los dos trabajadores, a los que pronto se unieron otros curiosos, se enzarzaron en una gran discusión sobre quién había sido asesinado dónde, cómo, cuándo. Entonces se detuvo a nuestra altura un hombre en bicicleta: «¡Ya me gustaría saber qué es lo que pasó! Este garaje estuvo ardiendo tres días. Lo habríamos abierto, pero nos hubiéramos asfixiado enseguida». Nadie estaba de acuerdo con nadie, se cortaban unos a otros intercambiando las historias de horror del barrio sobre los que habían muerto aquí y aquellos a quienes se habían llevado y ya nunca volvieron a ver, tratando de reconstruir los acontecimientos, de establecer una cronología, de llegar a un consenso; las voces eran vívidas pero tranquilas, mezclaban el ruso y el ucraniano y yo no conseguía enterarme de todo. «*Znatchit tak bylo*», zanjó al final uno de ellos. «Así es como fue.»



107. Los garajes descendían hacia la Yablonska. Justo detrás se extendía un gran estanque, casi un pequeño lago. Nos despedimos de Vadym y Galina y

nos dirigimos hacia allí. Un largo corredor de vegetación verde oscuro separaba los dos grises, el gris pálido del cielo y el oscuro y opaco del estanque. Era la antigua cantera de Bucha, más tarde inundada; enfrente todavía había casas particulares; después del estanque, la calle giraba a la derecha, cruzaba una gran carretera y terminaba un poco más lejos, en otro barrio excéntrico de edificios pequeños y casas. Estaba cansado, no veía la necesidad de continuar. Me acerqué al talud que dominaba el estanque a fumar. Abajo, sentadas en un pontón sobre el agua, dos jóvenes rubias discutían animadamente, una de ellas, embutida en una chaqueta roja brillante, puntuaba sus frases con sonoros eructos. No me advirtieron y las estuve escuchando mientras fumaba. Luego tiré la colilla y volví donde Antoine, mientras buscaba en mi *smartphone* una aplicación para taxis para ir a la estación a buscar el coche.



Una lista más

108. Los muertos de las calles Vokzalna y Yablonska son solo una parte de las víctimas de Bucha; a diferencia de Babyn Yar, a principios de abril de 2022 toda la ciudad fue convertida en una fosa común. Según el fiscal general de Ucrania, durante el mes de ocupación rusa, 637 de sus residentes fueron asesinados, alrededor del 12% de la población que permaneció en el lugar (esta cifra no deja de aumentar a medida que van apareciendo cuerpos).[76] En la calle Iván Franko, toda una parte del vecindario fue exterminada. La familia Shypilo, Tetiana, Volodymyr y su hijo Andriy de treinta y nueve años, habían desaparecido, lo mismo que su vecino de enfrente, Oleh Yarmolenko, de cuarenta y siete años, y otros dos vecinos, Lidia y Serhiy Sydorenko, de sesenta y dos y sesenta y cinco años respectivamente; al final, sus seis cadáveres fueron hallados en un solar y luego identificados por los investigadores de la Gendarmería francesa, todos calcinados, tres de ellos con miembros amputados. En el mismo barrio, Víktor y Yuriy Pavlenko, dos hermanos de sesenta y cuatro y sesenta y dos años, fueron ejecutados sumariamente; un hombre que pasaba por allí, Oleh Diyún, fue hallado muerto en un camino cerca de la vía férrea; Volodymyr Cherednichenko, veintiséis años, que había cometido el error de tomar una foto del convoy destruido en la Vokzalna, fue detenido, torturado y muerto el 8 de marzo de una bala en la oreja. En otro lugar, cerca de un supermercado, se encontró el cuerpo de Dmytró Bernatskiy, de cincuenta y nueve años, con tres balas en la pierna izquierda, una en el pulmón y otra en el corazón. Oleksandr Yerémich, de cuarenta y tres años, voluntario de la TBO, fue secuestrado en su casa por un soldado de origen checheno y ejecutado con cuatro tiros unos metros más allá, detrás de una valla. El hijo de treinta y dos años de Lyudmyla Verhinska murió de un disparo en el ojo mientras sacaba la basura. Vasyl Nedashkivskiy, de cuarenta y siete años, salió a finales de marzo a pasear a su labrador negro, fue obligado a arrodillarse en la calle, interrogado y ejecutado. El cuerpo de Dmytró Fyaktístav, que había salido a buscar pan, fue hallado con varios tiros en la

espalda. Volodymyr Feoktístov, de cincuenta años, fue asesinado el 4 de marzo cuando regresaba de pedirle pan a un vecino. Román Havryliuk, de cuarenta y tres años, y su cuñado Serhiy Dukhliy, de cuarenta y seis años, fueron asesinados el 12 de marzo en su jardín delante de Iryna, hermana de Román y esposa de Serhiy; en el momento de la liberación, junto a los suyos yacía un tercer cuerpo, nunca identificado. La noche del 27 de marzo, en uno de los barrios buenos al norte de Bucha, un soldado borracho abordó a Oleksandr Kryvenko, de setenta y cinco años, y en busca de algo de beber lo obligó a llevarlo a la casa de un político local más bien prorruso, Oleksandr Rzhavskiy, de sesenta y tres años; Rzhavskiy le ofreció vino, pero el soldado, un tal Alekséi, ametralló a los dos hombres en la mesa del comedor y lanzó una granada con la que se hirió a sí mismo en la pierna. Iván Monastírskiy, de cuarenta y tres años, vivía en uno de los edificios por encima de la Yablonska y se quedó solo en su casa mientras su esposa y su hija de siete años quedaban atrapadas en el búnker del edificio de Agrobudpostach, en el n.º 144; lo único que se sabe es que salió de su casa el 7 de marzo; su cadáver fue hallado en un campo más abajo, donde había establecido su campamento una unidad rusa. Anna Noha, de treinta y seis años, que se había quedado en Bucha para ayudar a sus padres a alimentar a sus 11 perros y para recoger gatos abandonados, fue detenida la noche del 18 de marzo junto con sus amigos Vladyslav y Yuriy, en cuya casa se alojaba, mientras sacaban juntos la basura; una semana más tarde, la madre de Vladyslav encontró por fin sus tres cuerpos en el jardín de una casa abandonada, cada uno con un tiro en el ojo; a Anna la habían estado golpeando con tal severidad que su rostro quedó irreconocible. En una residencia de la tercera edad, seis ancianos cuyos nombres no conozco murieron de hambre agrupados en una sola habitación. Su vecina, Lyudmyla Shchehlova, una epidemióloga jubilada de ochenta y un años, fue hallada ahorcada de uno de sus cerezos; la policía concluyó que había sido suicidio, pero los familiares de Shchehlova, que era muy religiosa, afirman que eso es imposible. El 5 de marzo, *Tiotya* Lyuba, una mujer muy mayor, fue asesinada por un francotirador en la puerta de su casa; su hermana menor Nina, discapacitada mental, fue hallada muerta en su cocina, no se

sabe de qué. El mismo día que Lyuba, un francotirador abatió al hijo de Iván X., que había salido con él a pasear por la Yablonska. Tetiana Sishkar, de cuarenta y seis años, también fue asesinada por un francotirador el 24 de marzo cuando se dirigía con su marido y su hija a la casa de sus ancianos padres. En un sótano del campamento infantil de verano situado en el extremo norte de la calle Vokzalna, ocupado y transformado en base militar por los rusos, fueron encontrados cinco voluntarios humanitarios, Serhiy Mateshko, Dmytró Shulmeister, Volodymyr Bóychenko, Valeriy Prudkó y Viktor Prudkó, los cinco boca abajo con las manos atadas con collares de sujeción y rastros de tortura en el cuerpo, ejecutados con disparos a quemarropa en la espalda o la cabeza. El 18 de marzo, un hombre llamado Volodymyr Lisovskiy filmó desde la buhardilla de su casa en la calle Nazariy Yaremchuk a unos soldados rusos mientras rodeaban a tres hombres, Dmytró Shkirenkov, Maksym Kiréiev y Oleksandr Zhuk, junto a una fila de palés de materiales de construcción que había delante del complejo Idilika Home Townhouse; uno de ellos ya estaba muerto, los otros dos, arrodillados y atados, serían ejecutados justo después; los mismos soldados también mataron a un desafortunado testigo de sus asesinatos, un transeúnte aún sin identificar.[77]





Una aldea tranquila

109. Podría detenerme aquí, pero no me detendré aquí. Vosotros me diréis: Podrías seguir hasta el infinito. Pero tampoco voy a seguir hasta el infinito. Solo voy a abrir un poco el foco. Unos días después de nuestro paseo por Bucha, Antoine y yo visitamos una aldea también en el *óblast* de Kyiv, unos cincuenta kilómetros al oeste de la ciudad. Tomamos la autopista A40, que va directamente hacia Zhitómir, a lo largo de la cual fueron asesinadas tantas personas que trataban de escapar de la invasión, familias enteras ametralladas o aplastadas en sus coches. También aquí se habían despejado todos los cadáveres, circulaban muchos vehículos en ambas direcciones, solo las ruinas de las estaciones de servicio atestiguaban la violencia que aconteció en este eje. La aldea estaba un poco al sur de la autopista, después de una salida sin número

110. Esta pequeña aldea se llama Motyzhyn. Andábamos buscando a un hombre llamado Oleh Bondarenko. Una colega de *The Guardian* había escrito un artículo sobre él,[78] y me había dicho que podía encontrarlo en el centro de rehabilitación para alcohólicos y drogadictos. Tuvimos suerte de que estuviera aquí, podría no haber estado. El centro se hallaba en el extremo sureste de la aldea, al final de una carretera llena de baches y bordeada por unas casitas similares a las del sector privado de Bucha. Un portal, un patio con grava y hierba, un estanque a la izquierda rodeado por algunos árboles, un edificio bastante grande con una escalinata, algunas dependencias al fondo: no tomé notas sobre el aspecto del lugar, ni fotos, y no lo recuerdo muy bien. Bondarenko, un grandullón en camiseta y pantalones beis, con el pelo cortado al cepillo y una amplia sonrisa llena de sana malicia, nos dio la bienvenida en la escalinata. Más tarde, al examinar una foto suya, advertí con sorpresa que le faltaba el pulgar de la mano izquierda: yo no tenía ningún recuerdo de esa mutilación, y en mis notas no hay el menor rastro. Cuando comprendió por qué estábamos allí lo primero que hizo fue negarse: «Ya he hablado bastante de todo aquello». Por suerte,

ese día su hija Rita estaba con él, e insistió en que nos contara. Nosotros también insistimos, amablemente. Terminó cediendo e invitándonos a su oficina. Rita, una joven de trece años que aparentaba por lo menos quince, se sentó sobre una mesa para escuchar. Yo puse mi *smartphone* encima de la mesa y activé la grabadora. También tomé notas.

111. Oleh Bondarenko es pastor de una secta protestante, los pentecostales reformados, cismáticos; sí, en Ucrania hay protestantes, no es algo de lo que se hable mucho, y yo no lo sabía. A Dios lo encontró en prisión, que es de donde venían los tatuajes hechos a mano de sus brazos, la palabra SLON («elefante»), una flor, y una cruz hecha con puntos; si tiene otros, yo no los vi. Hacía algunos años que era uno de los responsables de este centro de rehabilitación, fundado por su iglesia. El 24 de febrero acudió a su turno, que normalmente duraba dos días, y decidió quedarse. En total eran 22 personas, pero cinco optaron por marcharse inmediatamente. El 27, las fuerzas rusas entraron en la aldea. Acordonaron la zona e instalaron posiciones de artillería en un pequeño bosque entre Motyzhyn y Severínivka, al noreste. La aldea en sí no la ocuparon, pero todos los días la atravesaban para ir a llevar municiones para sus piezas. Con el fin de mantener un cierto terror, a veces disparaban al azar contra las casas. Pero el centro de rehabilitación lo ignoraron por completo; cuando ellos pasaban Bondarenko y su rebaño siempre se escondían, y debieron de confundirlo con una escuela abandonada. El centro tenía reservas de comida, que por suerte acababan de llegarles justo antes del día 24, y también disponía de su propia granja con gallinas y cerdos, lo suficiente no solo para alimentarse todos ellos, sino también para ayudar a la gente de la aldea, a quienes se les habían cortado todo suministro. Sin embargo, uno tras otro los pacientes iban abandonando el centro, pues la siguiente aldea, todavía en poder de las fuerzas ucranianas, no estaba más que a siete kilómetros a través de los campos. A finales de marzo, solo quedaban nueve.

112. Fue en ese momento, unos días antes de la retirada rusa, cuando las cosas se pusieron más difíciles. Puede que el 22 de marzo, la fecha no está

clara, uno de los convoyes de municiones que pasaban por Motyzhyn cayó en una emboscada ucraniana. Los rusos, furiosos, regresaron con dos tanques, dispararon contra coches y casas y mataron a algunas personas. La *zatchistka* –la operación de limpieza– estaba dirigida por dos compañías de inteligencia militar que incluían a mercenarios de Wagner y una empresa de seguridad privada propiedad de un pariente de Putin, conocida por sus abusos en Siria, en la República Centroafricana y en Malí. Con un dron, detectaron siete comandos de inteligencia ucranianos –los mismos que habían atacado el convoy– cuando cruzaban un campo en dirección a una base agrícola, una especie de granja situada más allá del centro de rehabilitación, al otro lado del estanque. Intentaron interceptarlos, pero los ucranianos consiguieron refugiarse en la granja y solicitaron a sus camaradas de la aldea vecina un ataque de artillería contra sus perseguidores. Los rusos se vieron obligados a retroceder, y durante estas operaciones entraron en el centro de rehabilitación y vieron que estaba habitado. Su comandante, un oficial de Wagner que respondía al nombre en clave Kaluga, interrogó a Bondarenko, convencido de que debía de estar vinculado con los comandos ucranianos que se habían escondido en la granja. También buscaba al dueño de la granja, un tal Mykola Kúrash, a quien Bondarenko llama Mijáilivich, el diminutivo familiar de su patronímico. Bondarenko le explicó tranquilamente a qué se dedicaban en el centro y las razones por las que se habían quedado. Pero Kaluga no le creyó. «Ni una sola de mis palabras. Y dijo: "Mañana sabré de dónde vienes, quién eres, qué eres, y por qué te has quedado aquí"». Los rusos registraron el centro, arrasaron con la comida y las zapatillas, y se marcharon.

113. Bondarenko llamó enseguida a Mijáilivich. Unos días antes, los rusos habían disparado un cohete contra su granja, destruyendo el garaje y su coche, y Mijáilivich, asustado, había huído con su mujer a casa de Olha Petrivna Sukhenko, la jefa de la aldea. «Le dije: "Huye, van a tu casa, si te cogen ahora estás jodido. Les he escuchado decir: Vamos a sentarlo sobre una botella o una bayoneta", eso dijeron.» Mijáilivich se puso en marcha de

inmediato, en coche, con su esposa y su hija, arriesgándose por la pequeña carretera que va en paralelo a la autopista que conduce a Yasnohorodka y desde allí a Bilohorodka; los rusos ametrallaban un coche de cada dos, pero ellos tuvieron suerte y pasaron. Olha Petrivna, su marido y su hijo no tuvieron tanta. Habían decidido marcharse con Mijáilivich, y eso es lo que deberían haber hecho, sobre todo teniendo en cuenta que Olha Petrivna dirigía la Defensa Territorial de la aldea, dividida en dos compañías, una bajo el mando de su marido Íhor Vasílivych, y la otra de Mijáilivich. Pero por alguna razón que Bondarenko ignora, se arrepintieron y se quedaron. Al llegar a su casa, los comandos rusos encontraron una lista completa de los 70 voluntarios de la TBO, que por desgracia ellos habían conservado, y arrestaron a Olha Petrivna y a su marido. Más tarde, al revisar el teléfono de la jefa de la aldea, encontraron un vídeo en el que salía su hijo Oleksandr trepando a un mástil para colgar una bandera ucraniana que los rusos, a su llegada, habían descolgado. Dos horas más tarde volvieron a buscar a Oleksandr y se lo llevaron. Los tres fueron asesinados ese mismo día, en el bosque, cerca de las posiciones de artillería. Su agonía duró horas.



Tubos

114. Alguien, un informante de la aldea o acaso uno de los Sukhenko bajo tortura, denunció a Bondarenko. A la mañana siguiente, los Wagners volvieron a buscarlo. Eso fue el jueves 24 de marzo. Primero atacaron la granja. «¡Los muy imbéciles creían que los ucranianos iban a estar esperándolos!» Escondido en el pasillo, Bondarenko escuchaba la tormenta de fuego sin acabar de entender quién disparaba a qué. Al final arriesgó un ojo y vio a dos soldados apuntando hacia allí con lo que parecían unos tubos. Corrió a esconderse en una oficina en la parte de atrás y abrieron fuego contra el porche con lanzagranadas y Kaláshnikov. Los pacientes del centro empezaron a saltar por las ventanas y huyeron hacia la aldea. «Yo me quedé, en casa había un hombre sin piernas, no podía escapar y dejarlo allí, así que esperé sentado en las escaleras. Entró un ametrallador y se puso a disparar a las paredes, los espejos, los inodoros, como un idiota. Yo le dije: "Oye, que aquí no somos más que dos personas, civiles, no tenemos armas". Él nos dijo que saliésemos. Yo le dije: "No podemos salir, él no tiene piernas". – "Pues entonces sal tú." Salí y llegó su comandante. Y ahí empezó todo.» Kaluga lo hizo atar a la barandilla de la escalinata y se pusieron a pegarle. Luego lo ataron a un quad, que arrancó a toda prisa hacia la granja, él iba detrás corriendo y tropezando, sabía que si caía lo arrastrarían por la carretera. En la granja, los soldados ya habían saqueado los tractores, los vehículos y el combustible que tenían almacenado, el resto lo incendiaron. Ahí, Bondarenko fue torturado de nuevo. «Yo estaba acostado, me pusieron un *Kalash* en la columna y lo apoyaron con todas sus fuerzas. "Imagina si aprieto el gatillo", me decía el chaval. Me desplazaron dos discos, aún tengo la espalda en mal estado.» Podrían haberlo matado, pero un soldado intervino para decir que su superior quería a Bondarenko vivo. Le envolvieron la cabeza con un suéter y una camiseta, le ataron las manos a la espalda y lo metieron en un camión Kamaz.

115. Bondarenko no sabe adónde lo llevó el Kamaz. Cuando el camión se detuvo, lo echaron fuera y lo dejaron con un soldado mientras los demás se iban, avisando que volverían a buscarlo. Aún estaba allí sentado con aquel soldado, atado y con los ojos vendados, cuando los ucranianos empezaron a bombardear su posición con misiles Grad. «El soldado me grita: "¿Quieres vivir?" – "Quiero", le dije. – "¡Corramos!" – "¿Adónde?" – "¡Recto!" Me tomó de las manos, me empujó y corrimos. Acababa de explotar un Grad y había dejado un cráter, me empujó dentro y él saltó también. El cráter todavía estaba caliente.» Un poco más tarde volvieron a aparecer los comandos. Cargaron a Bondarenko en un remolque enganchado al quad y lo llevaron a su base. Allí, el interrogatorio comenzó de nuevo. Ataron a Bondarenko a un pilar y le pegaron, le dispararon al lado de las orejas, entre las piernas. El hombre que lo interrogó, un «GBshnik» le parece a él, un oficial del FSB al que los otros llamaban «Vitebsk», gritaba y lo amenazaba: «¿Quiénes son esos Patriotas?» – «Yo no conozco a ningún Patriota. Conozco a Jesús, pero no a esos Patriotas.» Los rusos también habían detenido a dos voluntarios que transportaban comida para la gente de la aldea, un joven y su suegro, y al registrar sus teléfonos, en los mensajes borrados habían encontrado una referencia a esos «Patriotas». Los dos hombres habían confesado bajo tortura que informaban a las fuerzas ucranianas. Vitebsk amenazó a Bondarenko con aplastarle las piernas, lo echaron al suelo en el patio, un blindado tomó velocidad y luego frenó en seco justo delante de sus piernas. «No te creo –gritaba Vitebsk–. Vuestro centro de rehabilitación es una tapadera, en realidad tenéis a un grupo que vive ahí.» Bondarenko sabía que los Sukhenko ya estaban muertos y pensó: De esta no salgo con vida. Al poco, los ucranianos volvieron a bombardear; los rusos huyeron a esconderse y lo dejaron fuera. «¡Que te maten los tuyos!» Un proyectil de mortero impactó en una casa cercana, saltó una esquirla y le hizo un corte en el abdomen, poco profundo. Cuando volvió la calma los rusos salieron: «Mira, estás vivo, no es más que un rasguño». El interrogatorio prosiguió, Bondarenko siguió negando y Vitebsk no creyéndolo. Hasta que intervino otro hombre que andaba por allí: «Escucha, ¿y si es verdad que no es culpable? ¿Por qué matarlo si no es más que un

sacerdote?». Vitebsk enloqueció de rabia: «Voy a ir a la aldea, voy a coger a los tres primeros de la lista, les voy a disparar en las piernas y me lo van a contar todo sobre él». Los comandos dejaron a Bondarenko allí tumbado y se fueron a capturar a los hombres de la Defensa Territorial.

116. En esa base o centro de tortura de la inteligencia militar rusa había también tres jóvenes reclutas. Vivían en un *pógreb*, cocinaban, limpiaban y enterraban los cadáveres. Los ataques de mortero se reanudaron en las cercanías y entre bombardeo y bombardeo esos reclutas salieron de su *pógreb* y fueron a buscar a Bondarenko. «Te esconderemos, pastor. Pero no tienes que ver nada. Si ves algo, estate seguro al cien por cien de que no sales de aquí. Si no, hay una posibilidad. Si no encuentran nada sobre ti, a lo mejor te dejan ir.» Esos tres jóvenes fueron quienes salvaron a Bondarenko. Le echaron un plumífero sobre los hombros, lo enrollaron con cinta adhesiva y, con la cabeza tapada y las manos atadas a la espalda, lo metieron en una tubería de hormigón que se adentraba verticalmente en el suelo del terreno y la cerraron con una tapa de hierro. Eso fue por la tarde. Bondarenko iba a pasarse cuarenta y ocho horas en esa tubería, ni sentado ni de pie sino medio doblado, con la cabeza apoyada en un pequeño tubo de plástico que sobresalía del hormigón y el cuerpo atenazado por el frío y el dolor.

117. En la aldea, los rusos volvieron a caer en una emboscada de los comandos ucranianos y tuvieron que dar media vuelta sin capturar a sus presas: los hombres de la TO que figuraban en la lista que habían encontrado en casa de Olha Sukhenko. Por la noche empezó a llover y el agua se filtraba por la tapa de hierro de la tubería. Uno de los reclutas salió del *pógreb,* echó un mantel de hule sobre la tapa y la tapó con piedras para que el agua no inundara a Bondarenko. Él rezaba y cantaba canciones religiosas. Así pasó la primera noche. Al día siguiente, el viernes 25, los rusos volvieron a intentar su *zatchistka* en la aldea. Lo que allí sucedió no está claro, de nuevo les dispararon, pero pareciera que fueron sus propias fuerzas, o al menos eso es lo que ellos creían cuando regresaron a la base,

donde Bondarenko, desde su tubería, pudo escucharlos hablar. Habían herido a uno de los suyos y murió allí, desangrado por una arteria abierta. Eso no hizo más que multiplicar su rabia. Mataron a otro hombre al que ya habían torturado y que guardaban en una casa en ruinas al lado de la tubería, puede que uno de los dos voluntarios. Tardó unos cuarenta minutos en morir: comparado con lo que a punto estaba de suceder, un final relativamente rápido. Entre sesión y sesión, los Wagner bromeaban entre ellos: «A pesar de todo, aquí es más divertido que en Siria». – «No deberíamos haber matado a las chicas, habría sido más entretenido.» Se referían a dos mujeres a las que habían asesinado después de haberlas violado; los cuerpos de esas víctimas aún no han sido hallados. Vitebsk se enfureció: «Yo aquí en Ucrania los mataría a todos, niños, mujeres y hombres. Lo único que me da pena en esta Ucrania son todos esos perros y gatos que han abandonado». De tanto en tanto, cuando los comandos se iban, los reclutas acudían a comprobar si Bondarenko seguía vivo. Él les suplicaba que le dieran agua, pero ellos le decían que esperara: «Sé paciente, pastor. No te queda mucho de estar así. Sé paciente».



118. El sábado 26, los Wagner llevaron a la base a otros dos hombres de la aldea vecina de Severínivka, un anciano y un hombre más joven, su vecino,

que había ido a ayudarle a alimentar a sus animales. Al registrarlos, en el teléfono del vecino los rusos habían encontrado una foto de un convoy que pasaba, con eso bastó, prendieron fuego a la casa del viejo. Ya en la base, hubo una nueva discusión: «¿A este anciano para qué lo habéis traído? No tiene ninguna culpa, el otro solo lo estaba visitando. ¿Ahora dónde vamos a meterlo?». Entonces empezaron a torturar al hombre del teléfono. Lo mataron lenta, metódicamente, disparándole una bala tras otra en los brazos y las piernas durante una hora y media. Bondarenko lo escuchaba dar gritos, y eso lo torturaba más que sus propios dolores. Al final le dispararon una última bala en el vientre y lo echaron a un lado para dejarlo morir. Luego se sentaron a comer y a beber: «Vaya, hoy toca ensalada con mayonesa, deliciosa», oía Bondarenko. Cuando se fueron después de comer, el hombre seguía jadeando. Los reclutas fueron a abrir la tubería y sacaron a Bondarenko para arrojar en su lugar al moribundo. Unos días más tarde, cuando todo hubo terminado, Bondarenko acompañó a los investigadores del SBU. El hombre seguía tirado en el fondo de la tubería, como sentado a lo indio, sin camisa, cubierto de sangre, con la cabeza calva apoyada sobre el hombro. Los oficiales del SBU no quisieron tocar el cadáver por miedo a que estuviera minado, y mientras esperaban a los zapadores Bondarenko tomó una foto. Me la enseñó, yo me guardé una copia. Pero él seguirá guardando para siempre los atroces gritos del hombre agonizante. «Ahora estoy bien, estoy tranquilo, me voy recuperando. Pero sin pastillas no puedo dormir. Lo peor son los gritos, cuando vuelven los gritos del otro me sube la adrenalina, tiemblo. Siempre oigo esos gritos.»



119. Cuando los tres reclutas lo sacaron de la tubería, Bondarenko no sentía ni los brazos ni las piernas. Lo desataron y lo masajearon. Pero aun así no

podía caminar y uno de ellos dijo: «Saquémoslo de aquí, porque ahora sí que van a matarlo». Lo arrastraron hasta un cobertizo donde ya había otro anciano, un tal *dyed* Kolia que se había acercado a la base a pedir medicamentos. Su hija había sido asesinada por un francotirador en circunstancias que desconozco, y este Kolia les había suplicado a los reclutas que no la enterraran en la fosa común, que le cavaran una tumba aparte. En el cobertizo había un montón de trigo que se había derramado de un contenedor de plástico agujereado por un fragmento de obús, y los reclutas echaron allí dos plumíferos para acostar a Bondarenko. Media hora más tarde volvieron con un poco de sopa de pescado caliente en un plato de plástico, una hogaza de pan y dos botellas de agua, y le ordenaron a *dyed* Kolia que lo alimentara. Poco después llevaron allí al otro abuelo, el que había sido detenido con el hombre al que torturaron hasta la muerte, y más tarde a un cuarto hombre, un beodo local que se había emborrachado, se había perdido y había llegado a pie directamente hasta una posición rusa. Por la noche, Bondarenko empezó a encontrarse un poco mejor y a sentir sus miembros. Pero la compresión sobre los nervios le había bloqueado la articulación del brazo derecho; cuando casi dos meses más tarde, en mayo, estuve hablando con él, todavía no lo había recuperado del todo.

120. Los reclutas, cuando escondieron a Bondarenko y a los otros tres en el cobertizo, ya sabían que sus fuerzas estaban a punto de retirarse de la zona y habían recibido la orden de liquidar a todos los prisioneros que quedaban. Pero no lo hicieron. Fueron a buscar al viejo Kolia para enseñarle el lugar en que, tal como él les había pedido, habían enterrado a su hija, y uno de ellos dijo a Bondarenko: «Pastor, Dios ha oído tus oraciones, nos vamos. Vosotros no os vayáis enseguida. Los francotiradores serán los últimos en retirarse, y si os ven os matarán. Quedaos aquí por lo menos dos horas». Se fueron y dejaron la puerta abierta. Eso fue el domingo 27. No todo había terminado: el ejército ucraniano volvió a bombardear las posiciones en el bosque de al lado, arrasando con los árboles, destruyendo varias piezas de artillería, matando soldados. Muy cerca del cobertizo cayeron algunos obuses, las esquirlas silbaban, el borracho se despertó por fin y no entendía

dónde estaba. Pero ninguno de los cuatro resultó herido. Esa misma tarde, Rita y su madre, en su casa de Vyshniove, en los suburbios de Kyiv, recibieron una llamada de un número desconocido informándoles de que Oleh estaba vivo. «Todos los días rezo por esos chicos que nos salvaron y le enseñaron al viejo dónde habían enterrado a su hija. Eran chavales normales. Espero que hayan regresado con vida.»

La casita

121. A finales de mayo, dos semanas después de nuestra visita a Bondarenko, los fiscales ucranianos publicaron los nombres y las fotografías de ocho hombres sospechosos de ser los autores de los crímenes de Motyzhyn. Cinco eran soldados rusos y tres mercenarios de Wagner, uno ruso y dos bielorrusos.[79] Unos días después llamé a Bondarenko. Estaba bien, su columna vertebral se había recuperado y estaba a la espera de una operación por lo de su mano derecha. Entre las fotos publicadas, reconoció a dos de los hombres: Kaluga, el comandante de los Wagner, y uno de los bielorrusos, Sergei Sazónov, el hombre que conducía el quad. «Pero no creo que los capturen con vida.»

122. Las fuerzas ucranianas entraron en Motyzhyn el martes 29 de marzo. Bondarenko, a quien entonces le costaba andar, y lo hacía apoyándose en una bicicleta, los guio hasta la base y hasta el lugar en el bosque en que se hallaban los cuerpos de la familia Sukhenko. A nosotros también aceptó enseñárnoslos, sin reparos. Había que volver a cruzar la aldea, luego tomar hacia el este y girar hacia el norte bordeando un campo. La base de los Wagner estaba un poco más lejos, en una propiedad en los límites del bosque, donde las fuerzas rusas habían colocado su artillería. El portal estaba abierto, Bondarenko llamó, pero no respondió nadie; yo le propuse que entrásemos, pero él se negó. «Ya ha venido demasiada gente. Hay que preguntar al propietario.» Yo observaba el bosque, los pinos devastados, quemados, abatidos por los ataques ucranianos, el fárrago de los restos de

los enormes surcos excavados en el suelo arenoso allí donde los rusos habían colocado sus lanzamisiles Grad y sus obuses. «¿Y la tumba donde encontraron a Olha Petrivna y a los demás?» – «Venid.» Dejamos el coche, caminamos a lo largo del muro del recinto y giramos a la izquierda por un camino de tierra que atravesaba la plantación de pinos en línea recta. Desde allí se veía el interior de la propiedad, donde se alzaba un edificio de dos pisos hecho con bloques de hormigón blancos, intacto, y una casa de ladrillos rojos totalmente arrasada, donde solamente quedaban dos chimeneas elevándose hacia el cielo y unos pocos muros ennegrecidos. El terreno estaba separado del camino por el que nosotros caminábamos por una especie de pequeño canal o estanque que lo rodeaba por tres lados, formando como una península empotrada entre el camino y el bosque. A la derecha, Bondarenko nos señaló un primer agujero rectangular largo y estrecho, la tumba donde los tres reclutas habían enterrado a la hija de *dyed* Kolia. Un poco más lejos, entre los pinos, detrás de un búnker subterráneo cubierto con sacos de arena y ramas –lo que en ruso se conoce como un *blindazh*–, habían excavado con buldózer una gran fosa rodeada en tres de sus lados por los montículos de la arena sobrante. Alrededor, hacia el *blindazh*, había restos de comida, tenedores de plástico y una chaqueta militar rusa; en la fosa no había más que algunos jirones de tela y un tetrabrik de zumo pequeño con la pajita aún clavada. «Había mucha sangre, estaba llena de sangre. Debieron de matarlos aquí mismo.» La primera vez que Bondarenko vino con los soldados ucranianos, en la fosa había cuatro cuerpos tapados con arena o a medio tapar: Olha Petrivna, su marido Íhor, su hijo Oleksandr y uno de los dos voluntarios, el más joven. La fosa era demasiado grande para ellos: es obvio que fue cavada por adelantado para los voluntarios de la TO, que habrían acabado aquí, si los constantes ataques de los comandos ucranianos contra los Wagner no les hubieran impedido llevar a cabo su *zatchistka*. A Íhor Sukhenko lo habían atado a un pino en la cabecera de la fosa; le retorcieron y rompieron todos los dedos, luego le dispararon en los brazos y las piernas y por fin acabaron con él. En el suelo había tirada una cuerda blanca, puede que la que sirvió para amarrarlo. Olha Petrivna también tenía disparos en las piernas. No se sabe quién de los tres

murió primero. «Imaginad un hijo asesinado delante de su madre, o una madre asesinada delante de su hijo. ¿Qué os parece? Dispararon a una mujer en las piernas… Estos Wagners son unos cabrones.»

123. Mientras su padre hablaba, Rita se paseaba un poco más allá, deambulando sola entre los pinos chamuscados, y le hice una foto. Al final volvimos por el camino y recorrimos un tramo por el canal. Antoine seguía haciendo fotos, yo también hice algunas para mí. En la punta del canal, donde se curvaba rodeando la propiedad, vi a dos hombres pescando. «Oleh, puede que sea el dueño, ¿no?» Nos dirigimos hacia allí y Bondarenko tomó una pequeña pasarela de hierro que atravesaba el canal para ir donde los dos pescadores. Cuando volvió, nos dijo con señas que cruzásemos. «No querían dejaros entrar, están hartos de tantos visitantes. Pero he insistido, le he dicho que a mí estas historias también me tenían harto, pero que la gente tenía que saber lo que había pasado aquí.» El terreno estaba cubierto de césped y se extendía entre una pequeña arboleda de abedules a la izquierda, las dos estructuras, y un árbol muy grande al fondo, del lado de los pescadores. El edificio de bloques de hormigón blancos era el cobertizo donde los reclutas habían escondido a Bondarenko y a los otros, y justo al lado estaba la entrada del *pógreb* donde vivían ellos. Delante del cobertizo había una gran terraza interior cubierta con dos lavadoras y sillas; allí es donde los comandos torturaban a sus víctimas. «Esa terraza la tenían cerrada con plástico. Cuando me trajeron me ataron contra aquella tubería de allí, la que sostiene el techo. No podía ver nada, pero la tubería a mi espalda sí la podía sentir. Allí es donde me interrogaron.» Las ruinas de ladrillo rojo les servían para rematar a sus víctimas; Bondarenko, que el 9 de abril volvió al lugar con un equipo de la televisión francesa, encontró el cadáver del segundo voluntario debajo de un montón de basura, era el suegro del que arrojaron a la fosa junto con los Sukhenko. Lo habían rematado con una ráfaga de tres tiros en la espalda y la cabeza, toda su cara había desaparecido, solo quedaba la mandíbula inferior. La tubería donde Bondarenko había pasado dos días y dos noches estaba entre los edificios, al lado de un pozo protegido por un tejadito y un

elemento de tubería de hormigón colocado en el césped. La tapa estaba tirada en el suelo, junto con un zapato; en el fondo había un poco de paja, algunos jirones de tela o ropa y una botella de agua de plástico. Bondarenko miraba a su alrededor con la cara a pleno sol, y yo le tomé algunas fotos con mi *smartphone*, rápidamente. «¿Cómo hiciste para sobrevivir a todo esto?», le pregunté por fin. – «Yo ya sabía lo que era morir, eso ayuda.» Entonces se puso a hablarme de sus años en prisión, algunos de ellos en la peor colonia penitenciaria de Ucrania, donde había contraído una tuberculosis que a punto estuvo de acabar con él. La primera vez fue en 1984, no tenía ni dieciséis años. En total estuve metido en prisión diecinueve años y medio. Cuando salí la última vez tenía treinta y siete años. Así me pasé la juventud. Salía y al poco volvía a entrar por otra cosa. Cuatro condenas en total.» – «¿Cuatro condenas? –gritó de repente Rita, que estaba escuchándolo atentamente–. ¿Cuatro condenas? ¡Me habías dicho dos!» Bondarenko abrió las manos: «Hija mía, cuatro veces, dos veces, ¿cuál es la diferencia?» – «¡Hay una diferencia ENORME!» Cruzó los brazos, le dio la espalda y se marchó con paso furioso hacia el gran árbol solitario. «*Bye, vsio, bolshe ne budu*. Eso es todo, no quiero más.» Bondarenko la llamó en un tono entre risueño y desamparado: «¡Hija mía, eso fue en otra vida!». Al final se calmó y, aunque malhumorada, volvió lentamente hacia nosotros. Al salir, en la puerta Bondarenko se volvió y miró por última vez el terreno: «*Poká, moi dómik*.» Adiós, casita mía.

Lógicas

124. En 1947 Steinbeck escribió: «Es difícil imaginar a estos alemanes. Difícil imaginar lo que sucedía en sus cabezas, cuál era el proceso de sus pensamientos, esos niños tristes, destructivos, horribles».[80] De escenas como las que acabo de describir pueden relatarse hasta el infinito. Otra cosa distinta es reflexionar sobre ellas. Si me esfuerzo por imaginar a un hombre torturando hasta la muerte a otro hombre, y luego abandonándolo sin siquiera acabar con él para ir a comerse una ensalada con mayonesa

mientras intercambia bromas obscenas con sus compañeros, me veo abocado al vértigo, un agujero negro en el pensamiento rodeado de un horizonte de acontecimientos infranqueables, cerca del cual toda idea vira a rojo y luego desaparece, atrapada sin retorno. Ahí es donde aparece la tentación de aferrarse a un modelo, una idea que aunque no explique nada sirva como etiqueta. Por ejemplo podría pensar: ese hombre es un anormal, su padre le pegaba, o acaso fue violado cuando era un niño, es un hombre traumatizado, un psicótico. Pero si para hacer ese tipo de cosas uno tuviera que estar loco, entonces Ucrania no estaría llena de una frontera a otra de Buchas, de Motízhyns y de todos esos Babyn Yar a pequeña escala. Los locos no bastarían, ni siquiera en el ejército ruso. No, el hombre que hizo eso es un hombre normal. Tuvo una infancia, feliz o no, fue a la escuela, jugó, exploró el bosque, recogió setas con su madre o pescó con su padre, se enamoró, tuvo unos hijos a los que ama y protege como todo el mundo. Es un hombre común, un hombre como tú y como yo.



125. En el caso de Motyzhyn, se puede recurrir a una explicación racional: las dos compañías de inteligencia militar rusas, los Wagners y los soldados

regulares, encargadas de la seguridad de los artilleros y de los convoyes logísticos estaban convencidas de que los ataques contra sus fuerzas venían del interior de la aldea –cuando en realidad venían del exterior, de unos comandos ucranianos infiltrados detrás de las líneas que iban y venían–, es decir, de miembros de la Defensa Territorial convertidos en partisanos. Asumida esta convicción, empezaron a buscar a los culpables y a torturar a inocentes, que solo podían ser culpables que mentían, con el fin de hacerles confesar lo que ellos querían oír, cosa que siempre acababa sucediendo, pues como dice Bondarenko, «después de eso, la gente decía todo lo que sabía y todo lo que no sabía». Así pues, esas muertes atroces serían la consecuencia de un terrible malentendido, hombres que hacían lo que pensaban que era su trabajo y su deber, empleando los métodos que les había inculcado un sistema viciado sobre la base de una premisa errónea.

126. De que eso constituye un método no hay duda. Las atrocidades de Motyzhyn, como las de Bucha o las que se fueron descubriendo en todas las ciudades liberadas de Ucrania, Izium, Limán, Jersón, no dependen de un error ni de un delirio individual. Se trata de un sistema, de una violencia estratégica cuyo objetivo es eliminar a todo opositor o potencial guerrillero en las zonas ocupadas, y aterrorizar a la población hasta tal punto que sea incapaz de resistir en modo alguno a la potencia rusa. Hay pruebas directas de ello, incluidas las escuchas telefónicas de soldados rusos llevadas a cabo por los servicios de inteligencia ucranianos. El 14 de marzo, por ejemplo, un tal Lionia –diminutivo de Leónidas– decía por teléfono: «Tenemos órdenes de no tomar prisioneros, de dispararles directamente. Hubo un chico de dieciocho años al que hicimos prisionero. Primero le dispararon en la pierna con una ametralladora y luego le cortaron las orejas. Lo confesó todo y lo mataron. No se toman prisioneros. Lo que significa que no se deja a nadie con vida». El 21 de marzo, otro soldado llamado Vadym le explicaba más brevemente a su madre: «Esas son las órdenes: no importa si son civiles o no. Matadlos a todos».[81]

127. Es evidente que la violencia de los primeros días en Bucha forma parte de esta lógica. La jerarquía militar rusa no solo lo exige, sino que lo recompensa. El teniente coronel Gorodílov, comandante del 234.º Regimiento de Asalto Aerotransportado, responsable de las primeras matanzas a lo largo de la calle Yablonska, con base en el n.º 144, y en la zona de los garajes donde el padre de Vadym Evdokímenko fue quemado vivo junto con otros civiles, fue ascendido a coronel después de la retirada rusa de la región de Kyiv. Gran parte de los asesinatos subsiguientes a la ocupación de la ciudad, como la presunta violación y el asesinato de Oksana Sulyma en el *pógreb* del n.º 58 de la calle Vokzalna, según los residentes y los investigadores son responsabilidad de una de las principales unidades con base en Bucha, la 64.ª Brigada Separada de Fusileros Motorizados, comandada por el teniente coronel Azatbek Omurbékov, un nativo de Karakalpakistán, en Uzbekistán. El 18 de abril de 2022, poco después de su retirada, esta brigada fue condecorada al completo, por Vladimir Putin en persona, con el título «Guardias»: por «su mérito especial, su gran heroísmo y su valor […] el Estado Mayor de la Unidad, a través del cumplimiento de su deber militar, su valor, su dedicación y su profesionalismo, se ha convertido en un modelo».[82]

128. Naturalmente, existen otros factores: por lo menos una parte de los asesinatos, como los de los últimos días de la ocupación, el de Oleksandr Kryvenko y el del político prorruso Oleksandr Rzhavskiy, pueden atribuirse a excesos individuales. Pero incluso en casos obvios como este, la jerarquía no tomó medidas duras. Al día siguiente de la matanza, cuando el soldado herido por su propia granada yacía aún en el salón de Rzhavskiy, su oficial fue a buscarlo e hizo que se lo llevaran, luego se disculpó con la viuda y la hermana del difunto, que habían sobrevivido gracias a esconderse, y ordenó a sus hombres que enterrasen a Rzhavskiy en su jardín (en cuanto al cadáver de Kryvenko, fue arrojado en un arbusto más allá de la propiedad, sin mayor ceremonia).[83] Es muy poco probable que el soldado Alekséi, cuando se le pasó la borrachera, fuese juzgado. Como escribió el periodista ruso Aleksandr Nevzórov en un hilo de Telegram: «Ni los comandantes ni

las autoridades son capaces de pagar a personal a la altura de las exigencias y los horrores de una guerra insensata, y del miedo constante a las heridas y a la muerte. Por eso no se acometen actuaciones judiciales, ni siquiera hay amonestaciones. […] Lo único que se castiga son las peleas o los intercambios de disparos por el botín».[84]

129. El botín, precisamente. Volvamos a la 64.ª Brigada Separada. Esta unidad, con base cerca de Jabárovsk, en Siberia oriental, recluta principalmente entre las poblaciones más pobres de esta vasta región: rusos étnicos y minorías siberianas emparentadas con los mongoles, que son de quienes hablan los habitantes de Bucha cuando acusan a los «buriatos». Ahora bien, lo determinante en relación a las exacciones de las tropas no es el aspecto étnico sino el social: los invasores del *óblast* de Kyiv parecen haberse vuelto locos de rabia por un odio ideológico hacia los así llamados «nazis» ucranianos, cierto, pero también por un resentimiento de clase. Anatoliy Fiodoruk, alcalde de Bucha, me refirió las palabras de un soldado ruso que telefoneaba a su madre o esposa: «¿Te das cuenta? Tienen agua caliente en las casas, baños de cerámica». En un vídeo difundido en línea, un soldado ruso abre una nevera y dice: «¡Oh, Nutella! Joder, no se privan de nada». El hecho de que las calles de los pueblos estuvieran asfaltadas les parecía incomprensible. Un grafiti ruso en algún lugar de la región de Kyiv, que me han citado varias veces, resume este estado de ánimo: «*A kto vam razrechíl zhit tak khoroshó?* ¿Quién os ha dado permiso para vivir tan bien?». De ahí los saqueos masivos, los miles de ordenadores, de televisiones, de bicicletas, de aparatos electrodomésticos llevados a Belarús en los camiones del ejército y enviados a Rusia por correo, tal como muestran numerosos vídeos de cámaras de vigilancia que se filtraron en las redes. Un conocido de Kyiv, Oleksandr, me contó cómo el 3 de abril, a unos cien metros del MegaMart destruido de Bucha, encontraron el cadáver de un buriato con treinta tubos de Sensodyne en los bolsillos. «¡Imagínate! Este buriato viajó tres mil kilómetros para venir aquí a robar pasta dentífrica y morir en nuestras calles. ¿Te das cuenta?» *Der Tod ist ein Meister aus Deutschland*, escribió Paul Celan.[85] La muerte es un maestro

llegado de Alemania, ojos azules, vestido de cuero, imbuido de su alta cultura, rodeado de sus perros y serpientes. Hoy, la muerte viene de Rusia, pero no es un maestro sino un campesino ebrio de rabia y de miedo que mata porque sus jefes le dicen que es lo que hay que hacer, que viola porque puede, y sobre todo que en medio de este desastre ve una oportunidad de robar cuanto no tiene en su casa, como si una lavadora valiera su vida y las de aquellos a quienes mata, sin que su cabeza se vea habitada por el menor pensamiento. «¿Qué TV quieres –pregunta un soldado ruso llamado Serguei a su novia, en otra comunicación telefónica interceptada–, LG o Samsung?» – «Seriozha, ¿traerás también una aspiradora?» – «Sí, ya la tengo embalada.»[86]

Historias

130. En cuanto a la cima de la pirámide, el zar y sus comensales, que son quienes decidieron todo esto y soltaron a sus perros en Ucrania, evidentemente hablamos de algo muy distinto. Es una cuestión de ideas: Ucrania no existe, el pueblo ucraniano tampoco, la lengua ucraniana aún menos. «Nunca ha habido, no hay y no puede haber ninguna lengua pequeño-rusa especial»,[87] afirmaba el decreto de Piotr Valúiev, ministro del Interior del zar Alejandro II (y modelo del Karenin de Tolstói, el marido de Anna), que ya en 1863 prohibía cualquier tipo de publicación ucraniana en el imperio ruso, último esfuerzo para frustrar la constitución de una nación ucraniana en estos territorios, consciente de sí misma como tal. También los vecinos del oeste tenían sus dudas, por eso en la primera mitad del siglo XX los nacionalistas ucranianos se volvieron rápidamente tan feroces, tan violentos. En *El crepúsculo de un mundo*, el escritor polaco Włodzimierz Odojewski pone en la boca de un jovencísimo Piotr las siguientes palabras: «… y se inventaron todo ese asunto de Ucrania, el otro día la tía Bárbara lo mencionaba, lo recuerdo, pero ¿es verdad o no?».[88] Podría pensarse que la cuestión quedaba zanjada con la breve independencia de la República Popular de Ucrania entre 1917 y 1921, su absorción en una URSS

federalizada como República Socialista Soviética de Ucrania, y luego por la independencia del país en 1991. Pero al parecer Vladímir Putin sigue soñando con una Pequeña Rusia obediente, apéndice y granero de la Grande. En el verano de 2021, tras una primera movilización militar rusa en la frontera ucraniana, Putin publicó un largo ensayo (redactado según fuentes rusas por su antiguo ministro de Cultura, Vladimir Medinskiy)[89] titulado «De la unidad histórica de los rusos y los ucranianos», donde presenta «la idea del pueblo ucraniano como nación separada de los rusos» como una ficción inventada por «la élite polaca y por una parte de la intelectualidad rusa».[90] No era la primera vez que planteaba la idea. La diplomática estadounidense Fiona Hill cita una ocurrencia que Putin le dijo a George W. Bush en la cumbre de la OTAN en Bucarest, en abril de 2008: «George, tienes que entender que Ucrania no es propiamente un país. Una parte de su territorio está en Europa del Este, y la mayor parte nos ha sido dada a nosotros».[91] El 21 de febrero de 2022, tres días antes de lanzar su invasión sobre Ucrania, Vladimir Putin dio una alocución televisada pasmosa. Tenso, agresivo, enfurecido, comenzó su larga diatriba contra la OTAN, los Estados Unidos y los «nacionalistas radicales del régimen de Kyiv» con una lección de historia. «Ucrania –afirmaba–, no es solo un país vecino, es una parte inalienable de nuestra propia historia, cultura y espacio espiritual», un país que solo existe en su forma contemporánea gracias a los insensatos «regalos» territoriales –«con los que ni siquiera los nacionalistas [ucranianos] más enconados podrían haber soñado»– de la Rusia comunista y de su primer maestro: «Es la Ucrania de Vladímir Ilích Lenin. Él fue su autor y su arquitecto».[92] Y lo que Lenin dio, Putin lo puede quitar.





131. Ahora bien, como es evidente, el hecho de que las fronteras internacionalmente reconocidas de Ucrania fueron trazadas por la potencia

colonial soviética, de Lenin a Jrushchov pasando por Stalin, no las hace menos legítimas que las de decenas de países cuyas fronteras surgieron de la aventura colonial europea. A Vladímir Putin no se le ocurriría jamás desafiar las fronteras eminentemente artificiales y arbitrarias de países como Siria, Libia, la República Centroafricana o Malí, donde por cierto interviene con fuerza. De ahí que el fondo de su argumento, y con él de su visión, tiene mucho más de fantasía que de realidad histórica. No se trata aquí de responder a su lección de historia con otra lección de historia: al lector interesado me permito remitirlo a los profesionales, en especial al magistral libro del profesor Serhiy Plokhy de Harvard, *Las puertas de Europa*, o a las lecciones publicadas en línea por el profesor Timothy Snyder de Yale.[93] Con todo, hay algunos hechos que sí conviene recordar. La entidad política conocida como Rus de Kyiv o Rus kyivita[94] fue fundada por guerreros escandinavos que llegaron desde el norte por los ríos para comerciar, saquear y hacer esclavos entre las poblaciones eslavas que vivían a ambos lados del Dnipró. Poco a poco, a través de la conquista y la creación de nuevos principados, este Estado se fue extendiendo hacia el noreste, fundando provincias hoy rusas como Nóvgorod, Yaroslav o Vladímir. La conversión al cristianismo ortodoxo del Gran Príncipe de Kyiv, Volodymyr (que según Snyder debía más bien de llamarse Valdemar o Voldemar, y a quien los rusos siguen llamando Vladímir), con el fin de casarse en el año 988 con una princesa bizantina, conllevó poco a poco la conversión de toda la Rus. Con el tiempo, el Estado se desmoronó hasta sucumbir definitivamente en el siglo XIII ante los invasores mongoles, dando lugar: al este, a varios principados enfeudados con el Gran Khan (el de Moscú no nace hasta 1276, de una partición del principado de Vladímir-Súzdal); y al oeste, a los territorios de las actuales Ucrania y Belarús, y al reino polaco y el gran ducado lituano. En 1648, tras el levantamiento de Bogdán Jmelnitski contra la república polaco-lituana, en el Dnipró medio emergió un estado independiente: el Hetmanato cosaco. Tras unir a los cosacos zapórogos y a los campesinos rusniacos, este Estado es la referencia histórica en la que se basa la nación ucraniana moderna. Pero al verse amenazado en su propia existencia por las fuerzas polacas, en 1654 el

Hetmanato decidió ponerse bajo la protección del zar de Moscovia. En los años siguientes al tratado de Andrúsovo, que en 1667 consagró la partición de los territorios del Hetmanato entre una orilla derecha del Dnipró bajo soberanía polaco-lituana, y una orilla izquierda, con Kyiv además, bajo soberanía moscovita, los monjes ucranianos empezaron a propagar un nuevo mito, el de Kyiv como el lugar en que nació la ortodoxia moscovita.[95] Para ellos fue un medio destinado a ganar prestigio, influencia; pero a lo largo de las décadas, el clero de Moscú se fue apropiando de este relato y lo amplió, hasta convertirlo en una herramienta crucial para el poder secular. Cuando en 1721 el zar Pedro I, conocido como Pedro *el Grande*, tomó el título muy occidentalizado de emperador, a su nuevo imperio le dio por nombre «Rossía», una versión helenizada de «Rus», consagrando de ese modo el mito para los siglos venideros.

132. «Vladímir Putin ha asumido […] una responsabilidad histórica, al decidir no dejar la solución de la cuestión ucraniana para las generaciones futuras», escribía el propagandista ruso Piotr Akópov el 26 de febrero de 2022, dos días después del inicio de la invasión.[96] ¿Y en qué consiste esa solución no del todo final? El 3 de abril, el día en que el mundo descubrió la magnitud de las atrocidades perpetradas en Bucha y en el *óblast* de Kyiv, la agencia estatal rusa RIA Nóvosti publicó un texto titulado «Lo que Rusia debe hacer con Ucrania», redactado por un tal Timoféi Serguéyev, filósofo asociado a la Universidad Estatal de Moscú (MGU), donde explicita el sentido de la «desnazificación» que Putin había alegado como el objetivo de su «operación especial».[97] Este texto hay que citarlo con una cierta extensión.

> Hoy, el asunto de la desnazificación ha pasado al plano práctico. […] Los criminales de guerra y los nazis activos deben ser castigados de manera ejemplar y exponencial. Tiene que haber una depuración total. […] Sin embargo, además de los jefes, una gran parte de la masa del pueblo, que son nazis pasivos, cómplices del nazismo, son culpables. […] El justo castigo de esta parte de la población solo es posible en la medida en que soporten las inevitables dificultades de una guerra justa contra el

sistema nazi, la cual, a su vez, se llevará a cabo de manera prudente y atenta en lo concerniente a los civiles. La desnazificación ulterior de esa masa del pueblo consistirá en su reeducación, que se logrará mediante una represión (supresión) ideológica de las actitudes nazis y una censura severa: no solo en la esfera política, sino también necesariamente en la cultural y educativa. […] La duración de la desnazificación no podrá ser en ningún caso inferior a una generación, la cual habrá de nacer, crecer y alcanzar su madurez en condiciones de desnazificación. La nazificación de Ucrania continuó durante más de treinta años; empezó por lo menos en 1989, cuando el nacionalismo ucraniano recibió una forma legal y legítima de la expresión política, y condujo el movimiento por la independencia hacia el nazismo. […] La desnazificación será inevitablemente una desucranización: un rechazo, iniciado ya bajo el régimen soviético, de la inflación artificial y a gran escala del componente étnico de la autoidentificación de las poblaciones de los territorios históricos de la Pequeña Rusia y de la Nueva Rusia. […] El ucranianismo es una construcción artificial antirrusa que no tiene ningún contenido civilizador propio, es un elemento subordinado a una civilización extranjera y heterogénea. […]

La élite banderista [los nacionalistas ucranianos] debe ser liquidada, su rehabilitación es imposible. La «ciénaga» social que la ha apoyado por activa y por pasiva, con su acción y su inacción, debe sobrevivir a las dificultades de la guerra y asimilar esta experiencia como una lección histórica y una expiación de su culpa.

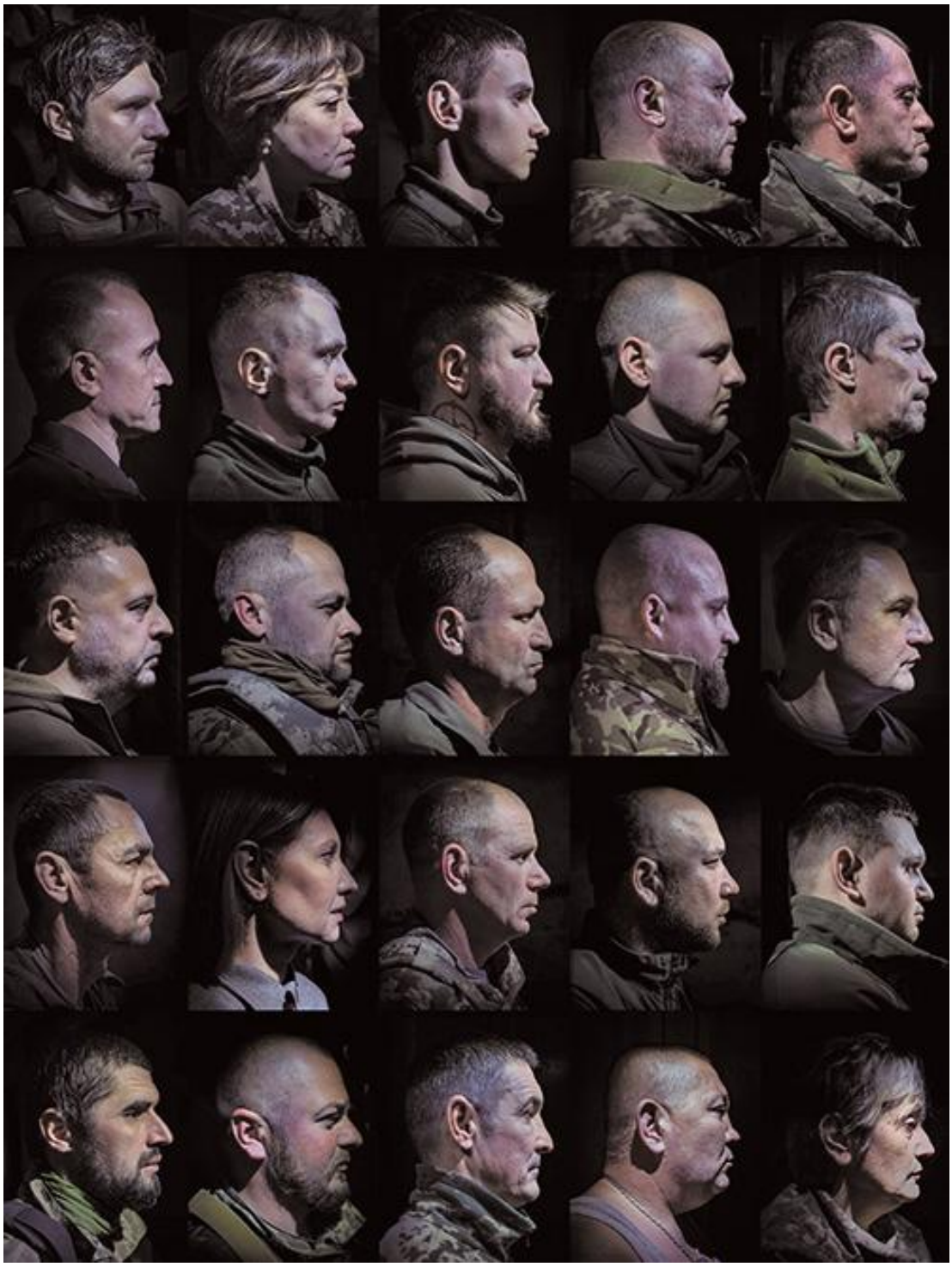
Lo más sorprendente es la forma en que Sergeyev reconoce cándidamente que el «nazismo» ucraniano no tiene nada que ver con el nazismo histórico.

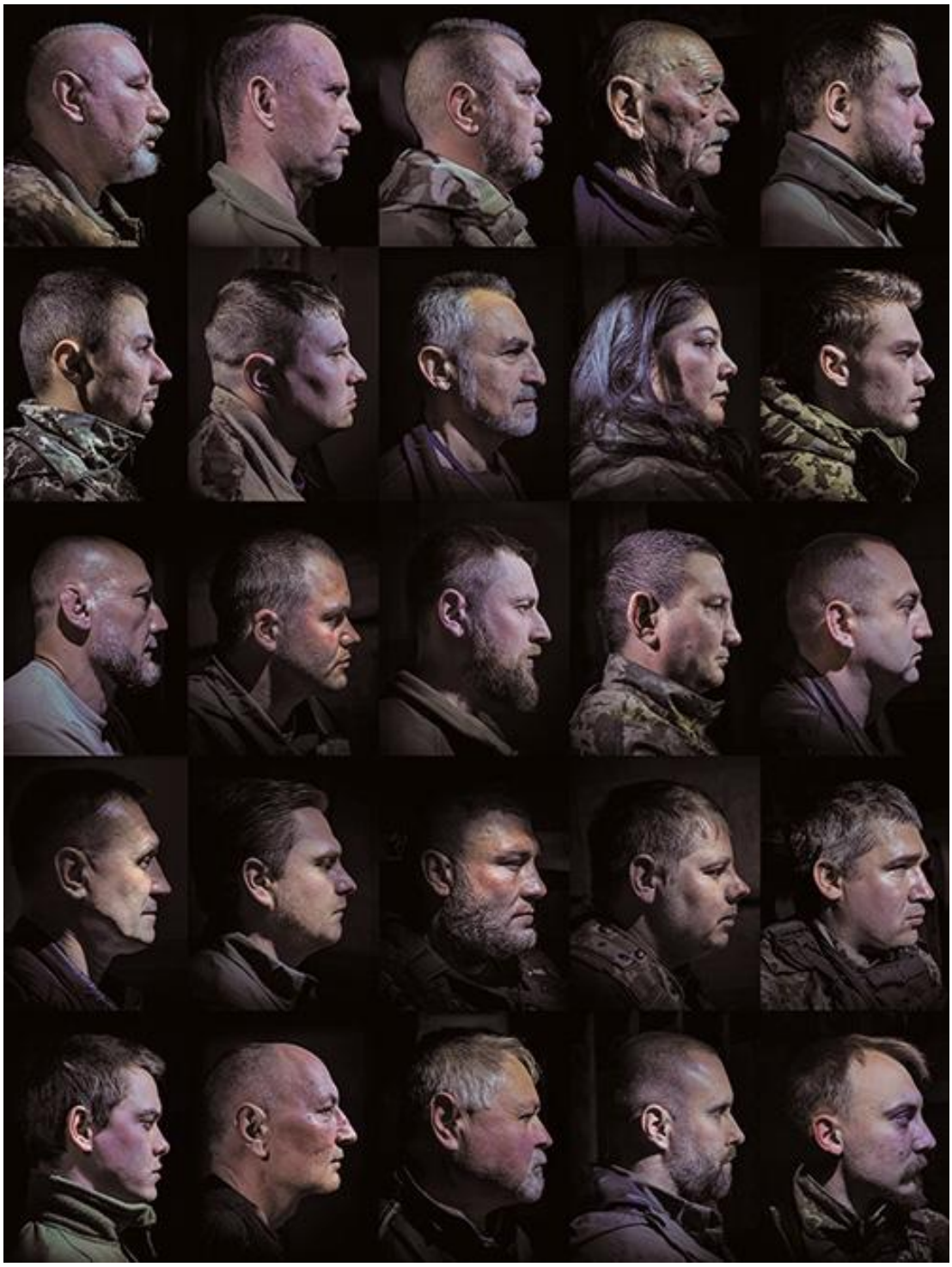
La particularidad de la Ucrania nazificada moderna reside en su amorfia y ambivalencia, lo cual le permiten enmascarar el nazismo bajo la búsqueda de la «independencia» y de una vía «europea» (occidental, proamericana) de «desarrollo». […] A fin de cuentas, no hay un partido nazi principal, ni un Führer, ni leyes raciales en toda regla (solo su versión truncada en forma de represión de la lengua rusa). Sin embargo, todo lo anterior no hace del nazismo ucraniano una «versión *light*» del nazismo alemán de la primera mitad del siglo XX. Muy al contrario, como el nazismo ucraniano está libre de tales marcos y restricciones de «género» […] se despliega libremente como la base fundamental de todo nazismo; como racismo europeo y, en su forma más desarrollada, americano.[98]

En una virulenta crítica publicada unos días más tarde, Timothy Snyder destacó esta particularidad del argumento de Serguéyev: «De este modo, la historial real de los nazis reales y sus crímenes reales en las décadas de 1930 y 1940 quedan completamente fuera del tema, se dejan de lado. […] Por ese motivo Volodymyr Zelenski, a pesar de ser un presidente elegido democráticamente y un judío cuyos familiares lucharon en el Ejército Rojo y murieron en el Holocausto, puede ser tildado de nazi. Zelenski es ucraniano, y eso es todo lo que significa "nazi"». En realidad, según la esencia de Putin y de su régimen, y tal como concluye Snyder, un nazi es «un ucraniano que se niega a admitir que es ruso».[99] De ahí que, si no resulta posible convencer a un ucraniano de su intrínseca rusidad, matarlo sea perfectamente legítimo. A partir de semejante paradigma, los acontecimientos de Bucha, de Motyzhyn y de todos los territorios ucranianos ocupados por Rusia no tienen nada de sorprendente. «Los hechos son los hechos», martillaba Putin en su discurso del 21 de febrero. Las fantasías también dictan los hechos.

133. «Las guerras no me gustan. Su resultado es incierto», habría declarado un día la reina de Inglaterra Isabel I ante su consejo, con motivo de una enésima guerra escocesa. Lo que acerca el régimen fascista de Putin al régimen nazi de Hitler no son solo sus ideas bastante afines sobre el etnonacionalismo, la fuerza del destino y la suerte que habrán de correr cuantos a él se opongan: también está el hecho de que, en nombre de esas ideas, los dos entablaron una guerra espeluznante que estaban convencidos de no poder perder, pero que en realidad no podían ganar. Las fantasías también pueden chocar con la realidad, en este caso con la feroz determinación ucraniana de no desaparecer como nación (así como con la evidente superioridad de las técnicas militares y del armamento occidental sobre un ejército delicuescente, arcaico y corrupto hasta la médula). Un día, delante de una sopa de pescado en un restaurante barato de la orilla izquierda de Kyiv, lo comentaba con Anton Drobovych, director del Instituto Ucraniano de la Memoria Nacional. El 25 de febrero ya estaba en el frente cavando trincheras, y le concedieron una hora de permiso para

hablar conmigo. «Putin había dicho: “No hay Ucrania, no hay pueblo ucraniano, son nuestros muchachos”. Pero el 24 de febrero miles de personas vinieron bajo las bombas a hacer fila delante de las oficinas del ejército, para decir con su mera presencia: “No, nosotros somos gente distinta. No somos ni mejores ni peores que vosotros, solo somos distintos”.»





Una vez más, y otra

134. En Babyn Yar no habíamos terminado, había que retomarlo. No se puede hacer todo en un día.

135. Volvimos tras el inicio la guerra, por supuesto, en mayo de 2022, y yo regresé en septiembre, solo. Pero en junio del año anterior ya habíamos continuado. Puestos a empezar de nuevo, nos dijimos que había que abordar las cosas de otra forma. Esta vez fuimos en taxi. Nos dejó en el cruce de las calles Yuriy Ilyenko y Dorohózhytska, al este del parque, y allí nos encontramos en medio de una rotonda en forma de lágrima donde se alzaba un monumento más, un pequeño rectángulo blanco lleno de huellas de pies descalzos. Una estela que conmemora el inicio de la «ruta de la muerte», la ubicación de la *schlakbaum*, la barrera levantada el 29 de septiembre de 1941 para filtrar las decenas de miles de judíos que llegaron a pie de toda la ciudad para enfrentarse a su destino. A este lado de la *schlakbaum*, la vida; al otro lado, los golpes, los gritos y la muerte. Del lado de la Dorohózhytska se alzaba un gran edificio de cristal de los años setenta, un coloso abandonado con los cristales de las ventanas cegados o sin ellos, las antiguas oficinas de la fábrica de motos que dio a la calle su viejo nombre –*vúlitsa* Mototsikletna–, y que hoy se ha convertido en un gran complejo tecnológico, UNIT.city. En el extremo de la rotonda, al otro lado de la calle, detrás de unas vallas verdes con la pintura descolorida se ocultaba el pequeño jardín de un edificio; más allá de la calle Ilyenko se alzaba otro edificio de apartamentos de estilo brutalista, amarillo pálido con las primeras luces de la mañana, contra un cielo nublado y atravesado por los cables del tranvía, que mientras nosotros contemplábamos todo esto rodeaba la rotonda chirriando ruidosamente para volver en sentido opuesto, hacia el centro de la ciudad.

136. «¿Hacia dónde vamos?» preguntó Antoine. – «Hacía allí», le dije convencido, señalando con el dedo la Dorohózhytska. Sí, ese sitio lo

conocía, aunque de forma aproximada, eso también hay que reconocerlo. En 2002 ya había estado investigando por aquí para otro libro. En aquella época la topografía del lugar me importaba mucho, y las fuentes que había entonces disponibles no daban información demasiado exacta. Tuve que arreglármelas lo mejor que pude. Gracias a un tal Íhor Kohan, presidente de una asociación de supervivientes de los guetos y los campos, conocí a Ruvim Israílovich Shtein, uno de los pocos supervivientes de Babyn Yar lo suficientemente mayor en el momento de los hechos para poder atestiguarlos con fidelidad. A diferencia de a Iliá Levitas y Evguéni Evtushenko, a Ruvim Shtein sí lo recuerdo muy bien, un señor mayor y flaco con el que estuve charlando largo y tendido, sentados en un banco del parque. A veces sus ojos rojos quedaban velados por las lágrimas, pero siempre hablaba de manera precisa y detallada de aquello que sabía. Él fue quien me permitió reconstruir la organización de la masacre, con algunos errores, pero menores, ya que al final mi descripción no estaba tan lejos de las conclusiones definitivas de los expertos contemporáneos. Todavía conservo las escuetas notas de nuestra conversación, incluso con un pequeño mapa dibujado, no demasiado exacto (en aquella época no existía Google Maps, y mi mapa de Kyiv no era muy bueno) pero en general correcto. Antes de llevar a Antoine al emplazamiento de la *schlakbaum*, yo había intentado encontrar a Ruvim Shtein, pero al parecer llevaba muchos años muerto; a pesar de todas mis pesquisas, a sus hijos tampoco pude encontrarlos, las asociaciones de supervivientes no conservaron los datos, y en su antiguo número de teléfono no responde nadie. Lo que sí encontré es una película en la que aparece, una serie de seis cintas VHS que recogen su testimonio, filmado en 1996, seis años antes de que yo lo conociera, y publicado mucho más tarde por la USC Shoah Foundation en el marco del «proyecto Spielberg».[100] Mucho más detallada que la que le hice yo con mi ruso vacilante de aquella época, esta entrevista presenta a Ruvim Shtein sentado en su apartamento, rodeado de muebles soviéticos baratos, con alfombras en el suelo y en las sillas. Lleva una camisa azul pálido bien planchada y sin corbata, y un traje gris con sus decoraciones en el lado izquierdo del pecho. Tiene los ojos húmedos, rojos, como yo los recordaba,

y parece casi aterrorizado, como atrapado. A veces, cuando bebe agua, la mano le tiembla. Pero una vez más habla con mucha calma, sin prisas. Y recuerda. Porque a fin de cuentas todo esto no es más que una historia de recuerdos, de recuerdos más o menos verdaderos, más o menos desagradables, más o menos olvidados.

El relato de una vida

137. Ruvin Shtein, hijo de Israíl Ruvímovich y de Rakhil Mijáilovna Shtein,[101] nació el 15 de enero de 1926 en Koziatyn, una ciudad del *óblast* de Vínnitsa fundada unos cincuenta años antes de que él naciera. Su memoria es clara y detallada al hablar, cuenta de manera precisa numerosos detalles sobre su infancia, sus padres, su entorno, sus profesores. Israíl Ruvímovich, carnicero de profesión, luchó durante la guerra civil, lo cual le dejó unas secuelas que afectaron a su salud el resto de su vida. Según Ruvim, en los años noventa la gente de Koziatyn aún se acordaba de su padre como el carnicero con la mejor carne de la localidad, la más tierna. Él y su familia eran muy creyentes, mucho más que su esposa y la familia de esta, originarios de Bakú, en Azerbaiyán, también estaban mejor educados y respetaban el *sabbat* y las grandes fiestas religiosas. En 1930, la familia se trasladó a Kyiv, primero a Podil, un barrio que en la época era mayoritariamente judío, y luego a la calle Yaroslavska. En 1933, durante lo peor del *Holodomor*, la hambruna programada por Stalin que exterminó a más de cuatro millones de campesinos ucranianos, Israíl Shtein lleva a su esposa y a su hijo a Bakú con su familia política; allí encuentra trabajo en el koljós de Kuba con los judíos de las montañas, una extraña tribu judía persanófona del Cáucaso, mucho más cercana en sus costumbres y en su estilo de vida a sus vecinos montañeses musulmanes que a los judíos askenazíes de las llanuras y de las ciudades. En 1935, la familia vuelve a instalarse en Kyiv, primero en la calle Kurenivka, muy cerca de Babyn Yar, y luego en la calle Frunze, la actual Kyrílivska. En junio nace una hermanita, Maria. Luego, al año siguiente, el padre de Ruvim encuentra

trabajo en una *dom invalidov*, una casa de reposo para inválidos situada fuera de la ciudad, en Kytaiv, y toda la familia se instala allí. En 1937, en un campo de pioneros, Ruvim entra en contacto con unos niños españoles evacuados por la guerra civil y se hace amigo del pequeño Pedro González, que tiene su edad y a quien aún recuerda gritando con el puño en alto «¡No pasarán!». «Fue la primera vez que oí hablar de ese tipo de fuerzas que aniquilan a la gente, que no dejan a la gente vivir en paz.» Ese mismo año, después de una grave enfermedad, su padre muere. Ruvim tiene once años y se convierte en el hombre de la familia.

138. En los años siguientes Ruvim empieza a trabajar, a ganarse un sueldo. Va al cine con frecuencia y allí descubre el fascismo, en unas películas que muestran cómo los alemanes oprimen a los judíos. Un día decide ir a Kyiv a visitar a su abuela en Podil, pero curiosamente ese día los autobuses no circulan y decide hacer el viaje a pie. De camino escucha unos potentes disparos, ve aviones dando vueltas muy arriba sobre la ciudad y piensa *Eso no son maniobras, son aviones enemigos, algo está pasando*. Llega a la plaza central, empiezan a sonar sirenas, la milicia empuja a la gente hacia los sótanos. Luego, cerca de la Avtovokzal, la estación de autobuses, escucha el anuncio oficial en un altavoz de la radio. Los nazis han invadido la URSS, y él tiene quince años. De vuelta en su casa intenta que su madre abandone la ciudad, que se vaya a Bakú, pero ella se resiste: «Es imposible, ¿de qué manera? No tenemos billetes de tren, ni provisiones, nada». Cuando los alemanes se acercan a Kyiv vuelve a intentar salir, esta vez con los militares que se retiran, pero es en vano. Mientras tanto, la familia vuelve a vivir en la ciudad, en una habitación asignada por el municipio en un edificio administrativo, cerca de una fábrica de aviones en la Mélnikova, la calle que hoy se llama Yuri Ilyenko. El 19 de septiembre cae Kyiv y la población saquea las tiendas; Ruvim se une a ellos, roba comida en una fábrica de pan. Por última vez, intenta persuadir a su madre para que recoja sus pertenencias y se vaya a un pueblo a esconderse, pero ella vuelve a negarse: «Se acerca el invierno. No iremos a ninguna parte». El 28 de septiembre, los nazis llenan la ciudad de unos carteles en ruso y en

ucraniano en los que se ordena a todos los judíos que se presenten a la mañana siguiente, bajo pena de muerte, en el cruce al que llegamos Antoine y yo en taxi. Los judíos se ponen a discutir entre ellos: «¿A dónde van a enviarnos?». Casi nadie cuenta con la posibilidad de que vayan a hacerles daño o a matarlos, solo hablan del destino: «¿A un gueto? ¿A un campo en Alemania? ¿A un campo de Ucrania? ¿O a Palestina?». No obstante, hay quienes entienden que es el fin. Pero callan. «A los que decían "Van a fusilarnos" los veíamos como enemigos. El poder es el poder. Y los judíos son de ese tipo de personas que siempre están dispuestas a obedecer.»





139. El 29 de septiembre, miles de personas se reúnen delante de la casa de Ruvim Shtein en la Mélnikova «como en una manifestación», con todas sus

cosas, sus mejores ropas, sus maletas, sus provisiones. Ruvim y su familia salen de casa a eso de las once, con ropa de abrigo, fotos y cartas de la familia, y con sus documentos de identidad. Llevan comida, *salo*, corteza de cerdo ahumada, muy poco kosher. «Mi madre no tenía nada, ninguna posesión de valor excepto a mi hermana y a mí. Me dijo: "Seguro que esta es la última vez que caminamos por esta calle". Debió de haber sentido algo.» En la fila la gente habla, todos de lo mismo: «Adónde vamos, guetos en la frontera, nadie nos fusilará, etc.». A Ruvim, por su parte, le llama la atención la cantidad de chicas jóvenes y guapas. La fila avanza a trompicones, adelanta durante unos minutos y luego se detiene, luego otra vez en marcha. A partir de aquí, el relato de Ruvim es el mismo que ya me había contado seis años después de su entrevista filmada, sentados en aquel banco del parque, un relato que yo recordaba con mucha precisión y con muchos errores. La fila se acerca al cementerio judío que hay a la derecha, gira a la izquierda, luego otra vez a la derecha; en ese relato la *schlakbaum* no la menciona. Ya no ven la fila delante de ellos. Y tras la segunda curva, en el cementerio militar, queda claro que no van a ningún lugar, que se quedarán ahí. Unos alemanes vestidos con diferentes tipos de uniformes comprueban los documentos y los arrojan a unos barriles para quemarlos. A su madre le quitan el anillo y lo meten en una caja llena de joyas. Un poco más allá, obligan a la gente a desnudarse, pero Ruvim y su hermana Maria solo se quitan los abrigos, su madre también se queda vestida. A su madre y a su hermana las meten en un camión. A Ruvim lo colocan en un grupo de hombres, jóvenes y viejos, desvestidos o no. Rakhil le grita desde el camión para que vaya con ella, pero los soldados no se lo permiten. Le grita: «*Vsio, sinok, vsio. Nas ubiut*». («Se acabó, pequeñín, se acabó. Van a matarnos.») Y el camión se va. A su alrededor la gente grita, brama; los alemanes son eficaces, laboriosos, pedantes; nadie les pega, no hay necesidad. Luego los ponen en marcha, en la Mototsikletna, entre el cementerio Lukyánivske y el cementerio militar. Es un día bonito, hace mucho sol. Ruvim no habla con la gente que tiene a su alrededor, solo piensa en cómo escapar, cueste lo que cueste. Su grupo va escoltado por tres patrullas, pero están bastante separadas; se cruzan regularmente con motos y camiones en sentido

contrario. Después del cementerio militar, donde hoy se alza la gran torre metálica de la televisión, Ruvim ve una tubería que pasa por debajo de la carretera y se cuela en ella. Debe de ser mediodía, apenas lleva una hora fuera de casa. Esa canalización, que sirve para desaguar el agua de lluvia, es el detalle del que mejor me acordaba, aunque muchos detalles los tenía distorsionados. Al final de las cintas VHS de la USC Shoah Foundation, puede seguirse a Ruvim por estos lugares, enseñándole a Alla Klépikova, la mujer que lo entrevista, los dos cementerios, la calle de la «marcha de la muerte» y el sitio en que se encuentra la tubería. El 29 de septiembre, demasiado asustado para intentar huir, se pasará todo el día en esa tubería; cada cinco o diez minutos pasa por encima de él otra fila. Al final, cuando ya es de noche y no oye a nadie, sale de la tubería y se cuela por encima de la cerca del cementerio Lukyánivske; la pared perimetral, que entonces era de madera, hoy es de ladrillo rojo. Cruza el cementerio, gira a la izquierda por la calle Dehtiarivska y vuelve a casa. Se había guardado la llave y allí se queda una semana, sin salir, picoteando algunas provisiones olvidadas bajo la cama, cagando sobre papel de periódico y quemando la caca en el horno. Y durante todo ese tiempo, contaba, iban llevándose gente a Babyn Yar, a los inválidos, a los enfermos que se habían quedado en sus casas, a los que se habían escondido.

140. Un día escucha una llave en la cerradura, se va corriendo al balcón y baja por una tubería. Empieza a vagar por la ciudad buscando a algún conocido. Tiene hambre, no encuentra a nadie. Ahí, Ruvim Shtein hace una larga pausa por primera vez; perdido en sus recuerdos, se lame los labios, vacila. Al final suelta: «Ya no tenía ninguna esperanza, en nada». Pero se empeña en sobrevivir. Desentierra patatas y las intercambia por pan, se esconde en una buhardilla hasta que al final, pasada una larga semana, encuentra a un amigo que lo lleva a su casa. La madre de su amigo acepta ayudarlo, pero no quiere correr riesgos; tendrá que dormir en una pequeña cueva en una colina, y colarse en su casa solo de vez en cuando. Empieza a hacer frío. Pero su amigo se topa con un compañero de clase cuyo padre era el director de su escuela, y este compañero roba para él los papeles de otro

alumno. Así es como Ruvim Israílovich Shtein se convierte en Vladímir Serguéievich Medvedenko, un nombre que conservará durante muchos años. Quiere salir de Kyiv, ir al frente para unirse si es posible a las fuerzas soviéticas y luchar, pero para ello hay que cruzar el Dnipró, y los puentes están estrictamente vigilados por los alemanes. Así que consigue un trabajo como limpiador de raíles para la ZhD, la compañía ferroviaria. Gracias a este empleo obtiene un *ausweis* que, so pretexto de su trabajo, le permite pasar los *checkpoints* alemanes y así cruzar el río. Ahora estamos en noviembre de 1941, nieva, Ruvim se pone a caminar de pueblo en pueblo. A unos sesenta kilómetros de Kyiv se encuentra con un prisionero de guerra ucraniano liberado por los alemanes en el marco de su efímera política proucraniana y, por lo tanto, provisto de papeles lo mismo que él; deciden continuar juntos. Pero resulta que muchas aldeas han sido quemadas, no encuentran alimento; se alejan de la carretera principal para buscar aldeas intactas, se dirigen hacia el noreste. Pero allí es difícil encontrar un sitio donde dormir, la gente tiene miedo, les obligan a dirigirse al *stárosta* y enseñarle sus papeles; cuando le preguntan, él cuenta que sus padres murieron en un bombardeo y que está intentando llegar donde un pariente. A veces también tienen la suerte de encontrarse con gente buena, mujeres que le lavan las camisas y les dejan sacarse la roña en una *banya*. En enero de 1942 llega al *óblast* de Briansk, en Rusia; el prisionero liberado, al parecer, ya no está con él. Y en algún lugar cerca de Kursk se queda dormido en la nieve y se congela. Pero lo salva un koljosiano: su caballo se detiene en la carretera, baja a ver lo que pasa, encuentra a Ruvim bajo la nieve, lo carga en su carro y se lo lleva a casa. Ruvim pasa una semana en casa de este *diadia* Mitia, luego va a trabajar en la oficina del koljós. «Y así fue como me salvaron del frío y del hambre.»



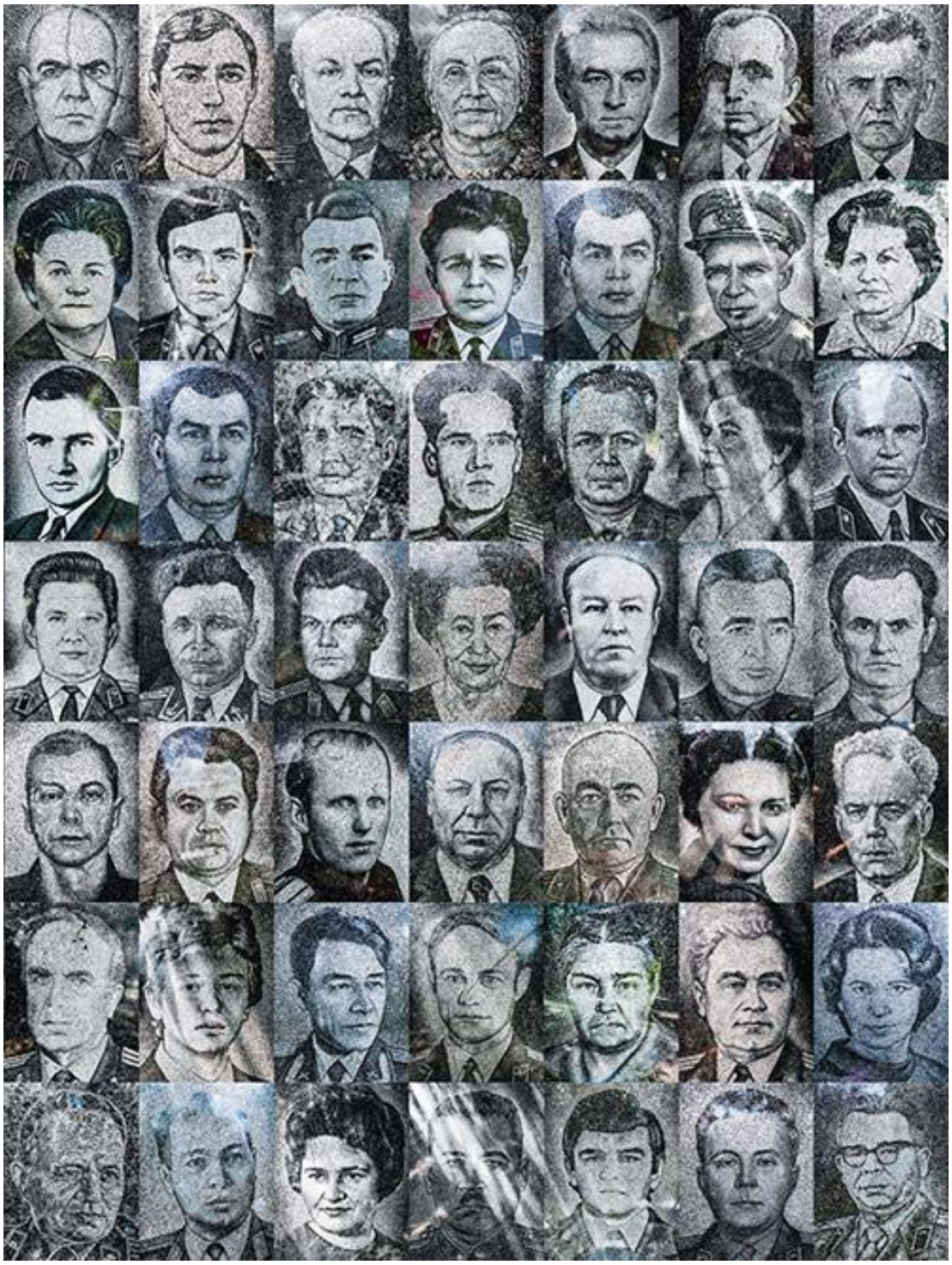
141. En marzo de 1942, cuando ya se acerca la primavera, Agafia Evdokímovna Martinets, una mujer del pueblo que tiene al marido en el

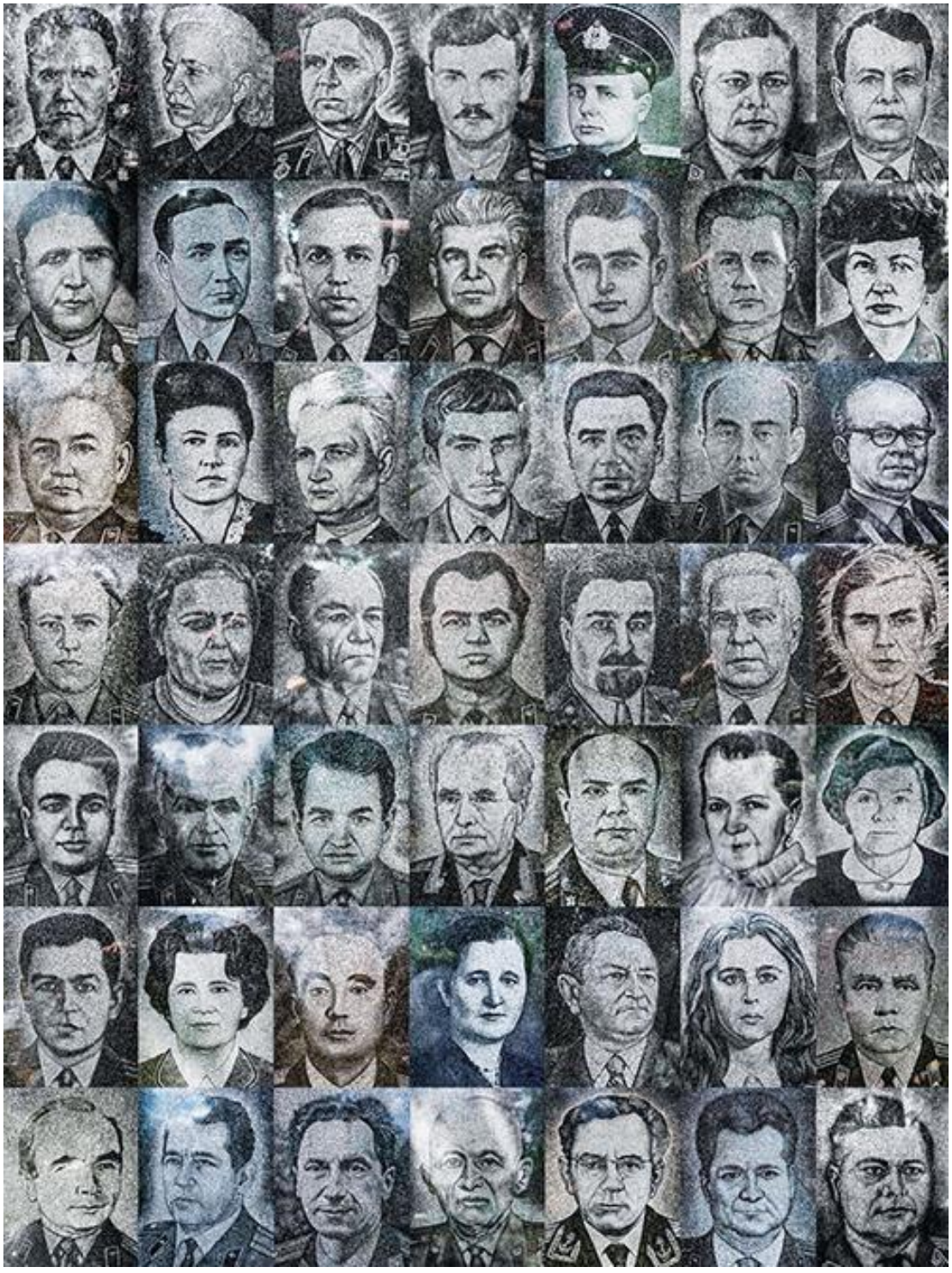
frente, lo aloja en su casa. Es madre de cuatro hijas de entre dos y once años, pero necesita a un hombre para que la ayude. Aunque al principio no confía mucho en él, lo acoge y le enseña el trabajo agrícola; poco a poco empieza a vivir como un miembro de la familia. Tiene dieciséis años y solo sueña con unirse a los partisanos que pululan por la región de Briansk. Pero Agafia Evdokímovna se niega a ayudarlo, quiere quedárselo. Así termina el año y comienza 1943, «la vida con miedo». Finalmente, en el verano de 1943, ven a los alemanes cruzando el pueblo en dirección oeste. Pronto llega la liberación: «*Nashi zdes*, los nuestros están aquí». Loco de alegría, Ruvim/Vladímir se escabulle de la vigilancia de Agafia Evdokímovna y cuando las tropas soviéticas dejan el pueblo los sigue durante veinte kilómetros, suplicándoles que lo lleven consigo como voluntario. Pero en la etapa siguiente lo interroga el Smerch, el departamento especial «muerte a los espías», y se lleva un jarro de agua fría: es demasiado joven para unirse al Ejército Rojo, su franja de edad aún no ha sido llamada. Que se vuelva a su casa y espere hasta diciembre. Así que, con el corazón en un puño, regresa con Agafia Evdokímovna, que antes de dejarle quedarse le echa una buena bronca. Pero apenas seis meses más tarde cumple dieciocho años, o más bien los cumple Vladímir Medvedenko, y recibe la llamada: esta vez, Agafia Evdokímovna le despide con honores y él parte hacia Riazán para la instrucción. La primera foto de sí mismo que aún conserva data de este período, joven y flaco, en uniforme, con su gorro militar torcido en la cabeza; una foto que enseña a la cámara de la USC Shoah Foundation. En julio de 1944 es enviado al frente en Estonia, en una unidad de artillería con la que pasa a unirse a la inteligencia militar, encargado de corregir los disparos de una batería de morteros de 120 mm. Participa así en la «liberación» de Estonia y Letonia, conquistadas por primera vez por la URSS en 1939, y recuperadas ahora y hasta 1991. En Letonia, cerca de Tukums, Ruvim resulta gravemente herido en la cabeza durante la gran batalla llamada de «la Bolsa de Curlandia», el cerco de los restos del Grupo de Ejércitos Norte, que resistirán a las fuerzas soviéticas hasta el final de la guerra. Es trasladado inconsciente a un hospital de campaña donde le sacan metralla de la cabeza. Para él la guerra ha terminado: el 9 de mayo de 1945

–día que los soviéticos consideran el de la capitulación alemana– está en un cuartel general en el fondo de un bosque, muy alejado del frente. Ese mismo mes es enviado al Lejano Oriente de cara a la guerra que Stalin prepara contra Japón. No llega hasta agosto, y lo asignan a la construcción de una vía férrea. Pero Japón capitula el 3 de septiembre; Ruvim es enviado a Komsomolsk del Amur a custodiar un almacén lleno de trofeos y a escoltar a los *zek*, antiguos prisioneros de guerra o desertores soviéticos, aún no juzgados pero enviados de oficio a los campos.

142. Cumplidos sus dos años de servicio, en diciembre de 1946 es licenciado. Se muda a Bakú a vivir con la familia de su madre y empieza a trabajar en una fundición, donde aprende el oficio. También se saca la secundaria. Pero sigue siendo Medvedenko; y es que demostrar que él es Ruvim Shtein no va a resultarle sencillo, recuperar su verdadero nombre le llevará un tiempo. En 1950 empieza a estudiar en un Instituto de Educación Física. Luego trata de convertirse en oficial y parte hacia Odessa para hacer los exámenes; pero pronto se da cuenta de que no está hecho para esa carrera y regresa a Bakú a reanudar sus estudios en deporte. Al final, en 1951, decide que es hora de volver a Kyiv. Sus amigos están allí, la tumba de su madre y de su hermana también, en Babyn Yar. Se casa con una compañera de clase de antes de la guerra y en 1952 empieza a trabajar como maestro de Educación Física en su antigua escuela, un empleo en el que seguirá hasta 1996, cuando se jubile cumplidos los setenta años, pocos meses antes de esta entrevista. Mientras tanto, él y su esposa tendrán tres hijos: Edvard e Ina en 1952 y 1954, y luego otra chica ya más tarde, en 1966: Iana. De hecho, la única vez que llorará en toda la entrevista será cuando presente a Iana ante la cámara: «Se lo he contado todo –dice–, el asesinato de su abuela, de mi…», y en ese momento se echa a llorar, retorciéndose la boca con la mano. «Lo sé todo desde que era pequeña –dice Iana–. Papá nos lo ha contado todo.» La entrevista termina con algunas fotos de familia: «Todas nuestras fotos fueron quemadas en Babyn Yar. Pero más tarde recuperé las que pude de nuestros parientes». La cámara nos muestra una foto en sepia de 1923, cuando su madre tenía veinte años,

luego una de su padre y de su madre en 1925, después de casarse. La entrevista tuvo lugar el 15 de noviembre de 1996; yo lo conocí el 20 de agosto de 2002; no sé cuándo murió.





Tumbas de nadie

143. El lugar que Ruvim Shtein señala en la película como el sitio en que estaban las mesas donde los nazis les quitaban a los judíos las llaves y los objetos de valor, y donde separaban a los hombres de las mujeres y los niños, se encuentra en la esquina de las calles Dorohózhytska y Simia Khokhlóvych, delante de la pared del cementerio militar. Así que ahí es donde Antoine y yo nos dirigimos primero. En el sitio indicado solamente había un terraplén con coches aparcados de cualquier manera. Seguimos adelante y entramos en el cementerio militar. De todos los cementerios de la zona, actuales y desaparecidos, este es el único mínimamente ecuménico. Inmediatamente después de la puerta, a la derecha, junto al contenedor de ventanas enrejadas donde están los guardias, se hallaba la parcela de los muertos de la guerra del Dombás, un bosque de tumbas de mármol pulido, adornadas con imágenes hiperrealistas grabadas con láser y rodeadas de flores muchas veces secas y de banderas ucranianas. Todas seguían más o menos el mismo modelo: parte delantera, un retrato del difunto uniformado o de civil con su nombre y sus fechas; en la parte posterior de la tumba, una foto grabada con el *pozyvniy* o distintivo de llamada del combatiente, «Advokat», «Turist», «Kozak», «Vidmak», «Belaz», «Kuzmych», «Zurab», «Tsink». A veces las fotos mostraban al héroe en acción, armado de pies a cabeza, como la de Leonid Mikháilovich Provodenko, muerto en diciembre de 2016, posando con su fusil de francotirador, o la de Oleksei Volodímyrovych Márchenko, plantado frente a las ruinas del aeropuerto de Donetsk, donde seguramente murió. Otras eran más sugestivas, como la que mostraba una carretera desierta con un camión destruido en primer plano y un tanque al fondo: puede que el lugar y las tristes circunstancias de la muerte del hombre que allí yacía. Los lemas grabados, en ucraniano o en ruso de forma indiferente, seguían un mismo patrón: NADIE EXCEPTO NOSOTROS, repetido con frecuencia, ¡NI SIQUIERA LA MUERTE VENCERÁ AL RECUERDO DE LA VERDADERA GUERRA! Pero más allá de esta glorificación, por otra parte completamente comprensible, algunos detalles permitían

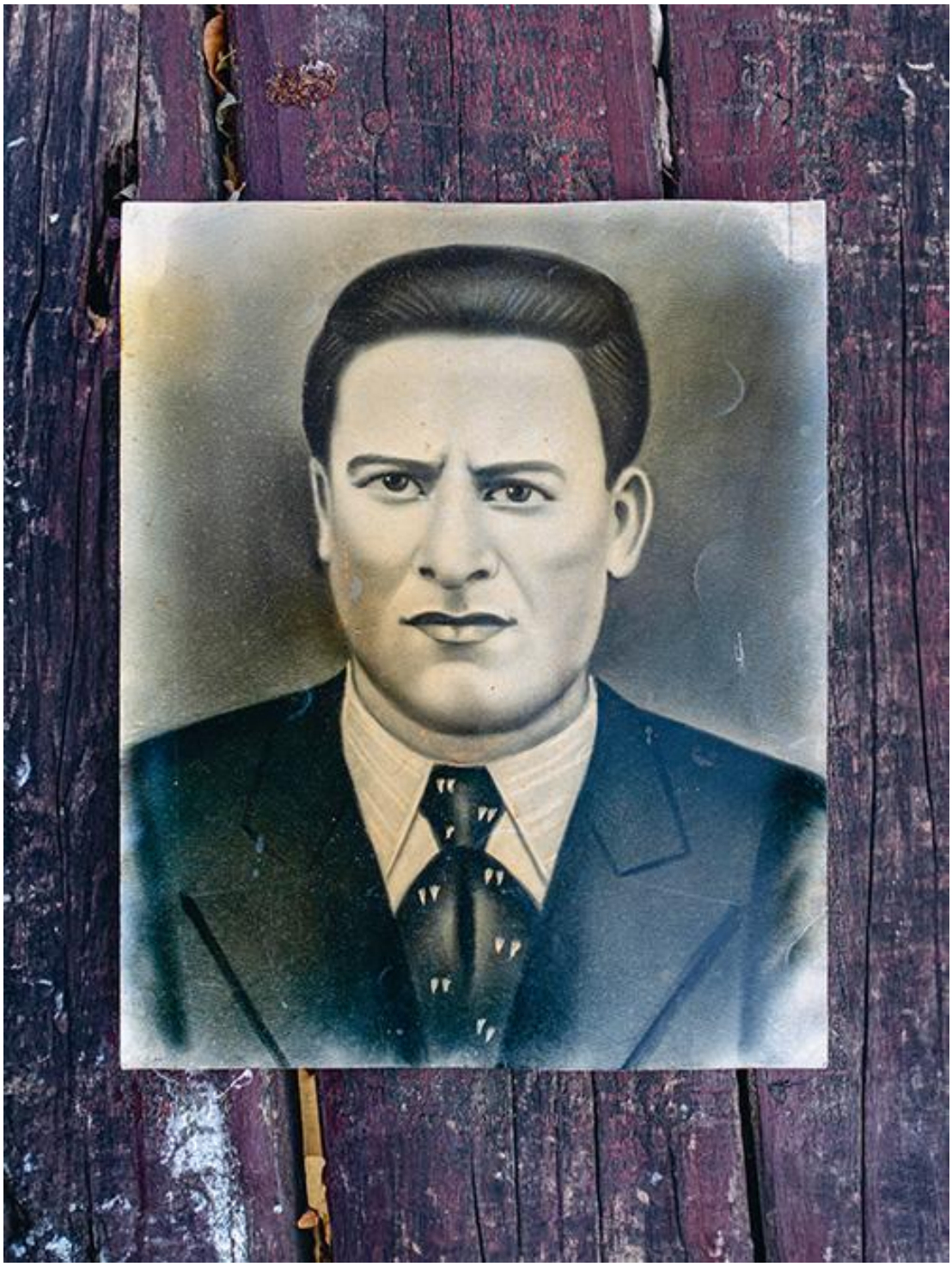
entrever toda la tristeza, la inutilidad, el terrible coste de esta sucia guerra imperialista, ensayo general de la actual invasión. Por ejemplo, la tumba de un padre y de su hijo; el hijo, Vyacheslav Vasílovych Kutsmai, asesinado casi un año exacto antes que su padre Vasyl Rostyslávovych: ¿combatían juntos? ¿Se alistó el padre tras la muerte de su hijo? ¿Qué debía pensar la madre de todo eso? Cierto que en esa guerra no todas las mujeres se quedaban en casa, en el frente había muchas –y no solo en puestos auxiliares– y por lo tanto en el cementerio también, como Maria Zakhárovna Shcherbachenko, asesinada a los veinticuatro años. En esta parcela también había hombres sorprendentemente viejos: el general mayor de Aviación Volodymyr Hryhórovych Pristromko, muerto en 2015 a la edad de ochenta y cinco años, o Vladímir Gavrílovich Vorontsov, nacido en 1929 y muerto en 2017, cuyo retrato más reciente, con todo el pecho cubierto de medallas, compartía espacio con un medallón en que aparecía junto a su esposa en un uniforme que data claramente de la época de Stalin: si esos hombres –cuya carrera debería haber terminado poco después de la independencia, y que solo podrían haber llegado al final de la segunda guerra si habían mentido sobre su edad– murieron por causas naturales, ¿qué hacían aquí, en medio de los héroes del Dombás? ¿O es que habían aparcado su retiro de forma apresurada durante los primeros y desastrosos días de la guerra, cuando el ejército ucraniano, ni preparado, ni entrenado, ni equipado, amenazaba con derrumbarse a la primera de cambio? ¿Habían muerto ellos también en el frente, comandando a las tropas por última vez? Cuando nos alejamos de la parcela del Dombás, las tumbas se volvieron más simples. En las de los muertos en Afganistán, muchas de ellas de mujeres, y en las de los veteranos de lo que los soviéticos siguen llamando la «VOV», la Gran Guerra Patriótica, aún había un simple retrato grabado; las de los caídos en el frente entre 1941 y 1945 eran estelas mucho más sobrias, con solo el nombre y una fecha; al fondo del cementerio se alineaban los obeliscos colectivos, dedicados a oficiales muertos junto con sus soldados, con todos los nombres citados juntos. Desde que empezó la guerra en curso, no he tenido tiempo de volver a ese cementerio militar. Así que no sé si han empezado a enterrar a gente nueva. Cerca de los del

Dombás mucho espacio no quedaba, y ahora de difuntos hay muchos más. Habría que ir a ver.

144. Ya que estábamos allí, fuimos también a echar un vistazo al cementerio de Lukyánivske, aunque aparte de su ubicación no tenía mayor relación con nuestra historia. Es cierto que su pared, o más bien la antigua valla, vio desfilar a los judíos que caminaban hacia Babyn Yar. Y por allí fue por donde huyó el joven Ruvim Shtein la noche en que por fin salió de su tubería. Habría sido un bonito paseo de primavera, con sus hermosos caminitos rectilíneos y arbolados, sus imponentes tumbas del siglo XIX, el pequeño museo de paredes rosas con fotocopias de mapas antiguos y retratos de muertos famosos, y las apestosas letrinas. Pero aún nos quedaban muchas cosas por ver, y algunas citas más tarde. Me quedé unos minutos, dándole a olfatear mis dedos a los gatos que jugueteaban en el patio de la entrada a la espera de una golosina y entre suaves maullidos. Luego salimos y continuamos por la Dorohózhytska, rodeando la pared de ladrillo rojo del cementerio.

145. Para ver el antiguo cementerio judío, cerca del cual habían sido conminados a reunirse los judíos de Kyiv en septiembre de 1941, tendríamos que haber tomado un desvío hacia la calle Ilyenko. Pero no valía la pena, ya no queda nada excepto el antiguo edificio administrativo en la entrada, en obras y rodeado de andamios, así como algunas lápidas un poco más arriba, en un triangulito escondido detrás de las oficinas de la televisión, justo después de la Menorá, con el que nosotros nos habíamos topado al final de nuestro primer paseo, cuando salimos del Repyahiv Yar por la parte trasera de unos edificios grandes y nuevos pegados al bosque, en la frontera del barrio más antiguo, comprendido entre la calle Herzen y la calle Akadémik Romodánov. En lugar de seguir por allí para llegar a la calle principal y llamar a un taxi, volvimos al parque y allí nos cruzamos con niños, mujeres jóvenes y mujeres más maduras que iban y venían tranquilamente. Por allí, el camino seguía la pared perimetral de la parte de atrás de las oficinas centrales de la televisión, por encima de la cual

asomaban antenas y parabólicas. Allí fue donde descubrimos las tumbas. Me sorprendió, yo pensaba que del cementerio judío ya no quedaba nada, aparte de las piedras recuperadas y alineadas más abajo, a lo largo del callejón que desciende de la Menorá hasta la calle Ilyenko. Sin embargo, eso es lo que indicaba la placa. El largo triángulo estaba delimitado por un murito de hormigón y dentro había una decena de tumbas, todas borradas excepto una, casi indescifrable, con algunas palabras en hebreo y las otras en una grafía cirílica bastante arcaica que más recordaba a la época zarista que a la única fecha legible: 1935. Como tantas otras cosas aquí, la destrucción del cementerio judío había sido una coproducción germano-soviética. Los alemanes habían empezado en el verano de 1943, utilizando las lápidas para construir los hornos gigantes en los que quemar los cadáveres de los judíos desenterrados por el *Sonderkommando*; más tarde, en 1962, las autoridades municipales decidieron liquidar lo que quedaba para construir allí un complejo deportivo, Avanhard, y más tarde las oficinas de la televisión ucraniana. Cuando al otro lado de la calle Mélnikova/Ilyenko se erigió la gran torre de la televisión sobre una parte del antiguo cementerio militar, se invitó a los descendientes a que fuesen a trasladar las tumbas. Pero en el caso de los judíos no fue así, aunque en cualquier caso ya estaban casi todos muertos: las «tumbas de nadie» fueron vaciadas con una excavadora.[102]





146. Si en vez de quedarnos bajo los álamos de la Dorohózhytska hubiéramos girado hacia el cementerio judío, tampoco habríamos podido

escapar a la vista de la enorme torre allí erigida. El hecho de que en un lugar donde la tierra estaba llena de cuerpos el sovietismo triunfante se hubiera proyectado hacia el cielo me pareció casi lógico. Hay que decir que su estructura es asombrosa, una obra maestra del futurismo de los años sesenta hecha de tubos metálicos, pintados de blanco o de un rojo desgastado, dominando todo el territorio de Babyn Yar. Consultando la Wikipedia descubrí que se trata de la construcción autoportante más alta del mundo, y que no tiene un solo remache, pues «todas las juntas, los conductos y las lámparas están fijadas mediante soldaduras».[103] De hecho, el proyecto fue diseñado para Moscú, pero al final lo descartaron en favor del proyecto de la torre Ostánkino, que se consideró más sólido. Cuando se decidió instalarla en Kyiv, los 540 metros inicialmente previstos tuvieron que ser rebajados a 385 metros, evidentemente por razones políticas: incluso en 1968, con un primer secretario ucraniano, la URSS no podía permitir que Kyiv igualase a Moscú. El método de construcción fue realmente desconcertante: como no existía ninguna grúa que llegase tan arriba, se iban construyendo los elementos en el suelo, empezando por la punta, y luego se levantaban con cuatro elevadores hidráulicos gigantes para a continuación insertar debajo el siguiente segmento, así uno tras otro hasta un total de 3.000 toneladas de metal, izadas hacia los cielos y luego estabilizadas con unos enormes pilares laterales de hormigón. La construcción resultó extraordinariamente sólida: cuando el 1 de marzo de 2022 un misil de crucero ruso impactó de lleno en ella, la torre encajó el golpe con apenas unas vibraciones. En Wikipedia también se decía que la torre no estaba abierta al público. Era cierto, pero esta vez nos habíamos manejado mejor que con la prisión psiquiátrica y al final conseguimos acceso. La cita era por la tarde, todavía teníamos tiempo.



Notas de la casa de los muertos

147. En la esquina de las calles Dorohózhytska y Oranzhereina, la pared del cementerio gira a la izquierda, y nosotros seguimos dejando la torre a nuestras espaldas. Un poco más arriba cruzamos la calle en dirección a un largo edificio de tres pisos, vetusto, desgastado, en vías de lenta descomposición, con la fachada embellecida con azulejos de color amarillo, rojo ladrillo y verde botella. No había nadie. Subí los peldaños de la escalinata para ir a leer las placas que había colocadas junto a la puerta principal: OFICINA PRINCIPAL DE MEDICINA FORENSE DE LA CIUDAD DE KYIV. También conocida como Morgue n.º 1, y como por casualidad, resulta que la morgue principal de la orilla derecha se encuentra precisamente en Babyn Yar, en el n.º 9 de la calle Oranzhereina. «¿Es aquí?», me preguntó Antoine, que había subido también por la escalinata y se sacaba su cigarrillo electrónico mientras olfateaba el aire con desconfianza. – «Aquí es». Mientras daba unas caladas al cigarrillo, yo di varios golpecitos contra el cristal de la puerta. Por fin apareció una figura en el vestíbulo oscuro y vino a pasar la cabeza por la puerta. «¿Sí?» – «Hemos venido a ver a Oleksandr Víktorovych.» – «No está.» – «*Oi, blin*.» Le expliqué a ese hombre que habíamos quedado con el director Oleksandr Myzailenko que pasaríamos a visitar su establecimiento. «Sí, lo sé.» Me tocó sacar a toda prisa el cuaderno de notas porque el médico, Mykola Víktorovych –aquí nadie daba su apellido, este sitio seguía siendo muy *old school*–, se puso enseguida a hablarnos de su morgue, allí mismo, en la escalinata. Aquí es donde traían todos los cadáveres no identificados de la ciudad, así como los muertos en circunstancias sospechosas. El año anterior habían recibido 5.700; ese año ya llevaban 2.940. Él mismo, en solo un mes, ya había hecho 47 autopsias. «Para que se hagan una idea, en su país o en Alemania un médico forense hará dos, como mucho tres. En fin, entren.» A pesar de las mascarillas que nos pusimos a toda prisa, en cuanto se abrió la puerta el olor nos golpeó en la cara. Al año siguiente, con la guerra, no íbamos a tardar en acostumbrarnos, pero entonces para mí aquello aún era bastante nuevo.

Invadía nuestras membranas mucosas, se pegaba a la piel, a la ropa; no me esperaba yo que fuera tan *material*, como algo que ocupa el aire y en parte toma su lugar. Mykola Víktorovych, por su parte, ni siquiera llevaba mascarilla. Nos condujo a través del vestíbulo hacia la izquierda. En la primera sala de autopsia yacían los cadáveres de dos hombres desnudos, cada uno sobre una mesa de metal, el primero obeso y con las piernas violáceas de tantas varices, el segundo viejo y flaco, jaspeado de amarillo y rojo, con los típicos tatuajes hechos a mano de un antiguo presidiario. Les habían serrado y vaciado la cabeza y remangado la piel de la cara, sus cerebros estaban puestos a un lado, en medio de unos charcos de sangre fresca. Al otro lado del pasillo, en una segunda sala, yacía un cadáver totalmente putrefacto, negro, verde, amarillo, todo duro, reseco, al que habían encontrado en un apartamento. Había un médico abriéndole la cabeza con una sierra de mano; cuando nos vio, nos echó fuera de malas maneras, pero la puerta no cerraba bien, quedó entreabierta y lo seguí viendo allá al fondo, serrando, cortando, tallando aquella vieja carne podrida. Un ruido metálico y aparatoso detrás de mí me obligó a volver la cabeza: el montacargas se abrió con estruendo y unos celadores sacaron dos cuerpos en sus camillas y los colocaron junto a la pared; uno de ellos, desnudo, con la cabeza envuelta en una manta, la piel amarillenta cubierta de una espesa pelambre negra, ya había sido suturado y llevaba una etiqueta en la muñeca con nombre y dirección. Acompañados de Mykola Víktorovych, ocupamos el lugar de las camillas en el montacargas y bajamos; el cadáver, aún visible a través la abertura, fue desapareciendo lentamente hacia arriba mientras el suelo de hormigón desfilaba entre los pisos hasta cerrarlo todo. Abajo, salimos a un pasillo largo, frío y oscuro, iluminado con neones y lleno de escombros, tuberías y rollos de papel atrapamoscas cubiertos de grandes bicharracos negros. Un tanto avergonzado, Mykola Víktorovych se disculpó por cómo estaba el edificio: «Estamos alquilados, ¿saben?, no podemos hacer grandes obras». Mientras íbamos pasando una por una junto a las puertas de una serie de neveras que se negó a abrirnos, él, bajo la pálida luz de las luces de neón, iba enumerando todos los muertos que recibían: «Accidentes, suicidios,

envenenamientos, asesinatos, enfermedades, peleas, ahogamientos, accidentes de coche, de tren, de avión, muertes sin explicación». Tras una puerta al final del pasillo topamos con una máquina antigua y tambaleante que subía al patio trasero del edificio y servía para que los conductores de ambulancia bajasen los cuerpos. Mykola Víktorovych, que al principio de nuestra visita se había mostrado bastante tenso y nervioso, mientras nos acompañaba a la salida parecía relajado, casi afable. Nos quedamos un buen rato en las escalinatas, fumando para intentar contrarrestar el olor que se nos había agarrado a la garganta.

148. A punto estábamos de marcharnos cuando delante del edificio se detuvo un coche pequeño. De él salió un hombre imponente y risueño que subió hacia nosotros. Era Myzailenko, el médico jefe de la morgue. Nos pusimos a fumar otra vez mientras charlábamos. Le pregunté por qué había elegido ese oficio. «*Pochemú, potomú chto*.» («¿Por qué? Porque para mí trabajar en un departamento de cancerosos o quemados sería mucho peor. Aquí, por lo menos, cuando llegan ya no sufren.») El trabajo del experto consiste en reconstruir el dónde y el cómo, siguió diciéndonos; el resultado final lo tiene delante, y lo que debe reconstruir es la historia hacia detrás, empezar por la huella y llegar al hecho; el porqué es cosa de la policía. «¿Y Babyn Yar?» Meneó la cabeza: «No, con huesos de ahí nosotros nunca hemos trabajado». Pero en los años ochenta, durante la perestroika, en un bosque de la orilla izquierda al sureste de Kyiv, en un lugar donde había enterradas unas cuarenta mil personas asesinadas en los años treinta por el NKVD, sí se llevaron a cabo unos exámenes forenses. Y así, fumando y charlando, seguimos tratando de convencerlo para que nos enseñase las neveras, hasta que poco a poco su reticencia fue cediendo. «Si quieren verlos, de acuerdo. Pero nada de fotos.» Antoine protestó, le enseñó las imágenes abstractas que generaba su cámara térmica: «¿Ve usted? Lo único que se verán son formas». – «De acuerdo, de acuerdo.» Volvimos a sumergirnos en aquel olor y a bajar. Tan pronto como abrió el primer frigorífico comprendí por qué no querían enseñárnoslos. Los cadáveres, congelados y casi todos desnudos, estaban hacinados unos encima de los

otros como sardinas, algunos en estantes, otros, por falta de espacio, sobre camillas rotas y oxidadas. Un niño de unos once años, los ojos cerrados, un poco de sangre seca en las fosas nasales, desnudo y cosido desde el sexo hasta el cuello, yacía acostado boca abajo encima del cadáver de un hombre igualmente desnudo; un joven con camiseta verde y vaqueros, el cuerpo retorcido, una zapatilla quitada para poder atarle la etiqueta en el dedo gordo del pie, descansaba sobre un hombre con la cara cubierta de sangre; había otros cuerpos envueltos en mantas, en sábanas manchadas. Antoine intentó tomar algunas imágenes con la cámara térmica, pero obviamente no salía nada: frío sobre frío no había contraste alguno. Oleksandr Víktorovych, metido en el juego, también nos enseñó la sala en que se preparan los cuerpos para las familias, vetusta, con mesas llenas de cepillos y maquillaje, y con un cadáver bajo una sábana blanca; a un lado daba a una sala vacía con un largo bloque de mármol, que es donde se coloca el miserable ataúd que la morgue proporciona para devolver los cuerpos a sus allegados: estaba un poco más limpia que las otras, pero era igual de apestosa, pobre y triste. Detrás del edificio había un patio tranquilo con familias esperando pacientemente bajo un florido cenador, junto a unas coronas de flores artificiales en venta colocadas sobre unos escalones. Detrás de los coches allí aparcados se deslizó un gato; una urraca gris y negra saltó sobre un cubo de basura abierto, robó una bolsa de plástico transparente llena de caramelos, se la llevó un poco más allá y se puso a agujerearla con el pico para picotear los pegajosos dulces.



149. Al año siguiente, al principio de la guerra, Antoine volvió a ver a Oleksandr Víktorovych: este, como ya he escrito, le ofreció un té y le negó

el acceso. En septiembre, de visita en Kyiv, pasé yo a saludarlo. Estaba en la escalinata hablando por teléfono, así que esperé a que colgase. El edificio había padecido, la mayoría de las ventanas, sobre todo a la derecha de la entrada, estaban tapadas con plástico en lugar de con cristales, de la pared se habían despegado decenas de azulejos, dejando en los motivos de loza varios rectángulos vacíos; la puerta principal tampoco tenía cristales. La onda expansiva del misil que había impactado en la torre de la televisión las había hecho explotar todas. «El edificio estaba lleno de gente –me contó Oleksandr Víktorovych después de saludarnos–, nuestros empleados, policías, militares. Envié al sótano a todo el mundo. Ustedes ese lugar ya lo conocen. Estaba todo el pasillo lleno de cuerpos amontonados contra las paredes. Después del 24 éramos la única morgue en funcionamiento en Kyiv, y nos llegaban cuerpos todos los días. Era como una segunda pared a cada lado, y hasta la punta. Así que todos los vivos estaban en fila entre los muertos. Había un coronel, miró todo esto de un lado al otro y me dijo: "Interesante, su refugio antiaéreo"». Yo lo regañé amablemente por no haber dejado entrar a Antoine. «¡Ya me hubiera gustado! Con Antoine no tengo ningún problema, es buena gente, un tipo serio. Pero ya saben, todo el mundo encima de mí, todos esos *New York Times*, CNN, BBC, todo el mundo. Tenía que decirles a todos que no, si no nos hubiésemos vuelto locos. Pero vuelva cuando quiera con Antoine. Le dejaré ver todo lo que quiera.»



150. Ese día no entré en la morgue, no valía la pena: el contenido del *smartphone* de Oleksandr Víktorovych fue más que suficiente.

Recientemente, tras un intercambio de cuerpos con Rusia, había recibido más de 120 cadáveres de combatientes del batallón Azov caídos en mayo en Azovstal, durante la última defensa de Mariúpol. Le había tocado identificarlos a todos. «Con los tatuajes es bastante fácil, eso va más rápido que el ADN.» Me enseñó sus conversaciones de WhatsApp, donde las familias le enviaban fotos de los tatuajes de sus familiares desaparecidos, bastaba con compararlas con las imágenes de los muertos, guardadas igualmente en sus *smartphones*. Símbolos de la mitología nórdica o egipcia, eslóganes o símbolos patrióticos, hasta chistes (un cadáver con la cabeza rapada que fue rápidamente identificado se había tatuado en la nuca PRIVIET PARIKHMÁKER, «hola peluquero»). El problema residía en que muchas familias estaban tan perturbadas psicológicamente que se negaban a aceptar los cuerpos incluso cuando todo encajaba, tatuajes, anillos, ADN. «Me dicen que no, que es otra persona, que alguno de sus amigos le habrá copiado el tatuaje, que le habrán robado el anillo, quién sabe. Algunos acaban rindiéndose a la evidencia, pero otros no.» No le quedaba otra que devolver el cuerpo a Azov, donde le hacían un funeral militar, sin la familia.

Conejos y boas

151. Tras despedirme de Oleksandr Víktorovych, subí hacia el parque por la calle Oranzhereina. La torre de la televisión dominaba el cielo; blanqueada por la fría luz de otoño, con los pilares de soporte del lado oeste aún ennegrecidos, deformados y en algunos sitios agujereados por el misil de marzo. En el parque, a la derecha de la gran depresión en forma de barranco que rodea la inmensa pila de bronce del monumento soviético en Babyn Yar, habían cavado un largo complejo de trincheras en paralelo a la calle y a la pared del complejo de la torre, con un pequeño puesto de comando cubierto con un techo reforzado, puestos de tiro protegidos por sacos de arena agujereados, palés y tablones cuidadosamente dispuestos en el fondo de las trincheras, y tapándolo todo el resto de las redes de camuflaje hechas a mano, con telas heterogéneas enrolladas y trenzadas en grandes mallas de

plástico. Todo empezaba a desmoronarse poco a poco, esas posiciones había habido que abandonarlas unos meses antes, probablemente tras la retirada de los rusos. Abajo, sentados al sol en el césped del falso barranco, había unos cuantos chavales charlando, mirando sus *smartphones*, pintando acuarelas; en el parterre arenoso delante del monumento, otro adolescente en chándal trazaba círculos con su patinete. Más lejos, hacia la calle Olena Teliha, frente a un largo edificio de Ukrenergo, otra pequeña trinchera atravesaba la hierba, rodeada también por unos muretes de tierra medio derrumbados y por sacos de arena; una decena de metros más allá, Tetiana Markus, partisana judía torturada y fusilada por la Gestapo en enero de 1943, contemplaba la escena con su implacable rostro de bronce y los puños apretados ante toda esa injusticia perpetuamente renovada. En el cruce de la Dorohózhytska con la Olena Teliha, todos los cafés por los que solíamos pasarnos antes de la guerra habían cerrado; las ventanas de Banka, nuestra cantina preferida, seguían tapadas con tablones. La entrada del *perekhid* que permitía cruzar la avenida estaba protegida por un paso en zigzag hecho con unos sacos de arena blancos; en el canto de las aceras, se oxidaban tranquilamente varios erizos antitanque de todos los tamaños, hechos con raíles y tubos soldados, a la espera de volver a ser desplegados.

152. El año anterior, Antoine y yo habíamos seguido prácticamente el mismo camino desde la morgue en dirección al gran monumento soviético. «Más de una vez he oído a los comunistas de Kiev pronunciar este tipo de palabras –relata el escritor Anatoliy Kuznetsov–: "¿De qué Babi Yar nos está usted hablando? ¿Donde fusilaron a los judíos? ¿Y por eso deberíamos erigir una especie de monumento a esos piojosos?"»[104] Su colega Víktor Nekrásov escuchó igualmente otras frases parecidas, lo cual demuestra hasta qué punto debían de ser comunes en la época: «¿Un monumento? ¿Para quién? Se erigen monumentos para los héroes. Pero esta gente fue allí voluntariamente, como conejos directamente a la boca de una boa».[105] *Nad Bábim Yárom pámiatnikov niet*.

153. Sin monumentos, sin barranco, nada. Un sitio liso y plano. Durante mucho tiempo. Pero ¿por qué? En 1945, el escultor Yósyf Kruhlov y el arquitecto jefe de la ciudad de Kyiv, Oleksandr Vlásov, propusieron rápidamente que se construyese un monumento; en 1949 su proyecto fue incluido en el plan general de reconstrucción de la ciudad, pero no llegó a ver la luz; en una ciudad tan devastada por la guerra, había otras prioridades.[106] La decisión de rellenar Babyn Yar la tomó la comisión municipal de 1950 (en la que al menos la mitad eran judíos), pero responde también a una lógica de desarrollo urbano: en la mente de los planificadores, eso iba a permitir ampliar la extensión de la ciudad –que en aquel punto quedaba bloqueada por la topografía– mediante la creación en los terrenos nivelados de un barrio nuevo y moderno, así como la apertura de grandes carreteras que conectasen el barrio industrial de Petrivka, entonces muy aislado por encima de Podil, con el centro de la ciudad. Criterios racionales, en definitiva. Pero no solo se estaban teniendo en cuenta cuestiones de orden práctico.

154. En efecto, tanto para Stalin como para toda la URSS que lo seguía, eso que llamaban «el Holocausto» o «la Shoah» no existía, nunca había existido y no debía existir. Había razones para ello. Timothy Snyder nos muestra cómo Stalin estaba obsesionado con la respuesta ideológica que debía dar la URSS al antisemitismo alemán:

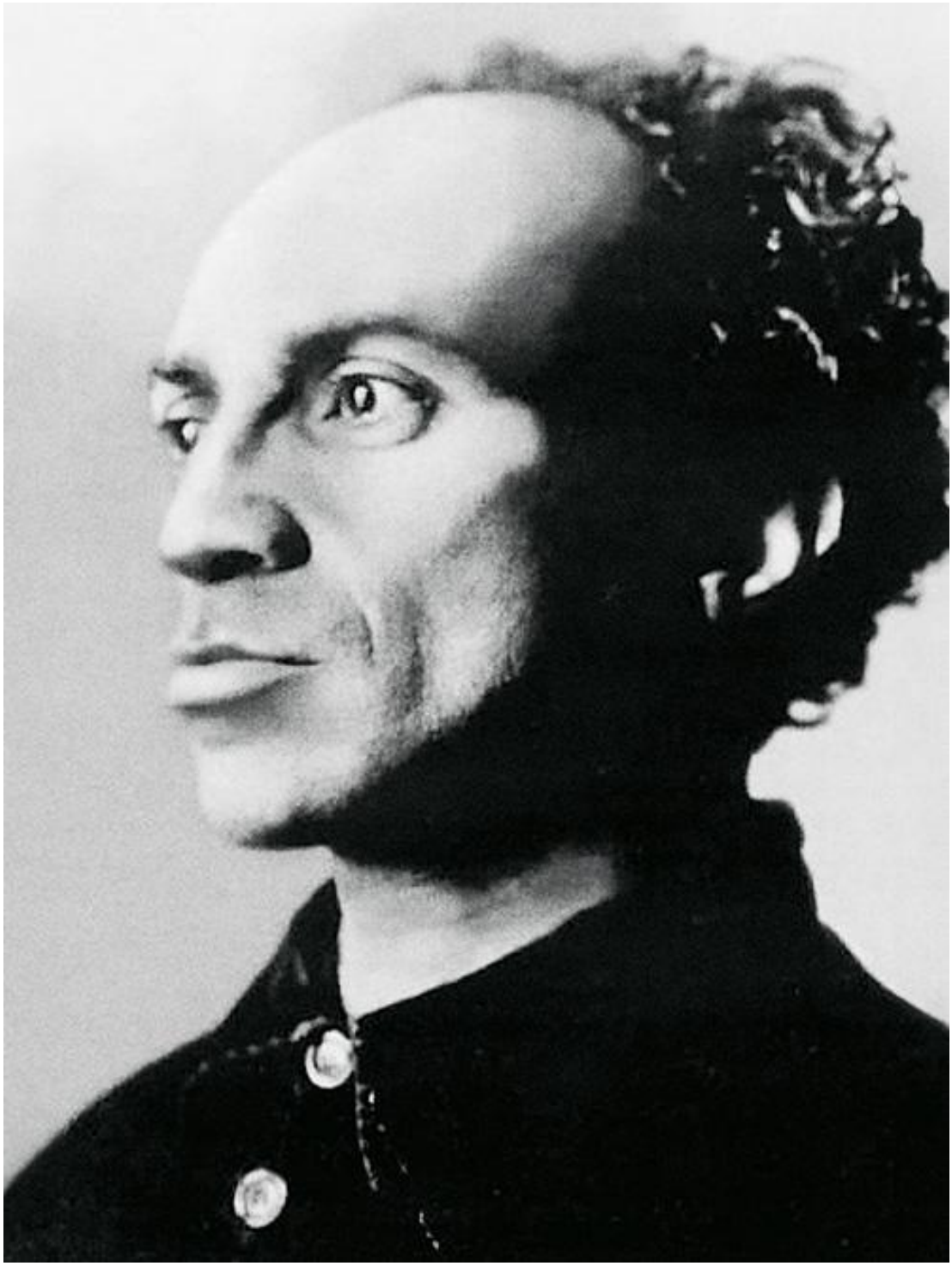
> Desde una perspectiva estalinista, lo que importaba no eran las matanzas de judíos sino la interpretación política que se les pudiese dar. […] A partir de noviembre de 1941, Stalin preparó no solo una defensa militar, sino también una defensa ideológica de la Unión Soviética. La Unión Soviética no era el estado de los judíos, como afirmaban los nazis; era el estado del pueblo soviético, en cuyo seno los primeros eran los rusos. […Así,] la respuesta de Stalin a la propaganda de Hitler dejó su huella en la historia de la Unión Soviética a lo largo de su existencia: todas las víctimas de las políticas de exterminio alemanas eran «ciudadanos soviéticos».[107]

Semejante interpretación tenía la ventaja de ocultar ciertos hechos molestos, como la masiva colaboración con el ocupante de una parte de dichos ciudadanos soviéticos, así como su participación, puede que no siempre entusiasta pero en cualquier caso acomodaticia, en las masacres de judíos. Asimismo, «el asesinato de judíos no era solamente un recuerdo indeseable en sí mismo; despertaba otros recuerdos indeseables»,[108] obviamente las colosales matanzas estalinistas de los años treinta, en las que los pueblos de los territorios ocupados por los alemanes en 1941, sobre todo los polacos y los ucranianos, fueron las principales víctimas.

155. Sin embargo, durante la guerra Stalin cortejó diligentemente lo que él percibía como el «*lobby* judío» estadounidense. Autorizó la creación (o más bien la reapertura) de un Comité Antifascista Judío, dirigido por el famoso actor y director del Teatro Estatal Judío de Moscú Solomón Mijóels, y envió al extranjero a Mijóels y a otros miembros del CAFJ para abogar por la URSS y recaudar fondos de las grandes organizaciones de solidaridad judía, como el Joint.[109] En diciembre de 1942, la URSS firmó una declaración conjunta con sus aliados denunciando el exterminio de los judíos; el 19 de diciembre del mismo año, el *Pravda* publicó una declaración de la Oficina de Información del NKID (el Comisariato del Pueblo en Asuntos Exteriores) condenando «el plan especial para el exterminio de la población judía en los territorios ocupados de Europa», que según afirma el historiador ucraniano Vladyslav Hrynévych es el último documento «en que la dirección soviética reconoce el crimen contra los judíos como tal».[110] Un año más tarde, en diciembre de 1943, las autoridades soviéticas llevaron a varios grupos de corresponsales extranjeros destacados en Moscú a visitar Babyn Yar, entre ellos a Bill Downs, de *Newsweek,* y a Bill Lawrence, del *New York Times*. Tras mostrar su escepticismo sobre la magnitud de las masacres que les describían, a estos últimos se les permitió entrevistar a tres supervivientes del *Sonderkommando*, formado por los alemanes para quemar los cadáveres de

Babyn Yar: Efim Vilkis, Leonid Ostrovskiy, y Vladímir Davídov, y acabaron publicando largos artículos en sus respectivos medios.[111]

156. Pero la línea oficial ya se estaba instituyendo, y el antisemitismo ruso y ucraniano, reprimido antes de la guerra, volvía por la puerta grande. En 1943, en una reunión de la Unión Ucraniana de Escritores Soviéticos convocada para discutir la destitución de su presidente judío, Natán Rybak, el gran cineasta ucraniano Oleksandr Dovzhenko dio un discurso: «Los judíos han envenenado la cultura ucraniana. Nos han odiado, nos odian ahora y siempre nos odiarán. Intentan infiltrarse en todas partes y tomar el control de todo».[112] Cuando David Hofstein, un poeta judío soviético, intentó organizar una reunión conmemorativa en Babyn Yar, las autoridades locales le negaron el permiso so pretexto de «que era una expresión del chovinismo judío que podría provocar manifestaciones antisemitas».[113] En enero de 1944, la NDK[114] preparó el borrador de un informe sobre la suerte de los judíos de Kyiv; cuando un mes más tarde se publicó el informe, ya no incluía mención alguna a los judíos, sino solamente a los «miles de ciudadanos soviéticos inocentes».[115] Solzhenitsyn cuenta cómo Nikita Jrushchov, «entonces primer secretario del Partido Comunista y presidente del Sovnarkom de Ucrania, [confrontado a] la vieja comunista judía Ruzha-Godès –que había sobrevivido a toda la ocupación hitleriana haciéndose pasar por una polaca de Chełmno, y que a la tan deseada llegada de los comunistas no encontró trabajo por judía–, [él] le explicó las cosas directamente con su franqueza habitual: “En el pasado los judíos cometieron muchos pecados contra el pueblo ucraniano. Por eso el pueblo los odia. En nuestra Ucrania nosotros a los judíos no los necesitamos. […] Mejor sería [que] no volvieran aquí. Mejor sería que se fueran a Birobidzhán… Esto es Ucrania. Y no nos interesa que el pueblo ucraniano pueda interpretar el retorno del poder soviético como el retorno de los judíos”.»[116]



157. Obviamente esta cuestión los judíos soviéticos la veían desde otro punto de vista. En septiembre de 1945, estando de visita en Kyiv, Mijóels –

por aquel entonces uno de los artistas más famosos y respetados de la URSS– fue invitado a hablar en el Teatro Estatal Judío de Kyiv. Se presentó en el estrado con un jarrón de cristal «lleno no de flores sino de una sustancia amarilla y negra». Mijoels se dirigió al auditorio en yidis: «Antes de venir, unos amigos del Teatro de Moscú y yo hemos ido a una tienda a comprar este jarrón de cristal. Luego hemos ido directamente a Babiy Yar y hemos llenado el jarrón de tierra. –Alzando el jarrón, Mijoels continuó–: Mirad esto. Veréis los cordones del zapato de un niño anudados por la pequeña Sara, que murió junto con su madre. Mirad atentamente y veréis las lágrimas de una anciana judía. […] Mirad atentamente y veréis a vuestros padres gritando "Sh'ma Israël" y mirando al cielo con ojos implorantes, esperando que un ángel llegase a salvarlos. […] Os he traído un poco de tierra de Babiy Yar. Poned en ella algunas de vuestras flores para que crezcan simbólicamente por nuestro pueblo. […] A pesar de nuestros enemigos, viviremos».[117] Desgraciadamente, Mijóels se equivocaba. El 12 de enero de 1948, fue asesinado en Minsk por el MGB (Ministerio de la Seguridad del Estado), con seguridad por orden de Stalin; demasiado popular para ser ejecutado abiertamente, su muerte fue maquillada para hacer creer que había sido atropellado por un mal conductor. Fue el pistoletazo de salida de una campaña de persecución contra los judíos soviéticos. Buena parte de los dirigentes del Comité Judío Antifascista no tan conocidos como Mijóels fueron arrestados, juzgados y ejecutados; solo se salvaron los escritores Vasili Grossman e Iliá Ehrenburg, ambos inmensamente populares entre los soldados del frente por sus artículos de guerra. En 1951, por oscuras razones de política interna, un departamento del MGB puso en marcha el asunto del «complot de las batas blancas», una supuesta conspiración de médicos judíos para asesinar a una parte de la dirección soviética so pretexto de curarlos. Aunque no existen pruebas concretas, muchos historiadores opinan que el arresto y la acusación de nueve médicos en enero de 1953 fue el preludio de una vasta campaña de persecución antijudía, puede que incluso de una deportación en masa de los judíos soviéticos. Pero el 5 de marzo de 1953 murió Stalin. Muy pronto, la dirección colectiva que lo sustituyó denunció esa

manipulación, y Lavrenti Beria, recién nombrado ministro de Interior, absolvió a los médicos en un decreto del 31 de marzo, y de paso mandó ejecutar a su rival, el viceministro de Seguridad del Estado Mijaíl Ryumin, que había inventado el «complot». Las cosas se calmaron rápidamente, al menos en la superficie. Pero el antisemitismo de estado había llegado para quedarse, y la orientación decididamente prooccidental del nuevo Estado judío de Israel, cuya creación había contado con el apoyo de Stalin, no ayudó. En adelante, sobre los judíos de la URSS iba a pesar una sospecha permanente, dando forma y pretexto a un antisemitismo histórico y visceral: «cosmopolitismo», «quintacolumnismo», «nacionalismo burgués», ese fue el tinte políticamente correcto que iba a tomar en adelante este antisemitismo en las columnas del *Pravda* y en los discursos de los funcionarios del Partido.

158. Así las cosas, el proyecto de monumento de 1945-1949 quedó aplazado de forma definitiva. Pero el poema de Evtushenko, seguido de unas manifestaciones en Babyn Yar organizadas por una nueva generación de jóvenes judíos soviéticos, reactivó el proyecto. A pesar de los intentos de represión del KGB, la agencia que sucedía al MGB, los jóvenes activistas siguieron hablando públicamente de la masacre y exigiendo una conmemoración digna. En 1965 las autoridades acabaron cediendo a la presión y anunciaron un concurso para la creación de un monumento a las víctimas del fascismo en Kyiv. Se presentaron cientos de proyectos, algunos diseñados por artistas y arquitectos famosos, pero no se aceptó ninguno, oficialmente debido a su «pobre calidad artística».[118] En septiembre de 1966, coincidiendo con el 25.º aniversario de la masacre, como reacción a esa decisión y por supuesto sin la menor autorización, los militantes judíos organizaron la mayor manifestación hasta la fecha. «De hecho, Babyn Yar se había convertido en el lugar de todas las protestas judías contra las persecuciones gubernamentales.»[119] Las autoridades dieron un paso atrás e hicieron erigir un obelisco de granito con la inscripción: «Aquí se erigirá un monumento al pueblo soviético, a las víctimas de las atrocidades del fascismo durante la ocupación temporal de Kyiv en 1941-1943».[120] Pero

los años 1970-1971 vieron recrudecerse la represión contra la «internacional sionista». El Comité Central del PC emitió varios decretos que concedían una mayor autoridad al KGB en esta materia. «En semejantes circunstancias –escribe Hrynévych–, Babyn Yar se transformó objetivamente en un lugar de conflicto».[121]

Víctimas de bronce

159. El tan deseado monumento fue inaugurado el 2 de julio de 1976. ¿Qué decir de él? Plantado frente a este montón de bronce, le sugerí a Antoine que intentara fotografiarlo: «Un calvario», fue su único comentario tras varios intentos. No me sorprendió demasiado. «Según el arquitecto Anatoliy Ihnáshchenko, el Politburó se entrometía en el trabajo censurando el proyecto original e introduciendo constante ajustes ideológicos en las propuestas presentadas».[122] En los seis ramales del pseudobarranco excavado alrededor del monumento, en el último momento las autoridades advirtieron una estrella de David, y trajeron 600.000 m^3 de tierra para llenar tres de las ramificaciones.[123] Pero lo que de verdad escandalizó a la comunidad judía de Kyiv fue la placa en lengua ucraniana colocada al pie del monumento: AQUÍ, EN 1941-1943, FUERON FUSILADOS POR EL INVASOR ALEMÁN-FASCISTA MÁS DE CIEN MIL CIUDADANOS DE LA CIUDAD DE KYIV Y PRISIONEROS DE GUERRA. De los judíos en tanto que judíos, ni una palabra. Así quedaron las cosas hasta la perestroika, cuando en 1989 las autoridades acabaron cediendo a la presión de las diferentes organizaciones militantes, y añadieron dos placas con el mismo texto, una en ruso y otra en yidis, un «guiño [‘*nod*’ en inglés] a los judíos […] absolutamente surrealista».[124] –«Reconocer, sin reconocer», como dice Moshe Reuven Asman, rabino de la sinagoga Brodskiy de Kyiv.[125]

160. A falta de fotografías, describamos. Un doble camino arenoso nos condujo de la Dorohózhytska, en un límite del parque, hasta llegar al

conjunto, obra de los escultores M. H. Lysenko, V. V. Sukhenko, y O. P. Vitryk, así como de los arquitectos M. K. Ivánchenko, V. M. Ivánchenkov y A. Ihnáshchenko. Este se alza sobre un amplio triángulo de granito rosa que representa una escalera irregular, en lo alto de la cual, al pie de la escultura, se alinean las tres placas de verdoso bronce, en el centro la que está en ucraniano, a la izquierda en ruso, y a la derecha en yidis (escrita con caracteres hebreos), lengua de nadie, o acaso solo una parte de las víctimas. Las figuras entrelazadas de la masa de bronce barnizado, que se yergue a contraluz ante el cielo azul, dan la espalda de forma ostensible al lugar de Babyn Yar en sí mismo, que queda más allá de la calle Ilyenko. El primer personaje, en el centro, el que domina el conjunto, es un hombre maduro con el abrigo abierto alzando el puño derecho, de rostro decidido y estoico, con bigote, los pantalones rasgados a la altura del tobillo y los cordones de las botas medio desatados. A su izquierda, un joven marino de espaldas (a los fusiles y ametralladoras que conforman el fuera de campo del dispositivo), también él con el puño en alto, esconde con su brazo derecho a una anciana, de la que solamente asoma su mirada desconsolada bajo un pañuelo por encima del hombro y el cuello del marino, ambos muy viriles, erectos, que la protegen de las balas; a su lado una mujer en camisón se retuerce de angustia, su rostro cubierto por los brazos echados hacia atrás. A la derecha del hombre del bigote, otro hombre mayor, casi calvo, descamisado, blande igualmente ambos puños con gesto triunfal: tanto los puños como las caras deletrean toda una parte de la gramática social-realista que aquí se expresa. Sentada sobre todos ellos en una voluta de bronce en forma de nube o de pico rocoso (optemos por la segunda interpretación, a menos que uno de los escultores trabajara con algún tipo de intención religiosa secreta, codificada en el monumento de forma clandestina a la manera de los disidentes que deslizaban mensajes cifrados en sus notas al final de volumen,[126] destinados a amigos encarcelados o a unos «happy few»), una mujer cuyas formas generosas se aprecian bajo la camisa caída, y que se inclina para intentar besar a su bebé, tumbado desnudo sobre sus rodillas, muriendo o ya muerto; hay que rodear el monumento por la izquierda y la parte inferior, y levantar la cabeza hacia la torre de la

televisión, para comprender que la mujer tiene las muñecas atadas a la espalda por unas correas de cuero, y que está tratando de desatarse con los brazos en triángulo alzados al cielo para darle a su hijo ese beso postrero. Lo mismo sucede con las otras figuras, las que ya abatidas caen o se disponen a caer al barranco: solo se pueden ver de fondo y desde detrás. En el lado izquierdo hay un joven desnudo con un jirón de tela flotando oportunamente delante de su sexo, doblando las rodillas y apoyándose en la mano izquierda intentando hasta el último momento no caerse al suelo, el puño derecho crispado por el dolor de la agonía; desde la parte de delante del monumento, su cabeza queda escondida detrás de las otras figuras, como si tratase de que no lo vieran; solo si se mira desde abajo parece finalmente un hombre que ha recibido un disparo y cae lentamente al suelo con los ojos cerrados, exponiendo sus rollizas nalgas. En el lado derecho hay una joven arrodillada con un vestido refinado que llora en su mano izquierda sobre el cadáver casi desnudo de otro joven con los pies poco logrados. De este lado del monumento se puede ver el rostro de ojos cerrados de la joven del camisón retorciéndose al viento, su pelo largo y grueso; en el instante en que la contemplaba desde este ángulo, unos ligeros reflejos del sol ya casi oculto tocaban su tobillo izquierdo, la parte inferior de su camisón, la axila izquierda y el labio superior. Por último, en la parte de atrás, encima de un montículo rocoso, hay una última figura de un hombre desnudo con el sexo igualmente oculto por un trozo de tela, echado con la cabeza encima de los brazos cruzados y con el pie derecho de enormes dedos estirado en el vacío. Este pie magnífico, deformado, prácticamente baconiano, es la parte más bonita del conjunto. Le he hecho una foto bastante lograda. Ese pie es casi una obra maestra.

Elefante

161. Mientras yo acababa de tomar notas, Antoine se había alejado. Fui con él y nos dirigimos hacia la calle Ilyenko y el metro, cortando diagonalmente a través de esa parte del parque. De camino había otro monumento que

quería ver, sabía que estaba por aquí en alguna parte y no me costó demasiado dar con él. Delante de un semicírculo de pequeños cipreses se alzaba una cruz de mármol gris, sobria, sin marcas; al pie de la cruz había una placa de mármol con la siguiente inscripción: 1941-1943 EN LA KYIV OCUPADA DURANTE EL COMBATE POR UN ESTADO UCRANIANO INDEPENDIENTE, CAYERON 621 MIEMBROS DE LA RESISTENCIA ANTINAZI DE LA ORGANIZACIÓN NACIONALISTA UCRANIANA, ENTRE ELLOS LA POETA OLENA TELIHA. BABYN YAR SE CONVIRTIÓ EN SU TUMBA COMÚN. ¡GLORIA A LOS HÉROES! En otras dos placas figuraba una lista de nombres, algunos los reconocí: Teliha, por supuesto, Bahaziy, Rohatch. Era curioso. Especialmente aquí, en Babyn Yar.

162. La OUN, la Organización de Nacionalistas Ucranianos, es el elefante en la sala de la memoria contemporánea de Ucrania, el que rompe las costuras pero que todo el mundo finge ignorar.[127] Incluso un historiador tan escrupuloso como Serhiy Plokhy, en su notable historia de Ucrania, pasa muy rápidamente sobre la colaboración de la OUN con los alemanes, y no menciona en absoluto ni su papel en los pogromos de 1941 ni su participación en la Shoah.[128] Hay algo ahí de embarazoso, algo que molesta a todo el mundo. De repente los rusos se lo pasan bomba recuperando de la propaganda soviética todos los clichés sobre la OUN y forjando otros nuevos para, de esa manera, pasando alegremente de lo particular a lo general, tratar de fascistas y de nazis al conjunto del pueblo ucraniano, a su gobierno democráticamente elegido y a su presidente judío. También hay que decir que si los últimos treinta años las cosas no hubieran sido tan complicadas, responderles habría resultado más sencillo. En época soviética, lo que hizo tan inconveniente Babyn Yar fue el antisemitismo. Pero si después de 1991 el lugar ha seguido estando cubierto por un semisilencio tan embarazoso y extraño, si ha seguido siendo un no-lugar tan caótico, se debe sin duda al nacionalismo integral ucraniano, o más bien a la ambigua relación que la Ucrania contemporánea ha podido mantener con él. Como tan acertadamente escribía Renan: «El olvido, y yo diría que incluso el error histórico, es un factor esencial en la creación de una nación».[129]

163. Imposible esbozar este olvido sin hablar de aquello que olvida. Pero no es tarea sencilla. Y sin embargo, la historia de la *Orhanizátsiya Ukraïnskykh Natsionalístiv* es bastante conocida y los hechos que la jalonan no están puestos en cuestión. La OUN fue fundada en 1929 en Polonia por veteranos de Galitzia de la guerra polaco-ucraniana de 1919, al principio sobre todo para impugnar la atribución a Polonia de las antiguas provincias ucranianas del imperio austro-húngaro, Galitzia y Podolia, así como la Volinia zarista. Citando a Timothy Snyder, era «una organización ilegal, conspiradora y terrorista centrada en destruir el *statu quo*». Racista, antisemita y muy pronto fascistoide, «su objetivo era una Ucrania independiente que incluiría todos los territorios ucranianos (en el sentido más amplio) pero solamente a los pueblos ucranianos (en el sentido más restringido)».[130] Era también un movimiento absolutamente minoritario que, de no ser por su recurso a la violencia, en forma de atentados contra funcionarios gubernamentales y ucranianos considerados por la OUN como «colaboradores», no habría tenido la menor incidencia en el paisaje político polaco. El ascenso de la Alemania hitleriana cambió rápidamente las perspectivas de una OUN debilitada por el encarcelamiento de sus militantes más radicales. Poco antes de ser asesinado en mayo de 1938 por el NKVD, su dirigente el coronel Yevhén Konoválets había abierto negociaciones con la Abwehr; su sustituto, otro antiguo coronel del ejército austrohúngaro llamado Andriy Mélnyk, siguió adelante con este acercamiento, perfectamente lógico desde la lógica de una organización que veía en Polonia y en la Unión Soviética a sus principales enemigos. Cuando en junio de 1941 Alemania invadió la URSS, dos batallones ucranianos de la Abwehr, Nachtigall («Ruiseñor») y Roland, así como varias milicias de la OUN, entraron en Lviv junto con las fuerzas nazis.

164. Deslumbrados por la experiencia de los ustachis croatas de Ante Pavelić, a quienes el año anterior Hitler había ofrecido una Croacia independiente arrancada de los escombros de Yugoslavia, imaginaron que la colaboración les proporcionaría su sueño de una Ucrania reunificada e independiente. El 30 de junio de 1941, Yaroslav Stetskó proclamó la

independencia de Ucrania desde el balcón del ayuntamiento de Lviv. Esta declaración trajo consigo violentos pogromos contra los judíos, unos pogromos instigados en secreto por los alemanes pero dirigidos por los nacionalistas ucranianos, que se extendieron enseguida por toda Galitzia y causaron unas veinte mil víctimas.[131] Aún hoy, la cuestión de la participación directa de la OUN en estas matanzas –que, conviene señalar, solamente afectaron a los territorios polacos ocupados en 1939 por la URSS, y no a los territorios antiguamente soviéticos más al este– sigue abierta. Las milicias OUN ¿alentaron o incitaron estas matanzas? Sus miembros ¿participaron en ellas de manera organizada o solo a título individual? Según parece, depende de en qué sitios. Una vez finalizada la guerra estos pogromos no fueron juzgados, así que no se puede identificar a nadie.[132] Pero tal como demuestra el historiador John Paul Himka, las milicias OUN también ayudaron a los alemanes a capturar una gran cantidad de judíos que los Einsatzgruppen ejecutaron en los primeros días de la ocupación, muchas veces so pretexto de «represalias» por las masacres de miles de detenidos ucranianos por el NKVD justo antes de que los soviéticos se retiraran.[133] Es la primera fase de la Shoah, y la OUN participa sin miramientos. En un largo pasaje de *Tierras de sangre*, Timothy Snyder trata de delimitar las motivaciones cuanto menos ambiguas de los pogromistas:

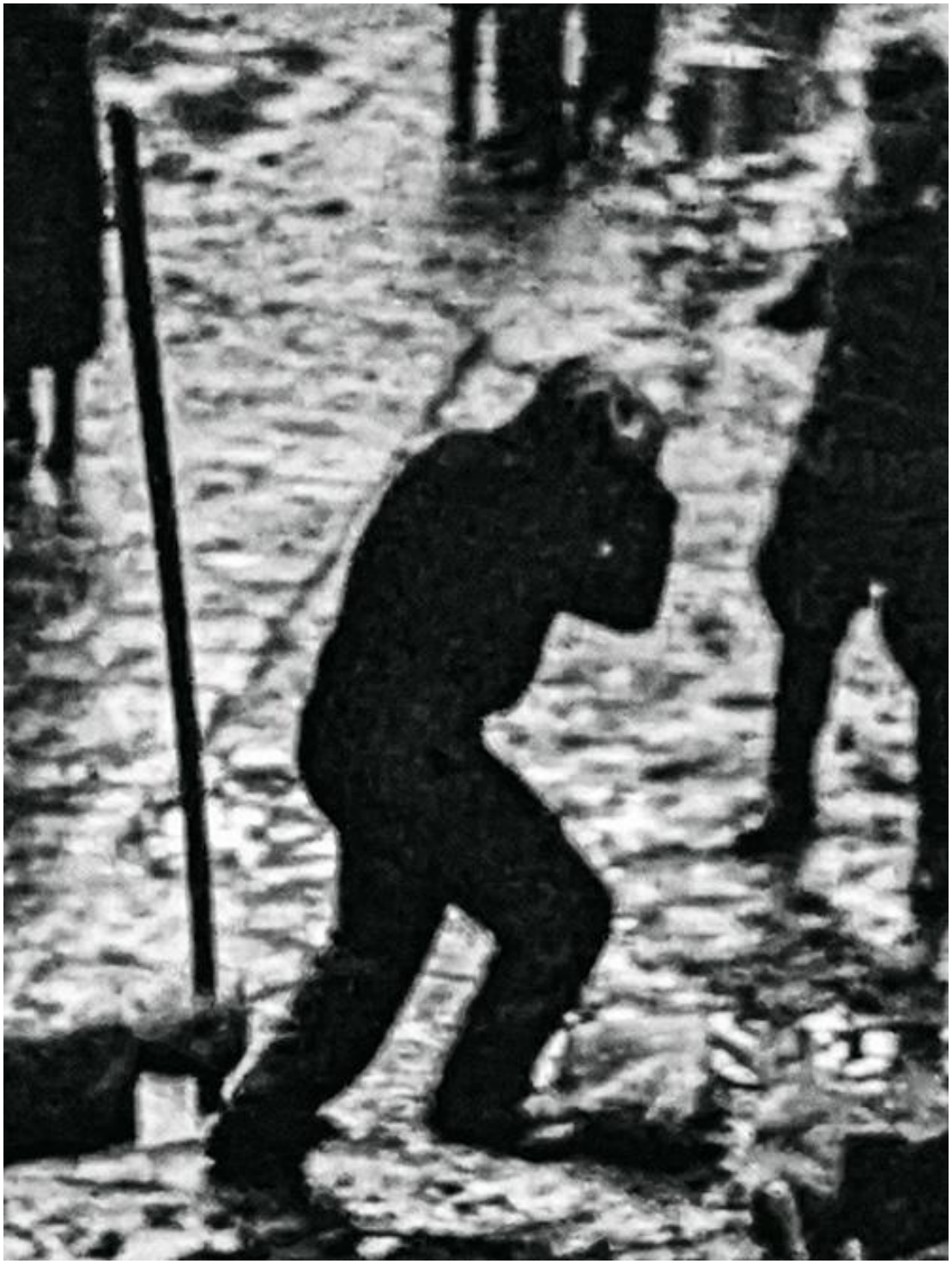
> Los cálculos políticos y el sufrimiento local no explican suficientemente la participación en estos pogromos. La violencia contra los judíos servía para acercar a los alemanes a los elementos de la población local no judía. [… Y] la idea de que solamente los judíos servían a los comunistas resultaba útil, no solo para los ocupantes sino también para algunos de los ocupados.
>
> [Pero] sin las pruebas tangibles de las atrocidades soviéticas, esa nazificación psíquica habría resultado mucho más difícil. Los pogromos tuvieron lugar allí donde los soviets habían llegado recientemente y el poder soviético se había instalado recientemente. […] Fueron una coproducción, la edición nazi de un texto soviético.[134]

165. Ya antes de la guerra, la OUN se había dividido en dos facciones que, a partir de la invasión de la URSS, estaban cada vez más abiertamente

enfrentadas. Se trataba fundamentalmente de una cuestión generacional. Los militantes más mayores, muchas veces veteranos de los batallones ucranianos del ejército austrohúngaro, siguieron siendo fieles a Andriy Mélnyk. Pero la joven generación salida de los *gymnasium* de Galitzia, los intelectuales radicales fascinados por la figura del *Provodnik* o Führer, así como la juventud campesina que los seguía se volvieron hacia Stepán Bandera, un joven activista de Galitzia encarcelado en 1934 por el asesinato del ministro de Interior polaco, Bronisław Pieracki, y liberado en 1939 por la Abwehr tras la invasión de Polonia. Fue este último quien precipitó la declaración de independencia de Stetskó, su mano derecha. Pero la OUN-B no comprendió que, para Hitler, Göring y Himmler –que tenían prevista una colonización esclavista de los territorios ucranianos totalmente orientada a las necesidades del Reich–, la opción yugoslava no era posible. El sueño banderista de una Ucrania independiente duró poco: el 9 de julio, los alemanes hicieron sonar el timbre del final del recreo, arrestaron a Bandera, a Stetskó y a todo su entorno, y fusilaron a varios cientos de sus hombres.[135]

166. Mélnyk había rechazado prudentemente la declaración del 30 de junio, y sus hombres siguieron colaborando con los alemanes, exponiéndose en ocasiones a ser asesinados por banderistas exacerbados. Cuando los alemanes tomaron Kyiv, la mayoría de los ucranianos nombrados para puestos importantes, como el *Bürgermeister* Volodymyr Bahaziy, provenían de las filas de la OUN-M. Evidentemente, la cuestión que más ásperamente se debate es la participación de los militantes melnykistas en la matanza de Babyn Yar. El debate gira sobre todo en torno a la presencia en Kyiv el 29 de septiembre de una unidad de policía auxiliar, el *Bukovinskiy Kurine*, que ya había participado en matanzas de judíos en Chernivtsí, en Zhitómir y en Bila Tserkva; según Yuriy Rádtchenko, un especialista ucraniano en la OUN-M, es posible que algunas formaciones del *Bukovinskiy Kurine* ya estuvieran en la ciudad, pero el grueso de las tropas no.[136] Lo que sí es verdad es que los *polizei* ucranianos reclutados por la OUN-M estaban presentes en el primer cordón de filtrado de los judíos, a la altura de la

schlakbaum. Raísa Meystrenko, otra superviviente que en el momento de los hechos tenía tres años, y a quien estuve entrevistando en 2002, me lo confirmó: enfrentada a los *polizei*, su abuela la tomó en brazos, se santiguó y se puso a gritar que ella era rusa; uno de los *polizei* trató entonces de aplastarle la cabeza a la niña de un violento culatazo; la abuela se giró, el golpe le dio en el hombro y le fracturó la clavícula, luego en medio de la confusión logró escapar, pero ya sin su hija, la madre de Raísa, que fue ejecutada. Varios supervivientes más, aproximadamente de la misma edad que Raísa, testificaron después de la guerra que, por el contrario, los *polizei* ucranianos aceptaron llevárselos sin que interviniesen los alemanes, ya fuese porque conocían a sus padres o por pura humanidad. Hay testigos que afirman haber visto a Bahaziy en Babyn Yar, así como a su guardaespaldas; se trata de testimonios discutidos, pero Rádchenko me confirmó que le parecían dignos de fe. Por último, de la custodia de los bienes judíos acumulados durante la matanza se encargaron elementos melnykistas, y una parte la robaron, incluidos dientes de oro arrancados de los cadáveres. El 1 de octubre Órlyk, el comandante melnykista de la policía de Kyiv emitió una orden por la que todos los *dvirnyky* de la ciudad debían entregar a los alemanes tanto a judíos como a comunistas y cuadros del NKVD.[137]



167. En cualquier caso, la luna de miel entre la OUN-M y los alemanes no debió de durar mucho más que la de la OUN-B. En enero de 1942, la

Gestapo detuvo a Bahaziy y a su hijo Íhor; al mes siguiente, a más de doscientos periodistas de *Ukraínske Slovo*, el principal órgano de prensa colaboracionista de la ciudad, así como a otros activistas de la OUN-M. La mayoría fueron ejecutados rápidamente, y los supervivientes se dispersaron, uniéndose a las administraciones alemanas o a la policía, aunque guardándose mucho de cualquier tipo de actividad política, o acaso pasando a la clandestinidad. En principio, estas ejecuciones son las que justifican el monumento de Babyn Yar. Sin embargo, eso plantea muchos problemas. El primero, la apropiación del sitio: según Yuriy Rádchenko, los melnykistas de la diáspora americana no empezaron a identificar Babyn Yar como el lugar de la muerte de Teliha y de otros hasta los años 1973 o 1974. En realidad, nadie puede decir dónde ni cómo murieron. En 1946, Oléh Shtul, un dirigente de la OUN-M, escribió en una carta que se conserva en los archivos de la organización: «Por supuesto, nada sabemos sobre su muerte propiamente dicha. Los muros de la prisión del NKVD en la calle Korolenko n.º 33, donde la Gestapo tenía sus oficinas, son muy gruesos. Y Babyn Yar y las otras tumbas son silenciosas. Por eso no se sabe gran cosa…».[138] Según el historiador Andriy Usach, puede incluso que Olena Teliha se suicidase en prisión. La suerte que corrieron los cadáveres es igualmente confusa: ¿quemados?, ¿enterrados en el cementerio Lukyánivske?, ¿o acaso efectivamente arrojados a una de las fosas comunes que colmaron los barrancos de Babyn Yar? Imposible decirlo. Además, según Usach y Rádchenko la cifra de 621 sería una exageración grosera. En las dos placas que hay a lado y lado de la inscripción central figuran un total de 62 nombres o seudónimos; ahora bien, afirma Rádchenko: «Esa lista es de mala calidad, no ha sido verificada. Muchas personas de las que allí figuran no fueron asesinadas en Kyiv, ni por los alemanes».[139] Sozontiy Pynduliak, por ejemplo, un soldado del *Bukovinskiy Kurine* que después se integró en el 115.º Batallón de la Policía de Seguridad (SIPO) para luego convertirse en miembro del servicio de seguridad de la OUN bajo el nombre de guerra Bukovínets, terminó ahorcado por los soviéticos en 1944; Román Fodchuk, un conocido activista de la OUN-M que se había alistado como traductor

para la Wehrmacht, fue asesinado en el frente en el Dombás el 5 de marzo de 1942.[140]

168. Por último está la causa de su muerte. Las razones por las que liquidaron a los cuadros de la OUN-M de Kyiv no están nada claras; la recuperación del Reichskommissariat Ucrania por el gauleiter Erich Koch –nombrado por Hitler el 20 de agosto de 1941 y conocido por haber declarado: «Si encuentro a un ucraniano digno de estar sentado en la misma mesa que yo, debo hacer que lo fusilen»– debió de jugar algún tipo de papel. Sea como fuere, lo que está claro es que no se trató de resistencia. Según Rádchenko, Bahaziy y su hijo fueron arrestados y ejecutados por corrupción y malversación de propiedades y apartamentos judíos expoliados, un tipo de juicios con los que los nazis no bromeaban (Heinrich Himmler, en su gran discurso de Posen en 1943, dirigiéndose a los jefes de las SS en relación al exterminio de los judíos, les recordó una orden que había dado al comienzo de la Solución Final: «Quien se quede con un solo marco [de los bienes judíos] morirá»).[141] De entre el resto de las víctimas, como ya se ha dicho, muchas pertenecían a la redacción de *Ukraínske Slovo*: Iván Rohatch, su hermana Hanna, y sobre todo Olena Teliha, una conocida poeta que también había fundado *Litavre*, el suplemento literario de *Ukraínske Slovo*. Por mucho que lo nieguen los nacionalistas, desde la diáspora hasta nuestros días,[142] *Ukraínske Slovo* y *Litavre* eran puros órganos de propaganda pronazi que preconizaban el colaboracionismo y publicaban artículos violentamente antisemitas: «Los judíos intentan por todos los medios evitar su justo castigo. Fingen ser armenios, azerbaiyanos, búlgaros, pero los patriotas ucranianos no se lo permitirán».[143] Teliha, una ardiente admiradora de Mussolini y Hitler, escribió también artículos antisemitas, como «La fraternidad del pueblo», publicado en otro periódico colaboracionista de Rivne llamado *Volyn* el 12 de octubre, justo antes de llegar a Kyiv: «El enemigo eterno se transformó en amigo, el revólver en su mano se volvió borroso, luego invisible, y un puño en alto parecía una palma abierta […] Y entonces los hermanos de Moscú y los hermanos

judíos vinieron y despojaron a los hermanos ucranianos hasta del [último] hilo».[144] Nada de todo ello impidió que los liquidaran; el hecho de que tal cosa sucediera a manos de los nazis bastó para convertirlos en héroes. Eso es lo que permitió que la ciudad de Kyiv le pusiese el nombre de Teliha a la antigua calle Demián Korótchenko, un jefe de gobierno de la RSS ucraniana entre los años treinta y cincuenta, y que en 2017 Vitali Klichkó, el alcalde de Kyiv –muy comprometido sin embargo con los proyectos del BYHMC, donde su hermano Volodymyr tiene un puesto en el Consejo de Vigilancia– inaugurase un segundo monumento a la gloria de Olena Teliha y de sus compañeros (sin mencionar a la OUN), cerca de la boca del metro. «Es nuestra esquizofrenia –me comentó una vez en Lviv la historiadora Sofia Dyak–. Me pregunto qué deben de fumar.» En efecto, el barullo de la memoria ucraniana hace que, entre las autoridades, nadie parezca darse cuenta de semejante contradicción, ni aprecien la ironía del hecho de que la única calle de Kyiv que honra a una víctima de Babyn Yar, y que además pasa justo por arriba del propio emplazamiento de la masacre, lleve el nombre de una colaboracionista fascistoide y antisemita.



Colaboraciones

169. Esa ambigüedad en la relación de la Ucrania contemporánea con la memoria de la OUN puede resultar comprensible. Ucrania se quiere un país occidental orientado hacia Europa y la democracia; pero tal como señala Per Rudling, «en Ucrania, [las] dos culturas de la memoria, el culto de los héroes nacionalistas y la cultura de la memoria propia de Europa occidental, donde el Holocausto desempeña un papel central, son mutuamente incompatibles».[145] Sin embargo, el Gobierno ucraniano está obligado a forjar un discurso común, capaz de hablar al conjunto del país de estas memorias tan diferentes. Unos meses antes de la guerra, lo estuve comentando con Serhiy Plokhy: «No pueden manejar la sucia cabalgata [*the dirty ride*] de la historia de la OUN. Por lo menos, no de momento». Y la forma en que la propaganda rusa no deja de echar leña al fuego tampoco ayuda. El argumento esencialista de Vladímir Putin y de sus aduladores –«los» ucranianos fueron colaboracionistas, por lo tanto «los» ucranianos son nazis, por lo tanto hay que desnazificar a «los» ucranianos– exige una nueva perspectiva. En primer lugar, a diferencia por ejemplo del colaboracionismo francés, que ejercía desde lo más alto del Estado (quien detenía a los judíos era la policía francesa, quien los entregaba a los alemanes para ser transportados a Auschwitz era el Estado francés), los dirigentes y militantes de la OUN, una ultraminoría entre el pueblo ucraniano, solo se representaban a sí mismos. Sus miembros eran decenas de miles, puede que 200.000 como máximo en su momento álgido, en 1944, mientras que siete millones de ucranianos lucharon contra el nazismo en el seno del Ejército Rojo. El pueblo ruso, supuestamente a la vanguardia de la lucha antifascista, también contó entre los suyos a cientos de miles de colaboracionistas, no solo pobres tipos reclutados de forma local, sino un ejército entero, dirigido por uno de los mejores generales de Stalin, Andréi Vlásov. El propio Stalin colaboró abiertamente con Hitler cuando lo consideró oportuno, permitiendo que la Wehrmacht se entrenara en la URSS para evitar las restricciones del Tratado de Versalles a cambio de

transferencia de tecnología y conocimientos; y luego firmando, en agosto de 1939, el famoso pacto de no agresión que permitió a los nazis desencadenar la Segunda Guerra Mundial. Llegó incluso a entregar a la Gestapo a los militantes antifascistas alemanes detenidos en su gulag. Al igual que la OUN, Stalin tenía sus buenas razones, sus justificaciones. Estas pueden leerse en *Los falsificadores de la historia*, un libro publicado en 1948 que él habría editado y corregido personalmente:

> Ningún falsario conseguirá borrar la historia […] el hecho decisivo de que, en tales condiciones, la Unión Soviética se hallaba ante la siguiente disyuntiva: bien aceptar, a modo de autodefensa, la propuesta alemana de establecer un pacto de no agresión y garantizar de ese modo la continuación de la paz en la Unión Soviética durante un cierto tiempo, que podría ser utilizado por el Estado soviético para mejor preparar sus fuerzas de resistencia ante el posible ataque por parte de un agresor; o bien rechazar la propuesta alemana […] y en consecuencia permitir a los provocadores de guerra de las potencias occidentales implicar inmediatamente a la Unión Soviética en un conflicto armado con Alemania, en un momento en que la situación era fundamentalmente desfavorable para la Unión Soviética, y en que estaba totalmente aislada. En semejante situación, el gobierno soviético se vio obligado a hacer su elección.[146]

Obviamente, el libro no menciona los protocolos secretos del Pacto Ribbentrop-Molotov, según los cuales la Alemania nazi y la URSS se repartían Europa del Este, de tal modo que la URSS se quedaba con los tres países bálticos, el este de Polonia hasta el río Bug (incluyendo la Ucrania occidental) y la Besarabia rumana. Hoy en día, en Rusia, charlar de estas cuestiones se considera «revisionismo histórico» y está sujeto a acciones penales.

De la invención de la limpieza étnica

170. Asimismo, el monumento de la OUN en Babyn Yar puede suscitar otro interrogante, y no es un simple detalle. Puesto que todos los muertos conmemorados pertenecieron a la facción melnykista, una organización

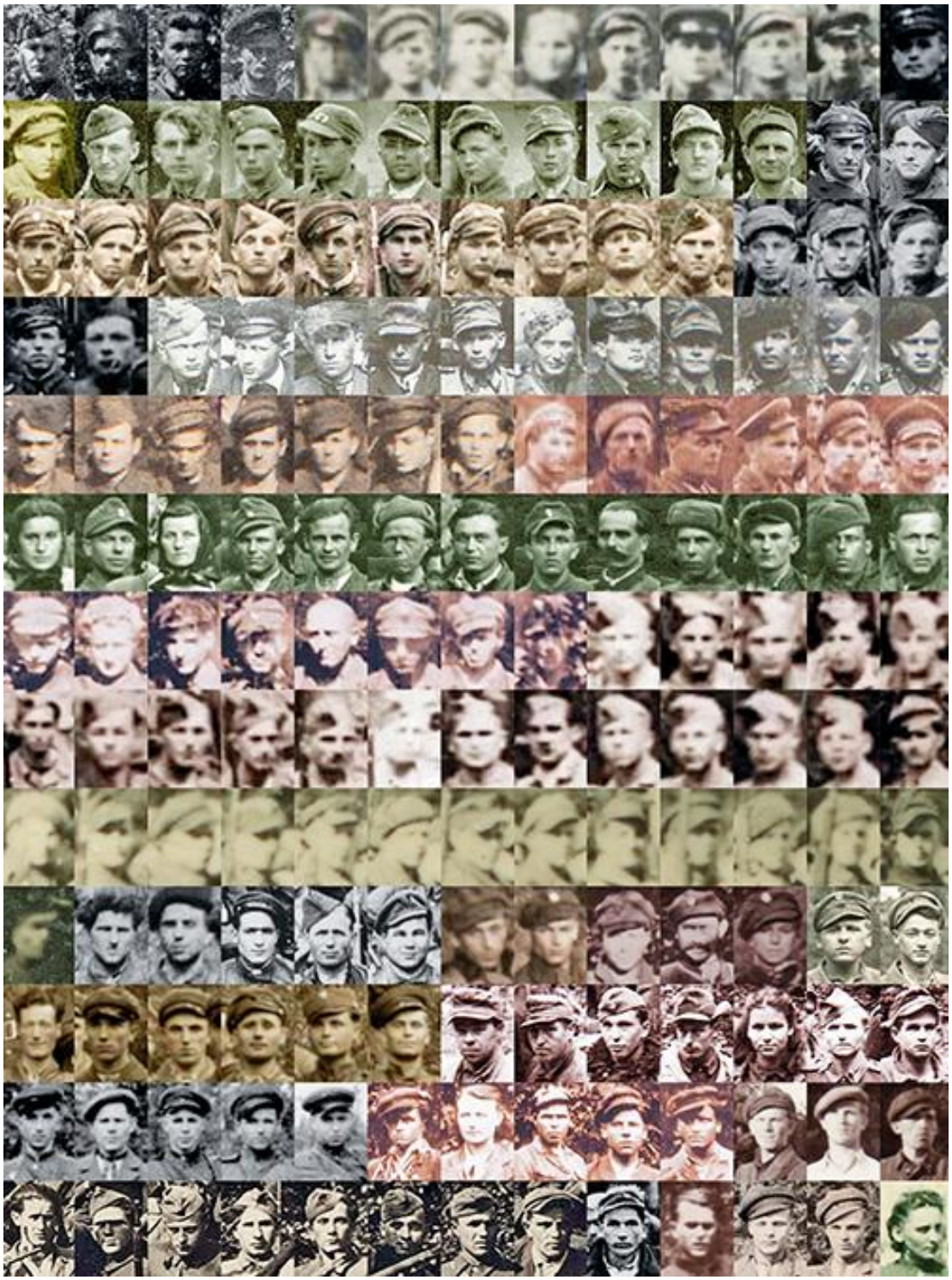
separada de facto de la facción banderista, ¿por qué el monumento solo menciona la OUN, sin mayor precisión? Sin duda está relacionado con los destinos divergentes de las dos facciones, que sobre todo a partir de 1943 quedaron de manifiesto. A principios de agosto de 1942, Galitzia, que hasta entonces estaba bajo el control del Reichskommissariat Ucrania, fue transferida por decisión de Hitler al Gobierno General, el nombre que daban los nazis a la Polonia ocupada. Esa decisión creó fuertes tensiones en el seno de las dos OUN, que tuvo serias dudas sobre la política a seguir, y provocó motines entre los batallones Nachtigal y Roland. Sin embargo, ambas facciones animaron a sus miembros a presentarse voluntarios para los batallones de policía alemanes; por lo menos, argumentaron, estarían armados y entrenados para el futuro. Tal decisión tuvo consecuencias fatales: esas decenas de miles de jóvenes con uniforme alemán, apoyando a unos cuantos miles de policías alemanes, supusieron el grueso de la mano de obra que ejecutó el exterminio a balazos de los judíos a lo largo de toda la RSS ucraniana ocupada, así como en partes enteras de Polonia. A este respecto, los historiadores son unánimes: sin el apoyo de los voluntarios ucranianos, los alemanes nunca habrían podido llevar a cabo su programa de exterminio; muchos judíos habrían sido asesinados, eso es verdad, pero por sí mismos, los alemanes no disponían de las fuerzas necesarias para hacer desaparecer todo rastro de vida judía de esas enormes regiones.[147] Semejantes masacres, cometidas «por una causa que ni siquiera era la suya»,[148] tuvieron profundas consecuencias en los hombres implicados, unas consecuencias que Snyder subraya con gran acierto: «La Solución Final [les] enseñó que puede llevarse a cabo el asesinato en masa de poblaciones civiles mediante una correcta organización y la presencia en el momento adecuado de hombres dispuestos a fusilar a hombres, mujeres y niños».[149] La lección fue aprendida, y pronto sería aplicada directamente.

171. La debacle alemana en Stalingrado a finales de enero de 1943 tuvo importantes consecuencias para los movimientos nacionalistas ucranianos. Enseguida se dieron cuenta de lo que Hitler y su estado mayor se negaban a contemplar: la guerra estaba perdida y los soviéticos estaban de regreso,

solo era cuestión de tiempo. Sin embargo, las dos ramas de la OUN sacaron consecuencias diametralmente opuestas. Andriy Mélnyk, a pesar de la eliminación de sus cuadros en Kyiv y en otros sitios, renovó su colaboración con los alemanes, que de repente se mostraron dispuestos a armar a los ucranianos en masa. En abril de 1944, Mélnyk apoyó la creación de una división SS ucraniana, la 14.ª Waffen-Grenadier-Division der SS «Galizien», que primero fue desplegada contra los partisanos polacos y luego, en julio, enviada a Brody a que los soviéticos la aniquilaran. Durante sus operaciones en Polonia, la SS de Galitzia cometió un buen número de atrocidades, pero no puede ser acusada de haber tomado parte en la Shoah, pues tal como señala Snyder, para cuando se formó la división esta ya estaba terminada.[150] El recorrido del OUN-B es mucho más sinuoso. Desde la debacle de la declaración de independencia, Bandera y Stetskó estaban encarcelados en Alemania, primero en Berlín y luego, a partir de enero de 1942, en el sector «VIP» del KL Sachsenhausen; pero sus cuadros, que durante las represiones de julio de 1941 habían pasado a la clandestinidad, después de Stalingrado optaron por la ruptura definitiva con Alemania. Por orden de sus líderes, miles de *polizei* ucranianos que habían participado en la Solución Final desertaron en masa, llevándose consigo sus armas y pasando a engrosar las filas de la OUN-B.[151] Muchos oficiales y soldados que combatían en las filas de la Wehrmacht también desertaron, entre ellos Román Shukhévych, un exmilitante de la OUN que asumió rápidamente un papel clave en la organización. En la primavera de 1943, Shukhévych y su colega Dmytró Klyachkivskiy, llamado «Klym Savur», atacaron a otro grupo nacionalista ucraniano, el *Ukraínska Povstanska Ármiya* (Ejército de Insurrección Ucraniano) de Tarás Bulba-Borovets, mataron a la mayoría de sus cuadros, tomaron el control del ejército, y convirtieron la UPA en sinónimo de la OUN-B.[152] Los dirigentes de la nueva UPA sabían que aún les quedaban unos meses, incluso puede que un año o más, antes de enfrentarse directamente a la apisonadora soviética: había que aprovechar ese tiempo para armarse, prepararse y, sobre todo, para solucionar todos los problemas pendientes, entre ellos el problema histórico de la OUN: el problema polaco. En abril de 1943, Mykola Lébed, el primer

jefe de la nueva UPA, propuso «limpiar todo el territorio revolucionario de la población polaca».[153] Esa iniciativa acabó definitivamente con siglos de convivencia polaco-ucraniana en esos confines. «Liquidad todo rastro polaco –ordena una directiva UPA de principios de 1944–. Destruid todos los muros de las iglesias católicas y otras casas de oración polacas. Destruid los huertos y los árboles en los patios para que no quede rastro de que alguna vez alguien vivió allí. Destruid todas las chozas en que vivían los polacos. […] Tened muy en cuenta que si queda en pie algo polaco, los polacos volverán con pretensiones sobre nuestra tierra.»[154] Entre 1943 y 1944, la UPA ejecutó este programa con una ferocidad asombrosa. Decenas de pueblos polacos de Volinia fueron arrasados hasta los cimientos, sus habitantes fueron asesinados a golpes de hachas, horcas y garrotes, o quemados vivos en sus iglesias, especialmente en ataques que coincidían con las grandes fiestas religiosas católicas. «La retirada de los alemanes había dejado el campo libre a los banderistas –escribe un superviviente judío de la Shoah en Galitzia, Henry Friedman–. Parecían haberse vuelto locos [*seemed to have gone beserk*], matando a todos los polacos que caían en sus manos.»[155] En total, los historiadores estiman que en Volinia la UPA asesinó entre cuarenta y sesenta mil polacos, y expulsó a otras decenas de miles.[156] En enero de 1944, la UPA extendió su campaña a Galitzia, donde aún mataron a unos veinticinco mil polacos de una manera igualmente atroz. Al inventarse de este modo lo que décadas más tarde acabaría llamándose la «limpieza étnica», la UPA estaba innovando, pero pronto hubo otros que los imitaron: las exacciones de la UPA provocaron, a cambio, toda una serie de atrocidades polacas igualmente masivas, especialmente en la región de Lublin, por parte tanto del *Armia Krajowa* (el Ejército del Interior), como de los grupos de autodefensa constituidos para tratar de proteger las aldeas polacas, y de los polacos que se alistaron en las fuerzas de policía alemanas, muchas veces en sustitución de los ucranianos desertores, hasta el punto de que Snyder no vaciló en hablar de «guerra civil ucraniano-polaca».[157] Para los alemanes, fue un problema añadido del que podrían haber prescindido.





172. La UPA no solo la tenía tomada con los polacos: también asesinaba sistemáticamente a todos los judíos que encontraba, a los últimos supervivientes de la Shoah guarecidos en la profundidad de los bosques, en refugios improvisados o escondidos por campesinos, ya fuesen polacos o ucranianos. Una vez más, no se trató de la iniciativa individual de algún miliciano antisemita, sino de una política clara de la UPA y del OUN-B: las órdenes conminaban a los hombres de la UPA a «liquidar sin demora a comunistas y judíos» (11 de marzo de 1944), o a «destruir a todo el personal del NKVD, informadores, judíos y polacos». El número de judíos así asesinados sigue siendo relativamente bajo, unos cuantos miles seguro, pero en algunas regiones la cifra podría ascender hasta el 85% de los judíos que habían sobrevivido a las batidas nazis.[158] La mayor diferencia con los nazis, que se contentaban con exterminar a los judíos «fríamente», de un balazo, o con gas, o enviándolos a morir de agotamiento en un campo, consistía en que los hombres de la UPA muchas veces trataban de hacer morir a los judíos que ellos capturaban mediante unos suplicios medievales casi inimaginables. Berl Lieblein, un judío que sobrevivió escondido por un ucraniano, escribe que «el bandido Suslynets [sin duda Dmytró Suslynets, el comandante de una *sotnia* de la UPA en el distrito militar de Hoverla] […] puso la mano sobre dos muchachas judías y las colgó de una rama por los pies. Colocó debajo un montón de leña, les prendió fuego, y así quemó a sus dos víctimas».[159] Según otra superviviente, Hilary Kenigsberg, «el terror [de los banderistas] era tal que los judíos llegaban incluso a huir de los bosques para ponerse bajo la protección de los alemanes».[160] Por último, la UPA también mató a un gran número de ucranianos, casi tantos como polacos, según Snyder, aunque el asunto nunca ha sido estudiado en detalle.[161] Partidarios de Bulba-Borovets y de Mélnyk, colaboradores de los alemanes o de los partisanos, campesinos que se negaban a apoyar ni a unos ni a otros, todos ellos despiadadamente perseguidos y masacrados. A los muchos ucranianos que escondían a polacos o a judíos, ya fuese por dinero, por simpatía personal o por simple humanidad, les estaba reservado un destino especialmente atroz: en la mayoría de los casos acababan de la

misma manera que aquellos a quienes habían intentado salvar, abatidos o torturados hasta la muerte junto con toda su familia. Una vez más, se trataba de una política explícita de la dirección de la UPA: «Todo el mundo que haya escondido a judíos o polacos será fusilado», indica el cuaderno de un agente del servicio de seguridad de la OUN.[162]

173. A principios de 1944, las fuerzas soviéticas volvieron a ocupar Volinia, a partir de ahí, poco a poco los nacionalistas ucranianos fueron orientando todos sus esfuerzos al combate contra Stalin. De todos modos, por lo que se refiere a los polacos, la mayor parte del trabajo estaba hecho y la plaza estaba limpia, por lo menos Volinia. La UPA aprovechó la retirada de los alemanes para apoderarse de grandes cantidades de armas, incluido armamento pesado. En octubre de 1944, cuando los soviéticos ya ocupaban la mitad de Polonia, Rumanía y Bulgaria, y avanzaban hacia Budapest, los alemanes liberaron por fin a Bandera y Stetskó y los enviaron a recuperar el control de sus fuerzas, ahora todas detrás de las líneas. Una vez terminada la guerra, los combates entre la UPA, por un lado, y el NKVD y el Ejército Rojo, por el otro, se prolongaron varios años, y poco a poco fueron menguando hasta principios de los años cincuenta. Stalin intentó resolver el problema con su brutalidad habitual: ejecutó sumariamente no solo a los combatientes de la UPA sino también a miles de simpatizantes de Ucrania occidental, y deportó a cientos de miles de civiles de dudosa lealtad a Siberia y Asia Central, donde décadas más tarde todavía existían grandes poblaciones ucranianas. Klyachkivskiy fue asesinado en enero de 1945 cerca de Rivne, en una emboscada del NKVD; Shukhévych, al parecer, se suicidó en mayo de 1950 cuando el MGB rodeó la casa en que se había escondido, en un suburbio de Lviv. Cuando al final la UPA se desmoronó, Bandera, Stetskó y Lébed lograron pasar al Oeste. Lébed, que reconstruyó rápidamente su virginidad política reinventándose como demócrata y colaborando con la CIA, dirigió durante mucho tiempo las instancias editoriales pro-UPA en el exilio; Stetskó dirigió hasta su muerte en 1986 un «Bloque de naciones antibolcheviques»; y en cuanto a Bandera, en octubre de 1959 fue finalmente atrapado por los soviéticos en Múnich, y asesinado

en la puerta de su casa por un tal Bohdán Stashinskiy, un nacionalista ucraniano convertido por el KGB, con una pistola que pulverizaba gas cianuro.

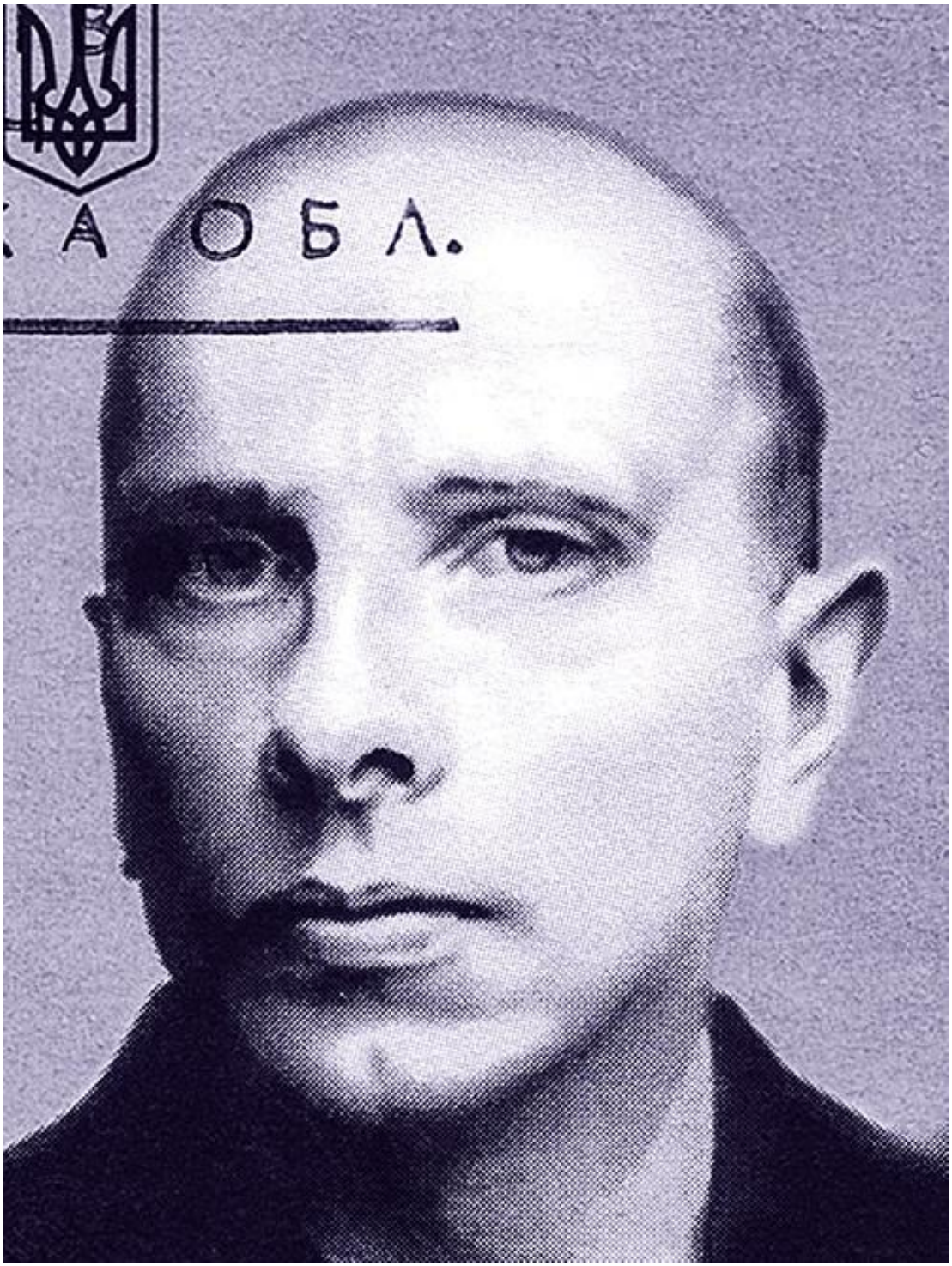
Signo vacío

174. Para muchos ucranianos de a pie de hoy en día, estos hombres son héroes, y en Ucrania el culto a Bandera y a la UPA sigue siendo una realidad. Tal como escribe Per Rudling, «en este vasto y nuevo estado, dividido por la lengua, la religión y la experiencia histórica, los dirigentes han hecho un notable esfuerzo por producir mitos históricos políticamente útiles, muchos de los cuales están en franca oposición con las fuentes y la literatura científica actuales».[163] El primer presidente ucraniano en rehabilitar abiertamente los símbolos de los movimientos nacionalistas de la Segunda Guerra Mundial fue Víktor Yúshchenko, elegido en 2005 tras la Revolución naranja, la primera ruptura con la Rusia de Putin.[164] Él fue quien hizo una política de Estado de «la promoción por parte del Estado ucraniano de una memoria apologética, incluso hagiográfica, de la OUN-UPA y de sus jefes»,[165] y quien creó el UINP, el Instituto Ucraniano de la Memoria Nacional, poniendo al frente a Volodymyr Vyatróvych, un historiador que más tarde habría de ser acusado de intentar «depurar» los archivos ucranianos de las pruebas de los pogromos y otros crímenes de los nacionalistas.[166] Durante su mandato, en un momento en que la Shoah era finalmente reconocida como un hecho histórico central, el servicio postal ucraniano emitía sellos con la efigie de Bandera, y en varios lugares de masacres de judíos se erigían monumentos dedicados a la OUN, entre ellos el de Babyn Yar. Yúshchenko, que en las elecciones de enero de 2010 fue eliminado en la primera vuelta, se sacó un comodín de la manga para tratar de que, en la segunda, su despreciada primera ministra Iulia Tymoshenko fuese vencida por el prorruso Yanukóvich: consciente de que eso enfurecería a los votantes rusohablantes del sur y del este del país, nombró

a Bandera «Héroe de Ucrania», la más alta distinción del país (Yanukóvich, elegido en segunda vuelta, se apresuró a anular la distinción).[167] Pero el hecho es que durante los acontecimientos del Maidán empezaron a verse símbolos nacionalistas: banderas rojas y negras de la UPA, retratos de Bandera, cantos de la OUN, gritos de «*Slava Ukraíne! Heróyam slava!*» («¡Gloria a Ucrania! ¡Gloria a los héroes!», el eslogan de la UPA, recuperado y banalizado por el conjunto de la población desde el inicio de la invasión rusa). Teniendo en cuenta la abultada presencia en el lugar de matones de la derecha radical, no es algo que resulte sorprendente; pero una gran cantidad de manifestantes de a pie también se hizo cargo de estos símbolos. Fue así como, después de la invasión rusa de Crimea y del Dombás, «Bandera» se convirtió rápidamente en el símbolo comodín de la resistencia contra Rusia. En julio de 2016, poco antes del viaje del nuevo presidente Petró Poroshenko a Varsovia, en el que se arrodilló ante un monumento a las víctimas polacas de las masacres de Volinia, la ciudad de Kyiv puso el nombre de Bandera a la gran arteria que prolonga la calle Olena Teliha (en Lviv, ya existía una avenida con ese nombre desde 1992, perpendicular a la calle de los Héroes de la UPA). El día de Año Nuevo de 2022, poco antes de la invasión rusa, andaba yo paseando por la feria de la plaza Santa Sofía, delante de la catedral: bajo un abeto gigantesco completamente iluminado, circulaba una multitud ufana al son de la música navideña americana más vetusta, haciéndose *selfies*, bebiendo *glintwein*, masticando salchichas y viendo cómo sus hijos patinaban sobre hielo en la pequeña pista que habían montado entre los quioscos; más abajo, en la Jreshchátyk, bajo las guirnaldas del Año Nuevo, desfilaban como cada año los grupos nacionalistas, ondeando banderas y retratos en honor del aniversario de Bandera, y haciendo así las delicias de la televisión rusa, lo cual no resulta sorprendente.

175. Pero es que precisamente, para los ucranianos, si la propaganda rusa está en contra es porque vamos bien. «Si los rusos dicen que somos banderistas –me explicaba una vez la militante de izquierdas Anna Shtiken-Shnaider–, *poust*, seamos banderistas.» Es un hecho que, aparte de los

ultranacionalistas más motivados, la gran mayoría de los ucranianos conoce muy mal la historia de Bandera y su organización. En época soviética nunca se enseñó, y aún hoy solo se enseña parcialmente; tal como me hizo ver la periodista Natalia Humeniuk, en 1991 en Ucrania los únicos libros de historia eran soviéticos, así que el gobierno trajo otros nuevos de Canadá, redactados por la diáspora surgida de los supervivientes de la OUN-UPA, que de este modo importaron directamente su sesgo y su relato. Antón Drobovyk, actual director del UINP, añade que en Ucrania no existe ninguna biografía histórica seria ni de Bandera ni de Mélnyk ni de Bulba-Borovets ni de Shukhévych: «Eso es un síntoma».[168] Para mucha gente, la imagen de Bandera o de la UPA proviene de películas revisionistas como *Los invictos*, parcialmente financiadas por la diáspora.[169] «Los banderistas de hoy en día no tienen ninguna relación con los banderistas históricos –añade Anna Shtiken-Shnaider al final de nuestra conversación–. Es como lo que sucede en Estados Unidos con el Partido Demócrata y la esclavitud. Hasta los gays y las lesbianas llevan banderas de la UPA el día del Orgullo. Es un símbolo antirruso.» El ejemplo más paradójico de este culto tan absolutamente despegado de lo real es el fenómeno de los «*Zhydobandérivtsi*», los «Judíos-banderistas» que aparecieron en el momento del Maidán; hasta Íhor Kolomoiskiy, uno de los oligarcas más controvertidos de Ucrania, un judío que en 2014 financiaba batallones de voluntarios de extrema derecha para contrarrestar la ocupación rusa del Dombás, fue visto con una camiseta que llevaba ese meme. Para Drobovyk, significaba la unión de las clases medias, muchas de las cuales eran judías, con los nacionalistas en el momento del Maidán. «Bandera, no es una persona histórica, es un simulacro. Es un *pustoy znak*, un signo vacío.»[170]



176. Este remiendo identitario, medio fantasioso y medio autorreferencial, confeccionado con una profunda mezcla de ignorancia, humor, segundo

grado y pasotismo, es sin duda lo más característico de Ucrania. Y es, por supuesto, un gran inconveniente cuando lo que se pretende es memorializar un sitio como Babyn Yar, cuando lo que se pretende es abordar seriamente cuestiones serias sobre el pasado, con sus montañas de muertos y todo su dolor y sufrimiento. Pero ahora mismo, puede que esta memoria quebrada y sus consecuencias sean las que salven al país, las que hayan permitido que la gente con una memoria y una identidad tan diferentes a las de Lviv, Odessa, Jersón, Dnipró y Járkov se una en un bloque compacto, sólido y determinado para resistir ante la apisonadora rusa. ¿Es tan necesario saber realmente quiénes eran Bandera y Shukhévych? ¿Saber realmente quién le hizo qué a quién a lo largo y ancho de todo este territorio? Puede que ponerse una cocina IKEA, ir a bailar a la discoteca e ir al bosque el fin de semana a practicar con el manejo de armas sea igual de importante. «Los banderistas –me dijo una vez Timothy Snyder– quieren una historia simple. Pero que Ucrania no funcione según el viejo modelo del siglo XIX de la política identitaria nacionalista no es un problema. ¿Acaso Ucrania puede funcionar sin una historia simple? ¿Por qué no?» ¿Y puede Ucrania funcionar con una identidad remendada?, le pregunté yo de vuelta. «¿Por qué no?»

177. Sin embargo, a mucha gente le cuesta entender que para una causa justa se pueda invocar el nacionalismo integral y el terrorismo de los años cuarenta, que puedan ir a jugarse el pellejo contra una dictadura fascista y cada vez más totalitaria bajo la bandera de asesinos, racistas y antisemitas. Lo cierto es que, tras cuarenta y cinco años de sovietismo y treinta años de capitalismo salvaje, acompañado de una democracia coja pero robusta, los ucranianos de hoy en día no tienen nada que ver con los «ucranianos» de la época de Stalin y de Hitler. Włodzimierz Odojewski, cuya obra está habitada en su totalidad por el recuerdo de las matanzas de Volinia, le hace decir al narrador de *Oksana,* su última novela (un polaco dirigiéndose a su amante ucraniana): «Eso que me has contado [las atrocidades de la UPA] es el pecado, mortal, de una sola generación. Que no es ni la mía ni la tuya, aunque yo en esos momentos ya había llegado al mundo».[171] Todavía

recuerdo la desesperación de mi padre un día en el jardín de su casa del Lot, debía de ser en 1992, después de las masacres de Vukovar, en cualquier caso antes de 1993, cuando me fui a Bosnia: «He vivido toda mi vida pensando que los croatas eran unos fascistas y unos bastardos, y que los serbios son los héroes que lucharon contra los nazis. Ahora no entiendo nada. Pero nada de nada». Hoy es lo mismo, la Ucrania así llamada «fascista» sueña con Europa, con la democracia y con la libertad, mientras que Polonia, la gran víctima de la Segunda Guerra Mundial, retrocede en todos los planos hacia el autoritarismo, el nacionalismo cerril y la intolerancia religiosa, y mientras que Rusia, que se envuelve en el manto de los vencedores del nazismo histórico, se abisma en una visión mortífera, apocalíptica y casi genocida, y arroja sobre Europa toda una serie de demonios que creíamos haber dejado atrás en 1945. ¿Qué significa todo esto en cuanto a nuestra relación con el pasado? Que el pasado es cualquier cosa menos estático, que no siempre determina el presente, y que los hijos de los asesinos de ayer pueden hoy convertirse en héroes o acaso en víctimas, de la misma forma que las víctimas de ayer –y esto no va solo por los rusos– pueden hoy convertirse fácilmente en verdugos.

178. ¿Y entonces la extrema derecha? Lo mismo que Vichy y el colaboracionismo, y luego las torturas en Argelia y la OAS, dejaron unas profundas cicatrices en el cuerpo político francés, también la OUN y la UPA, con la represión estalinista y el antisemitismo soviético, esparcieron sus metástasis por todo el cuerpo político ucraniano, mutando incesantemente en el proceso. En 1991, con la independencia, algunos ancianos de la OUN regresaron a Ucrania para intentar una vuelta a la política que ellos imaginaban triunfante; pero fueron rápidamente barridos por unas fuerzas nuevas, maceradas en el caldero del sovietismo agonizante. Para Plokhy, «los radicales contemporáneos, a la diáspora banderista, a la gente como Stetskó la consideran demasiado moderada. A partir de los años noventa fueron quedando marginados. La nueva derecha radical es *made in Ukraine*. Además, ya no son solo los ucranianos de Galitzia o del oeste: ahora es un fenómeno panucraniano. Entre ellos hay muchos rusoparlantes».[172] Una

vez más, hay que poner las cosas en perspectiva. Al igual que Rassemblement National, Alternative für Deutschland y los extremistas rusos como Zajar Prilepin o Aleksandr Duguin, en Ucrania la derecha nacionalista es ruidosa, visible, provocadora, manipuladora y agresiva, pero a diferencia de estos últimos, es también políticamente irrelevante. Tras un pico electoral a principios de los años 2010, después del Maidán su apoyo empezó a menguar, y eso a pesar de la presencia de muchos voluntarios nacionalistas en el frente del Dombás y de sus heroicos hechos de armas. En las últimas elecciones de 2019, las que llevaron al poder a Zelenski con una mayoría aplastante, el conjunto de los partidos de extrema derecha del país, después de haber conseguido consensuar una lista común para las elecciones parlamentarias (Dios sabrá de qué manera), no consiguieron un solo diputado en la Rada. Antes de hablar de los «nazis» ucranianos, compárese esa cifra con los 89 diputados del RN en Francia, o con el partido «postfascista» actualmente en el poder en Italia. «¿Por qué la derecha es tan débil? –me preguntó Serhiy Plokhy–. ¿Por qué son tan pocos en un país en guerra?» Y a continuación citó a Andrew Wilson: «A diferencia del nacionalismo polaco, el nacionalismo [integral] ucraniano es una creencia minoritaria».

Otra vida

179. Y los propios nacionalistas ¿qué opinan? Un amigo del BYHMC me había organizado una entrevista con Artiom Skoropadskiy, el agregado de prensa de Praviy Séktor («Sector de derecha», una formación nacionalista radical, muy comprometida con el Maidán y luego con los combates del Dombás); en el último minuto canceló la cita, estaba enfermo, cáncer, creo, la cosa no iba bien.[173] Ese mismo amigo me habló también de un antiguo radical ultra convertido a los valores progresistas y bastante conocido por las denuncias públicas de sus antiguos camaradas, un tal Dmytró Reznichenko. Este último aceptó hablar conmigo sin pensárselo dos veces. Como antes de nuestra cita en la torre de la televisión teníamos algo de

tiempo, le propuse que ese día nos viésemos en Babyn Yar. Ya era casi la hora, y al salir del monumento a la OUN, mientras llegábamos al monumento a Olena Teliha y el cruce de la calle Teliha, Antoine y yo nos dirigimos hacia el metro comentando todas estas historias. Nos adentramos en el *perekhid* y fuimos a esperar delante de Aroma Kava, donde pedimos un té y un café que nos tomamos tranquilamente mientras contemplábamos a los BOMZh y a la gente que paseaba por el parque. Luego Antoine se despidió para irse a hacer fotos por la zona de la sinagoga y el pequeño barranco, quedamos en que nos veríamos más tarde. Poco después llegó puntual Reznichenko y me estrechó la mano con unos dedos extrañamente deformados mientras el sol se reflejaba en sus pequeñas gafas de montura fina, que no acababan de cuadrar con sus rasgos cincelados y su corte de pelo al cepillo de antiguo matón de derechas. Por supuesto, si lo cité en ese lugar no fue por casualidad, pero él desbarató mi pobre argucia con una franqueza sorprendente. «¿Así que conoces este sitio?» – «Por supuesto. De hecho no hace mucho traje a mis hijas a visitarlo. Ahora hay una buena *app* para eso, lo explica todo, está muy bien hecha.» Le ofrecí un café, pero me dijo que no y salimos al parque; al pasar delante de una de las cuatro grandes piedras de granito rosa erigidas por el BYHMC nos detuvimos para mirar, a través de una pequeña óptica dispuesta a tal efecto a la altura de los ojos, una de las fotografías en color de Johannes Hähle, colocada en el mismo lugar en que fue tomada el 1 de octubre de 1941. «Aquí es donde desnudaban a los judíos. ¿Los ve, ahí, a los alemanes clasificando la ropa?» – «Sí, lo sé. Con mis hijas lo vimos todo. Es una buena idea lo de estas piedras.» – «En Auschwitz han puesto unas estelas de vidrio con fotos por todas partes, colocadas así, justo allí donde fueron tomadas las fotos. Es muy impresionante.» – «Yo en Auschwitz nunca he estado. Me gustaría.» Seguimos charlando por el parque, recorriendo el gran camino central. «¿Le parece si nos sentamos? –le pregunté por fin señalando un banco–. Me gustaría tomar notas, y eso caminando no es fácil.» Y en ese banco de Babyn Yar fue donde Reznichenko me contó por primera vez su curiosa historia. Luego volví a verlo varias veces para completar detalles y también para conversar, enseguida nos caímos bien y poco a poco fuimos urdiendo

una relación; a pesar de nuestras trayectorias, que desde el punto de vista político eran casi diametralmente opuestas, tenía la impresión de que nos entendíamos. Pero lo esencial me lo contó ya el primer día.



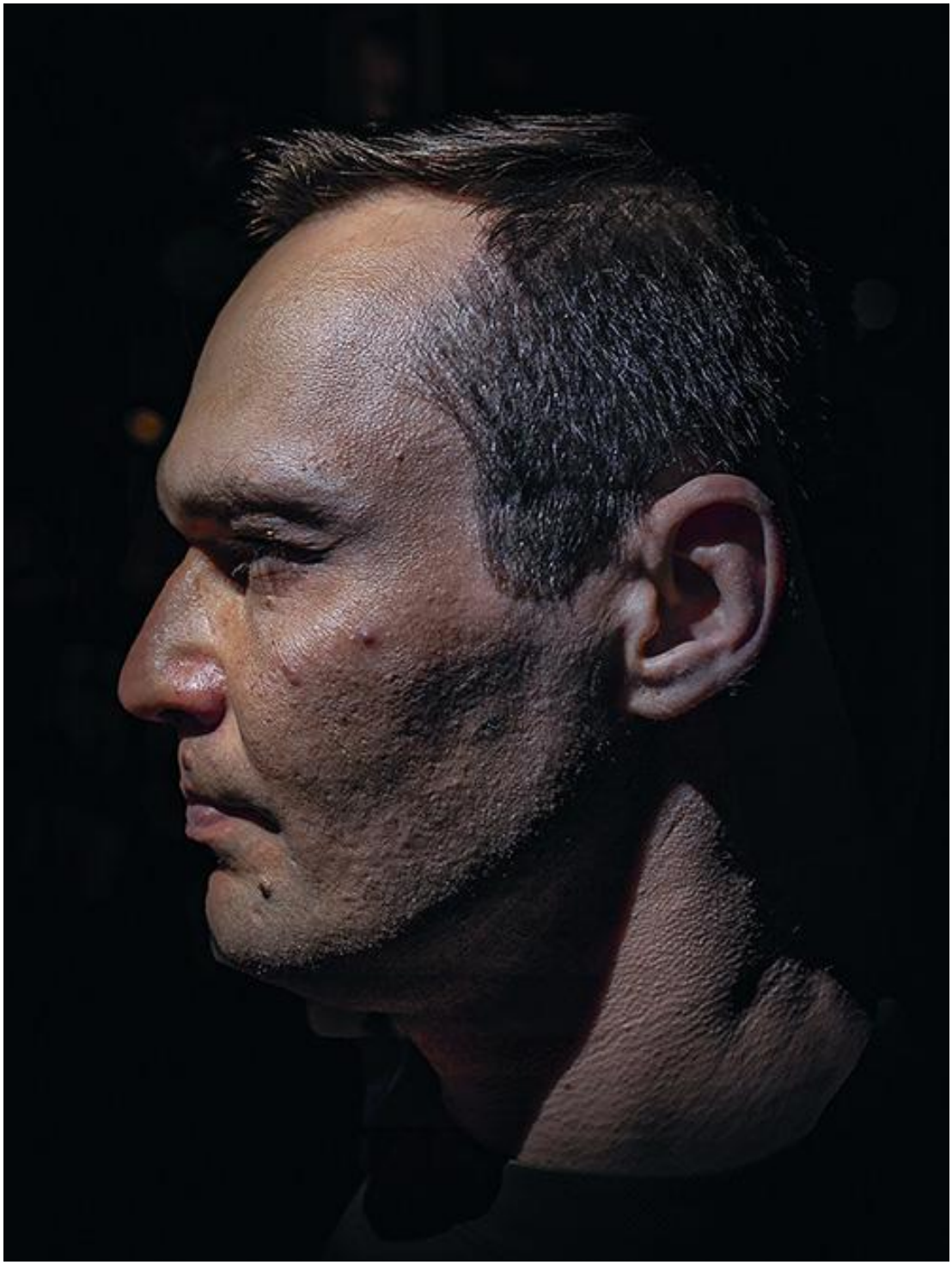
180. Reznichenko –«como nuestro actual presidente», me hizo notar enseguida– había nacido en 1982 en Krivói Rog, el «Cuerno Torcido», una

ciudad industrial del centro de Ucrania devastada por el colapso da la URSS, pobre, malograda, triste, sombría, una ciudad con su futuro empeñado. Su padre, que murió en 2016, era de habla ucraniana; su madre, como la mayor parte de la gente de Krivói Rog, era de habla rusa, así que en la casa de Dmytró se hablaba ruso. «Aún hoy en día, mi madre sigue apoyando al enemigo. Se pasó la vida mandando sobre mi padre hasta destruirlo como hombre. Esa debió de ser mi primera motivación inconsciente de cara al fascismo. En cualquier caso, para mí, la idea de una Ucrania libre es una idea de familia.» Aparte de eso, para vivir en Krivói Rog, con bandas luchando entre ellas, tuvo una infancia normal. Reznichenko estudió Periodismo en Dnipró, por aquel entonces Dnepropetrovsk, otra inmensa ciudad industrial situada en la curva del río, cerrada a los extranjeros durante la época soviética debido a la elevada concentración en el lugar de industrias militares y espaciales. La Revolución naranja de 2004, el primer levantamiento contra Yanukóvich, lo encontró allí, y participó con gusto. En Dnipró, los manifestantes eran sobre todo liberales (en el sentido americano del término), pero también participaban nacionalistas, y fue allí donde Reznichenko escuchó hablar por primera vez de la UPA, de la OUN y de la historia de Ucrania occidental. «Había un tipo de Lviv que llevaba una bandera roja y negra, y yo la ondeaba en las manifestaciones. Era el único de Dnipró. Me sentía muy *krutoi*, la mar de *cool*.» Después de la revolución, se unió a los pocos nacionalistas que había en Dnipró, el cuartel general lo tenían en una oficina encima de la librería Biloknízhnyk, la única de la ciudad que en esa época vendía libros en ucraniano. «En las décadas de 1990 y 2000, la policía era una banda de mafiosos y el ejército una banda de pensionistas que no tenían la menor intención de entrar en combate. Así que, para un tipo normal con fuerza y honor, unirse a ellos habría sido una vergüenza. Ahora es diferente, claro.» En 2005, después de licenciarse, siguió en contacto con los nacionalistas, y en 2006 se trasladó a Kyiv, donde se puso a trabajar como periodista. Gran amante de la novela de Chuck Palahniuk, decidió fundar un «*fight club*» donde podría luchar y desahogarse. Un encuentro azaroso le hizo unirse a su primer partido de extrema derecha, Bratstvo («Fraternidad»), un partido cristiano dirigido por

Dmytró Korchynskiy, que lo bautizó y se convirtió en su padrino. «Korchynskiy es talentoso, pero no tiene honor. Ahora somos perfectos enemigos.» Y en una carcajada: «Fue mi guerra contra el padre». Dejó el partido con su futura esposa y un poco más tarde conoció a unos skinheads, miembros de lo que habría de convertirse en S14 y que por aquel entonces ni siquiera tenía nombre. A Reznichenko le gustaba pelear, y esos tipos peleaban, estuvo organizando peleas con ellos en patios y parques. Pero toda esa violencia no era gratuita. La Revolución naranja les había enseñado a los jóvenes que podían hacer algo, que la sociedad civil contaba. Reznichenko se unió a un grupo de la nueva generación que consideraba a los partidos nacionalistas tradicionales unos «viejos idiotas nostálgicos»; se implicaban en el activismo social local y en la política de la ciudad, luchaban contra la droga y contra las construcciones inmobiliarias ilegales, una de las plagas de Kyiv. «Si eres un activista y luchas por una cuestión local, normalmente te acabarán mandando a unos *títushky* [secuaces, matones]. Entonces, para defenderse de ellos, los activistas venían a ver a los jóvenes nacionalistas y nos pedían ayuda.»

181. Estos «jóvenes nacionalistas» eran neonazis, Reznichenko lo decía claramente: «No había ninguna diferencia». Era casi una moda, una subcultura importada de Europa y Rusia, con su música, sus logos, sus eslóganes y su violencia. Hacia 2010, el partido ultranacionalista Svoboda animó a algunos de estos jóvenes a formar un movimiento que adoptó el nombre «C14»; un nombre que por una parte hacía referencia a la *Sitch* cosaca («C» en cirílico se pronuncia como «S»), y por otra a las famosas «14 palabras» de David Lane, un terrorista e ideólogo estadounidense del supremacismo blanco, muerto en la cárcel en 2007: «*We must secure the existence of our people and a future for white children*» («Tenemos que asegurar la existencia de nuestro pueblo y un futuro para los niños blancos»). «S14 no tenía ningún contenido teórico. Estaban allí por Ucrania, por la raza, por la nación, sin más. Todo el mundo escribía su propio programa político, y luego nos peleábamos por diferentes programas que a nadie le importaban. Era la fuerza, la juventud *hardcore*. Nos pasábamos el

tiempo en el gimnasio, practicando deportes de combate. Luchábamos contra otros grupos, izquierdistas, prorrusos, con cualquiera. Los gitanos en esa época no estaban de moda. No teníamos piedad con nadie, ni con nosotros mismos. Como decía Hitler: "Las palabras separan, la acción une".» Poco a poco, S14 se fue implicando en la mayor parte de las acciones callejeras contra el régimen de Yanukóvich, el detestado presidente prorruso. En 2012, este solicitó a la Rada, que tenía bajo su control, que derogase la ley que establecía la obligatoriedad de la enseñanza de la lengua ucraniana en todas las escuelas, lo cual habría hecho desaparecer el ucraniano de zonas completas del país. Semejante decisión provocó manifestaciones monstruosas, y en ellas participaron los skinheads; cuando la policía empezó a atacar a los manifestantes, S14 acudió a la pelea. En uno de esos combates callejeros, a Reznichenko, a quien ya le habían roto un dedo, lo fotografiaron rociándole la cara a un policía con un bote de gas lacrimógeno, lo que le valió un juicio del que salió sin pasar por la cárcel. «Yo, que hablo ruso, luché por la lengua ucraniana. Es bastante divertido. Pero es la lengua de mi padre. Luché por el padre.»



182. Cuando llegó el momento del Maidán, S14 se instaló en la plaza para controlar los accesos y defender a los manifestantes, lo mismo que Praviy

Séktor. «Al principio del Maidán, todos los activistas callejeros eran nacionalistas. No había izquierdistas. Todo el *silovói blok*, el bloque de fuerza, era de derechas.» Pero el 18 de febrero de 2014, cuando la crisis llegó a su paroxismo y la policía se puso a matar manifestantes, S14 huyó. Resulta que nuestro jefe, Karás, estaba pagado por los servicios secretos. El día 18, el SBU lo llamó para decirle que sacara a sus muchachos, y él lo hizo, la muy zorra. Doscientos muchachos. Nos fuimos todos y nos escondimos en el consulado canadiense, que da a la plaza de Maidán. Con Praviy Séktor sucedió lo mismo. El SBU controlaba a todos los grupos y los sacó de allí. Afuera estaban luchando y nosotros no estábamos, nosotros estábamos escondidos. A la mañana siguiente, oí ruidos afuera y salí, yo solo. Fue cuando se produjo la carga en Instytutska, cuando los francotiradores de Bérkut mataron a todos los chavales. Yo subí con ellos. Eran todos activistas individuales que iban por su cuenta y riesgo, sin órdenes y sin jefes. Todos los grupos nacionalistas se habían escabullido.» Unos días más tarde, los «hombrecitos verdes y educados» de Rusia tomaron Crimea sin un solo disparo. Reznichenko partió enseguida con la esperanza de encontrar un grupo de oposición al que unirse. Pero todo estaba tan bien preparado que no había oposición. Reznichenko no tardó en darse cuenta de que, a pesar de su carné de prensa, podían detenerlo. «En la playa de Feodosiya me bebí una botella de vino, la tiré al mar, me despedí y me marché.» Mientras tanto, en Kyiv, S14 había ocupado las oficinas del Partido Comunista Ucraniano, un gran edificio de Podil que enseguida se convirtió en un *hub* nacionalista-revolucionario, un centro para toda la derecha dura de Ucrania y de Europa. Pero aquella aventura no duró mucho: el PC estaba protegido por Svoboda, que obligó a S14 a liberar el lugar; furiosos, los chavales se marcharon incendiando el edificio. De todos modos, los acontecimientos del Dombás habían comenzado, y en mayo ya estaba todo claro. Reznichenko se alistó en una unidad de voluntarios, el batallón Dombás.



183. Muy pronto, la guerra metió una cuña en las grietas que ya atravesaban a Reznichenko, el fascista convencido. «La idea central de la derecha es el

culto a la violencia, el culto a la fuerza. La guerra es la mayor prueba de la existencia humana: si te matan, tu memoria vivirá para siempre. Resultó que todo eso no eran más que chorradas.» Durante el verano tuvo lugar el primer incidente que le obligó a reflexionar. Un soldado de su unidad había capturado a un separatista y lo había llevado a la aldea abandonada donde tenían sus cuarteles. Su oficial, un ruso que había luchado en Chechenia, dijo: «Yo ya he visto lo que pasa cuando dejas a un checheno con vida: viene a Moscú, se folla a nuestras mujeres y se comporta como si fuese su casa… Deberías haberlo matado enseguida. Tú lo has traído, tú lo matas». Mientras el soldado vacilaba, hubo otro que se interpuso: «No, hay que entregarlo a al SBU para que lo interroguen». – «El SBU que se joda –ladró el oficial–. Mátalo.» Cuando el primer soldado finalmente levantó su arma, el segundo le golpeó en la cara. Enseguida todos los hombres se lanzaron los unos contra los otros, tropezando en la calle fangosa, gritando y gruñendo, mientras allí seguía el prisionero, esperando su suerte. Ante semejante escena, Reznichenko fue presa de una rabia incontrolable. Se puso a disparar ráfagas al aire por encima de la cabeza de los hombres que se peleaban en el barro, pero nadie le prestaba atención. Entonces, fuera de sí, gritó: «¡Anda y que os jodan a todos! Ya estoy viendo que me lo tendré que cargar yo». Agarró al prisionero, lo arrastró detrás de la esquina de una casa en ruinas, lo aplastó brutalmente contra la pared y le apuntó con su arma. *Esto tendría que ser fácil*, pensó. *Una ligera presión en el gatillo, unos cuantos impactos en el pecho, se cae y se acabó*. Pero vaciló. Bajó su rifle, se obligó a levantarlo de nuevo. Justo entonces se puso en marcha un riego automático que debía llevar bloqueado de hacía tiempo, o es que lo encendió el reloj, y un chorro de agua muy fino le dio en la cara. Se volvió atónito hacia allí donde oía el delicado *tchac-tchac* del mecanismo y vio la luz del sol iridiscente en el chorro entrecortado, el arcoíris que se había formado en las gotas. Y se dio cuenta de que no podía matar a aquel hombre. Entonces lo llevó a la calle donde los otros soldados fumaban o limpiaban el barro de sus uniformes, sentados tan tranquilamente y con el incidente casi olvidado. El prisionero fue entregado al SBU. Más tarde, en los barracones, Reznichenko reflexionó largamente sobre lo sucedido e

imaginó varios escenarios, en algunos disparaba, en otros no disparaba. Al final se dio cuenta de que lo que le había impedido matar a aquel hombre no había sido el milagroso riego automático, sino que antes incluso de que este se activara, él inconscientemente ya había tomado su decisión. Inconscientemente, se había dado cuenta de que, si mataba al prisionero, ese acto iba a llevarlo a otro lado de su vida, un lado muy distinto a pesar de toda la violencia que ya había vivido, un lado del que ya nunca volvería. Y ahí recordó a Dostoyevski y la frase de Raskólnikov: «*Tvar li ya drozháshchaya, ili pravo umeyu?*» («¿Soy una criatura temblorosa o tengo derecho?»).

184. «Otro día estaba en una casa abandonada, en la habitación de una niña, y entonces di con un retrato suyo. Lo tomé entre mis dedos y pensé: ¿Dónde estará ahora esta niña? ¿Por qué estoy yo aquí, en su habitación, con las botas sucias, estos guantes con los dedos recortados y un fusil de asalto?» Luego, a finales de agosto, llegó Ilovaisk, una de las peores batallas de la guerra, un trauma nacional. Con el batallón Dombás, Reznichenko se vio atrapado en el cerco ruso que se cernía a su alrededor. Todos los días morían compañeros bajo los intensos bombardeos. «Cuando estás así atrapado te pones a pensar por qué estás ahí. Y en lo que pensaba era en mis hijas, en que quería volver a verlas, y no en la raza pura ni en la nación ni en todas esas chorradas. Yo siempre había creído que la muerte era el mayor sentido que podía tener la vida. Y entonces pensé: Morir por una idea es una idea estúpida. Toda mi vida me había conducido hasta ese lugar. Había llegado allí por mi propio pie, por mi propia voluntad. Ni siquiera podía entender mis motivaciones. Todos nos odiábamos a nosotros mismos, todos odiábamos a los demás y poníamos la totalidad de ese odio al servicio de la acción. La política no era más que una racionalización de nuestro odio. Si yo no hubiera sido quien fui, nunca habría escuchado a todos esos *vozhdí*, esos jefes.» Esa iluminación lo transformó. Y tuvo suerte: el 20 de agosto una esquirla lo hirió en la mano y fue evacuado. Entre el 24 y el 26 de agosto las fuerzas rusas completaron el cerco; el batallón fue aniquilado, mataron a más de seiscientos de sus camaradas, el resto fueron hechos

prisioneros. Una vez curado, Reznichenko regresó al frente y siguió luchando hasta 2016. Pero ya fue por sentido del deber, su corazón ya no estaba allí; el hecho de que su esposa lo engañara con su comandante y terminara abandonándolo se sumó a su desaliento.



185. Una noche, después de tomarme una copa con Reznichenko, me fui a cenar a casa de mi viejo amigo Oleksandr Glyadiélov, un conocido

fotógrafo ucraniano que a pesar de sus sesenta y cinco años lleva trabajando sin descanso en el frente del Dombás desde 2014. Le hablé de Reznichenko, y Sacha se echó a reír: «¿Dima? Lo conozco bien. Nos hirieron juntos, salimos juntos de aquel agujero». Yo sabía que a Sacha lo habían herido en la pierna en el Dombás, lo que no sabía es que eso fue durante el cerco de Ilovaisk, y la coincidencia me sorprendió. Sacha encendió su ordenador y me enseñó dos imágenes en un blanco y negro granulado (no importa cuáles sean las condiciones, Sacha solo hace fotos con película analógica, con una vieja Leica). En la primera, vemos a un soldado ensangrentado, en brazos de un enfermero militar impotente, agonizando en el suelo de una habitación embaldosada; en primer plano hay dos piernas estiradas, una de ellas cubierta de sangre, son las piernas de Sacha que espera su turno para que lo curen. «El pie de la derecha es de Dima.» La segunda, tomada dentro del vehículo blindado que los evacuó juntos, muestra a Reznichenko fumando, la mirada perdida en el vacío detrás de sus gafitas de intelectual. Me gustan mucho esos momentos en que los caminos tan distendidos de las vidas de los unos y los otros, dando vueltas en todos los sentidos casi al azar, se acaban plegando repentinamente para cruzarse en un nudo que no significa nada pero que revela de un solo golpe la textura espesa, la pura densidad de la red humana en que vivimos.

186. De vuelta a la vida civil, Reznichenko no tardó en encontrarse en una situación comprometida con sus antiguos camaradas. En los mítines nacionalistas, oía cómo los jefes que nunca habían puesto un pie en el frente gritaban «*Ukraína ponad usé*» («Ucrania por encima de todo»), y eso lo obligó a reflexionar. Empezó a hacer preguntas en público: «Nuestra artillería ha bombardeado Pervomaika, han muerto civiles. ¿De quién es la culpa?» – «De los ocupantes, por supuesto, de los rusos.» – «No, eso no basta como respuesta.» – «Los nuestros siempre tienen razón.» – «No, eso no basta.» *Cuando has derramado sangre*, pensaba él, *tienes derecho a hacer preguntas. No tienes por qué escuchar al* vozhd, *al* provodnik, *al* führer. Y entonces las cosas cambiaron. «Bajo Yanukóvich, cualquier patriota que amase a Ucrania debía unirse a un grupo nacionalista. Pero

después del Maidán, para amar a Ucrania ya no tenías que ser nacionalista. Cuando tu presidente [Petró Poroshenko, 2014-2019] exclama "Ejército, Lengua, Fe", ya no tienes ninguna necesidad de la mitología nazi. Hoy en día los grupos nacionalistas son completamente marginales, solo son personas que no tienen ninguna otra parte adonde ir. La única razón por la que hay tantos grupos, la única diferencia entre ellos son los egos y las ambiciones, todos y cada uno quieren ser el *vozhd*. Es algo más criminal que político. Por otra parte, la mitad de ellos acepta el dinero de los rusos, Svoboda el primero, todo el mundo lo sabe.»[174] Poco a poco sus relaciones con los militantes de S14 se estropearon, violentamente. Hubo peleas, hubo quien sacó su arma, hubo quien golpeó a Reznichenko. En diciembre de 2017, sus antiguos amigos le echaron *zelionka* a los ojos (un antiséptico verde, utilizado a menudo en ex-URSS para agresiones políticas); cuando se recuperó, tomó una granada de mano, reunió a unos cuantos amigos y se presentó en una reunión de S14. Todos salieron a la calle, los tipos de S14 sacaron algunas pistolas, Reznichenko le quitó el pasador a la granada, y los demás se dieron a la fuga. Ahí terminaron los problemas con sus excamaradas, que ya no volvieron a molestarlo. «¿Y hoy en día?», le pregunté allí, en el banco en Babyn Yar. – «¿Hoy en día? Me dejan tranquilo, y si no…» Y una gran navaja ya abierta apareció en su mano como por arte de magia. «¿Te ha tocado usarla?» – «Qué va, son unos cagones. Aun así, después de lo de la granada, me borré y me fui a los Cárpatos. Me dije a mí mismo, con tanta pipa y tanta granada voy a acabar en el trullo, fijo. Después de eso ya nunca nos hemos vuelto a ver.»

187. En la primavera de 2017, antes incluso del conflicto final con S14, Reznichenko sabía que lo había perdido todo. Le había dado una paliza a su comandante, que es quien le había quitado a su mujer, y por ello había perdido a sus compañeros de guerra. El fascismo le parecía ridículo y todos sus viejos amigos, grotescos. Luego se enamoró de una militante feminista de izquierdas que le enseñó un montón de cosas sobre masculinidad tóxica, sobre las personas LGTB y sobre la tolerancia, y que luego, a principios de 2018, lo dejó porque la artritis que había desarrollado por pasarse de pie

tantas noches largas y frías en Maidán y luego en el frente empezó a dejarlo inválido. Fue entonces cuando se puso a pensar seriamente en las razones que lo habían llevado a seguir ese camino, ese mal camino. Regresó a Kyiv, se matriculó en un instituto de Psicología, estudió a Freud, a Fromm, a Reich, conoció a su nueva esposa, se llevó a sus hijas a vivir con él y empezó a vivir de nuevo. Criaba a sus hijas, les enseñaba cosas útiles, las llevaba al Orgullo Gay. En la primavera de 2018, fue el primero en blandir la bandera roja y negra de la UPA en un Orgullo: «En el ejército tenía un buen amigo, *Frantsuz* [«el Francés»], Víktor Pylypenko por su verdadero nombre. Hicimos la guerra juntos, y en el momento del incidente de la granada luchó conmigo y me apoyó. Así que cuando salió del armario, el primero del ejército en hacerlo, decidí que esa vez yo tenía que apoyarlo a él, y fui al Orgullo con él. Me llevé la bandera de la UPA porque sabía que muchos tipos de derechas son gays en secreto, y también porque esa bandera para los nacionalistas es sagrada. Lo hice a propósito para escupir sobre esas zorras. Después todos prometieron que me iban a liquidar. Por supuesto aún los estoy esperando.» Una vez al año, hablaba con su madre, que le concedía una hora por teléfono, en ruso: «Es mi regalo de cumpleaños».



Otra vida (continuación y fin)

188. En el momento en que nos vimos la primera vez en Babyn Yar, Dmytró estaba terminando su tesis y empezaba a ejercer como psicólogo. Cuando en enero de 2022 volví a verlo, pasamos un buen rato hablando de la amenaza rusa en la frontera. Él fue el primero en decirme que, si Rusia iniciaba la invasión, no iba a suceder lo que Putin, los occidentales y la prensa preveían: «Todo el mundo piensa que nos van a machacar y que en tres o cuatro días la cosa habrá terminado. Pero nuestro ejército ya no es el de 2014. Tenemos cientos de miles de hombres que tienen experiencia en el frente y que volverán enseguida. Tenemos armas, artillería, y ahora sabemos usarlas. Hasta tenemos misiles que fabricamos nosotros mismos. Los rusos van a llevarse una buena sorpresa». Antes de vernos con Antoine para que le tomase un retrato, nos pasamos por su casa a recoger algo y allí me abrió un montón de cajas de municiones que tenía apiladas en la sala de estar, bajo un retrato de Ernst Jünger: dentro, junto con su colección de banderas nacionalistas que guardaba como recuerdo, estaba su Kaláshnikov, su casco, su chaleco antibalas y su uniforme, que él mismo se había comprado en 2014, como el resto de los voluntarios. «Por mucho que sea un inválido –me dijo tranquilamente, levantando sus manos agarrotadas por la artrosis–, si atacan Kyiv me voy a alistar. Pero solo para defender Kyiv.» El 26 de febrero, dos días después de la invasión, le escribí para preguntarle qué noticias había. No dio señales de vida hasta el 11 de marzo: *¡Hola Jonathan! Lo siento, no he tenido tiempo de responderte. Han pasado muchas cosas a la vez. Recuerdo que me preguntaste cómo me iban los estudios; pues mira, he aprobado todos los exámenes, incluido el examen final. Solo me quedaba terminar la tesis y defenderla. Imagínate, la terminé precisamente el 23 de febrero y se la envié al lector. Y la mañana del 24 empezó la guerra. La defensa tenía que haber sido el 4 de marzo, pero el instituto huyó y me quedé sin diploma. Qué estúpido y qué simbólico, los rusos no me dejaron terminar mis estudios. El primer día de la guerra recogí en coche a todas mis mujeres –a mis hijas y a mis esposas (la*

antigua y la futura)– y las llevé a Lvov, en medio de una inmensa oleada de refugiados. Allí, en Lvov, les organicé la vida y volví en tren a Kiev. Me alisté en el ejército, estoy sirviendo. De momento estamos protegiendo uno de los aeropuertos. También me envió un *selfie* en el que aparece bajo la nieve, con casco y uniforme, sonriendo tras de sus finas gafas, delante de dos de sus camaradas tan sonrientes como él, un joven un tanto vacilante y un muchacho más mayor, con gorra y haciendo la V de la victoria. Volvimos a intercambiarnos mensajes una semana más tarde, cuando Antoine, que quería conocerlo, pasó por Kyiv. Las cosas ya habían cambiado. *He dejado la Defensa Territorial. Al final había un desorden espantoso, holgazanería, mucha gente. Y el Covid. Como todo es mío –las armas, el equipo, los cartuchos– decidí que mejor sería esperar a los rusos en casa. Eso tendrá más sentido. Por otra parte, me estoy curando del Covid que he pillado. Sentarse ahí con la ametralladora, esperar y comer mucha comida de la que traen los voluntarios, eso pueden hacerlo sin mí. Ahora estoy en casa, escribiendo. Tras la ventana suenan las sirenas, de vez en cuando explota algo. Es romántico… Y sí, te dije que no iba a participar en la guerra salvo en caso de extrema necesidad. Resulta que la extrema necesidad aún no ha llegado, hemos parado en seco a los rusos a las puertas de Kiev. ¿Recuerdas que te dije que Ucrania tenía un ejército fuerte y que iba a luchar? Ahí los tienes, luchando como fieras*.

189. Por último, volví a ver a Reznichenko en mayo, cuando Antoine y yo regresamos a Kyiv. Quedamos en la terraza de la Osteria Pantagruel, un restaurante italiano que hay al lado de la Puerta Dorada. Dima estaba bastante abatido. Su exesposa, a quien había dejado junto con sus hijas en Lviv, huyó con ellas a Europa sin ningún tipo de papeles, aprovechando el estatuto de refugiadas que les habían concedido. Luego, poco después de dejar la TO, pasó un mes en prisión. Durante ese tiempo, su ex había puesto a las dos hijas contra él, y ya no tenía ningún contacto con ellas; por supuesto, no podía salir del país para ir a buscarlas: «No podía hacer nada, a punto estuve de colgarme», me dijo. La historia de la prisión era compleja y sórdida. Su vecino de arriba era esquizofrénico y estaba convencido de que

Reznichenko tenía montada en casa una máquina para enviarle radiaciones. A lo largo de los años habían tenido muchas trifulcas, Dima una vez llegó incluso a romperle la nariz; luego, el año anterior, lo había hecho entrar en su apartamento para demostrarle que no había ninguna máquina. Las cosas se fueron calmando y Dima estaba convencido de que no volvería a saber de él. Pero un día, a su vuelta de la TO, se encontró con que alguien había rajado con un cuchillo el revestimiento de cuero de la puerta de su apartamento. Furioso, subió y llamó a la casa del vecino. Por una vez la puerta se abrió: «De repente aparece y lleva una pistola. Me apunta a la cara con la pistola y se pone a dispararme. A quemarropa. Cuando vi el arma, pensé: *Ya está, estoy jodido*. Me dispara y yo me quedo de pie. Recuerdo la pistola en la cara, los disparos, y luego entiendo que estoy vivo. Lo siguiente es todo como una bruma. Y resulta que cuando esa bruma se disipa estoy de pie encima de él con la pistola en la mano». El vecino yacía en el suelo lleno de hematomas y con varias costillas rotas. Su arma era de pequeño calibre, y Dima pensó que no tenía nada. Llamó a la policía, que acudió a hacer un informe y selló el arma. Pero cuando el fiscal lo llamó, se vio metido en prisión preventiva. Su compañera Olha contrató a un abogado, y el fiscal la citó para decirle: «Si en vez de gastarte ese dinero en un abogado nos lo hubiera traído a nosotros, Dima ya estaría libre». En la cárcel, las condiciones eran duras, pero mientras los otros reclusos se drogaban y fumaban, Reznichenko leía tratados de neurobiología. Luego tuvo un golpe de suerte: una de las autoridades criminales de la prisión, un converso al islam que se hacía llamar Mansur, se enteró de que querían matarlo y consiguió que lo trasladaran a una celda pequeña. A Dima lo metieron con él para hacerle compañía. Las condiciones eran mucho mejores, pero su asunto no avanzaba. Un día, echado en su litera, se frotó la barbilla y notó una protuberancia bajo la piel. Su abogado consiguió que le hicieran una radiografía, y allí se vio que los minúsculos balines la pistola se le habían quedado incrustadas en la mandíbula. En Ucrania, si a una persona con una bala en el cuerpo la encierran sin asistencia médica se considera un acto de tortura. Su abogado presentó una queja. Al cabo de un mes, compareció ante un juez, y allí descubrió que en el procedimiento

penal no figuraba ni la enfermedad mental de su vecino ni la pistola ni los disparos ni las balas: oficialmente, había subido a la casa de su vecino y le había pegado por nada. El juez fijó su fianza en 100.000 grivnas, Olha las reunió pidiendo prestado a unos amigos y lo dejaron libre. Ahora el abogado pleiteaba contra el fiscal y los policías responsables.



190. En cierto momento volvimos a la guerra. Diez o doce días antes, los últimos defensores de Mariúpol, combatientes del batallón nacionalista

Azov, acabaron por rendirse a los sitiadores, y el Kremlin desencadenó su propaganda sobre la rendición de aquellos «nazis», como si solamente ellos ya justificaran la invasión. «Sabes, Jonathan, la verdad es que así es como éramos en nuestros tiempos.» Dima buscaba las palabras, intentaba explicar su idea con exactitud. «Para nosotros, antes… A ver si lo entiendes… Cuando tienes una especie de idea, una especie de… no una comprensión del mundo sino una *sensación* del mundo, tienes que vestirla con ciertas formas ideológicas, con ciertas palabras, porque no es algo que pueda transmitirse al nivel de las sensaciones. Y en este país no tenías dónde encontrar material para eso, solo podías ir a buscar todos esos símbolos del pasado, la bandera roja y negra y todo eso.» El año anterior, en una manifestación de extrema derecha, yo había conocido a un combatiente de Azov y me mantuve en contacto con él. Me saqué el *smartphone* y le enseñé a Dima en Telegram la foto de perfil del tipo, con el cuerpo completamente tatuado con runas y símbolos macabros. «Mira, si eso se lo enseñas a un europeo, lo identificará enseguida con un criminal y, muy probablemente, con un neonazi. Pero cuando yo estaba en la ultraderecha, sabía que cada miembro del movimiento tenía un amigo judío o un amigo negro, era algo normal. Es como si todos jugásemos con eso. Como si no fuéramos verdaderos fascistas, como si solo quisiéramos parecer verdaderos fascistas. Especialmente con el antisemitismo. Yo no recuerdo que el tema del antisemitismo se plantease de ninguna manera, que nadie lo abordara con un mínimo de seriedad; excepto algunos medio locos a los que nadie prestaba atención. Al contrario, los judíos eran más bien respetados. Y sin embargo llevábamos cruces gamadas.»

191. Sigue reflexionando. «Ahora… Hay una especie de sustitución muy rara a la que aún no se le ha puesto nombre. Los rusos atrapan a los Azov, sacan fotos de sus tatuajes y dicen: "¿Así que en Ucrania no hay fascismo?". Pero últimamente me he dado cuenta de que los tatuajes no tienen nada que ver con el fascismo. El fascismo es cuando la oposición está prohibida en el país, cuando no hay libertad de expresión, cuando se prohíben los desfiles gays… Estado totalitario, líder, toda esa mierda, el

fascismo está *allí*, en Rusia. Lo de Azov no es fascismo, es una subcultura, con símbolos que ni siquiera significan lo que representan. Es lo que decía Baudrillard: un simulacro. Una especie de juego de vikingos, de Valhalla, el sueño de un niño, como los míos cuando tenía veinticinco años.» Hizo una pausa. «Ahora, los rusos preparan esos juicios [de los combatientes de Azov]. Los necesitan para aparentar que están luchando contra el fascismo. Pero ha sido algo muy raro: lo que ha sucedido en Mariúpol es que los auténticos fascistas han vencido a una gente que quería parecer fascista. Es una especie de nuevo conjunto de significados que no encaja con la antigua forma de entender. Porque según la antigua forma de entender, los rusos son los antifascistas y Azov son los fascistas. Ahora bien, en realidad es al revés. Solo que el gobierno ruso no ha adoptado la estética nazi, como nosotros. Su estética es soviética. Pero su ideología es nazi.» Nos pusimos a hablar de otra cosa. Pero al cabo de un rato, insistió: «Mi cita preferida de *Mein Kampf* es cuando Hitler dice: "Cuando era joven no había nada que me irritase tanto como el hecho de que la era de los grandes actos heroicos ya hubiera pasado. Y ante nosotros no tenemos más que la coexistencia pacífica de los pueblos". Hitler estaba enfadado. En la década de 2000 nosotros también estábamos enfadados, teníamos la misma sensación de que las guerras habían terminado, de que ya nunca volvería a haber otra guerra. De que ya nunca volvería a haber grandes logros históricos. De que íbamos a vivir para siempre en un aburrido país de Europa del Este que no influye en nada ni decide nada. *Fight Club* habla de lo mismo: el tipo se sentía ahogado en su trabajo, no creía que ganarse su propia felicidad fuese posible, y solo vio una salida en ponerse a pelear. Entonces por fin lo sintió: ya está, sí, por fin, la vida real. Nada de simulaciones, una experiencia real. Yo también me metí en clubes de combate, como él. Y ahora la guerra es real, que es lo que yo quería. Cuando era joven soñaba con que hubiese una guerra, con que hubiese hombres con uniforme militar desfilando por las calles, con que íbamos a ser muchos e íbamos a tener batallones de tanques y lucharíamos contra el imperio y venceríamos. Y así la gente entendería por fin el nacionalismo ucraniano en el buen sentido, entendería que éramos buenos chicos. Ese era mi sueño de la infancia. Pero ya no quiero eso.

Alguien me dijo: Ten cuidado con lo que deseas. Ahora estoy horrorizado por lo que soñaba entonces, porque se ha hecho realidad y soy una persona enferma e infeliz y ya no quiero ir a la guerra. Me enrolé en el ejército cuando había que combatir por Kyiv, pero en los combates no participé. Entonces me di cuenta: ¡Dios mío, pero si no quiero! No quiero que sea así. Preferiría volver a ver una Ucrania tranquila y pacífica. Pero no. Ten cuidado con lo que deseas. Y te dicen: Ahí tienes, deseo concedido, puedes estar contento. Pero no estoy contento».

Un barrio común

192. En junio del año anterior, después de nuestra primera conversación allí en el banco en Babyn Yar, acompañé a Reznichenko hasta el *perekhid*. Nos despedimos delante de las pesadas puertas batientes del metro y seguí adelante, cruzando la Teliha para ir al Banka, en la esquina de la Dorohózhytska, donde empieza el barrio de Syrets, que es donde había quedado con Antoine. Él me estaba esperando en una terraza y pedimos ensalada de pollo con mayonesa, unas chuletas de cerdo de dos dedos de grosor y unas cervezas. Hasta la hora de la cita en la torre de televisión aún nos quedaba un buen rato y teníamos previsto dar un paseo por el barrio, que todavía no habíamos explorado. El Banka estaba adosado a una de las largas *jrushchovkas* de ladrillo rojo que bordean la calle Teliha, y para no tener que manejarnos con la multitud y el ruido del tráfico decidimos cortar por detrás. Ya he usado varias veces la palabra *jrushchovka*: así se llaman unos edificios que fueron todos construidos a partir de planos prácticamente idénticos como consecuencia del *boom* inmobiliario que decretó Jrushchov en los años cincuenta para descongestionar los *kommunalki*, apartamentos comunitarios en que una familia entera disponía como mucho de una sola habitación, y mejorar un poco la vida de la gente tras tres décadas de Stalin, en que todos los recursos del país se dedicaban a armamento e industria pesada. Por primera vez desde la Revolución, el bienestar del pueblo era importante, y eso se notaba con solo entrar en la calle, con sus quioscos de

plástico de colores llamativos y sus puestos de fruta y verdura, y al pasar bajo uno de los altos arcos que conducen a los patios interiores, con esa sencilla elegancia que refleja el sovietismo confiado de los años sesenta. Una profusión de verdor, de árboles y de flores ocultaba la banal fealdad del propio complejo; nos paseamos de patio en patio, entre las zonas de juego para niños pintadas de rojo, azul y amarillo, los pequeños garajes de chapa, las entradas de los *pógreb* que los residentes habían excavado sin autorización junto a los caminos pavimentados, y los macizos de flores meticulosamente cuidados. Los callejones hervían de gente paseando al perro, cuidando de sus hijos o fumándose un cigarrillo en un banco. Cada vez que levantabas la cabeza, por encima de los tejados veías el elevado rectángulo del edificio en construcción sobre la calle Teliha, que desde el parque también era visible: una masa de bloques de hormigón sin lucir, balcones de ladrillo y plataformas tambaleantes, suspendidas a lo largo de las fachadas entre unas ventanas aún abiertas y otras en las que ya habían colocado los cristales, llenos de pegatinas. Navegando en diagonal para adentrarnos aun más entre las *jrushchovkas*, nos metimos por un callejón con el suelo de tierra y medio a la sombra que serpenteaba bajo unos arbolitos bajos y luego bordeaba una asquerosa pared de cemento llena de grafitis, a través de cuyos intersticios se divisaba un pequeño estadio. A nuestro alrededor se superponían los balcones de los edificios, todos diferentes, personalizados, como niditos improvisados a lo largo de esas unidades idénticas, algunos abiertos, otros cerrados con estructuras de madera o de aluminio y PVC, y aun otros con un bullicio de chatarra al estilo de un Facteur Cheval soviético. El camino daba a dos filas de pequeños garajes privados, oxidados y arruinados, y luego a la parte trasera de un cine abandonado. Nos acercamos a la escalera de emergencia, plagada de jeringuillas tiradas por el suelo en medio de los fragmentos de ladrillo y de mármol; en lo alto de la escalera, una rejilla de barrotes torcidos, el piso derrumbado, el zumbido de miles de moscas y un hedor inmundo nos impidieron seguir adelante y explorar los escombros de la sala oscura. Siguiendo por el lado del cine había una chica fumando en cuclillas encima de un bloque de hormigón, al lado de una amiga sentada con las

piernas colgando, dos chavales charlando en un rincón apartado a la sombra y un padre paseando con su hija. Tuve la impresión de que aquí no había cambiado nada en treinta años, como si la poesía envejecida del sovietismo agonizante siguiese inalterada y empapase el lugar.



193. Cruzamos la calle Shchúsiev esquivando coches para no tener que dar un buen rodeo, y seguimos nuestro camino por entre los edificios. Unos

meses más tarde volví al que ahora dejábamos a nuestra derecha para visitar a Lera y Nadia, dos amigas que trabajan para el BYHMC y que nos habían ayudado mucho con nuestros trámites. Esa noche, Nadia había salido a pasear a su perro *Dzhia*, y Lera estaba sola en el apartamento que tenían alquilado juntas, en el cuarto piso, a la altura de la copa de los árboles, que a la suave luz otoñal empezaban a virar a rojo. Me sirvió un té y nos lo tomamos sentados a una mesita cuadrada colocada contra la pared de la cocina mientras me hablaba de su vida en el barrio. Cuando tuvo el Covid, se pasó 16 días encerrada en el apartamento; lo único que podía hacer era ir a perderse por Babyn Yar. Eso fue a mediados de abril, a principios de primavera, había flores por todas partes, en las ramas de los árboles aparecían las primeras hojas. «El mundo era bonito. Pero yo sentía que en ese lugar no podía descansar. Había como una tensión, ese bosque no es un sitio en que una pueda dejarse ir, yo por lo menos no puedo. Porque se sabe.» ¿Y entonces por qué habían venido a vivir aquí? «Es una buena pregunta.» Nadia y ella llevaban mucho tiempo buscando un apartamento, en Kyiv no es cosa sencilla, los apartamentos son una birria y demasiado caros. Al final, les llamó una chica y les dijo: «Tengo un apartamento para vosotras». Lo visitaron y cuadraba con lo que andaban buscando. «Pero claro, Babyn Yar… ¡por lo menos estaríamos cerca del curro! Hacíamos broma con que sería el cuartel general para las ceremonias del 80.º aniversario…» Para la mayoría de la gente, era un buen lugar para vivir, con esos bosques en el centro de la ciudad que para ellos no era más que un parque. Pero a Lera al principio le costaba dormir allí. «¿Puede que fuese solo por que era un lugar nuevo? Eso siempre pasa. Las primeras tres o cuatro semanas tenía unas pesadillas terribles, al despertar ya no recordaba con qué había soñado, pero estaba muerta de ansiedad. Me preguntaba si sería cosa mía, de mi cabeza, o de la energía del lugar.» Por lo menos no estaba sola. En el barrio había mucha gente miserable, no en el sentido económico del término, sencillamente desafortunados, mucha droga, alcohol. Una vez, durante el confinamiento, Lera salió a dar una vuelta por los alrededores a eso de la medianoche y se encontró con un tipo totalmente drogado que se inyectaba, corría, gritaba. «¿Acaso será por los orígenes

familiares de la gente del barrio, que son sobre todo trabajadores soviéticos? Yo soy de Troiéshchyna, en la orilla izquierda. Es un barrio con mala reputación, lleno de *títushky*, chavales de Azov, traficantes, borrachos. Pero aun así es mejor que Syrets. No es que haya tenido problemas, pero yo aquí siempre estoy un poco nerviosa.»

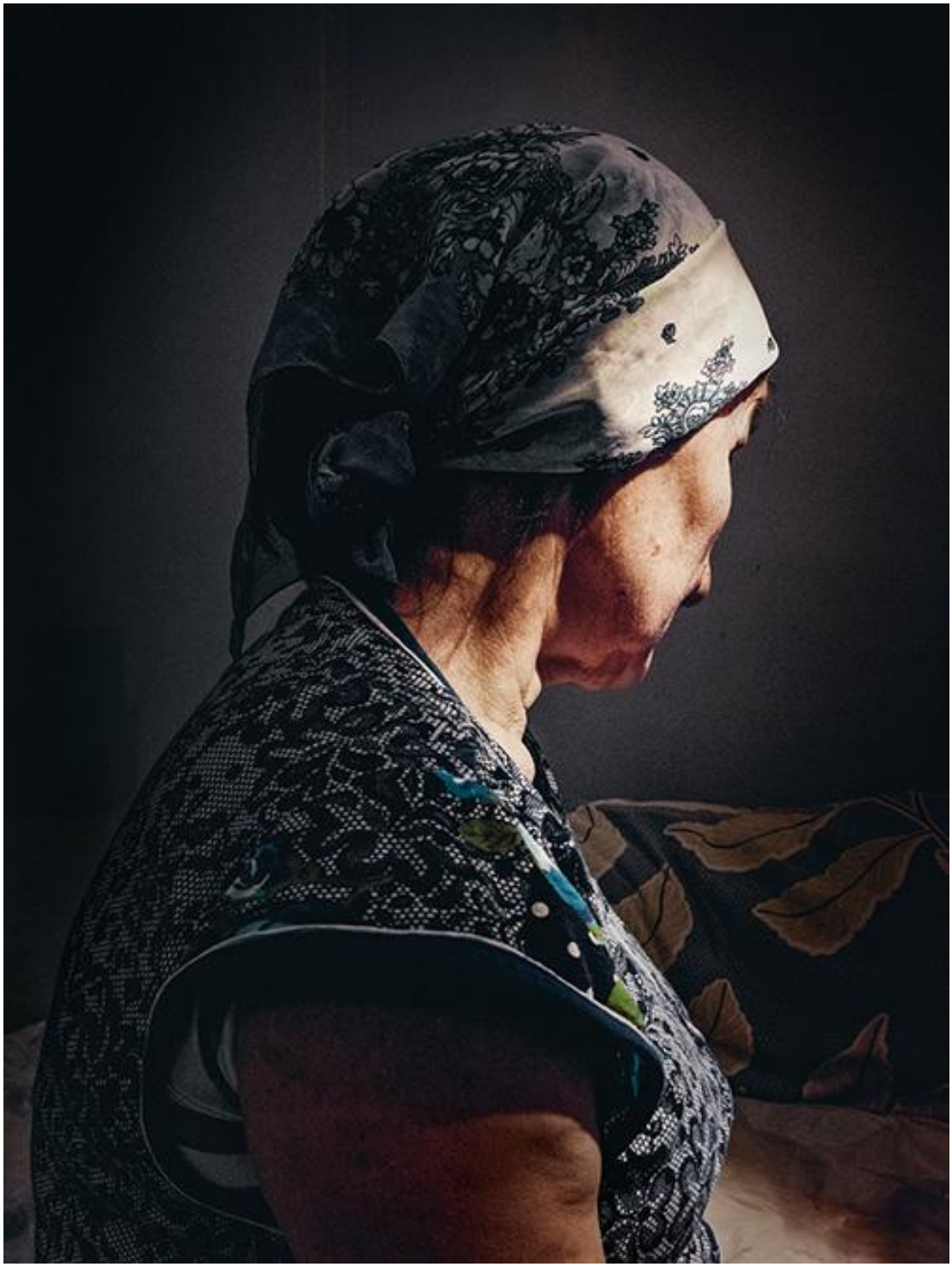


194. En cuanto a Antón Drobovych, el nuevo director del UINP, había crecido con su abuela en el barrio, o más bien más allá, en un pequeño

suburbio de época zarista metido en el gran bosque que rodea Syrets por el oeste, detrás del arroyo del mismo nombre y la calle Tiráspolska. En aquellos tiempos todavía estaba en los confines de la ciudad, un suburbio poco conocido y cerrado en sí mismo. Durante la guerra, la gente que vivía allí nunca entregó a sus judíos; un *polizei* del barrio, que en 1943 se había ido con los alemanes, unos años más tarde regresó discretamente y tampoco a él lo denunciaron. «Gente así, ya me entiendes», me dijo Drobovych. Su familia tenía orígenes polacos, su abuelo había servido en el *Ludowe Wojsko*, el Ejército Popular Polaco creado por Stalin para contrarrestar a los polacos prooccidentales. El padre de este abuelo fue arrestado en los años treinta durante las feroces represiones antipolacas. Unos veinte años más tarde, durante el período de Jrushchov, su viuda, la bisabuela de Drobovych, escribió para saber qué había sido de él, y le respondieron que lo habían fusilado ilegalmente, pero que el Estado soviético lo rehabilitaba y que podía recibir 200 rublos por la ropa que llevaba en el momento de su detención. Por parte de la abuela de Drobovych, hubo dos hermanos que lucharon en el Ejército Rojo y a los dos los mataron. Cuando después de la ocupación esa abuela se puso a estudiar en el Instituto de Relaciones Internacionales, para llegar a la primera parada del tranvía todos los días tenía que caminar varios kilómetros a través del bosque y luego de Babyn Yar. «Cruzar el *yar* siempre se le hizo extraño. En aquel momento, con el inicio del antisemitismo de Estado, hablar de lo que allí había sucedido evidentemente estaba prohibido. Y mi abuela era una profesora soviética muy respetuosa de la ley. Pero aun así era una emoción tan fuerte que la compartió con su familia, por eso esta pequeña historia milagrosamente no cayó en el olvido.»

195. Mientras caminábamos, le explicaba a Antoine que el barrio no solamente cubría el barranco rellenado sino también el gran campo de concentración que había justo al lado, el KL Syrets. Lo habían abierto en la primavera de 1942 en el emplazamiento que ocuparan unos campos de entrenamiento militar zaristas y luego soviéticos para asumir las funciones del campo temporal de la calle Kerosyna (la actual calle Sholudenko),

donde estaban encerrados los prisioneros de guerra a los que fotografió Johannes Hähle al día siguiente de la masacre, allanando la tierra vertida en el barranco. En julio de 1942, el KL Syrets fue incorporado como «campo exterior» al KL Sachsenhausen, uno de los grandes campos madre del sistema concentracionario alemán, donde unos meses antes habían sido transferidos Bandera y Stetskó. Como en todas partes, la mortalidad era espantosa; pero cierto número de artesanos judíos con oficios útiles para los alemanes, sastres, zapateros, peleteros, encuadernadores y otras profesiones, siguieron en él hasta casi el final de la ocupación. Sin duda, los miembros del *Sonderkommando*, encargado de desenterrar y quemar los cadáveres de Babyn Yar, fueron reclutados de entre esos artesanos, de los cuales solo unos pocos sobrevivieron al levantamiento de septiembre de 1943. Después de la liberación, los soviéticos utilizaron el campo para meter prisioneros de guerra alemanes, muchos de los cuales fueron enterrados allí, a poca distancia de un cementerio simbólico erigido en 1999 por el gobierno alemán. El campo no fue liquidado definitivamente hasta 1946. Contrariamente a lo que piensan muchos vecinos, no estaba situado en el emplazamiento del actual parque de Syrets, con su magnífico tren para niños que circula todo el día por los bosques, los caminos, las explanadas de juegos, los barrancos y los quioscos de bebidas, y que de hecho es un tren de verdad que sirve de entrenamiento para los nuevos reclutas de la compañía nacional de ferrocarriles, Ukrazalíznytsia. El equipo del BYHMC, gracias a unas fotografías de reconocimiento aéreo de tiempos de la guerra, ha identificado el sitio con certeza: el campo estaba ubicado al norte del parque de Syrets, al oeste de Babyn Yar, ocupando la mitad del barrio de las *jrushchovkas,* desde la calle Olena Teliha hasta la estación de metro Syrets por un lado, y desde la calle Ryzka hasta la calle Volodymyr Salskiy por el otro.





Fe y memoria

196. Y así nos fuimos acercando a la antigua tapia norte del campo. Pasando entre una guardería y un edificio más alto y más nuevo que los otros, desembocamos en un gran espacio abierto, medio solar medio jardín, con una hilera de álamos en el centro. Aquí, la mayoría de los edificios era de hormigón, unos complejos de los años ochenta montados a partir de elementos prefabricados, grises y feos; a nuestra derecha se alzaba la gran torre en construcción que dominaba todos los demás edificios. Detrás de los álamos había una pequeña iglesia y decidimos ir a verla. Para ser una iglesia de barrio era bonita, hecha de troncos, con unos tejados empinados de color verde y realzada en el centro por un bulbo dorado coronado por una cruz ortodoxa. En la entrada había una señora con un pañuelo limpiando los arriates y le pregunté si el pope estaba. «*Otets* Ioann? –preguntó ella al tiempo que se levantaba con la mano llena de mala hierba–. No, hoy no. Tendrán que volver otro día.» Eso es lo que hice, varias veces, hasta cogerle un cierto cariño a ese pope afable pero al mismo tiempo tan intenso, sobre todo humano; como el revés del padre Serguei de la iglesia del parque. Nos sentábamos en un banco de la iglesia, donde una señora nos servía un té, y allí me hablaba de la vida no solo espiritual sino también psíquica de la gente del barrio, así como de la suya. Su abuelo, Petró Tranko, había sido un historiador bastante conocido, y resulta evidente que él había heredado su interés por las cosas del pasado; su suegro, que vivía en Kassel, Alemania, era judío, y el mayor de sus siete hijos, a los veintidós años, quería ir a estudiar a Israel. «Y tú ¿eres creyente?», me preguntó un día, y escuchó mi negativa con curiosidad. La iglesia había sido construida muy ligera, para que las cimientos fuesen lo menos profundos posible, apenas 80 centímetros de profundidad por 20 centímetros de ancho; sin embargo, al cavarlos, habían encontrado muchos restos humanos que luego enterraron bajo la iglesia, debajo del trono del altar. En otros tiempos, en las catacumbas, la liturgia se celebraba sobre los huesos de los maestros; para

el padre Ioann aquello era una continuación de esa tradición, pero con los huesos de las víctimas del nazismo.



197. Era algo que estaba claro que le preocupaba desde hacía mucho tiempo, y de una manera totalmente distinta que al padre Serguei. En 2006,

antes de venir a fundar esta iglesia, oficiaba también en la iglesia de San Cirilo del psiquiátrico. Allí conoció a un anciano, uno de los pocos judíos que sobrevivió a Babyn Yar, que de niño había caído bajo los cuerpos y que llegada la noche se había escapado. «Estaba roto por dentro. La vida rota. Gritaba todo el rato, por eso lo internaron.» La *Marcha de los turcos* de Lully nos interrumpió; él sonrió, se sacó el teléfono del bolsillo y la paró: «¡Perdón, perdón!». Se volvió hacia un icono a la derecha del iconostasio, una Virgen de rostro sereno, absolutamente tranquila, con siete flechas dirigidas hacia su corazón. «¿Ves este icono? Es el que escogí para dedicarle la iglesia. Es el icono de la Madre de Dios "que ablanda los corazones malvados". De joven, en tiempos de la perestroika, era mi icono favorito.» No lejos de nosotros colgaba el de Serhiy Vandalovskiy, un pintor de iconos de Kyiv muy conocido. «Esta imagen nos es cercana porque… ¿cómo decirlo? No la han atravesado pero está dispuesta a aceptarlo.» Establecer la iglesia había conllevado una larga lucha; habían intentado quemarla dos veces, una empresa quería apoderarse del terreno. «Pero gracias a Dios nos quedamos. Este barrio es complicado, muy complicado. No te lo puedes imaginar. La tasa de suicidios es espeluznante, la peor de la ciudad.» Él opinaba que porque la tragedia de Babyn Yar no había sido digerida. En la Ucrania postsoviética no había habido ningún trabajo de memoria en profundidad, como sí lo hubo en Alemania después de la guerra. Intentaron colocar paneles informativos alrededor de la iglesia, pero los habitantes se negaron, no estaban dispuestos a aceptar ningún monumento, ningún acto de memoria. También estaba el problema de la participación de los *polizei* ucranianos en el asesinato de los judíos, y nadie quería hablar de ellos. «Eso no es honesto. Para mí, como sacerdote, es uno de los asuntos más candentes. La gente no quiere hablar de sus errores. En verdad nadie quiere desovietizarse en profundidad.» Veinte años antes, hacia 2002 o 2003, la ciudad quería transformar el Kino Gagarin, el mismo que ahora está en ruinas unas calles más allá, en museo del campo de Syrets; hubo una agitación enorme, y la administración del mercado pleiteó y ganó: el mercado se quedó, y el cine fue abandonado. «No puedes ni imaginar el nivel cultural y espiritual de la gente de este barrio. La gente no

quería aquí esta iglesia porque les molestaba para pasear al perro. Otros querían un parking, otros un estadio. Ahora, la única razón por la que nos toleran es porque impedimos que construyan otra torre grande como esa de ahí. Ni a los judíos del barrio le interesa la memoria de Babyn Yar.»



198. Algo de lo que todos hablaban –Lera, Drobovych, el padre Ioann– era de fantasmas, de espectros que frecuentaban los caminitos arbolados del

barrio y su hermoso parque, las escaleras de los viejos edificios, los escombros mezclados con jeringuillas del cine abandonado, las obras de los nuevos edificios, las escuelas y las guarderías. Fantasmas tristes y tenaces que arruinaban obstinadamente tanto los pequeños placeres de los residentes como sus proyectos más ambiciosos, arrimando constantemente este lugar de vida más bien alegre y placentera hacia algo lúgubre, mortecino, pesaroso. Fantasmas aglutinándose alrededor de los innumerables monumentos y proyectos de memoria que pululan por toda la zona como si se tratara de sus nidos o madrigueras, unos monumentos puestos ahí por asociaciones, fundaciones, iglesias y el gobierno. Fantasmas que le sustraían toda inocencia a las más inocentes cosas de la vida.



199. A principios de 2022, Antoine y yo volvimos a la iglesia de Syrets y fuimos a la misa de la tarde del 6 de enero, la víspera de la Navidad

ortodoxa. Aparte del padre Ioann y la anciana de la tienda de libros religiosos e iconos, yo la iglesia siempre la había visto vacía, pero aquella tarde había una pequeña muchedumbre, era gente del barrio. El padre Ioann oficiaba con uno de sus colegas, el padre Román; los dos popes iban de gris, los creyentes aún llevaban puestos los abrigos y las parkas, las mujeres llevaban pañuelo, los hombres la cabeza descubierta, todos con mascarilla, Covid obliga, y todos de pie. En el balconcito que dominaba la sala, un hombre y una mujer salmodiaban la liturgia preliminar; el padre Ioann besaba a los que iban entrando, luego, mientras la pequeña nave se seguía llenando, se acodó en un reclinatorio que había en un rincón a escuchar confesiones, delante de todos tal como se hace aquí, cálido y presente. Detrás del iconostasio trajinaban otros acólitos, a los que vino a unirse un tercer pope, el padre Oleksandr, larguirucho, enjuto y medio calvo, que entró apresuradamente con su ropa de calle y ahora se cambiaba para ponerse sus ropajes sacerdotales. Su salida con su capa dorada de enorme cuello anunció el comienzo de la misa: con un incensario en la mano, dio lentamente la vuelta a la iglesia sahumando cada rincón mientras la audiencia giraba sobre sí misma para seguirlo con la mirada. En el balcón, mientras la mujer seguía salmodiando, el coro se aglutinaba alrededor de la única partitura y parloteaba tranquilamente, luego, sin que la otra dejase de leer, de pronto empezaron a entonar *S nami Bog*, «Dios con nosotros», cuatro voces femeninas y un hermoso bajo masculino llenando el espacio. La nave era un rumor continuo de conversaciones, susurros, cuchicheos, roces de abrigos y ruidos de pasos en el suelo. Una penitente acabó de confesarse y se inclinó hasta tocar con la frente la Biblia que había abierta encima del reclinatorio; el padre Ioann cubrió la cabeza de la mujer con su estola dorada, puso una mano sobre ella y murmuró las palabras del perdón. El padre Oleksandr colocó una bandeja de panecillos, *búlotchky*, encima de una mesa en medio de la nave y rodeada por tres velas. El ambiente era totalmente distinto al de una misa católica, donde cada vez se enfocan todos, sacerdotes y feligreses, en una sola cosa, ya sea la oración, el canto o la bendición; aquí reinaba una sensación de continua faena, muchos asuntos

religiosos en marcha al mismo tiempo, encabalgándose sin entorpecerse, cada cual a lo suyo.

200. En mayo de 2022, después de que los rusos asaltasen Kyiv, volvimos a visitar una última vez al padre Ioann. Nos había pedido que en vez de a la iglesia fuésemos a verlo a su casa, en los suburbios del norte, así que tomamos un coche. A la salida de Kyiv, justo después del pequeño aeródromo de Sviatoshyn, la gran carretera se adentraba en un enorme bosque de pinos que se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista. En medio del bosque, en un cruce delante de una gasolinera destruida por completo, el ejército había instalado un *checkpoint* gigantesco con varios camiones volcados en el flanco para bloquear una parte de la calzada. De ida pasamos rápido, pero en sentido contrario, en dirección a la ciudad, había una cola de cientos de metros, en el control paraban a todos los vehículos. Luego tiramos recto a través del bosque, divisando aquí y allá posiciones defensivas sobre los taludes; a nuestra derecha, detrás de los árboles, invisibles desde esta carretera, se extendía el suburbio chic de Pushcha-Vodytsia, con sus sanatorios y sus dachas gubernamentales. Un poco más allá empezaba Horenka, enclavado entre el bosque y la llanura fluvial del Irpín, sobre la cual se había establecido la defensa ucraniana de Kyiv. Las fuerzas rusas nunca lograron entrar en Horenka, pero hubo allí intensos combates y la entrada del pueblo estaba devastada: la iglesia que dominaba la carretera estaba en ruinas, no quedaba en pie más que un Cristo de yeso desfigurado; un poco más allá, en mitad de las casas bombardeadas, sus muros ennegrecidos cubiertos de glóbulos de silicona que sirvieran para fijar las placas de poliestireno aislante que las detonaciones habían arrancado y carbonizado, se alzaban los restos de un supermercado Fora, luego el monumento a los muertos de 1941-1945, con las palabras NO SE OLVIDA A NADIE aún legibles sobre el mármol acribillado de balas y metralla, y un soldado de bronce en el centro, arrodillado, con la cabeza descubierta y atravesado por todas partes, la mejilla abierta como por una cicatriz, pensativo. Ahí es donde había que girar para llegar a la casa del padre Ioann. La larga calle que atravesaba la aldea estaba

destrozada por impactos de obús, íbamos zigzagueando y traqueteando mientras desfilaban los edificios, los almacenes y los centros comerciales, todos gravemente dañados por los bombardeos. El padre vivía un poco más lejos, en el *pryvatniy séktor*, entre casas rodeadas de cercas como en Bucha; la suya estaba al fondo de un caminito, detrás de una valla roja salpicada de esquirlas, el techo agujereado por un pequeño obús de mortero.

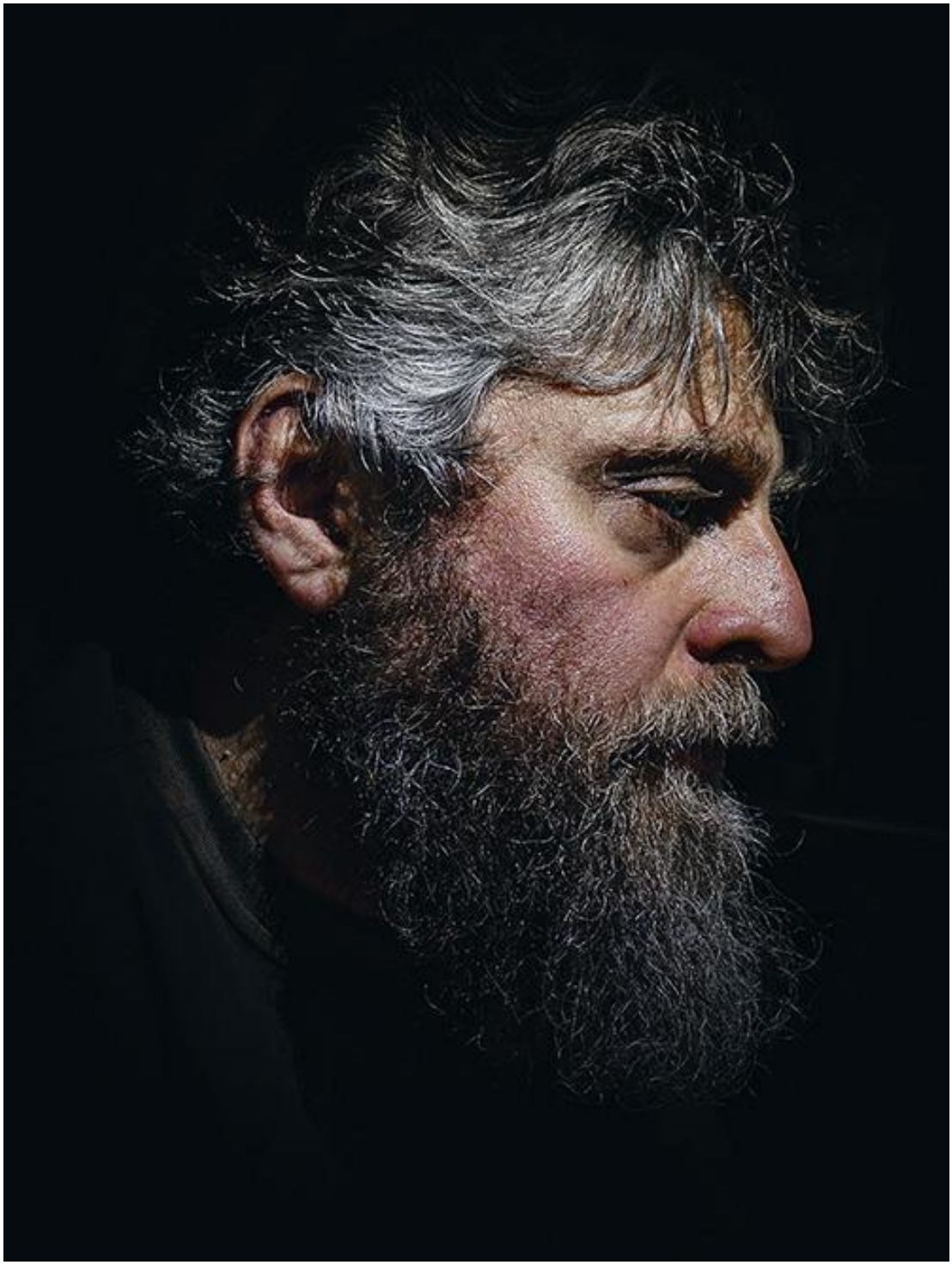
201. Llamamos un buen rato a la puerta metálica y al final el padre vino a abrirnos: «Lo siento, estaba detrás, no os había oído», nos dijo, recibiéndonos calurosamente. Había tenido mucha suerte: no es solo que el proyectil de mortero no hubiese incendiado la casa, sino que en el jardín había explotado un misil Grad, lo cual había revuelto la tierra y había despedido una ráfaga de metralla que no dio en la casa. Nos enseñó los restos del misil: «Dos metros y me quedo sin casa». Junto a la valla había un contenedor con ventanas, su pequeña capilla familiar. El interior estaba cubierto de madera pulida y lacada, y la pared del fondo la adornaban varios iconos, una Virgen con el Niño con una esquirla alojada en la barbilla de María, y un Cristo adulto con un impacto en la aureola; la cruz de madera, regalo de un amigo, era de Tiflis, Georgia; las ventanas rotas estaban cubiertas con plásticos. El icono principal provenía del monte Athos, una Madre de Dios «rápida en escuchar». Si la casa del padre Ioann y la de sus vecinos inmediatos habían sobrevivido, o eso es al menos lo que él pensaba, fue gracias a esa capilla: «Más abajo, las casas resultaron destruidas por completo. Y al lado, por allá, vivía una familia grande con seis hijos, la casa ardió entera, ya no tienen nada para volver. Le estoy muy agradecido a Dios por habernos protegido, es un milagro.»

202. Dentro, el padre nos preparó té y nos sentamos alrededor de la mesita de la cocina para tomárnoslo. El primer día de la guerra, al padre Ioann lo halló en su casa con su familia. A partir del 26 de febrero se cortó la electricidad; los ucranianos habían dispuesto su artillería muy cerca –lo más seguro es que obuses autopropulsados SAU– y cada vez que disparaban la casa temblaba. Sus hijos no tenían miedo, y todavía no había disparos de

respuesta, pero a principios de marzo los aviones empezaron a lanzar bombas sobre Irpín, a un kilómetro y medio de distancia. «No quería irme, no creía que fuese a ser tan trágico, que fuese a ser a tan gran escala. Pero entonces vi con mis propios ojos que estaban usando munición de fósforo. Y dije *vsio*, es suficiente. Metí a toda la familia en el coche y los llevé a Munich.» Como padre de familia numerosa, podría haber obtenido un permiso de salida del país, pero regresó enseguida y se quedó en Kyiv, celebrando misas en su iglesia de Syrets, ofreciendo comida a la gente que iba allí a rezar, y trabajando también como voluntario para llevar gasolina, gas y comida a los combatientes de la TO que defendían Horenka.

203. Mientras hablaba medio en la penumbra, Antoine trataba de fotografiarlo inclinándose hacia atrás para abarcar el mayor espacio posible. Pero el padre no le prestaba atención. Había sacado su teléfono y me hacía escuchar mensajes de voz que le había enviado por WhatsApp a algunos amigos rusos cuando estalló la guerra: *Que el Señor nos salve la vida. Porque están bombardeando Kyiv…* Luego: *Dicen que mañana volverán a bombardear, el centro histórico también. Porque Járkov… la han bombardeado muy fuerte y… nadie se imaginaba que podía pasar algo así.* «Eso fue el 2 de marzo.» Me hizo escuchar un último: *Aviones, bombardeos… En este momento.* [Se oye un gran ruido en la grabación.] *Eso era un avión ruso, Natacha. Y ahora vamos a escondemos en el refugio*. Al empezar la guerra habló largo y tendido con esa amiga, Natacha. «Incluso oyó una explosión, no muy lejos, el mismo avión que este.» Pero sus reacciones eran extrañas. «Tuvo varias, expresaba claramente una cierta disonancia cognitiva… Al principio tuvo un ataque de ira, lloraba. Luego se puso agresiva: "Estás haciendo trampas, todo eso no es cierto. No somos nosotros". Y luego se escudó en teorías conspiratorias. Luego… "El mal está en todas partes. El mal está en Estados Unidos y en Rusia, en todas partes, así que todo el mundo es culpable." Y después ya se quedó ahí.» Una de sus feligresas le contó que su hija había llamado a su padre en Rusia para decirle que estaba en un refugio antiaéreo. Y el padre le dijo: «Mientes, te han dicho que dijeras eso». Pero la reacción más común era el silencio, el

silencio absoluto. Hay mucha gente que se queja, que dice que durante todo ese tiempo sus padres y amigos en Rusia no les llamaron ni una sola vez, ni siquiera para preguntar qué tal les iba. El padre Ioann asintió tranquilamente. «Cómo íbamos a pensar que iba a haber una guerra. Nadie lo creía. Yo mismo intenté convencer a todo el mundo de que era imposible, de que en el siglo XXI eso era absurdo. Pero hay una razón por la que algo así ha podido suceder: los países de la Unión Soviética nunca han pasado por el arrepentimiento, como hizo Alemania. Por lo tanto, tarde o temprano, eso tenía que explotar. Es como cuando no extirpas un tumor… produce metástasis. Occidente quiso pintar una imagen de Rusia como un país democrático solo que con algunos problemas, de corrupción, de gobernabilidad, debidos a una transición aún inacabada. Pero eso era solo la fachada. Dentro había un sentido completamente distinto. Otro contenido. Los rusos, por ejemplo, no se dieron cuenta cuando en la década de 2000 Putin prohibió todo acceso a los archivos. Lo dejaron pasar sin darse cuenta. Y no tener acceso a los archivos significa por ejemplo que una vecina de un apartamento comunal que en el 37, en época de Stalin, denunció a alguien para liberar una habitación, nunca será descubierta. ¿Lo entendéis? Su acto nunca será conocido.»



204. De vez en cuando le traducía algún fragmento a Antoine. El padre Ioann inspiró con fuerza y continuó. Un día escuchó en confesión a una

anciana, una creyente que tenía más de noventa años. Para cuando me lo contaba, ella ya había muerto, y su nombre no me lo dijo, así que podía contarme su historia. Había decidido interrogarla en detalle: «¿Qué será lo que habrá realmente para que, cuando mueras, Dios no pueda dejarte entrar en su monasterio? ¿Qué habrá?». Ella se quedó pensativa, luego le dijo: «Bueno, puede que el primer marido». – «¿Y qué pasó con el primer marido?» – «Vaya, pues vivíamos juntos y sospeché que era adúltero. Así que escribí una delación contra él. Y unos días más tarde se lo llevaron y ya nunca volví a verlo.» Eso fue antes de la Gran Guerra Patriótica, el padre Ioann no sabía exactamente cuándo habría nacido ella, puede que en 1920, o en 1917. Cuando se casó tenía unos veinte años. «Pero eso no es lo esencial. Lo esencial está en otra parte. Cuando me dijo eso, tardé un poco en recuperarme. Me lo había dicho en un tono normal. Como… como un recuerdo. No sentía nada al respecto. Yo estaba conmocionado, estaba… Me callé medio minuto y luego le pregunté si se arrepentía. ¿Le pedía perdón a Dios por eso? Ella se encogió de hombros y dijo: "Bueno, mucha otra gente también lo hizo". ¿Entendéis? Era una cristiana practicante desde hacía muchos años. Pero en ese acto no veía un crimen ni algo terrible. Puede que se justificara a sí misma diciendo que simplemente había cumplido con su deber cívico, porque su marido se había pronunciado contra el régimen soviético. Imaginad, de eso hace más de sesenta años. Ella volvió a casarse, tuvo varios hijos, iba a la iglesia todo el tiempo. Y hasta el momento de su partida de este mundo no experimentó arrepentimiento alguno. En griego se dice *metanoia*: etimológicamente significa 'un cambio de mente y de corazón'. Y ella eso nunca lo tuvo. Nada, ni la iglesia, ni la sociedad, ni la historia –la guerra, los años soviéticos, Gorbachov, la perestroika, los hijos, la edad– pudo conducirla a la idea de que se trataba de un crimen terrible por el que habría que pasarse toda una vida llorando. ¿Entendéis?»

205. La culpa de esa falta de arrepentimiento, de rehabilitación, opinaba él, reside en que el gobierno soviético había seguido existiendo. No había sido destruido como el Tercer Reich, y por lo tanto no había habido el

equivalente de una desnazificación, o de una desfascización. Y Rusia había guardado para sí una gran parte de la herencia de la Unión Soviética; no solo en la ideología, sino en los métodos, en los enfoques. «¿Habéis oído hablar de la "abuela de la bandera roja"? En un pueblo en algún sitio, una abuela muy anciana salió a recibir a las tropas rusas con una bandera de la Unión Soviética. Fue en el óblast de Kyiv, creo. O de Járkov, no estoy seguro. Le sacaron fotos, la entrevistaron, los rusos llegaron incluso a erigirle un monumento. Su imagen puede verse pintada en sus carros. Esa abuela está viva, la han encontrado…»[175] Se echó a reír. «Pensaba que estaba recibiendo a los libertadores, sin duda.» – «¿Ahora dónde está?» – «Fue evacuada. Del lado ucraniano. Pero esa no es la cuestión. Esa bandera roja no está solamente en las manos. A pesar de todas las pruebas, de todos los giros históricos, esa bandera roja sigue velando los ojos y los corazones.» Se queda pensativo. «Sigue velando los ojos y los corazones. Y la gente que lo mira todo a través de ese rojo, la sangre ya no la ve, y no se da cuenta. ¿Entendéis? El espíritu no está purificado, el corazón no está purificado. No hay cambio.» Me tocaba reír a mí: «¿Sabes una cosa?, Antoine es daltónico. Él el rojo tampoco lo ve».

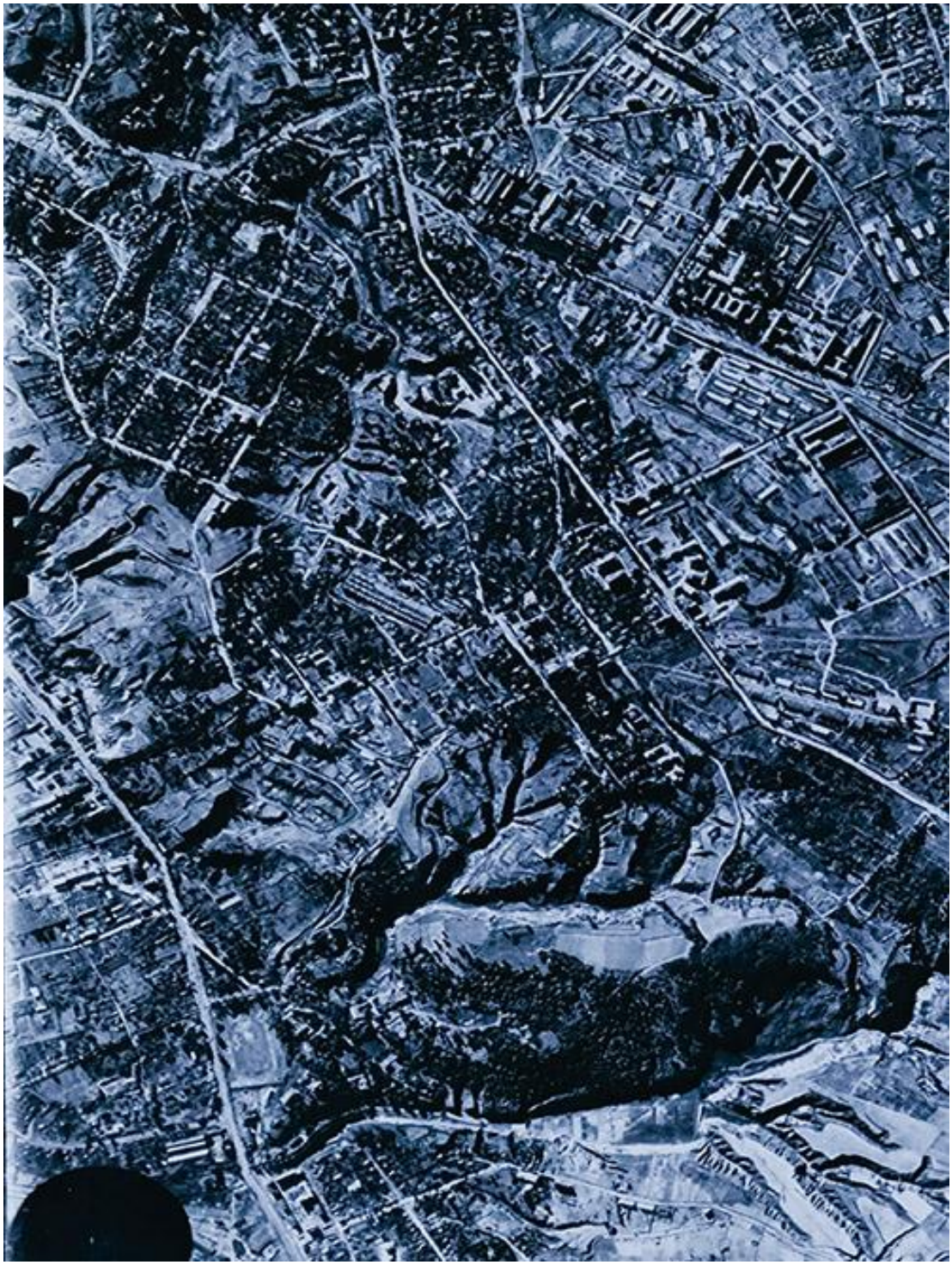
206. Hacía un buen rato que el té se había enfriado, y estaba demasiado oscuro para hacer fotos. El padre se había vuelto a poner a hablar y la conversación tomaba un cariz más filosófico. Le pregunté si algún día los rusos podrían seguir el camino de Alemania. «Rusia… No veo que se cumplan los prerrequisitos. Alemania, antes de ser desnazificada, antes del arrepentimiento, fue invadida. Pero ni Ucrania ni Europa invadirán Rusia para cambiar el sistema político. Hoy en día, Rusia está tan lejos de eso que no puedo imaginar que sea posible.» Rusia nunca estuvo dispuesta a renunciar a esa forma de poder, a ese modelo de autocracia heredado del Imperio bizantino, continuó, en ninguna de las etapas de su historia. Era algo natural, y si renunciaba a ello, se perdería en tanto que Rusia, en tanto que Estado. «¿Entendéis lo que quiero decir? ¿Qué tendría que sucederle a Rusia para que se arrepintiera de su nazismo, del nazismo ruso moderno? No soy capaz de imaginarlo. Y Ucrania, de algún modo, tiene un problema

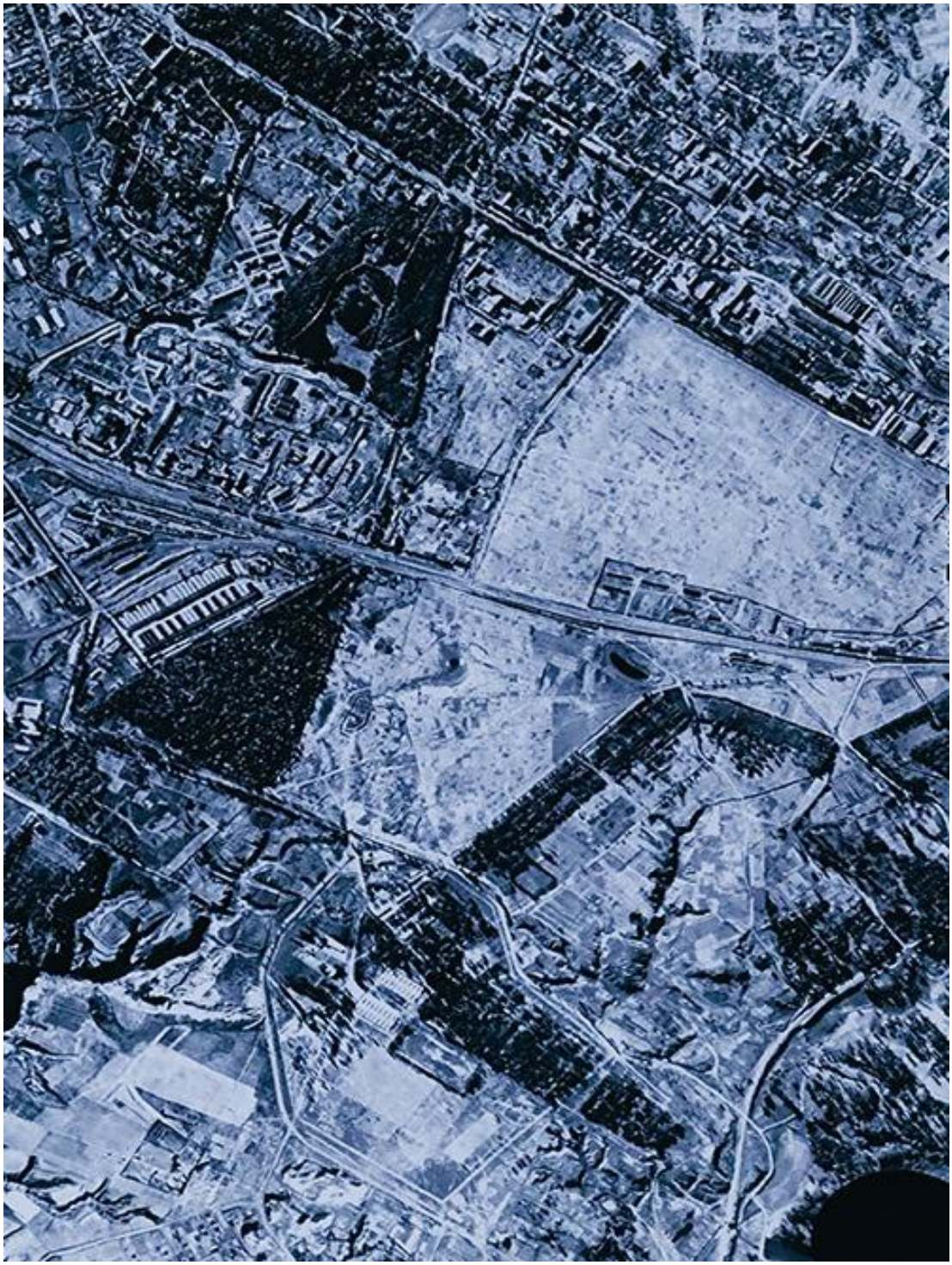
parecido: ¿cómo detener al agresor, pero al mismo tiempo hacer que Ucrania siga siendo capaz de unirse a Europa? ¿Qué respuesta puede ofrecer Ucrania a esa prueba, a la formación de una nueva mentalidad ucraniana, de una nueva identidad de la sociedad? También aquí es indispensable el arrepentimiento. ¿Se ha arrepentido Ucrania del hecho de que ciertos ciudadanos ucranianos participaran en las masacres del Holocausto? ¿Ha habido algún tipo de disculpa pública? Ucrania tiene la misma enfermedad que Rusia, Ucrania también está enferma. Y esa desovietización va a ser mucho más complicada que cambiar simplemente el nombre de las calles.»

Topografía

207. Volvamos a nuestro paseo de junio, el verano antes de la guerra. Después de saludar a la señora que arreglaba su jardín, Antoine y yo rodeamos la iglesia para pasar entre los dos edificios en V que la cercaban, erigidos precisamente sobre el trazado del recinto del KL Syrets, lado este. Detrás se alzaba la torre solitaria, por aquel entonces inacabada, mezcla de blanco, marrón, amarillo mortecino y rojo apagado, y rodeada por una valla de metal de color verde. En nuestra breve conversación, la señora de la iglesia me había dicho que cuando empezaron a construir el edificio los obreros también sacaron muchísimos huesos. «No sé cuándo fue. Paraban las obras y volvían a empezar una y otra vez…» Ella creía que allí una vez hubo un campo de la NKVD, pero se equivocaba: el monolito de 25 pisos, sito en la calle Olena Teliha número 25, estaba ubicado justo sobre el saliente occidental de Babyn Yar, la pequeña ramificación del barranco donde los alemanes perpetraran su masacre y que luego rellenaron. Tras la intensa rehabilitación de toda la zona y los programas de construcción de los años cincuenta y sesenta, pasó mucho tiempo en que nadie sabía exactamente dónde estaba el barranco, y en que en realidad a nadie le importaba. Cuando en 1976 se erigió el gran monumento de bronce, fue a más de quinientos metros de distancia; la Menorá tampoco la instalaron en

el lugar correcto. Todos cuantos abordaron la cuestión tenían su propia hipótesis, pero los argumentarios, a menudo contradictorios, seguían siendo frágiles. La cuestión no quedó resuelta de forma definitiva hasta 2019, cuando el BYHMC se ocupó del asunto. El joven arquitecto Maksym Rokmaniko y sus colegas del Centro de Tecnología Espacial aplicaron técnicas informáticas de vanguardia inspiradas en las que habían inventado Eyal Weizman y Forensic Architecture para analizar los sitios en que habían tenido lugar crímenes de guerra. Todo el material disponible, fotos aéreas de 1941-1943 en las que aparece el barranco de Babyn Yar, viejos mapas topográficos y, por supuesto, las fotos de Johannes Hähle, fueron escaneadas y modeladas en 3D. En el caso de las fotos, su procesado informático permitió determinar la distancia focal del objetivo y, consiguientemente, calcular las deformaciones de la perspectiva; luego, gracias a las sombras, se estableció la hora del día así como la posición del sol, y, consiguientemente, la orientación de la imagen; la ubicación de algunos árboles o crestas, reconocibles de una foto a otra, también pudo superponerse a las crestas y los árboles de las fotos aéreas. Todos estos datos hicieron posible que Rokmaniko y su equipo creasen un modelo 3D de Babyn Yar perfectamente orientado, para luego superponerlo sobre un modelo topográfico 3D contemporáneo, con un alto grado de coincidencia. El resultado fue claro. La cantera donde desvistieron a los judíos estaba situada bajo el parque y la entrada del *perekhid* del metro; luego, a través de una apertura dinamitada en la cresta de la cantera, conducían a los judíos hasta el saliente del barranco, que empezaba en el corazón del actual parque, continuaba bajo la calle Teliha, pasaba directamente por debajo de la torre en construcción en el n.º 25, y hacía una curva hacia la izquierda por debajo de las *jrushchovkas* para llegar por fin a los actuales números 12 y 16 de la calle Shchúsiev, justo al lado del Lyceum Técnico del distrito de Shevchenko.[176]





208. A nivel local, parece que eso no había sido olvidado por completo; mientras las *jrushchovkas* que recorren la calle Teliha están alineadas una

tras otra y separadas por apenas un pasillo, el espacio que se dejó entre los actuales números 23 y 27, precisamente encima del saliente del barranco, ha permanecido vacío durante décadas, solamente ocupado por un puesto de bebidas sin cimientos. No creo que eso sea casual, podría serlo pero no lo creo. Si se trata de un caso de memoria administrativa, esta fue desapareciendo poco a poco junto con los funcionarios que la atesoraban, hasta que los promotores se abalanzaron sobre tan jugoso lote. A principios de la década de 2000 vio la luz un primer proyecto de edificio, aquel del que me hablaba la mujer que arreglaba el jardín de la iglesia, pero en 2008 quedó congelado probablemente por falta de fondos, y allí se quedó el muñón del edificio inacabado, abandonado hasta 2019, cuando una empresa llamada Uno City House compró el terreno al banco polaco que lo había embargado, arrasó los cinco pisos construidos y volvió a empezar a construirlo con los mismos planos pero con un revestimiento diferente. El BYHMC trató de hablar del problema de su ubicación con los inversores, pero estos no quisieron saber nada; Rokmaniko y sus camaradas se infiltraron en su grupo de discusión en Telegram y descubrieron comentarios abiertamente negacionistas que no solo ponían en duda la identificación del lugar, sino la propia realidad de la masacre. El BYHMC lanzó entonces un intenso ejercicio de lobbismo contra los promotores ante el Ayuntamiento, y justo antes de la guerra tenía previsto iniciar una campaña de comunicación dirigida a los posibles compradores. Para visitar el edificio, más valía no pasar por ellos. Pero nosotros unos días antes ya lo habíamos conseguido, pidiéndole a un amigo, Oléh, que llamara y se hiciese pasar por un agente inmobiliario encargado de mostrar propiedades a un inversor francés deseoso de comprar varias unidades en este barrio en plena expansión. Así que el día acordado me presenté con traje de lino y un panamá, acompañado por Oléh y por Antoine, a quien presentamos como mi fotógrafo personal, encargado de documentar mis visitas inmobiliarias para mi esposa, que se había quedado en Francia. Yo hice como que no hablaba ruso y Oléh le traducía mis palabras a Viktoria, la gélida agente que nos recibió, y que no hablaba nada de inglés. Nos hizo poner unos cascos de obra y en primer lugar nos llevó al quinto piso, donde ya habían terminado

los pasillos con una horrible pintura naranja y puertas blindadas de gama baja. Luego subimos al vigésimo cuarto a ver los dúplex. Las paredes eran de bloques de hormigón sin lucir: los apartamentos se vendían tal cual, solamente incluían las ventanas, la puerta y la entrada de luz y de agua, nada más, ni siquiera la escalera para subir al piso de arriba en los dúplex. «Es un edificio *comfort class* –nos explicó Viktoria–, no *business class*. Así, cada propietario puede decorar el apartamento a su gusto y es todo más fácil.» El precio era de 35.000 grivnas por m^2, aproximadamente unos 120.000 euros por un apartamento de 100 m^2. Para Kyiv, barato no era, pero tenía unas vistas extraordinarias, a nuestros pies se extendía todo el parque y el Kyrílivskiy Gay. Seguimos con la visita, apartamentos más modestos, balconcitos comunes para los fumadores. Al final volvimos a bajar, y de camino nos cruzamos con el albañil más guapo que he visto en mi vida, un joven de piel diáfana y rasgos suaves y femeninos, plantado justo delante de la entrada con las manos en las caderas y un gesto de escepticismo en los labios. Antes de terminar la visita pedí ver el aparcamiento, en el sótano.





209. Era solo un parking y no había nada que ver, quitando las paredes de hormigón que nunca deberían haber construido sobre ese suelo. El escritor

soviético Anatoliy Kuznetsov había crecido allí cerca, en el barrio de Kurenivka, justo detrás. A los doce años vio pasar a los judíos por la Kyrílivska en dirección a Babyn Yar, y durante los dos largos años siguientes casi todos los días oía el martilleo de las ametralladoras llevado por el viento. El barranco se tragó a varios de sus amigos judíos. Cuando la liberación, subió con un amigo a ver el lugar. Cito:

> Era un barranco enorme, hasta podría decirse que majestuoso, amplio y profundo como una garganta en la montaña. Si dabas un grito en un lado, desde el otro apenas se escuchaba.
>
> […] Por su fondo aún corría un lindo arroyo muy limpio. Los acantilados eran escarpados, abruptos, a veces incluso en voladizo, de hecho en Babiy Yar los desprendimientos eran frecuentes. Aquí es algo normal: la orilla derecha del Dnipró está llena de barrancos semejantes por todas partes, la gran calle de Kiev, la Jreshchátyk, fue articulada a partir del Jreshchaty Yar, también está el Repyakhov Yar, el Syretskiy Yar y otros, hay muchos, allí.
>
> Al pasar de un lado del barranco al otro, vimos a un anciano vestido con harapos y con una bolsa. Por su paso decidido, supimos que no vivía lejos y que conocía bien el camino.
>
> –*Dyed* –le dije–, abuelo, ¿es aquí, donde fusilaron a los judíos, o más lejos?
>
> El abuelo se detuvo, me miró de pies a cabeza y dijo:
>
> –¿Y cuántos rusos descansan aquí, y ucranianos, y de todas las naciones?
>
> Y se fue.
>
> El arroyo nos lo conocíamos como la palma de la mano, desde que éramos niños lo bloqueábamos con pequeñas presas –«*gátkami*»– para tomar el baño.
>
> El fondo estaba compuesto por buena arena de grano grueso, pero ahora, por una razón u otra, estaba lleno de unas piedrecitas blancas.
>
> Me agaché a coger una para examinarla. Era un trozo de hueso del tamaño de una uña, blanco por un lado y por el otro negro. El arroyo los arrastraba desde algún lugar y se los llevaba. De ahí concluimos que los judíos, los rusos, los ucranianos y la gente de otras naciones habían sido fusilados más arriba.
>
> Así que caminamos un buen rato sobre aquellos trocitos de huesos hasta llegar al principio del barranco, donde el arroyo desaparecía; allí es donde nacía, de numerosos manantiales que brotaban de debajo del lecho de arena, y de algún sitio de por allí es de donde arrastraba los huesos.

El barranco se volvió estrecho y se dividió en varios ramales, y en un cierto lugar la arena se volvió gris. De pronto entendimos que caminábamos sobre ceniza humana.

Muy cerca, una capa de arena se había desmoronado llevada por las lluvias y debajo apareció una arista de granito y una capa de carbón. El espesor de la veta de carbón era más o menos de un cuarto de metro.

En la pendiente había unas cabras pastando y tres pastorcitos de unos ocho años golpeando diligentemente el carbón con martillos y aplastándolo contra el borde de granito.

Nos acercamos a ellos. El carbón era granulado, de color marrón, un poco como si mezclaras ceniza de locomotora con cola de carpintería.

–¿Qué estáis haciendo? –pregunté.

–¡Mira! –Uno de ellos se sacó un puñado de algo brillante y sucio del bolsillo y se lo puso en la palma de la mano.

Eran anillos, pendientes, dientes de oro a medio fundir.

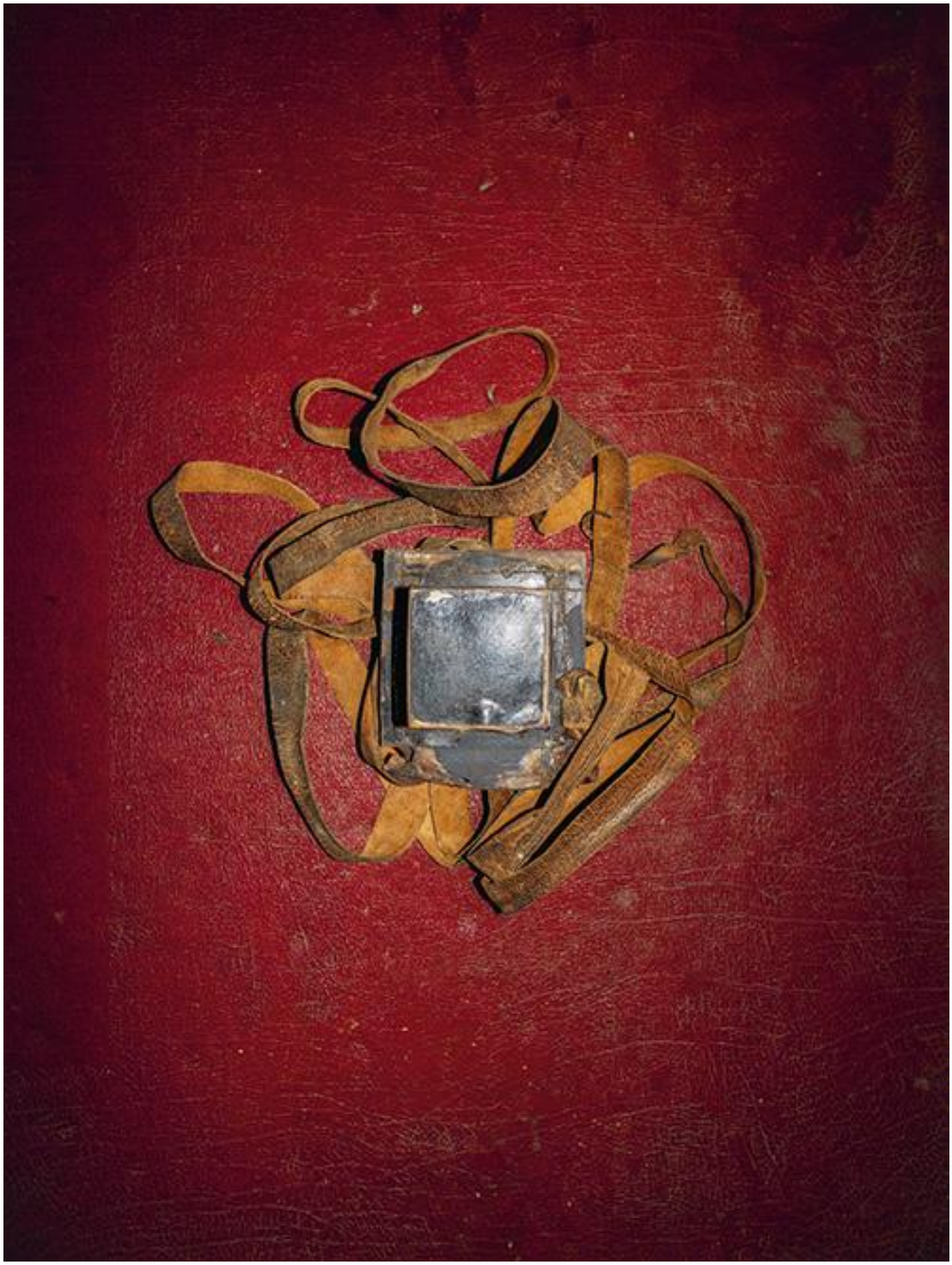
Eran buscadores de oro.

Dimos una vuelta por los alrededores, encontramos muchos huesos enteros, un cráneo fresco con algunos jirones de carne y más trozos de ceniza negra mezclados con arena gris.

Cogí un trozo de unos dos kilogramos, me lo llevé y lo guardé. Era la ceniza de muchas personas, todas mezcladas juntas, ceniza internacional, por así decirlo.[177]

210. Kuznetsov y los pastorcitos no eran los únicos coleccionistas de la zona. Iliá Levitas, el hombre a quien yo había conocido por quien a quien no recuerdo, también llevaba saqueando los barrancos de Babyn Yar desde que llegó a Kyiv en 1945, cuando apenas tenía catorce o quince años, dos menos que Kuznetsov, y recogía todos los objetos semienterrados que iba encontrando. Más tarde, cuando fueron rellenando los barrancos, amplió su búsqueda a los apartamentos de los judíos asesinados, donde recuperó numerosos objetos y recuerdos de las familias desaparecidas; cuando se hizo conocido en la comunidad judía de Kyiv, la gente le llevaba directamente las posesiones de los desaparecidos, poniéndolas bajo su cuidado y vigilancia. Después de la independencia, fundó un pequeño museo para exponer su colección; luego, en 2014, murió. Los objetos quedaron huérfanos por segunda vez. Finalmente, el museo decidió

entregarlos a la Reserva Nacional de Babyn Yar, la *Zapovídnyk*. En octubre de 2021, durante las conmemoraciones del 80.º aniversario de la masacre, Roza Tapanova, su directora, recogió los objetos y unos días más tarde nos invitó a verlos en sus oficinas. Estaban amontonados sin orden alguno, pero nadie se molestaba y los podías tocar y mover como quisieras. Había un casco alemán herrumbroso lleno de viejas balas oxidadas y trozos de alambre de espino con un cargador MP 40. Una caja que contenía monedas igualmente oxidadas, una pulsera y cristales rotos. Una vieja maleta con dos libros judíos, un manuscrito hebreo en pergamino, una vieja Biblia encuadernada en cuero, un chal de oración judío, la gorra de un leñador soviético con una filacteria dentro, una pila de discos viejos, gruesos y pesados de danzas y canciones judías, editados en la URSS antes de la guerra, un cartel para un concurso de *estrada (canción)*, una bolsa llena de papeles –entre ellos un certificado de nacimiento, firmado el 2 de mayo de 1917 por un rabino dando fe del nacimiento el 24 de agosto de 1898 de Shaya, hijo de Yánkel Angelev Levit y de Hanna Levit–, un bolígrafo, una pipa, un rollo de papel secante, un bol y una brocha de afeitar. Un bolso blanco que contenía unas cintas metálicas. Una bolsa de fieltro verde vacía con el logo dorado de Frank Meisler. Dos piezas de tela bordadas y bordeadas con macramé negro, blanco y rojo. Un retal de terciopelo acanalado rojo desvaído. Y otras cosas más de las que no tomé nota.



211. Existía una última forma de acercarse al *yar* desaparecido. Todos estos barrancos habían sido excavados a lo largo de los siglos por corrientes de

agua de lluvia, y por el fondo de Babyn Yar corría un arroyo, Kuznetsov lo describe. Sobre la logística de la masacre y su disposición práctica no existe ningún testimonio concreto, pero la lógica permite imaginar que, cualquiera que fuese el método, los cuerpos terminaron en el fondo, taponando el arroyo y tiñendo sus aguas de rojo hasta que todo acabó cubierto de tierra. Ahora bien, año tras año las lluvias otoñales debían de corregir el curso del arroyo, cavando un nuevo lecho o infiltrándose en la tierra mezclada de huesos y cenizas para llegar más lejos, allí donde se paseaban los niños y los coleccionistas. Cuando las autoridades municipales empezaron a llenar los barrancos con los desechos fangosos de las fábricas de ladrillos del barrio, o más tarde, cuando lo nivelaron todo, hubo que instalar unas tuberías de hormigón para conducir esos arroyos. Las tuberías todavía existen, el arroyo de Babyn Yar sigue fluyendo: el agua nunca es la misma pero el arroyo sí. El plano de época soviética de que dispongo, sumamente preciso, indica que nace bajo el parque y las primeras *jrushchovkas* de Syrets, un poco más allá del metro Dorohózhytchi; sigue el trazado de la calle Olena Teliha, que hace curva hacia la zona industrial de Petrivka; cruza la Kyrílivska (que en mi plano aún se llama calle Frunze); sigue por la avenida Stepán Bandera (la antigua Moskovskiy Prospekt); en la esquina de la calle Tulchynska (que no ha cambiado de nombre) se une a la canalización del arroyo del Repyahiv Yar, que sale de debajo del psiquiátrico; desde allí, los dos conductos continúan uno junto al otro el trazado de la calle Verbova para desembocar finalmente en el río Pochaina, un pequeño afluente del Dnipró, unos 5,4 kilómetros después de su punto de partida.

212. En el otoño de 2021 nos las arreglamos para encontrar un explorador urbano que nos guiara. Kirill nos citó en el parking de un centro comercial de la Stepán Bandera y allí nos dio unas grandes botas de goma a cada uno que habían formado parte de un mono para guerra química, luego nos llevó hasta un caminito de tierra que bordeaba el Pochaina. No hablamos de un río cualquiera: hay una versión según la cual fue allí donde el príncipe Volodymyr de Kyiv se habría bautizado junto con su corte, convirtiendo así

al cristianismo para siempre a los pueblos eslavos del este (según otra versión, el bautismo habría tenido lugar en Quersoneso, en Crimea, adonde Volodymyr habría acudido para recibir a su prometida bizantina). Hoy en día no es más que un canal pequeño, inmundo y verdusco que fluye entre los garajes y almacenes de Petrivka, atrapado entre dos bordes de hormigón deteriorado y oculto casi por completo bajo la vegetación y la maleza. A los pies de un gran taller de mantenimiento de vehículos comerciales, bajamos hasta un pequeño puente, nos sentamos para ponernos las botas y sujetárnoslas a la cintura con unas correas previstas a tal efecto, y nos pusimos en marcha en fila india por encima del brocal de hormigón del canal, hasta llegar un poco más lejos a la boca del doble arroyo, un imbornal más alto que nosotros que emergía de la orilla, cubierta de hierba. Dentro, el agua corría de cara a nosotros a la altura del tobillo; la luz del día no tardó en desaparecer y encendimos las linternas. Allí empezaban los dos tubos paralelos y tomamos el de la derecha, avanzando con dificultad por la arena fangosa que tapaba el suelo, la misma arena en la que jugaba Kuznetsov de niño. El hormigón era viejo, gris y sucio, de las grietas de la pared o de algunas tuberías más pequeñas que goteaban rezumaba de tanto en tanto un barro marrón mezclado con hojas putrefactas. Poco a poco, la tubería se iba haciendo más pequeña. Avanzábamos con la cabeza gacha, luego agachados; el suelo fangoso era traicionero, estaba claro que no había mantenimiento alguno de esos conductos, topabas con agujeros donde se te hundía el pie por sorpresa y se te torcía bruscamente. Alrededor de nuestros tobillos, el agua fluía bastante rápido, las tuberías perpendiculares también arrojaban un poco de agua; a veces, allí donde en el suelo había un ligero repecho, el agua corría sobre el hormigón y caminar se volvía más fácil durante unos cuantos metros, luego otra vez la arena fangosa. Aquí y allá, la luz glauca y danzante de nuestras linternas se reflejaba sobre una araña congelada y blanca, devorada por un extraño hongo subterráneo que se ceñía a su forma. Más adelante, los haces de luz dieron con un pobre pajarito que volaba por allí a ciegas, espantado, atrapado entre el agua y el hormigón; se alejó detrás de nosotros y desapareció en la oscuridad siguiendo la corriente de aire hasta la salida o hasta ahogarse por el

cansancio. Todos estos arroyos subterráneos estaban integrados en la red de evacuación de la escorrentía urbana, y cuando llovía, Kirill nos explicó que la tubería podía llenarse en un cuarto de hora, que sucedía muy rápidamente, primero olas de basura y luego el agua, que ascendía hasta el techo, había gente que había muerto así, atrapada. La canalización tenía ahora menos de un metro de altura; de haber tenido el valor y las fuerzas para continuar a cuatro patas, podríamos haber llegado hasta el corazón mismo de Babyn Yar, unos dos kilómetros y medio más adelante. Pero Antoine y yo estábamos demasiado viejos para eso, y un poco antes de llegar al nivel de la Kyrílivska nos rendimos. De regreso, la luz del día acabó apareciendo a lo lejos como un pequeño punto muy blanco que titilaba, brillaba, crecía y que acabó por invadirlo todo, dejándonos parpadeantes a orillas del agua verde del Pochaina.



213. En fin, ahí están las imágenes. Unas en color, preciosas, del fotógrafo de la *Propaganda-Kompanie 637* Johannes Hähle, y otras en blanco y

negro, tomadas por los soviéticos después de la liberación de la ciudad, en las que se ve un barranco pelado, desolado, abandonado. También hay películas de archivo rodadas en la misma época, como una durante la visita de los periodistas americanos, algunas de las cuales fueron incluidas por el cineasta ucraniano Serguei Loznitsa en un documental titulado *Babyn Yar. Context*.[178] Hay incluso una película de ficción, *Nepokorionnye* («*La familia Taras*»), estrenada hacia finales de 1945 por los estudios de Kyiv, y dirigida por Mark Donskoi partiendo de un libro del corresponsal del *Pravda* Borís Gorbátov. En esa película vemos a los judíos siendo conducidos a su muerte y fusilados por los nazis: se trata nada menos que de la primera película de ficción de la historia que muestra la Shoah. Además, los judíos son presentados como judíos, son fusilados como judíos; hay un personaje secundario, un médico judío interpretado por el actor judío lituano Veniamín Zuskin, al que fusilan con los demás. Unos años más tarde, la realidad se inmiscuyó en la ficción: en diciembre de 1948, Zuskin fue arrestado por el MGB en su cama de hospital, y en agosto de 1952 lo fusilaron de verdad. En el cine soviético ya nunca más volvió a haber judíos exterminados, jamás. La escena de la masacre fue rodada en octubre de 1944 en el mismo Babyn Yar. Como escribe Karel Berkhoff, el investigador que desenterró la historia de esta película olvidada, «Nadie expresó la menor preocupación ante la idea de esta recreación, en el lugar real y sobre los restos de las víctimas reales». Por otra parte, la puesta en escena de Donskoi fue tan lograda que algunos de sus planos han sido a veces utilizados como imágenes de archivo auténticas.[179]

Subir hacia el infierno

214. Tras dejar atrás las obras del edificio en el número 25, nos encontramos en la acera de la calle Teliha. Antoine trató de hacer alguna foto, pero aquello no daba para mucho. De todos modos ya casi era hora de acudir a nuestra cita en la torre de la televisión. Cruzamos la calle como pudimos, no había un semáforo en cientos de metros, y atravesamos el

parque para tomar el *perekhid* y luego bajar por la Oranzhereina. En mayo de 2022, después del fiasco del viaje de Antoine en marzo, también volvimos aquí para examinar los daños que había causado el bombardeo de la torre. En la acera de la calle Ilyenko, justo delante del recinto perimetral del complejo, había un cráter y en medio del cráter un poste clavado y rodeado de plástico gris en el que habían pintado las palabras NO FOTO en inglés; en la reja del recinto, desgarrada por la detonación y remendada con trozos de raíles, también había carteles de NO FOTO - NO VIDEO. Desde aquí se veían claramente los estigmas del impacto, los pilares de sostenimiento tenían partes ennegrecidas y deformadas, justo encima, en la planta de control roja, no había cristales, pero la torre había resistido notablemente bien, los daños parecían más cosméticos que otra cosa. «¿Intento hacer una foto?», sugirió Antoine. Yo miré hacia la derecha, donde había un edificio en ruinas custodiado por unos soldados de pinta patibularia; uno de ellos, al vernos escrutar la torre, había salido a la calle para observarnos. «Mejor no», respondí. – «¿Y eso? –dijo él señalando el poste–. ¿Crees que es el misil?» El objeto lo parecía, es cierto. Pero era difícil de decir. «No lo sé. De todos modos no podemos fotografiarlo. Ven, vamos ahí enfrente.»

215. Al otro lado de la calle Yuri Ilyenko, el gran gimnasio del complejo deportivo Avanhard había resultado muy afectado, todas las ventanas de la fachada habían reventado, los marcos estaban doblados, el interior había ardido y seguía lleno de escombros. La calle la habían limpiado, pero aún quedaba un poste de la luz en el suelo con una maraña de cables, varios arbolitos quemados y un roble grande en el borde de la acera chamuscado, pelado, en algunos lugares calcinado, con bolas de muérdago carbonizadas colgando del ramaje, pero al parecer aún con vida, pues en la punta de las ramas ennegrecidas apuntaban las primeras hojas en busca del sol. En el suelo había unas grandes huellas oscuras allí donde ardieron los cuerpos de las cinco víctimas del segundo misil, una familia con sus hijos que debían de estar corriendo en dirección al metro, y un cámara de Kyiv Live TV, Yevheniy Sakún, que tras la primera detonación había salido de las oficinas de la televisión, se había alejado un poco, y lo habían matado mientras

filmaba el incendio. Vi un vídeo de los bomberos rociando con extintores los cadáveres en llamas, y también una fotografía tomada por Laurent van der Stockt de los cinco cuerpos envueltos en plástico o en sábanas y amontonados unos encima de otros en la parte trasera de una camioneta de la policía. Según los análisis, el primer proyectil, el que impactó en la torre el 1 de marzo a las 17:08 h, fue un misil de crucero 3M-54 «Kalibr». Varias personas filmaron la explosión, la gran pluma de humo marrón rodeando la torre y elevándose como una flor hacia el cielo gris. La sala de control estaba vacía, no hubo víctimas, y la torre aguantó. El segundo misil había caído 11 minutos más tarde, a las 17:19 h. No está claro si apuntaba a la torre y falló el tiro, o si impactó en ella pero no explotó, rebotó, y fue a explotar delante del gimnasio: dada la dispersión de los escombros, y las fotos que muestran dos detonaciones simultáneas a ambos lados de la calle Ilyenko, yo me inclinaría por la segunda hipótesis.[180]

216. Al lado del gimnasio había un pequeño garaje, el STO «Okko». En la parte de delante, del lado de la calle, una tienda de repuestos con las ventanas destrozadas cubiertas con tablones y plásticos que ocultaban los destrozos del interior. Fuimos a ver por detrás, había dos hombres ocupados en un coche que había aparcado delante de uno de los ventanales; a la izquierda, sentada en otro coche con la portezuela abierta, había una mujer rubia o más bien rubicunda fumando tranquilamente. Me acerqué para saludarla, trabajaba allí, se llamaba Iryna. «Las sirenas se activaron cinco minutos antes –me dijo–. Mis dos colegas y yo bajamos al sótano. Una corazonada.» Tras la segunda explosión, Iryna esperó diez minutos antes de salir. En la calle había dos coches incendiados, pero sus ocupantes estaban vivos. «La torre ardía, vibraba. Me daba auténtico miedo que fuese a derrumbarse. Enseguida ayudamos a la gente a salir de los coches y tiramos hacia el gimnasio, ese que hay ahí detrás en obras.» Yo conocía el camino, cerca había un cafecito en el que, un día, Antoine a punto estuvo de dejarse la cámara en un banco que hay fuera. Después del gimnasio en obras, el camino continuaba hasta el recinto vallado del «Campo de espejos», el primero de los proyectos conmemorativos erigidos por el BYHMC, antes de

la sinagoga y las cuatro piedras. Era una enorme plataforma circular con 10 pilares dispuestos de tal forma que representaba el árbol de la vida de la Cábala; todas sus superficies eran de acero inoxidable pulido, luego habían sido acribilladas con balas del mismo calibre que las que se utilizaron durante la masacre de 1941, y reflejaban a los espectadores que deambulaban por ella, los árboles de alrededor, el cielo y también la maltrecha torre. A los guardias los conocíamos, habíamos trabado una cierta amistad con ellos, sobre todo con Andriy, que chapurreaba español y a quien Antoine había fotografiado en varias ocasiones, así que fuimos a su contenedor a saludarlos atravesando el monumento, en medio de las fantasmales sonoridades que llenaban el espacio, un fondo nebuloso de órgano electroacústico (cuyas notas escogía un algoritmo según los principios de la gematría, que traduce las letras de los nombres hebreos de las víctimas a números), mezclado con un confuso rumor hecho de pedazos de canciones yidis de antes de la guerra, coros cristianos, cantos de memoria ucranianos y romaníes, y obras contemporáneas.[181] También ellos, junto con otros colegas, habían estado allí durante el ataque y lo habían visto todo. «Yo de alarma no escuché ninguna», afirmaba Andriy en su español vacilante mientras nos servía unos vasitos de aguardiente casero. «La torre quedó envuelta en una bola de fuego, pero está diseñada para dispersar las explosiones, vibró un poco y eso fue todo. Llovían esquirlas sobre el «Campo de espejos», todos corrimos hacia arriba, hacia la sinagoga.» Me enseñó en su *smartphone* un vídeo que había filmado alguien desde lo alto de la colina: la cámara temblaba, se oían maldiciones, exclamaciones; el parque estaba cubierto de nieve, los árboles pelados; a lo lejos, el humo ascendía en volutas y tapaba todo el centro de la torre.

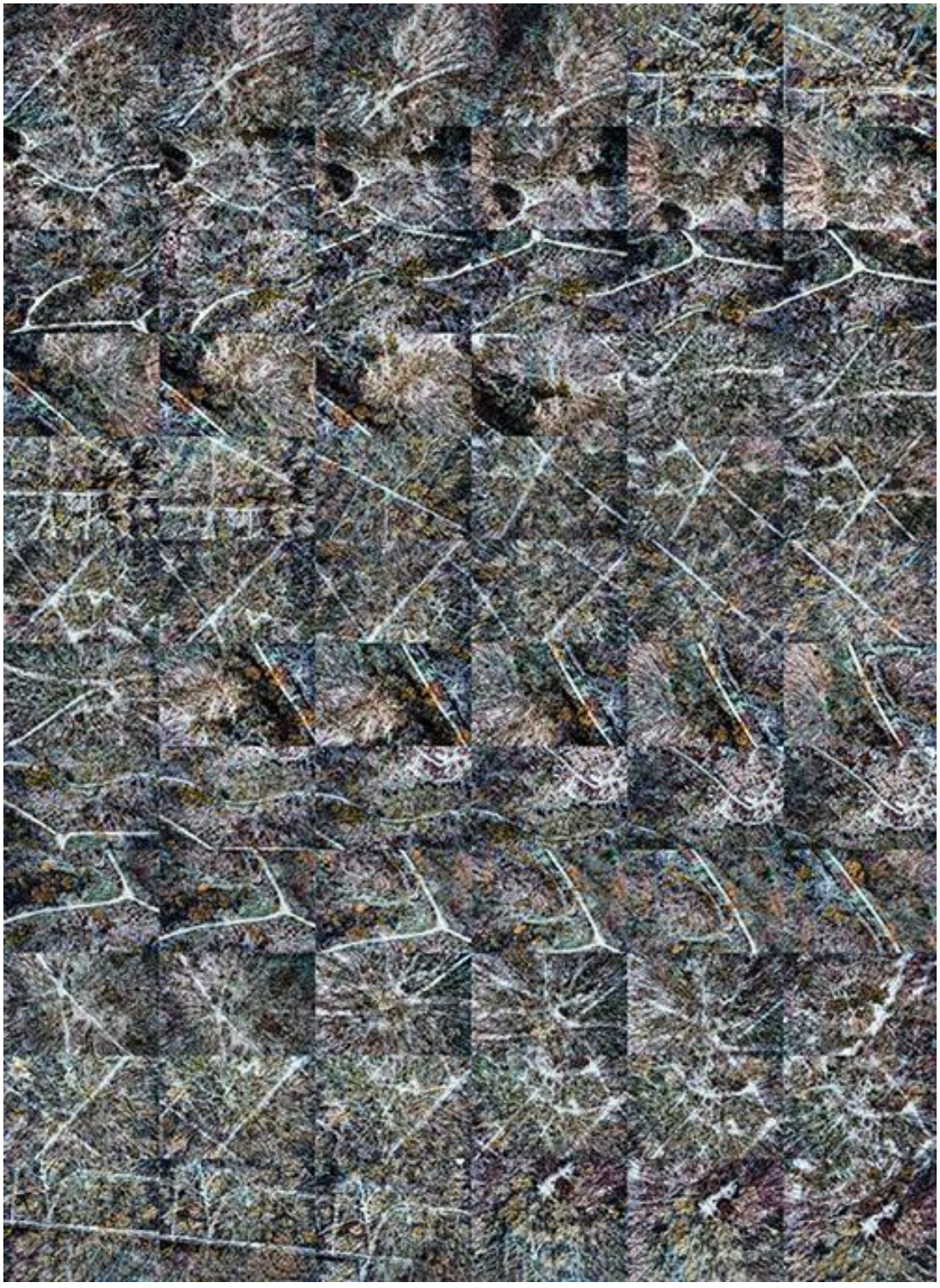


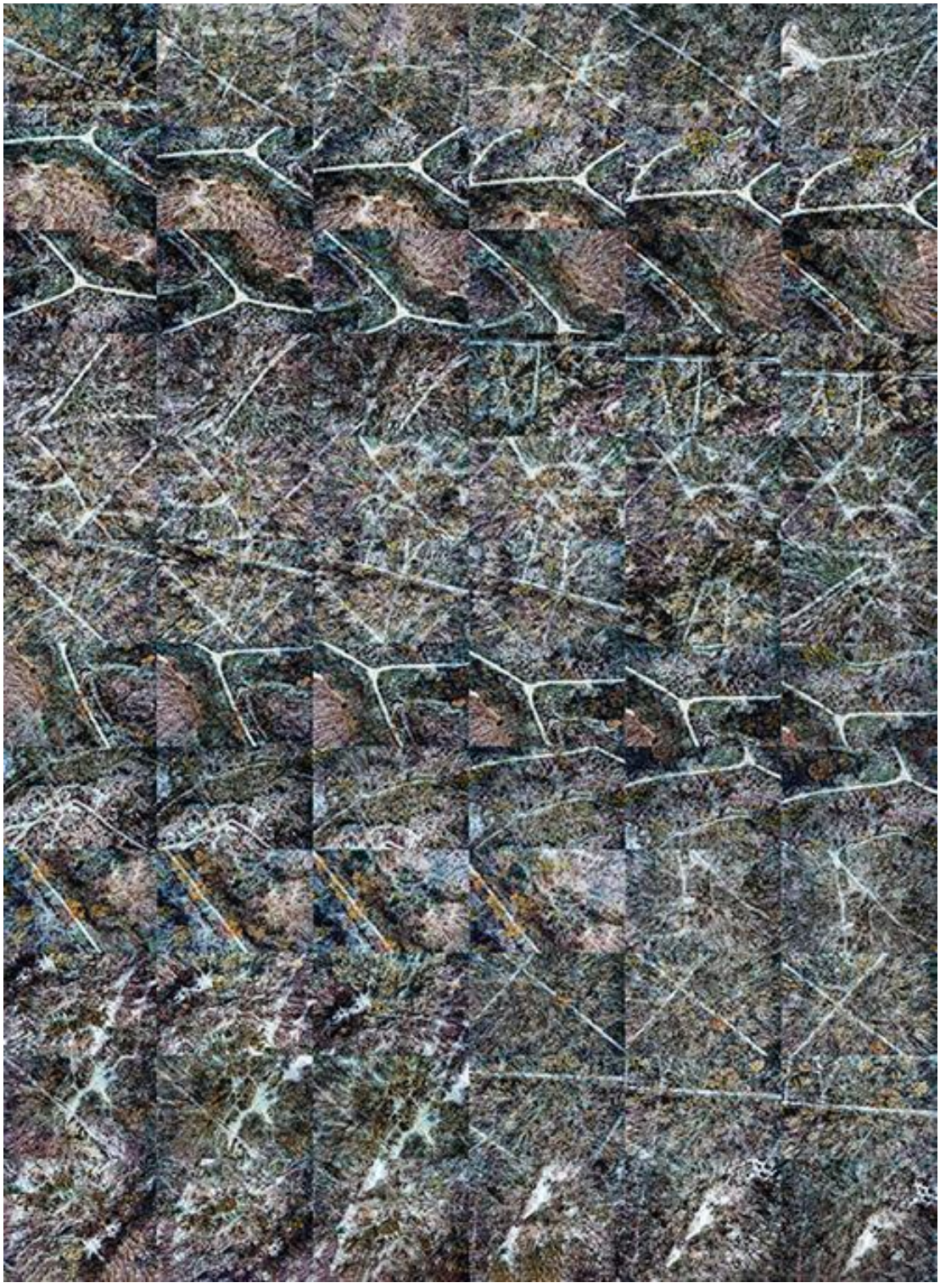
217. El mes de junio anterior habíamos dado la vuelta por el otro lado, por la Dorohózhytska, para llegar al puesto de guardia por el que se accede a los

terrenos de la torre. Un guardia uniformado tras un cristal blindado revisó nuestros pasaportes e hizo una llamada telefónica; unos minutos más tarde vino a los torniquetes a recibirnos una responsable de la torre acompañada del jefe de seguridad y nos hicieron pasar. Ellos fueron quienes, mientras nos acompañaban, nos contaron la historia de la construcción de la torre; pasamos entre dos de los pilares laterales y llegamos al tubo central, de más de cuatro metros de ancho. En su base había un pequeño ascensor y nos amontonamos dentro junto con algunos obreros. El interior era todo de metal, con un diseño futurista digno de una película de ciencia ficción de la época, ascendía lentamente y hacía mucho ruido: «Es como subir al infierno», comentó tranquilamente Antoine. Finalmente el ascensor se detuvo y la puerta se abrió. Delante de nosotros se extendía una pasarela metálica roja, abierta a los cuatro vientos, que avanzaba en el vacío hasta llegar a una de las tres pasarelas circulares escalonadas bajo el bloque superior. Entre nosotros y el suelo, 180 metros más abajo, no había más que una barandilla que nos llegaba a la altura de la cintura. Con un nudo en el estómago, fui avanzando paso a paso y empecé a dar la vuelta agarrándome a la barandilla. Andaba concentrado en la pintura escamosa, en las manchas de óxido en el metal, en las pequeñas antenas fijadas aquí y allá, sin apenas mirar el vasto paisaje que se extendía a su alrededor. Hacía un poco de viento, pero me obligué a soltar la mano para tomar algunas fotos de las geometrías de tubos blancos y rojos y de Antoine, que trabajaba tranquilamente con la cámara apoyada en la barandilla en dirección a Babyn Yar. Finalmente, llegué donde la responsable, de cuyo nombre desgraciadamente no tomé nota y que aguardaba en el cruce de la pasarela que conduce al ascensor, charlando con el tipo de seguridad. Movió alegremente la mano en dirección a los tubos, toda contenta de estar allí: «Los pintamos todos cada cinco años, ¿sabéis? Los pintores trabajan suspendidos de cuerdas. No es nada, están acostumbrados, hasta cuando hay viento».

218. En el piso de arriba salimos a un vestíbulo forrado de aluminio dorado que daba a una sala de banquetes pequeña y vacía, muy cálida porque el sol

daba en las ventanas cerradas, limpia, triste, anticuada. Sentado a una mesa y acodado sobre el mantel blanco había un obrero en mono de trabajo contemplando la vista con aire ausente. Más allá, las salas técnicas estaban llenas de servidores nuevos, máquinas modernas en el corazón de este maravilloso dinosaurio que envejece con hermosura. También había material antiguo, casi arcaico, cajas eléctricas y tubos, así como una vieja pintura soviética colocada sobre el embaldosado resquebrajado detrás de dos tubos de ventilación. Bajo mis pies, unas rejas que daban al vacío; las ventanas, cubiertas con una película gris y sucia para proteger del sol, ofrecían un paisaje borroso hasta donde alcanzaba la vista. Me acerqué y recorrí la sala lentamente. Desde aquí se veía todo: la inmensidad de la antigua fábrica de motos que desde la calle era imposible de ver, y delante de la cual se hallaba la *schlakbaum* y las mesas de clasificación de los bienes de los judíos; los dos cementerios, el militar y el de Lukyánivske, y entre uno y el otro la calle Dorohozhytska, a lo largo de la cual habían partido a pie los hombres y los muchachos; el trazado del camino y de la cantera, que ahora solo podía imaginar bajo la gran torre metálica en la que me encontraba, y el *perekhid* del metro; y finalmente el parque en toda su extensión, y el n.º 25 de la calle Olena Teliha, allí donde en otros tiempos se ramificaba el saliente occidental de Babyn Yar. Un poco más lejos hacia el noreste, en la inmensa extensión en relieve del Kyrílivskyy Gay, a través de los árboles de tonos sutilmente variados, verde y gris metálico con toques de amarillo, se esbozaba una gran caída, la curva del Repyahiv Yar, el último de los barrancos, con los edificios del psiquiátrico al fondo. Más allá se desplegaba la ciudad, primero netamente y luego fundiéndose en la niebla de principios del verano en dirección a las nuevas periferias, Horenka, Hostómel, Irpín, Bucha. Me pasé un buen rato contemplando ese territorio confuso y caótico, informe, sin estructura, con sus edificios vetustos, su abundante vegetación, sus heridas ocultadas y borradas.



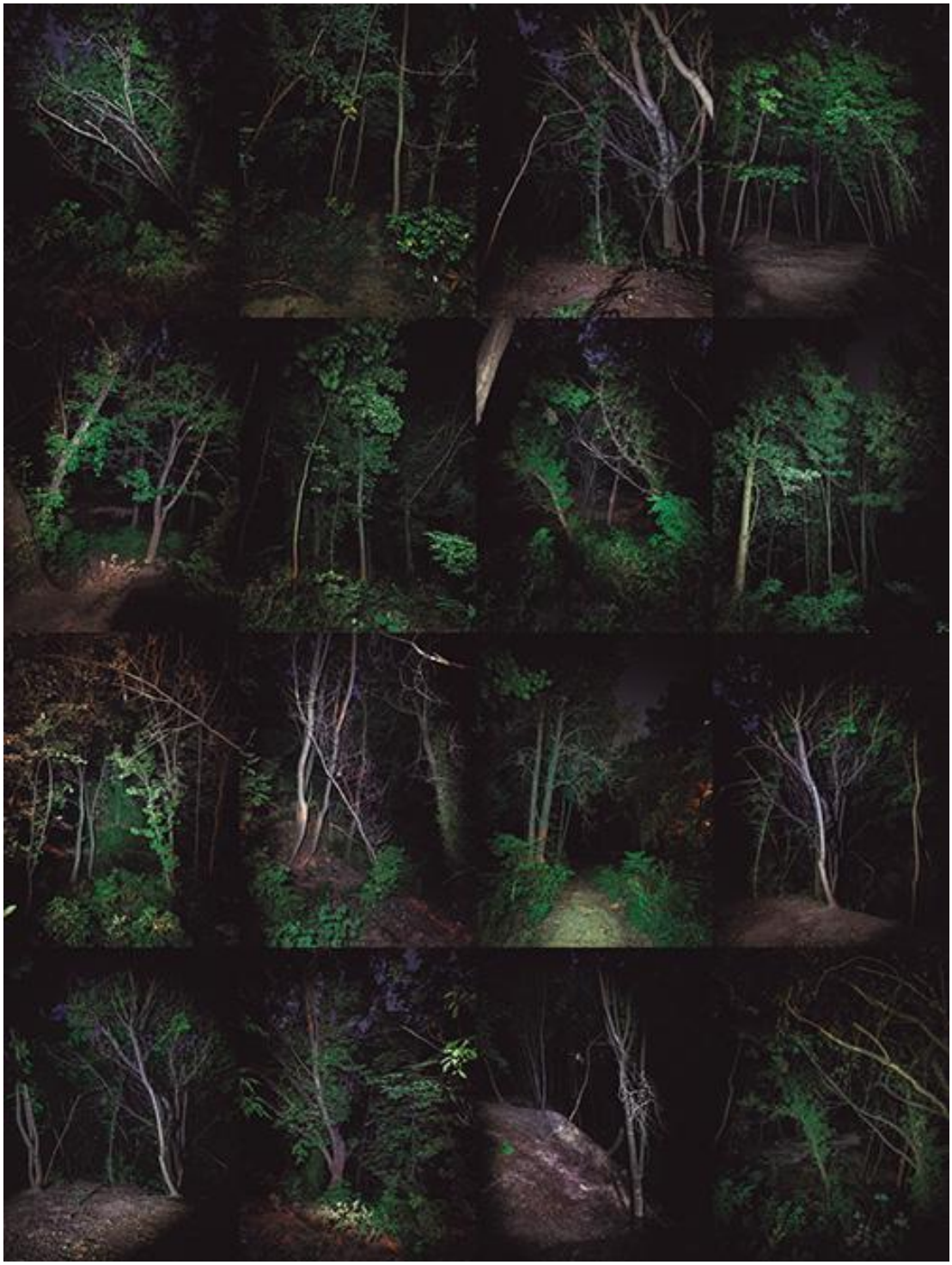


219. El poeta kyivita Leonid Kiseliov, que murió de leucemia a los veintidós años, escribió en ruso los siguientes versos:

> *Ya postoyú u kraya bezdny*
> *I vdrug poïmú, slomyás v toské,*
> *Chto vsio na svete – tolko pesnya*
> *Na ukraínskom yazyké.*[182]
>
> Me hallo al borde del abismo
> Y de pronto, quebrado por la angustia, advierto
> Que el mundo entero es solo un canto
> En lengua ucraniana.

220. Bajamos de la torre, saludamos a nuestros anfitriones, volvimos al metro. Al final de la calle Oranzhereina nos detuvimos en la esquina del parque para fumar. Enfrente, al otro lado de la calle Ilyenko, un pequeño puente partía del techo de la estación de metro para llegar al flanco de una colina, cerrado por una barrera. En Babyn Yar solo hay un puente, y no conduce a ninguna parte.





Giga

222. Aquel verano, Antoine dejó Kyiv antes que yo. Yo volví una vez más a Babyn Yar, solo. Andaba recorriendo la cresta del pequeño barranco bajo la sinagoga cuando oí los primeros rugidos de una tormenta de verano. El aire era pesado, opresivo, de pronto el viento se puso a alborotar el follaje. Pasé junto a las tres cruces metálicas negras perdidas en la vegetación y seguí la abrupta pendiente del antiguo *yar*; al borde del acantilado había dos hombres de pie entre la vegetación fumando un cigarrillo y charlando. Empezó a llover en el bosque, gotas sueltas martilleando las hojas con un sonido mate. Cerca de la cripta en ruinas de los hermanos Kachkovskiy había tres hombres filmando, y junto a una furgoneta aparcada, otros dos que al pasar me miraron fijamente y con desconfianza; un poco más adelante me encontré a un hombre y una mujer con mochilas y bastones de senderismo. Volvió a rugir un trueno y empezó a llover de verdad. El camino estaba mojado y resbaladizo, pero el espeso follaje me protegía un poco; aceleré el paso, el aguacero arreciaba. A través del follaje vislumbraba los ladrillos beis del psiquiátrico abandonado. Ahora el agua caía a raudales, me estaba quedando empapado, por aquí por la parte de arriba no había entrada, tuve que rodear el edificio por el costado, en la cuesta resbalé en el barro, a punto estuve de caer, recuperé el equilibrio por los pelos. Al final llegué bajo el alero de hormigón de uno de los accesos y entré en el edificio, mojado pero satisfecho, mientras la lluvia zumbaba a mi alrededor. Esperé un momento escuchando el suave chorreo, luego fui hacia las escaleras. Suelos de tierra, escombros, basura, grafitis. Una luz blanca que penetraba por las ventanas completamente abiertas. Subí. Arriba había una mayor claridad, a través de cada abertura veía la copa de los árboles, el edificio en obras al otro lado del Repyahiv Yar, el cielo lleno de unas nubes grises que se enroscaban sobre sí mismas. Pensé que estaba solo en esta inmensa ruina, pero mientras vagabundeaba, en una abertura apareció silenciosamente la pareja de caminantes con que me había encontrado antes, que pasó por detrás de mí cruzando el enorme pasillo en

que me encontraba, sin decir una palabra, ignorándome o acaso sin siquiera advertirme. Me fui en dirección contraria y crucé el edificio navegando al azar. En una habitación medio calada, apoyado contra una pared con un abigarrado grafiti, había un joven masturbándose tranquilamente con los ojos cerrados. Volví a dar la vuelta y me topé con tres niños de entre ocho y doce años que me miraron con aire sorprendido, como turbados por verme allí. Al final volví a bajar por una escalera distinta. Esta vez había música, voces: asomé la cabeza por un recodo, tenían montada una fiesta, me retiré y seguí mi camino discretamente. La tormenta había amainado y salí del edificio chapoteando en el barro y empapándome de nuevo con las hierbas y el follaje mojado a través de los cuales me iba abriendo paso. Acabé encontrando el camino principal y volví a subir al bosque. Cerca de la cripta abandonada oí música, de golpe aparecieron cinco adolescentes vestidos con ropa chillona, azul eléctrico, rosa, naranja, fucsia, un altavoz portátil escupía Linkin Park, eran jóvenes, alegres, despreocupados, felices mientras se alejaban armando jaleo bajo el sirimiri de la lluvia menguante.

Coda

222. Durante nuestra primera visita a Babyn Yar en abril de 2021, Vitali, un empleado del BYHMC, nos llevó a hacer una larga excursión. Antoine ya andaba tomando fotos, yo miraba sin anotar nada. En cierto momento nos detuvimos en la colina que hay un poco antes de la Menorá. Antoine manipulaba su cámara para estudiar las imágenes que había hecho; de repente, sin decir nada, me la entregó. En la pantallita de control de la parte posterior aparecían dos palabras: MEMORIA LLENA.



Notas

En estas notas, las grafías de los nombres de los autores que publican en inglés siguen el original, y por tanto pueden diferir de las usadas en el texto, que siguen la convención francesa de transcripción del cirílico. Todas las traducciones no acreditadas son del traductor del libro a partir de la traducción francesa del autor.

1. Maurice Blanchot, «Énigme», *Yale French Studies* 79, 1991.

2. Maurice Blanchot, *L'écriture du désastre*, Éditions Gallimard, 1980, pág. 24 (ed. española: *La escritura del desastre*, Trotta, 2019, trad. de Luis Ferrero Carracedo y Cristina de Peretti).

3. John Steinbeck, *A Russian Journal, with photographs by Robert Capa*, Penguin Classics, 2000. La edición original fue publicada por The Viking Press, 1948 (ed. española: *Diario de Rusia*, Capitán Swing, 2012, trad. de María Pérez Martín).

4. Elie Wiesel, *Les Juifs du silence*, Seuil, 1966, pp. 40-41, 44 (ed. española: *Los judíos del silencio*, Paidós, 1986, trad. de Carlos Leal).

5. Gilles Deleuze, *Leibniz: âme et damnation* (cours de 1986-1987), Gallimard/À voix haute, 2003, CD audio, disco 2, pista 8.

6. Vitaly Nakhmanovych, «Babyn Yar. A Place of Memory in Search of a Future», en Vladyslav Hrynevych y Paul Robert Magocsi (eds.), *Babyn Yar: History and Memory*, Dukh i Litera, 2016, pág. 307.

7. Kate Brown, *A Biography of No Place*, Harvard, 2004, pág. 67.

8. Vladyslav Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», en Hrynevych y Magocsi, *Babyn Yar: History and Memory*, pág. 127.

9. Vasili Grossman, *La Madone Sixtine*, traducido del ruso por Sophie Benech, Interférences, 2002, pág. 13 (ed. española: «La *Madonna Sixtina*», incluido en *Eterno reposo y otras narraciones,* Galaxia Gutenberg, 2013, trad. de Andréi Kozinets).

10. Grossman, *La Madone Sixtine*, pág. 21.

11. Vasili Grossman, *L'enfer de Treblinka*, sin crédito de traducción, Arthaud, 1945 (ed. española: *El infierno de Treblinka*, Galaxia Gutenberg, 2014).

12. Grossman, *La Madone Sixtine*, pp. 22-23.

13. Vasili Grossman, «*Treblinskiy ad*» («El infierno de Treblinka»), en *Povesti, rasskazy, otcherki* (*Relatos, novelas cortas, ensayos*), Voenizdat, 1958. En línea sin números de página en http://lib.ru/PROZA/GROSSMAN/trebl.txt_with-big-pictures.html.

14. La expresión es de Nakhmanóvych, «A Place of Memory», pp. 309-310.

15. Remito al lector interesado en este episodio mítico al hermoso librito de Régis Genté y Nicolas Jallot, *Futbol: le ballon rond de Staline à Poutine, une arme politique*, Allary Éditions, 2018.

16. Lista modificada y completada según BYHMC y FORMA Architectural Studio, *Analysis of historical and contemporary context of Babyn Yar and adjacent territories*, Babyn Yar Holocaust Memorial Center, 2020, pp. 212-217.

17. Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Indiana University Press, 1987, reedición en bolsillo en 1999, pág. 376. Por desgracia, Arad no cita su fuente para la fanfarronada de Globocnik.

18. Véase Nakhmanovych, «A Place of Memory», que en pág. 295 habla de un «activismo sin precedentes por parte de diversas organizaciones cívicas, grupos informales y autoridades locales, todos trabajando con el objetivo de conmemorar a "sus propios muertos"».

19. Comunicación personal.

20. Nakhmanovych, «A Place of Memory», pág. 301. Hrynevych, en el mismo volumen, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 148, da la fecha de 1966, pero parece un error.

21. Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 148.

22. Mykhailo Tyaglyy, «"A tragedy of guilty victims?" The memory of the Roma genocide in postwar Ukraine, part 1», traducido del ucraniano al inglés por Marta Olynyk y publicado en la web del Jewish Ukrainien Encounters el 10.02.21 en https://ukrainianjewishencounter.org/en/a-tragedy-of-guil
ty-victims-the-memory-of-the-roma-genocide-in-postwar-ukrai
ne-part-1/. Véase en la nota 15 del artículo un enlace a un mapa de los lugares de matanzas masivas de gitanos en Ucrania.

23. Vasili Grossman, *Za pravoe delo* (*Por una justa causa*), Eksmo, 1954, 1.ª parte, capítulo 44 (ed. española: *Por una causa justa*, Galaxia Gutenberg, 2011, trad. de Andréi Kozinets). En línea sin números de página en http://militera.lib.ru/prose/russian/grossman_vs3/05.html. En la nueva edición en inglés (Vasily Grossman, *Stalingrad*, traducido del ruso al inglés por Robert y Elizabeth Chandler, Harvill Seeker, 2019), basada en manuscritos inéditos en ruso, este capítulo lleva el número 48 (ed. española: *Stalingrado*, Galaxia Gutenberg, 2023, trad. de Andréi Kozinets).

24. Originalmente en línea, hoy día inaccesible, http://babynyar.gov.ua/en/historical-information.

25. Antoine volvió a ver a este hombre, Micha, en febrero de 2023 mientras llevaba a cabo un reportaje para el *New York Times* sobre militares tratados por traumatismo en el hospital psiquiátrico Pávlovka (véase la nota 29, más abajo). Todos los días, Micha se encajaba en la horquilla de un árbol y repetía su gesto hasta que venía a buscarlo un médico o un enfermero. Eso lo calmaba, le explicó a Rita, la colega de Antoine; en cuando a los árboles, tenía con ellos una relación especial, mucho más intensa y cercana que con los humanos.

26. Vitaly Nakhmanovych, «Babyn Yar. The Holocaust and Other Tragedies», en Hrynevych y Magocsi, *Babyn Yar: History and Memory*, pp. 97-98.

27. Vitaly Nakhmanovych, «A Place of Memory», pág. 302.

28. Vasyl Dogusov y Svitlana Rusalovska, «The Massacre of Mental Patients in Ukraine 1941-1943», en *International Journal of Mental Health*, 36:1, Spring 2007, pp. 105-111.

29. Ellen Barry (con Rita Burkovska), fotografías de Antoine d'Agata, «Voices from Pavlivka», *The New York Times Magazine*, 19.03.23. La publicación de este reportaje, en el que se señalaba la incidencia masiva de traumas profundos entre los soldados ucranianos en el frente, a Antoine le valió la suspensión de su acreditación de prensa militar.

30. Konstantín Paustovski, *Póvest o zhizni: Daliokie Gody* (*Relato de una vida: Los años lejanos*), capítulo 18 (ed. española: *Historia de una vida*, Bruguera, 1983, trad. de Ángel C. Tomás), «*Krasniy Fonárik*» («El farol rojo»), en *Sobranie Sotchineniy* (*Obras completas*), tomo 4. En línea sin números de página en https://librebook.me/povest_o_jizni__knigi_1_3/vol3/1.

31. Este juicio, que duró más de dos años, abrió de par en par las compuertas del antisemitismo ruso; el supuesto crimen de Beilis no fue denunciado solamente por la prensa, sino también por escritores famosos como Maksim Gorkiy o Aleksandr Blok.

32. Mykhailo Kalnytskyi, «Babyn Yar in Space and Time», en Hrynevych y Magocsi, *Babyn Yar: History and Memory*, pp. 15-17.

33. Konstantín Paustovski, *Povest o zhizni: Nachalo Nevédomogo Veka* (*Relato de una vida: El comienzo de una época incierta*), capítulo 80, «*Getman Nash Bosiatskiy*» («Nuestro Hetman descamisado»), en *Sobranie Sotchineniy* (*Obras completas*), tomo 4. En línea sin números de página en https://librebook.me/povest_o_jizni__knigi_1_3/vol5/11.

34. «Un lugar inconveniente»: la expresión no es mía, sino del historiador Vladyslav Hrynévytch. Véase Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 126.

35. Rebautizado por los bolcheviques en 1939, ironías del destino, como Fuerte Shevchenko.

36. Tarás Shevchenko, «*Iakby vy znaly, pantchi…*» («Si ustedes supieran, jóvenes señores…»), 1850.

37. Maurice Blanchot, «Les deux versions de l'imaginaire», en *L'expérience intérieure*, Gallimard/Folio Essais, pág. 347 (ed. española: *La experiencia interior*, Taurus, 1981, trad. de Fernando Savater).

38. *Ibid.*, pág. 344.

39. John Steinbeck, *A Russian Journal*, pág. 109; fotografía de Capa pág. 110.

40. Mapa en Carlotta Gall, «Bucha's Month of Terror», *The New York Times*, 11.04.22.

41. Yehor Firsov, «I've seen the unannounced casualties of the Ukraine war», *The Washington Post*, 24.11.22.

42. Para lo que viene a continuación, he complementado el relato que me contaron V. I. Chepitkó y su sobrino con algunos detalles espigados en Gall, «Bucha's Month of Terror».

43. La foto es de Daniel Berehulak, publicada en Carlotta Gall, «'Such Bad Guys Will Come': How One Russian Brigade Terrorized Bucha», *The New York Times*, 22.05.22.

44. Florent Marcie y Patrick Chauvel, «Tombeau pour Oksana», *Paris-Match*, 6-12.10.22.

45. Carlotta Gall y Oleksandr Chubko, «Three Women of Bucha: Their Deaths and Lives», *The New York Times*, 15.10.22.

46. Datos tomados de Marcie y Chauvel, «Tombeau pour Oksana», y Gall y Chubko, «Three Women of Bucha».

47. Este vídeo se publicó ese mismo día a las 14:20 h en el canal oficial de Telegram del Servicio Estatal Ucraniano de Comunicaciones Especiales y Protección de la Información, en t.me/dsszzi_official/1140. Para una versión censurada e incompleta (fundamentalmente falta la parte final del vídeo) pero subtitulada en inglés, véase también el canal de Radio Free Europe/Radio Liberty en YouTube, en https://www.youtube.com/watch?v=cD8K2_M83eY.

48. Yousur Al'Hlou, Masha Froliak, Evan Hill, Malachy Browne y David Botti, «New Evidence Shows How Russian Soldiers Executed Men in Bucha», *The New York Times*, 19.05.22.

49. Daniel Boffey, «'Why did they do this to us?': Bucha's survivors come out of hiding», *The Guardian*, 04.04.22.

50. Yousur Al-Hlou, Masha Froliak, Dmitriy Khavin, Christoph Koettl, Haley Willis, Alexander Cardia, Natalie Remeau y Malachy Browne, «Caught on Camera, Traced by Phone: The Russian Military Unit that Killed Dozens in Bucha», *The New York Times*, 22.12.22.

51. Masha Froliak, Yousur Al-Hlou y Haley Willis, «Their Final Moments: Victims of a Russian Atrocity in Bucha», *The New York Times*, 21.12.22.

52. Kim Vinnell, Zohra Bensemra, Mike Collett-White y Guy Faulconbridge, «Special anniversary episode: the Ukraine war», transcripción automática de un pódcast, *Reuters*, 24.02.23.

53. Curiosamente, las fuentes disponibles le ponen el mismo apellido al suegro y al yerno.

54. Mari Saito, «Love letter, ID card point to Russian unit that terrorized Bucha», *Reuters*, 05.05.22.

55. Human Rights Watch, «Ukraine: Russian Forces' Trail of Death in Bucha», 21.04.22.

56. Human Rights Watch, «Ukraine», y Saito, «Love letter».

57. Human Rights Watch, «Ukraine».

58. Al-Hlou *et al.*, «Caught on Camera».

59. *Ibid.*

60. Gall, «Bucha's Month of Terror».

61. Al-Hlou *et al.*, «Caught on Camera».

62. Foto publicada en Gall, «Bucha's Month of Terror».

63. Al-Hlou *et al.*, «Caught on Camera».

64. Froliak *et al.*, «Their Final Moments».

65. Véase sobre todo Al-Hlou *et al.*, «Caught on Camera».

66. Testimonio de Ivan Skyba en el documental de Tom Jennings, Annie Wong y Erika Kinetz, «Putin's Attack on Ukraine: Documenting War Crimes», PBS/AP y Frontline, 25.10.22.

67. Salvó la vida y fue acusado de traición por las autoridades ucranianas; su nombre, que yo sepa, no ha sido publicado.

68. Véase sobre todo Al-Hlou *et al.*, «New Evidence».

69. Esta información procede de las escuchas telefónicas de la inteligencia ucraniana, estudiadas por el *New York Times* en Al-Hlou *et al.*, «Caught on Camera».

70. Vídeo en Al-Hlou *et al.*, «New Evidence».

71. Saito, «Love letter».

72. *Ibid.*

73. Comunicación personal de Malachy Browne.

74. Al-Hlou *et al.*, «Caught on Camera».

75. Max Bearak y Louisa Loveluck, «In Bucha, the scope of Russian barbarity is coming into focus», *The Washington Post*, 07.04.22. Véase también Froliak *et al.*, «Final Moments».

76. Cifra citada en Thomas d'Istria, «"Nunca perdonaremos": en Bucha, ciudad mártir de Ucrania, la población celebra la liberación», *Le Monde*, 01.04.22. En diciembre de 2022, la cifra citada por el *NYT* seguía siendo de 485 residentes de la ciudad asesinados; véase Carlotta Gall, «In Bucha, A Final Rampage Served as a Coda to a Month of Atrocities», *The New York Times*, 31.12.22.

77. Lista establecida a partir de numerosos artículos de prensa, principalmente de *Le Monde*, del *Guardian*, del *New York Times*, del *Washington Post* y de *Reuters*.

78. Emma Graham-Harrison, Isobel Koshiw y Lorenzo Tondo, «How the barbaric lessons learned in Syria came to haunt one small Ukrainian village», *The Guardian*, 30.04.22.

79. Lorenzo Tondo, Isobel Koshiw, Emma Graham-Harrison y Pjotr Sauer, «Alleged Wagner Group Fighters Accused of Murdering Civilians in Ukraine», *The Guardian*, 25.05.22.

80. John Steinbeck, *A Russian Journal*, pág. 89.

81. Erika Kinetz, «Russian Violence in Ukraine was Strategic», *Associated Press*, 27.10.22.

82. En inglés en la web de la presidencia rusa, «64th Detached Motor Rifle Brigade receives honourary Guards title», 18.04.22, en http://en.kremlin.ru/events/president/news/68235, y «Greetings to command

and staff of 64th Guards Detached Motor Rifle Brigade», 18.04.22, en http://en.kremlin.ru/events/president/news/68238.

83. Gall, «A Final Rampage».

84. El original en ruso está en https://t.me/nevzorovtv/4540.

85. Paul Celan, *Todesfuge*. Traducido del alemán por Valérie Briet en *Pavot et mémoire*, Christian Bourgeois Éditeur, 1987 (ed. española: *Amapola y memoria*, Hiperión, 2010, trad. de Jesús Munárriz).

86. Yousur Al-Hlou, Masha Froliak y Evan Hill, «'Putin is a Fool': Intercepted Calls Reveal Russian Army in Disarray», *The New York Times*, 28.09.22.

87. «Pequeña Rusia» es el antiguo nombre zarista de Ucrania.

88. Włodzimierz Odojewski, *Le crépuscule d'un monde*, traducido del polaco por Joanna Ritt y Jacqueline Trabuc, Éditions du Seuil, 1966, pp. 54-55.

89. Véase Mikhaïl Zygar, *War and Punishment: The Story of Russian Oppression and Ukranian Resistance*, Weidenfeld & Nicolson, 2023, pág. 353.

90. Vladimir Putin, «On the Historical Unity of Russians and Ukrainians», publicado en inglés el 12.07.21 en la web de la presidencia rusa, en http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181. El original en ruso está en http://kremlin.ru/events/president/news/66181.

91. Fiona Hill, «It's Not Just About Ukraine. Putin Wants to Evict the U. S. From Europe», *The New York Times*, 24.01.22.

92. Versión subtitulada disponible en línea en https://www.youtube.com/watch?v=VpB6uPY1r1o.

93. Serhii Plokhy, *Aux portes de l'Europe: Histoire de l'Ukraine*, traducido del inglés (EE. UU.) por Jacques Dalarun, Gallimard, 2022 (ed. española: *Las puertas de Europa. Pasado y presente de Ucrania*, Península, 2022, trad. de Marta Rebón). Timothy Snyder, «The Making of Modern Ukraine», septiembre-diciembre de 2022. El primer curso está en línea en https://www.youtube.com/watch?v=bJczLlwp-d8&list=PLh9mgdi4rNewfxO7LhBoz_1Mx1MaO6sw_; los siguientes son accesibles a través del menú desplegable.

94. Al parecer, la palabra «Rus'» procede de una palabra sueca que significa «hombres que reman». Véase Serhii Plokhy, *The Gates of Europe*, Basic Books, 2021, pág. 25.

95. Plokhy y Snyder no están de acuerdo acerca de la identidad del autor de este mito. Snyder, en su tercer curso (https://www.youtube.com/watch?v=Om_A5TTQMm0, a partir de 33:35), le atribuye la paternidad al teólogo de Chernígov Lázar Baranóvych; Plokhy, al archimandrita del monasterio de las Cuevas de Kiev Inokentiy Gizel, bajo la supervisión del cual fue publicada en 1674 la *Synopsis,* donde aparece esta historia (Plokhy, *The Gates of Europe*, pág. 121). Yo no dispongo de las competencias necesarias para zanjar la cuestión.

96. Piotr Akopov, «*Nastuplenie Rossíi i novogo mira»* («La ofensiva de Rusia y la llegada del nuevo mundo»), RIA Novosti, 26.02.22, originalmente en línea en https://ria.ru/20220226/rossiya-1775162336.html, hoy en día inaccesible. El texto volvió a publicarse en varias webs rusas, por ejemplo: https://vott.ru/entry/604137.

97. Timofei Sergueitsev, «*Chto Rossiia dolzhná sdélat s Ukraínnoi»* («Lo que Rusia debe hacer con Ucrania»), RIA Novosti, 03.04.22, originalmente en línea en https://ria.ru/
20220403/ukraina-1781469605.html?fbclid=IwAR1ZIUh
DAiRSE- dJc5ueqFVoaR1ub3CcuJZlNwlpzK-VDeg6_liLA
QfdLVI, hoy en día inaccesible. Hay disponible una traducción al inglés en la web del Centro de las Libertades Civiles (CCL por sus siglas en inglés) en https://ccl.org.ua/en/news/ria-novosti-has-clarified-russias-plans-vis-a-vis-ukraine-and-the-rest-of-the-free-world-in-a-program-like-article-what-russia-should-do-with-ukraine-2/.

98. En mi traducción he tratado de conservar la torpeza y las repeticiones del original.

99. Timothy Snyder, «Russia's genocide handbook», 08.04.22, en línea en https://snyder.substack.com/p/russias-genocide-handbook.

100. Estas seis cintas de vídeo están disponibles de forma íntegra, en ruso, en https://vha.usc.edu/search, buscando los términos «Ruvin Shtein». La University of Southern California Shoah Foundation es la continuación

de la Shoah Visual History Foundation, fundada por Steven Spielberg, quien entre 1994 y 1999 recogió la memoria de 50.000 supervivientes de la Shoah, tanto judíos como otros. Véase https://sfi.usc.edu/
collecting para precisiones metodológicas.

101. El documento oficial que lleva estos nombres, que aparece hacia el final de la película de la l'USC Shoah Foundation, está redactado en ruso, transcribo los nombres tal cual.

102. Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pp. 126-127.

103. Véase https://es.wikipedia.org/wiki/Torre_de_telecomunicaciones_de_Kiev.

104. Anatoli Kuznetsov, *Babiy Yar: román dokument* (*Babiy Yar: una novela documental*), Sovietsky pisatel-Olimp, 1991, pág. 328.

105. Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 125.

106. BYHMC y FORMA Architectural Studio, *Analysis of historical and contemporary context*, pp. 192-193.

107. Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*, Vintage Books, 2011, pp. 227-228. El libro está disponible en francés, traducido por Pierre-Emmanuel Dauzat, con el título *Terres de Sang: L'Europe entre Hitler et Staline*, Gallimard, 2022 (ed. española: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Galaxia Gutenberg, 2017, trad. de Jesús de Cos).

108. *Ibid.*, pág. 345.

109. El American Jewish Joint Distribution Committee, fundado en 1914.

110. Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 109.

111. Véase https://www.billdownscbs.com/2013/07/blood-at-babii-yar-kievs-atrocity-story.html, con extractos de artículos y fotos de periodistas y supervivientes. El artículo de Lawrence sigue siendo más dubitativo en lo tocante a la realidad de los hechos que el de Downs, lo cual permite entrever hasta qué punto las masacres de semejante magnitud, que no obstante en el este de Europa son el pan de cada día desde 1941 e incluso mucho antes, para una mente occidental seguían siendo impensables.

112. Kate Brown, *A Biography of No Place*, pág. 218.

113. Joshua Rubinstein, «Night of the Murdered Poets», en Joshua Rubinstein y Vladimir Naumov (eds.), *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee*, Yale University Press, 2001, pág. 22.

114. Acrónimo soviético que designa a la «Comisión estatal extraordinaria para el establecimiento y la investigación de las atrocidades de los invasores fascistas alemanes y sus cómplices, y los daños causados por ellos a los ciudadanos, granjas colectivas, organizaciones públicas, empresas estatales e instituciones de la URSS».

115. Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 111.

116. Aleksandr Solzhenitsyn, *Dvesti let vmeste: Tchast 2. V Sovietskoe Vremia* (*Doscientos años juntos: parte 2. En la época soviética*), Rousskii Mir, capítulo 22, 2002. En línea sin números de página en zeminfo.ru/library/glava22.html. Solzhenitsyn cita como fuente «*Jrushchov i evreiskii vopros»* («Jrushchov y la cuestión judía»), *Sotsialistitcheskii Vestnik*, Nueva York, 1961, n.º 1, pág. 19.

117. Rubinstein, «Night of the Murdered Poets», pág. 38.

118. Esta información ha sido tomada principalmente de BYHMC y FORMA Architectural Studio, *Analysis of historical and contemporary context*, pp. 192-193.

119. Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 129.

120. BYHMC y FORMA Architectural Studio, *Analysis of historical and contemporary context*, pp. 192-193.

121. Hrynevych, «Babyn Yar after Babyn Yar», pág. 136.

122. BYHMC y FORMA Architectural Studio, *Analysis of historical and contemporary context*, pág. 192.

123. *Ibid.*, pág. 208.

124. Stephen Nachmanovitch, «A Place of Memory in Search of a Future», pág. 294.

125. Comunicación personal.

126. John Cheyne y William Stokes, «The Breath of Death is the Gift of Life», Riga, 1953.

127. Hay excepciones destacables, como los historiadores Sofia Dyak, Andriy Usach y Yuriy Rádchenko, así como el historiador canadiense-americano de origen ucraniano John-Paul Himka.

128. Véase Plokhy, *The Gates of Europe*, pp. 266-267.

129. Ernest Renan, «Qu'est-ce qu'une nation?», conferencia de 1882, publicada en *Discours et conférences*, 1887 (ed. española: *¿Qué es una nación?*, José J. de Olañeta, Editor, 2019, trad. de María Tabuyo y Agustín López).

130. Timothy Snyder, *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus 1569-1999*, Yale University Press, 2003, pág. 143.

131. Snyder, *Bloodlands*, pág. 196.

132. Andriy Usach, comunicación personal.

133. John-Paul Himka, *Ukrainian Nationalists and the Holocaust: OUN and UPA's Participation in the Destruction of Ukrainian Jewry, 1941-1944*, ibidem-Verlag, 2021, pp. 246-255.

134. Snyder, *Bloodlands*, pág. 196.

135. Para estos hechos, véase Gerald Reitlinger, *The House Built on Sand: The Conflicts of German Policy in Russia 1939-1945*, The Viking Press, 1960, pp. 164-167; así como Per Rudling, «The OUN, the UPA and the Holocaust: A Study in the Manufacturing of Historical Myths», *The Carl Beck Papers in Russian & East European Studies*, n.º 2107, 2011, pp. 8-10.

136. Comunicación personal.

137. Para estos hechos, véase Reitlinger, *The House Built on Sand*, pp. 168-169, y Rudling, «The OUN, the UPA and the Holocaust», pp. 9-10, así como Yuriy Rádchenko, comunicación personal.

138. Leontiy Forostivskyi, *Kyiv pid vorózhymy okupatsiiamy* (*Kyiv bajo ocupación enemiga*), Buenos Aires, 1952, pág. 76, citado por Yuriy Rádchenko, «*'I todi braty z Moskvy I braty-zhydí prykhodyly I obbyraly brativ ukraíntsiv do nytky': Olena Teliha, Babyn Yar ta evrei*» («"Y entonces llegaron los hermanos de Moscú y los hermanos judíos y despojaron a los hermanos ucranianos dejándolos en los huesos": Olena Teliha, Babyn Yar y los judíos»), publicado en línea el 27.03.2017, en http://uamoderna.com/blogy/yurij-radchenko/teliha.

139. Comunicación personal.

140. Andriy Usach, «*Problematychniy martyrólog: Zhertvy OUN(m) u Babynomu Yaru*» («Una martirología problemática: las víctimas de la OUN(m) en Babyn Yar»), publicado en línea el 06.05.2017, en https://uamoderna.com/blogy/usach-andr/problematic-martyrology.

141. Heinrich Himmler, Discurso a los Grüpenführer-SS en Posen el 4 de octubre de 1943, documento 1919-PS de los juicios de Núremberg.

142. Véase, como simple ejemplo, la página de la Wikipedia en inglés sobre Olena Teliha, donde se afirma que «muchas de sus actividades desafiaron abiertamente a las autoridades nazis». Cf. https://en.wikipedia.org/wiki/Olena_Teliha.

143. Citado por Eduard Dolinsky, presidente del Comité Judío Ucraniano, en un programa televisivo del 30.09.16, que podía verse un vídeo hoy día ya inaccesible, https://www.youtube.com/watch?v=dpM-cWhEgE1w&t=172s, recogido por Rádchenko, «*Olena Teliha, Babyn Yar ta evrei*».

144. Citado por Rádchenko, «*Olena Teliha, Babyn Yar ta evrei*».

145. Rudling, «The OUN, the UPA and the Holocaust», pág. 26.

146. Este extracto de *Falsificateurs de l'histoire* aparece citado por Robert Chandler y Yury Bit-Yunan en la nota 66 de Vasili Grossman, *Stalingrado*, pág. 942. Véase igualmente https://en.wikipedia.org/wiki/Falsifiers_of_History. El libro completo traducido al inglés estaba disponible en el siguiente link, hoy día inaccesible: http://lib-lespaul.library.mun.ca/PDFs/radical/FalsifiersOfHistory.pdf.

147. Véase por ejemplo Snyder, *Bloodlands*, pág. 220; Snyder, *The Reconstruction of Nations*, pág. 162, o bien Himka, *Ukrainian Nationalists and the Holocaust*, pp. 305-359.

148. Snyder, *The Reconstruction of Nations*, pág. 160.

149. *Ibid.*

150. *Ibid.*, pág. 166.

151. Estas estrategias opuestas están descritas al detalle en *ibid.*, pp. 165-167.

152. Rudling, «The OUN, the UPA and the Holocaust», pág. 10.

153. Petró Balei, *Fronda Stepana Bandery v OUN 1940 roku* (*La rebelión de Stepan Bandera en el seno de la OUN en 1940*), Tekna A/T, 1996, pág. 141, citado por Snyder, *The Reconstruction of Nations*, pág. 165.

154. TsDAHO Ukrainy, 1/20/931, ll.36-39 (1944), citado por Brown, *A Biography of No Place*, pág. 221.

155. Henry Friedman, *I'm no Hero*, University of Washington Press, 1999, pp. 33-37, citado por Himka, *Ukrainian Nationalists and the Holocaust*, pp. 387-388.

156. Cifra calculada por Grzegorz Hryciuk, «Straty ludności na Wołyniu w latach 1941-1944» («Pérdidas de población en Volinia 1941-1944»), *Polska-Ukraina: Trudne pytania*, Vol. 5, Karta, 1999, pág. 278, citado por Snyder, *The Reconstruction of Nations,* pág. 170.

157. Snyder, *The Reconstruction of Nations*, pág. 175.

158. Testimonio del partisano judío Yitzhak Geller, citado por Himka, *Ukrainian Nationalists and the Holocaust*, pág. 381.

159. Testimonios citados por Himka, *Ukrainian Nationalists and the Holocaust*, pág. 388.

160. AŻIH, 301/3337, 14, citado por Himka, *Ukrainian Nationalists and the Holocaust*, pág. 389.

161. Snyder, *The Reconstruction of Nations*, pág. 164.

162. DARO, fond R30, opys 2, spr.15, f.126, citado por Himka, *Ukrainian Nationalists and the Holocaust*, pág. 373.

163. Rudling, «The OUN, the UPA and the Holocaust», pág. 34.

164. Véase Andreas Umland y Yuliya Yurchuk, «Introduction: The Organization of Ukrainian Nationalists (OUN) in Post-Soviet Ukrainian Memory Politics, Public Debates, and Foreign Affairs», en «Issues in the History and Memory of the OUN I», *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society*, Vol. 3, n.º 2, 2017, pp. 115-128.

165. *Ibid*, pág. 121.

166. Véase Josh Cohen, «The Historian Whitewashing Ukraine's Past», *Foreign Policy*, 2 de mayo de 2016.

167. Rudling, «Yushchenko's Fascist: The Bandera Cult in Ukraine and Canada», en «Issues in the History and Memory of the OUN I», pp. 129-130.

168. Comunicación personal.

169. Oles Yanchuk, *Neskorenyy* (*Los invictos*), 2000, vídeo hoy día ya inaccesible, en https://www.youtube.com/watch?v=lnL2gS-rg26A. La película está financiada por el Ministerio de Cultura ucraniano, los estudios Dovzhenko y el Ukrainian Congress Committee of America (UCCA, una estructura que desde 1940 reúne a un gran número de organizaciones de la diáspora ucraniana en Estados Unidos, entre ellas varias asociaciones de veteranos de la OUN-UPA). El Dr. Askold Lozinskiy, presidente del UCCA, es el asesor científico de la película.

170. Comunicación personal.

171. Włodzimierz Odojewski, *Oksana, l'Ukrainienne*, traducido del polaco por Agnès Wisniewski, Éditions Noir sur Blanc, 2003 (1999 para la edición polaca original), pág. 138.

172. Comunicación personal.

173. Artiom Skoropadskiy murió el 10 de diciembre de 2022 a resultas de una larga enfermedad estomacal.

174. Numerosas fuentes me han confirmado esta financiación rusa de la extrema derecha ucraniana; el oligarca prorruso Dmytró Fírtash (hoy en día depuesto y refugiado en Viena, debido a una orden de detención estadounidense) ha sido acusado sin ambages de actuar como intermediario para dicha financiación del partido ultranacionalista Svoboda.

175. El incidente, filmado y difundido en línea, tuvo lugar a las afueras de Járkiv, en la aldea de Velyka Danílivka. De hecho, la anciana, que se llamaba Anna Ivánovna, estaba dando la bienvenida a los soldados ucranianos que liberaban la zona, a los que todo indica que confundió con rusos; cuando un soldado cogió su bandera para pisotearla, ella se negó airadamente a aceptar la comida que le ofrecían. La propaganda rusa aprovechó el vídeo para difundirlo ampliamente; tanto en Vorónezh (Rusia) como en la Mariúpol ocupada se erigieron esculturas que representaban a Anna Ivánovna y su bandera; su imagen se reprodujo en edificios públicos

de toda Rusia. Véase «*'Luchshe by ia znamenitoy ne bylá.' Kak ukraínka s sovétskim flágom stala kultúrnym fenoménom v Rossíi i chto oná ob étom dúmaet*» («"Me gustaría no ser famosa". Cómo una mujer ucraniana con una bandera soviética se ha convertido en todo un fenómeno cultural en Rusia, y lo que ella piensa al respecto»), BBC News/servicio ruso, 16.05.22. El vídeo aparece en un programa en ruso del medio ucraniano Freedom.ua, que puede verse en https://www.youtube.com/watch?v=Kr3fP9AgvYM.

176. Lamentablemente, la presentación en vídeo de estas investigaciones se ha cancelado debido a la guerra. Se publicó una visión general en Nick Axel y Nicholas Korody (eds.), *Babyn Yar: Past, Present, Future*, Spector Books y Babyn Yar Holocaust Memorial Center, 2021, pp. 87-93 y 134-141.

177. Kouznetsov, *Babiy Yar: roman dokument*, pp. 12-14.

178. Serguei Loznitsa, *Babyn Yar. Context*, 2021.

179. Karel C. Berkhoff, «Babyn Yar in Cinema», en Hrynevych y Magocsi, *Babyn Yar: History and Memory*, pp. 240-243. Concretamente, las imágenes filmadas por Donskoi fueron utilizadas por Michaël Prazan en su documental de 2009 *Einsatzgrüppen, les commandos de la mort*, donde se presentaban como imágenes auténticas.

180. Para un análisis riguroso de esta secuencia de acontecimientos, así como los paralelismos con la historia de Babyn Yar, véase el trabajo realizado por Maksym Rokmaniko y su Center for Spatial Technologies, en colaboración con el BYHMC y Forensic Architecture, https://forensic-architecture.org/investigation/russian-strike-on-Kyiv-tv-tower, así como el artículo interactivo de Linda Kinstler, «Who Will Remember the Horrors of Ukraine», *The New York Times*, 13.06.22.

181. Esta instalación sonora es obra del artista ucraniano-británico Maksym Dimidienko. Para más detalles y extractos, véase https://babynyar.org/en/audio-installation.

182. Este poema fue publicado por primera vez en *Novyi Mir*, 39.º año, núm. 3, marzo de 1963, y luego incluido en volúmenes póstumos. Está disponible en línea en http://sehrg.at.ua/Kyselyov.htm. Cabe señalar que, si bien escribió la mayor parte de su obra en ruso, un año antes de su muerte

prematura en 1968, Kisseliov, todavía fuertemente influenciado por Tarás Shevchenko, había tomado la decisión de pasar definitivamente al ucraniano. Le agradezco a Andrei Dmítriev que llamase mi atención sobre este autor y este poema en su texto «Años de falsedades corrosivas», *Le Monde*, 03.05.22, donde la traducción, más poética y menos literal que la mía, es de Elena Balzamo.

Leyendas de las imágenes

Todas las imágenes de Antoine d'Agata fueron tomadas en Ucrania entre abril de 2021 y febrero de 2023.

Las imágenes de archivo han sido seleccionadas y retocadas por Antoine d'Agata.

1. Kyrílivskyy Gay, Kyiv, enero de 2022.
2. Cartel publicitario, parque de Babyn Yar, Kyiv, junio de 2021.
3. Metro Dorohózhytchi, Kyiv, julio de 2021 (cámara térmica).
4. Imagen de archivo: prisioneros soviéticos en Babyn Yar, seguramente el 1 de octubre de 1941 (foto de Johannes Hähle, negativo n.º 18, detalle. © Hamburger Institut für Sozialforschung).
5. Construcción del «Muro de cristal de las lágrimas», parque de Babyn Yar, Kyiv, junio de 2021.
6. Estación de Kyiv, marzo de 2022.
7. *Rommi* (gitana) en una tienda de acogida para personas desplazadas, estación de Lviv, marzo de 2022.
8. Sinagoga, parque de Babyn Yar, Kyiv, junio de 2021.
9. Parque de Babyn Yar, Kyiv, junio de 2021.
10. Kyrílivskiy Gay, Kyiv, enero de 2022.
11. Kyrílivskiy Gay, Kyiv, abril de 2021.
12. Micha, hospital psiquiátrico Pávlovka, Kyiv, septiembre de 2021.
13. Instituto abandonado, Kyrílivskiy Gay, Kyiv, junio de 2021.
14. Nastia, hospital psiquiátrico Pávlovka, Kyiv, febrero de 2023.

15. Hospital psiquiátrico Pávlovka, Kyiv, junio 2021-febrero 2023.
16. Kyrílivskiy Gay, Kyiv, septiembre de 2021.
17. Járkiv, mayo de 2022.
18. Hospital psiquiátrico Pávlovka, febrero 2023.
19. Entre Irpín y Kyiv, marzo 2022.
20. Aeropuerto internacional Antónov, Hostómel, mayo de 2022.
21-22. Cadáveres de soldados rusos recogidos por las fuerzas ucranianas, *óblast* de Járkiv, mayo de 2022.
23. Morgue de Bucha, mayo de 2022.
24. Bucha, Irpín y Borodianka, mayo de 2022-febrero de 2023.
25. *Pógreb,* calle Vokzalna n.º 58, Bucha, mayo de 2022.
26. Mala Rohan, *óblast* de Járkiv, mayo de 2022.
27. Balas, metralla y objetos diversos dejados por las tropas rusas, *óblast* de Kyiv y Járkiv, mayo de 2022.
28. Morgue de Bucha, mayo de 2022.
29. Járkiv, mayo de 2022.
30. Hostómel, mayo de 2022.
31. Calle Yablonska n.º 144, Bucha, mayo de 2022.
32. Autobús de refugiados, Lviv, marzo de 2022.
33. Garaje quemado en la calle Sklozavodska, Bucha, mayo de 2022.
34. Huellas de tortura y asesinatos, tumbas y cadáveres dejados atrás por las tropas rusas después de su retirada del *óblast* de Kyiv, mayo de 2022.
35. Hospital psiquiátrico Pávlovka, febrero 2023.
36. Járkiv, mayo de 2022.
37. Posición rusa abandonada, Zona de exclusión de Chernóbil, mayo de 2022.
38. Lugares de tortura y asesinato de cinco voluntarios humanitarios por parte del ejército ruso, campo de vacaciones para niños, calle Vokzalna, Bucha, mayo de 2022.
39. Imagen de archivo: civil de Severínivka torturado y asesinado por la inteligencia militar rusa, Motyzhyn, finales de marzo de 2022 (foto: Oléh Bondarenko, detalle. © Oléh Bondarenko).

40. Lugar del asesinato de un voluntario humanitario por parte del ejército ruso, campo de vacaciones para niños, calle Vokzalna, Bucha, mayo de 2022.
41. Exhumación del cadáver de Kyslytskiy en una base rusa abandonada, Víshgorod, mayo de 2022.
42. Kyrílivskiy Gay, Kyiv, enero de 2022.
43-44. Ciudadanos comunes, militares, miembros de la Defensa Territorial y políticos ucranianos, entre mayo de 2022 y febrero de 2023.
45. Calle Yuri Ilyenko n.º 81, Kyiv, septiembre de 2021.
46. Imagen de archivo: cadáver abandonado en la calle Mélnikova, probablemente el 29 de septiembre de 1941 (foto de Johannes Hähle, negativo n.º 3, detalle. © Hamburger Institut für Sozialforschung).
47. Imagen de archivo: Ruvim Shtein, finales de 1943 – principios de 1944 (fotógrafo desconocido, captura de pantalla de la entrevista filmada de Ruvim Shtein, por parte de la USC Shoah Foundation, University of Southern California).
48-49. Tumbas de veteranos de guerra de la Segunda Guerra Mundial, cementerio militar, calle Dorohózhytska, Kyiv, junio de 2021.
50-51. Retratos encontrados de judíos asesinados en Babyn Yar, Reserva Nacional de Babyn Yar, calle Herzen, Kyiv, octubre de 2021.
52. Morgue n.º 1, calle Oranzhereina n.º 9, Kyiv, junio de 2021.
53. Morgue n.º 1, calle Oranzhereina n.º 9, Kyiv, junio de 2021.
54. Metro Dorohózhytchi, Kyiv, mayo de 2022.
55. Imagen de archivo: Solomón Mijóels joven (fecha y fotógrafo desconocidos. © Wikimedia commons).
56. Imagen de archivo: pogromos de Lviv, junio de 1941 (cineasta desconocido, fotograma de la película documental *Babyn Yar. Context* de Serguei Loznitsa, detalle. © Atoms & Void).
57. Olena Teliha, de nacimiento Olena Shovgeniva, cuando estudiaba en el Instituto Pedagógico Mykhailo Drahomanov de Praga, en 1923 (Fotógrafo desconocido).
58-59. Imágenes de archivo: comandantes y combatientes de la UPA, entre 1943-1949 (fotógrafos desconocidos, detalles).

60. Imagen de archivo: sello postal ucraniano con la efigie de Stepán Bandera, 2009 (detalle. © Wikimedia commons).
61. Manifestación de veteranos de las brigadas de voluntarios y de militantes de extrema derecha, Kyiv, 14 de octubre de 2021.
62. Dmytró Reznichenko, Kyiv, mayo de 2022.
63. Puesto de tiro «Realist Security Hub», calle Yuri Ilyenko n.º 46, Kyiv, junio de 2021 (cámara térmica).
64. Vilkhivka, *óblast* de Járkiv, mayo de 2022.
65. Manifestación de veteranos de las brigadas de voluntarios y de militantes de extrema derecha, Kyiv, 14 de octubre de 2021.
66. Parque de Babyn Yar, Kyiv, junio de 2021.
67. Barrio de Syrets, Kyiv, septiembre de 2021.
68. Calle Iarosláviv Val, Kyiv, septiembre de 2021.
69. Hospital psiquiátrico Pávlovka, Kyiv, junio 2021.
70. *Kórpus 26,* hospital psiquiátrico Pávlovka, Kyiv, junio 2021.
71. Estación de Lviv, marzo de 2022.
72. Hospital psiquiátrico Pávlovka, Kyiv, febrero 2023.
73. Bucha, mayo de 2022.
74. El padre Ioann, Horenka, mayo de 2022.
75-76. Detalle de una fotografía de reconocimiento aéreo alemana de Babyn Yar y sus alrededores, tomada en 1943 y colgada en los despachos del BYHMC, enero de 2022 (© Babyn Yar Holocaust Memorial Center).
77. Calle Olena Teliha n.º 25, Kyiv, junio de 2021.
78. Calle Olena Teliha n.º 25, Kyiv, junio de 2021.
79. *Tefilla* (filacteria judía) encontrada tras la guerra, Reserva Nacional de Babyn Yar, calle Herzen, Kyiv, octubre de 2021.
80. Tubería del arroyo de Babyn Yar, Kyiv, septiembre de 2021.
81. La torre de la televisión reflejada en el «Campo de espejos», parque de Babyn Yar, Kyiv, enero de 2020.
82-83. Imágenes de archivo: fotografías tomadas con dron del parque de Babyn Yar, enero de 2022 (operador: Dmytro Stoikov. © Dmytro Stoikov/Babyn Yar Holocaust Memorial Center).

84. La cripta de los hermanos Katchkovskiy, Kyrílivskiy Gay, Kyiv, enero de 2022.
85. Kyrílivskiy Gay, Kyiv, julio de 2021.
86. Kyrílivskiy Gay, Kyiv, enero de 2022.

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias a un gran número de personas. Los autores quieren expresar su gratitud:

Para empezar, a todos y todas las que se han prestado a hablar con nosotros y se han dejado fotografiar, tanto de Ucrania como de otras partes. Algunos aparecen nombrados en el libro, otros son anónimos. Apreciamos profundamente su cooperación, su generosidad y su apertura.

Seguidamente, al Babyn Yar Holocaust Memorial Center, que ha apoyado nuestras investigaciones sobre el terreno, el trabajo fotográfico de Antoine d'Agata y la producción de este libro; especialmente a Ilia Khrzhanovskiy, Olekseï Makukhine, Maksym Iakover, Oleh Chovenko, Valeriia Didienko, Nadiia Zaïtseva, Maksym Rokmaniko, Halina Chokola y Vitalii Lucher, así como al conjunto de sus colegas.

A la embajada de Francia en Kyiv: el embajador Étienne de Poncins, Bruno Caussanel, Olivier Jacquot, Frédéric Rousseau, y a sus colaboradores.

Al periódico *Le Monde*, que hizo posible una parte de nuestros viajes a Ucrania tras la invasión rusa: Jérôme Fenoglio, Marie-Pierre Lannelongue, Dominique Perrin, Aurore Salcedo, Lucy Conticello, Dra. Élisabeth Roche, Ludivine Dagorn, Florence Aubenas y Thomas d'Istria.

Al *New York Times Magazine*: Kathy Ryan y Shannon Simon.

Al *The Guardian*: Kate Edwards y Louis Siroy.

A Magnum Photos y a la Galería Magnum: Giulietta Palumbo, Samantha McCoy, Léa Robert, Pierre Mohamed-Petit y todo el equipo de la sede de París.

A Pico Bastille: Christophe Batifoulier y Élisabeth Heiring.

Por la postproducción de las fotografías, a Jonathan Paredes, Charlie Jouvet y una vez más a Giulietta Palumbo. La postproducción de las fotografías de las páginas 76 y 77 se ha beneficiado del apoyo del gran proyecto nacional «Radioscopie de la France: regards sur un pays traversé par la crise sanitaire», financiado por el Ministerio de Cultura y dirigido por la Bibliothèque Nationale de France.

A Alina Zamirovska por su inestimable ayuda en la traducción de algunas entrevistas.

A Nataliia Humeniuk, Anton Drobovytch, Oleh Sosnov, Konstantine Ilianok, Dmytro Stoïkov, Ihor Tchekatchkov, Rita Burkovska, Anton Chynkarenko, Saveli Barachkov, Darina Solodova, Evhenii Safonov, Kseniia Palfi, Joséphine Huppert (Service de la parole del Centre Pompidou), Gilbert Brownstone, Luc Delahaye y Gaëlle Girbes.

Y por último, de todo corazón, a Rubymaya Jaeck-Woodgate y Tania Bohórquez.

Table of Contents

- Nota sobre las grafías
- Un lugar inconveniente
  - Otra vez
  - Situación
  - Fuera de las profundidades
  - Actualización
  - Monumentos
  - Errancias
  - Pliegues (de terreno)
  - Vía crucis
  - Bajo los árboles
  - Elogio de la locura
  - El fondo del barranco
  - Botas (ruidos de)
  - El viaje de Antoine d’Agata
  - Marea baja
  - Los agrimensores
  - Pógreb
  - Piezas de recambio
  - En el cruce
  - La calle de las Manzanas
  - El número 144
  - La zona de los garajes
  - Una lista más
  - Una aldea tranquila
  - Tubos
  - La casita
  - Lógicas
  - Historias
  - Una vez más, y otra
  - El relato de una vida
  - Tumbas de nadie

Notas de la casa de los muertos
Conejos y boas
Víctimas de bronce
Elefante
Colaboraciones
De la invención de la limpieza étnica
Signo vacío
Otra vida
Otra vida (continuación y fin)
Un barrio común
Fe y memoria
Topografía
Subir hacia el infierno
Giga
Coda
Notas
Leyendas de las imágenes
Agradecimientos